RAE CARSON

STAR WARS®



EL MÁS BUSCADO


Planeta

Cuando Lady Próxima, la jefa de Han y Qi'ra, les propone una peligrosa misión que los puede sacar del bajo mundo, ambos aceptan sin pensarlo. Los dos sobreviven, y compiten entre sí, haciendo lo necesario en el planeta industrial de Corellia. Lamentablemente fallan en su cometido y ahora se verán obligados a huir, pues serán perseguidos por piratas, el Imperio y por Lady Próxima. Esto hará que la relación antagónica entre Han y Qi'ra desaparezca si quieren sobrevivir. En este libro Rae Carson muestra la peligrosa vida de Han Solo y Qi'ra en las calles de Corellia, los riesgos que corren, el descubrimiento de la confianza y el amor que surge entre ellos. La cotidianidad en Corellia, un planeta astillero, es una constante competencia por subsistir. Es en sus calles donde han transcurrido la niñez y adolescencia de Han y Qi'ra y donde son parte de la pandilla de los Gusanos Blancos. Las probabilidades no están de su lado, pero las probabilidades no importan mucho cuando no se tiene nada que perder.



El más buscado

Rae Carson



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Most Wanted*

Autora: Rae Carson

Arte de portada: Florian Nicolle

Traducción: José Eduardo Ruiz Millán

Publicación del original: mayo 2018

13 años antes de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

12.09.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

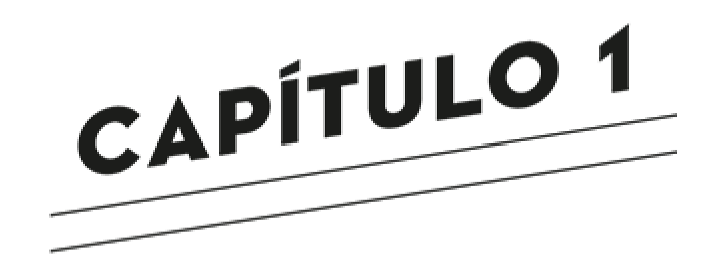
Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para mis compañeros rebeldes,
Hannah Beil y Jacob Beil



Se le había hecho tarde a Han… otra vez. Si no llegaba antes del toque de queda lo pagaría muy caro.

Corría por el laberinto de alcantarillas, pensando en cómo engañar a los guardias de Lady Próxima. Un claxon sonó, haciendo eco a lo largo del húmedo y oscuro túnel. El ruido asustó a un grupo de ratas que chillaron y se escabulleron, pasando sobre la bota de Han hasta desaparecer entre las sombras. El claxon significaba que en algún lugar de Corellia, en la oscura calle que yacía sobre él, en una fábrica había terminado el turno nocturno. Le quedaban apenas unos pocos minutos para llegar al escondite de los Gusanos Blancos.

Han conocía un atajo, afortunadamente. O tal vez desafortunadamente. La ruta más rápida lo llevaría a través de la guarida del viejo Powlo. Seguro que él solo podría contra el anciano, ¿verdad? Sólo porque un par de sus compañeros de los Gusanos Blancos habían desaparecido en el territorio, no quería decir que el riesgo no valiera la pena. Han tendría suerte. Estaba seguro de ello.

Una rejilla apareció a su derecha, apenas si se veía al lado de la oscura pared empedrada. Por milésima vez, Han deseó que Lady Próxima iluminara esos túneles, pero la mayoría de los miembros de su grupo eran grindalids, una especie anfibia con perfecta visión nocturna. Los humanos no se merecían tales comodidades.

Han se agachó frente a la reja, la tomó con ambas manos y la levantó de su lugar. Se movió con facilidad: el único rastro de su presencia fue un ligero rastro de cemento. Han atravesó el hueco y colocó de nuevo la reja detrás de él.

Entonces debía elegir si moverse silenciosamente o rápido. No podía hacer ambas.

Su estómago rugió. No tendría tanta hambre si tan sólo dejara de crecer como una enredadera. Sus pantalones eran demasiado cortos para sus piernas. Por eso se suponía que debía probar su valor ante Lady Próxima. El cargo de Cabeza se había abierto recientemente por la trágica desaparición del antiguo y Han necesitaba a como diera lugar ese ascenso… y la ración extra de comida que recibiría con él.

«Rápido», decidió.

El túnel era demasiado bajo para que corriera a máxima velocidad, así que se encogió y trotó tan rápido como pudo. Estaba tan oscuro que podría perder el lugar donde debía dar vuelta, así que mientras avanzaba, deslizaba sus dedos sobre la pared. El frío muro estaba pegajoso, cubierto por algo blando y húmedo que pronto empezó a meterse bajo sus uñas, pero trató de no pensar en eso.

Fue un alivio cuando sus dedos volvieron a rozar el aire. Dio la vuelta a la derecha, agachando la cabeza para no pegarse con la viga que no podía ver, pero que sabía estaba ahí. Un aroma hizo que frenara en seco. Ni el escondite de los Gusanos Blancos, ni ninguna de sus entradas, estaba ubicado en la parte más fragante de Corellia. De hecho, decían en las calles que podías oler a un Gusano Blanco a un klick de distancia, por los edificios abandonados y las alcantarillas a las que llamaban hogar. Han ya no podía distinguir los olores de desperdicios y putrefacción; era raro que pudiera oler algo ahí abajo.

Pero esto era diferente, era agudo y amargo, con un toque de carbón. El viejo Powlo había encontrado algo que quemar para el desayuno. Eso estaba bien: significaba que las probabilidades de que Han se convirtiera en el desayuno eran menores.

Después de unos cuantos pasos más, una tenue luz apareció entre la oscuridad. El túnel pasó de un negro incomprensible a un gris pegajoso. Ahí, debajo de la parte más vieja de la ciudad de Coronet, los túneles estaban hechos de bloques de duracreto, llenos de manchas oscuras de moho y cemento escurriéndose por los costados. Era una ventaja que a Han no le preocupara en absoluto la suciedad.

Unos cuantos metros más y habría dejado atrás la guarida de Powlo, y finalmente estaría en casa. El techo del túnel se volvió aún más bajo y Han no pudo hacer más que disminuir su paso.

El brillo creció. La luz se filtraba por una grieta de la pared, tan grande para que un casi adulto pasara por ahí, alguien justo del tamaño de Han. En vez de seguir derecho, decidió acercarse.

A contracorriente de sus instintos, Han se asomó. Había visto al viejo Powlo antes, a una distancia segura, pero nunca le había hablado. No podía evitar sentir curiosidad.

La grieta daba a una pequeña cueva redonda. Una fogata rodeada de ladrillos se hallaba en el centro, en el mismo lugar que Powlo. Estaba agachado: su salvaje cabello gris estaba levantado, sus huesudas rodillas le llegaban hasta las orejas y sostenía algo oscuro cerca de la boca mientras masticaba ruidosamente. Era esbelto; iba vestido con ropa andrajosa. A esa distancia, alumbrado sólo por la luz del fuego, Powlo parecía humano, pero Han sabía que no lo era. Nadie sabía a qué especie pertenecía o de qué parte de la galaxia había llegado, pero obviamente no era humano.

Han siguió caminando, tratando de que sus pies flotaran, prácticamente aguantando la respiración. Entonces pateó un pedazo de grava suelta.

Fue un ruido casi insignificante, pero Powlo dio la vuelta y mostró sus filosos dientes. Los ojos de la criatura brillaban como oro derretido alrededor de unas pupilas rasgadas. Eran como los ojos de una serpiente venenosa.

Han se quedó congelado. Su mente le dijo que corriera, pero sus instintos le ordenaban que se quedara quieto, que correr era lo peor que podía hacer. Han siempre confiaba en sus instintos: lo habían mantenido con vida más de una vez.

Se vieron fijamente durante varios respiros.

«Cuando tengas dudas, sé descarado», era el lema de Han, así que dejó escapar una sonrisa alegre y abrió la boca.

—Hola, amigo.

—Amigo, no —dijo la criatura con el ceño fruncido—. Powlo. —Su voz era rasposa y de tono bajo.

—Cierto —respondió Han, parpadeando—. Mi error. Mmm, como sea, tu desayuno huele… —«Como pescado podrido hirviendo en cerveza barata», pensó pero no lo dijo—, delicioso.

—No compartiré —anunció Powlo, entrecerrando sus brillantes ojos—. No puedes obligarme.

—No hay problema —dijo Han, levantando las manos—. A mí me espera el desayuno en el escondite. Seguramente Lady Próxima está preocupada por mí. —Eran puras mentiras, a Próxima no le importaba ni él ni nadie, pero Powlo no necesitaba saber eso—. Sólo escuché que había alguien aquí abajo. Quería pasar a… saludar. A presentarme. Soy Han.

—Han —repitió Powlo.

—Sí, ese soy yo. Y tú eres Powlo, ¿ves? Ya somos amigos.

El fuego crujía mientras Powlo pensaba en lo que Han había dicho. Dio otra mordida y masticó, pero no apartó los ojos de Han.

Han observó con cuidado lo que Powlo tenía en las manos. Fuera lo que fuese, tenía piernas, muchas piernas, y no era la extremidad de algún ser humano.

—Bueno, más vale que siga por mi camino —por fin dijo Han—, o Próxima vendrá a buscarme. Fue un placer conocerte, Powlo —Han se despidió y empezó a alejarse de la grieta de la pared.

—Espera, Han.

Han se quedó congelado.

—¿Visitas de nuevo? —preguntó la criatura con un sollozo.

—Mmm, claro. Por supuesto.

Powlo hizo una mueca, mostrando sus filosos dientes. No: estaba sonriendo.

—¡Vemos pronto! —dijo.

—Cuenta con ello —aseguró Han. Se despidió con la mano y huyó por el pasillo hacia el escondite de los Gusanos Blancos. El guardia de la entrada parecía decepcionado de ver que Han entraba justo en el último minuto posible, un segundo antes de que pudiera cerrar la puerta.

Había tenido razón al confiar en su suerte.



Qi'ra llegó al inicio de la fila en la cafetería. Sumergió un cucharón en la olla gigante y dejó caer en su tazón la viscosa sustancia que pretendía desayunar. Era verde y gris con puntos negros y sabía a lodo en escabeche. Pero, en todos sus años con los Gusanos

Blancos, nunca se había enfermado por comer eso, lo que significaba que obligarse a comer era lo mejor que podía hacer. Día tras día.

Claro que si ganaba el cargo que recién se había abierto podría comer pescado, para variar. Quizá hasta un pedazo de fruta de vez en cuando.

Pensar en el ascenso hizo que volteara hacia la puerta. Todos los demás granujas que estaban siendo considerados para el trabajo ya habían regresado de sus asignaciones nocturnas a tiempo. Todos menos uno: un humano llamado Han. No creía que él fuera una competencia dura, especialmente si volvía a llegar tarde. Lady Próxima odiaba los retrasos y, quizá más importante aún, no confiaba en nadie que no pudiera seguir sus exigencias irracionales.

Qi'ra llevó su tazón a una de las muchas mesas redondas que estaban esparcidas por la cafetería. Cada mesa tenía lugar para seis humanos o grindalids y, aunque la mayoría estaban hechas de madera mohosa, sus gruesas e irregulares formas le recordaban a Qi'ra nenúfares gigantes. De hecho, el escondite entero de los Gusanos Blancos hacía que Qi'ra se sintiera como si estuviera en un pantano. Las paredes eran oscuras, los pisos húmedos, había algas por doquier y además estaban esas mesas de nenúfares.

En la mesa ya había otros dos: Rebolt, un niño humano alto de hombros anchos y perpetuo ceño fruncido; y Tsuulo, un rodiano de piel verde, una antena caída y una alegre disposición que casi compensaba el hecho de que Qi'ra no entendiera ni una palabra de lo que decía.

—Han aún no regresa —anunció Rebolt mientras Qi'ra se sentaba en la mesa.

—Así es —asintió Qi'ra—. Tarde otra vez.

—Bien —añadió Rebolt antes de zambutirse en la boca una cucharada de comida.

Además de ella y Han, Rebolt y Tsuulo eran los candidatos más fuertes para el ascenso. Rebolt seguramente pensaba que Han era su competencia más fuerte. Qi'ra tomó un bocado de alimento para esconder su sonrisa. Rebolt no tenía ni idea de quién era su verdadera competencia.

Tsuulo lanzó una pregunta en huttés.

—Son *sabuesos*, no perros —respondió Rebolt, irritado—. Y están en la perrera, alimentándose.

—Esos bísquets que les das son mejores que esto —murmuró Qi'ra dejando caer un pedazo de su comida desde la cuchara hacia el tazón.

Los sabuesos de Rebolt casi nunca se iban de su lado. Eran feroces y enormes bestias que babeaban casi tanto como comían, y a Qi'ra no le molestaba que Rebolt hubiera llegado a desayunar sin ellos esa vez.

Tsuulo dijo algo más, pero lo único que Qi'ra entendió fue «Han». La cabeza de Rebolt se elevó y Qi'ra siguió su mirada hacia la entrada en donde estaba el mismísimo Han, caminando. Estaba sucio y desarreglado, la suciedad de las alcantarillas cubría sus botas.

La alarma del toque de queda empezó a sonar.

—Como siempre —gruñó Rebolt—. Justo a tiempo.

Qi'ra compartía su desagrado, pero mantuvo el rostro sin emociones. Siempre lo hacía.

—Alguien tiene que descubrir a dónde va —dijo Rebolt—, por qué siempre llega tarde o casi tarde.

Rebolt quería información que perjudicara a Han, algo que lo descalificara en la lucha por el ascenso. Qi'ra no quería a Han más que Rebolt, pero eso no significaba que fuera a ayudarlo.

Ella mantuvo la mirada fija sobre Han mientras él avanzaba rápidamente por la hilera, tomaba su tazón y lo llenaba de comida.

—Hola —saludó Han sentándose en la mesa.

—Hola —respondieron todos al unísono.

Los cuatro casi siempre se sentaban juntos. No es que fueran amigos ni mucho menos, pero eran de los más viejos en la pandilla y de los primeros en ser aceptados en los Gusanos Blancos sin ser grindalids. Habían sobrevivido mucho tiempo en ese lugar y solían mantenerse juntos.

Casi siempre comían en silencio mientras los otros los veían desde sus mesas. Las cosas habían estado tensas últimamente: todos sabían que uno de ellos cuatro tendría el ascenso a Cabeza y los grindalids odiaban la idea de tener que recibir órdenes de un humano o rodiano. Pero tenía sentido. Los grindalids necesitaban de un traje de ambiente para permanecer en la superficie de Corellia por un prolongado tiempo. Sus caparazones blancos y segmentados no podían soportar demasiado aire seco o luz. Los humanos y el rodiano podrían llevar a cabo negocios donde y cuando fuera, no necesitaban un traje caro que mantener y esa era la razón por la que Lady Próxima había estado reclutando humanos los últimos años. Nombrar a uno de ellos como su nuevo líder era la decisión más lógica para ella.

—Han —empezó Rebolt y Qi'ra no pudo evitar voltear la mirada, segura de que Rebolt estaba a punto de ser torpe, arrogante y humillado por Han, que era mucho más inteligente.

—Rebolt —dijo Han con la boca llena de comida.

—Casi llegas tarde. De nuevo.

—Tú dices *casi tarde*, pero yo lo llamo *a tiempo*. Llegué a tiempo, de nuevo.

—¿A dónde vas siempre? ¿Qué es tan importante que te arriesgas llegar tarde al toque de queda?

—Guau, ¿soy yo o este fango sabe especialmente pescadoso hoy? —dijo Han.

—Muy pescadoso —asintió Qi'ra. Han tenía una forma muy eficaz de despistar a la gente. Rebolt estaba tratando de ser asertivo, pero con unas pocas oraciones, Han le daría la vuelta a la situación. Ella creía antes que era parte de una estrategia cuidadosamente elaborada por Han, pero ahora sabía que no era así. No había nada estratégico en Han, todo lo que hacía era por instinto.

Tsuulo dijo algo, pero Qi'ra sólo entendió la palabra «quemado».

—Sí —estuvo de acuerdo Han—. Definitivamente lo cocieron de más.

—No cambies el tema —refunfuñó Rebolt—. Quiero saber dónde estabas.

—¿No trajiste a los perros hoy? —preguntó Han raspando el tazón con su cuchara—. ¿Les pasó algo?

Rebolt estaba enfurecido y Tsuulo dijo algo.

—Cierto. Mi error —dijo Han—. *Sabuesos*, no perros.

Qi'ra entendía muy bien el deseo de Rebolt de saber a dónde había ido Han, si estaba haciendo labores extra para Lady Próxima o algo que pudiera darle una ventaja. Qi'ra también quería saberlo, pero el ataque directo de Rebolt estaba destinado a fracasar y él no podía verlo.

—Le diré a Lady Próxima que debería pedirle a alguien que te siga —anunció Rebolt.

—Sí, hazlo —dijo Han—. Desperdicia los recursos de Próxima así y tendrás que ser que un pandillero más para siempre.

Rebolt empezó a quejarse, pero Qi'ra dejó caer su tazón con fuerza y los otros tres la miraron.

—Todos tienen secretos —le dijo a Rebolt. Si un ataque directo no funcionaba, a veces era necesario atacar de forma lateral—. Como bien dijiste, nadie sabe a dónde va Han después de su turno.

Han entrecerró los ojos al ver a Qi'ra, sin estar seguro de qué pensar. «Bien», se dijo ella.

—Por ejemplo —continuó con calma—, nadie sabe por qué la antena izquierda de Tsuulo está caída. Es demasiado joven para que sea por la edad. Algo le pasó.

Tsuulo frunció el ceño.

—Te daré otro ejemplo: nadie sabe de dónde sacaste a tus sabuesos, Rebolt, o cómo un pobre niño de los Gusanos Blancos, como tú, puede pagar su alimento y entrenarlos.

Una orilla de la boca de Han se convirtió en una diminuta media sonrisa.

—Así que te sugiero que lo olvides —dijo Qi'ra—. O alguien se verá tentado a hacerte preguntas incómodas.

—¿Estás amenazándome? —preguntó Rebolt.

—Claro que no —respondió Qi'ra tratando de sonar indignada—. Estoy *ayudándote*. Y no tienes nada que agradecer.

Rebolt turnaba su atención entre ella y Han, pero a diferencia de otras veces eligió sabiamente y no dijo nada.

—¿Eso significa que tú también tienes un secreto, Qi'ra? —preguntó Han acercándose a ella.

Su rostro aún tenía dibujada esa sonrisa torcida. Ella odiaba esa sonrisa. Cada vez que la veía le daban ganas de golpearlo en la cara.

—Todos tienen secretos —dijo ecuánime, consciente de que el truco era no dejar que Han te pusiera a la defensiva—. Si te dijera el mío tendría que ir a buscar nuevos secretos.

Los ojos de Han no se apartaron de ella aun cuando Qi'ra regresó su atención al tazón de comida.

Tsuulo dijo algo que hizo que los dos niños se rieran.

—¿Qué dijo? —preguntó Qi'ra—. Tsuulo, ¿qué dijiste?

—Dijo que no es un secreto el hecho de que te ves hermosa hoy —respondió Rebolt—. ¿Verdad, Han?

—Y que eres la joya de la guarida de los Gusanos Blancos —asintió Han—, eso no es un secreto.

—Y que el sol corelliano es una sombra oscura comparado con tu… —molestó Rebolt—, mmm, algo muy brillante.

En ese momento Tsuulo se echó a reír.

—Está bien, no me digan —dijo Qi'ra, asegurándose de que su rostro mostrara un ceño fruncido. Dejar que se burlaran de ella era algo bueno, los relajaría y haría que la subestimaran.

Un alboroto del otro lado del salón llamó su atención. La escotilla redonda que daba al santuario interior se abrió y dos pequeños grindalids entraron al cuarto con miradas amenazadoras sobre sus pálidos y blancos picos. Los seguía de cerca Moloch, el Worm que era la mano derecha de Lady Próxima. Aún llevaba puesto un traje ambiental, una túnica café teñida de gris por los contaminantes de las alcantarillas. La túnica estaba aislada con capas de aire húmedo, alrededor de su cuello tenía un aparato soplando vapor blanco por toda su arrugada y blanca piel y hacia sus rasgados y largos orificios nasales. En una mano llevaba una vara eléctrica de color marfil, una vara que de vez en cuando aparecía en las pesadillas de Qi'ra. Desde lejos se veía hermosa, esculpida con la misma gracia que los tallos de las flores y plantas pero, de cerca, los tallos se convertían en tentáculos que rodeaban la vara hasta la punta, casi como si pudieran sentir dolor.

Moloch debía de estar regresando de la superficie. Qi'ra se preguntó en dónde habría estado y qué tipo de secretos guardaba.

—¡Han! —rugió Moloch.

Han brincó y su tazón cayó al suelo, llamando la atención de los recién llegados. El grindalid caminó hacia ellos, su túnica se arrastraba por el suelo.

—¡Ja! —rio Rebolt—. Después de todo, sí estás en problemas por haber llegado tarde.

Qi'ra casi se sentía mal por Han. Próxima nunca llamaba a alguien después de su turno a menos que hubiera hecho algo malo. Al menos él ya no sería competencia para *su* ascenso.

—Y Qi'ra también —dijo Moloch, señalándola—. Lady Próxima quiere hablar con ustedes dos.

El corazón de Qi'ra se hundió mientras ella y Han se miraban aterrorizados.

Renuente, Qi'ra se levantó de la mesa, aunque su tazón todavía tenía un par de bocados. Tsuulo se estiró para tomarlo, pero antes de hacerlo la miró: ella asintió y permitió que se lo llevara. Había perdido su apetito.

—Toma, amigo —dijo Han, empujando su tazón también. El hocico del rodiano se transformó en lo que para Han era una enorme sonrisa—. Acabemos con esto —anunció al levantarse.

Rebolt hizo su silla hacia atrás y se levantó como si fuera a acompañarlos, pero Moloch lo empujó hacia su asiento.

—Sólo Han y Qi’ra —gruñó.

Rebolt se tensó como si estuviera listo para pelear, pero Moloch era más grande que él, de la misma manera que Rebolt era más grande que los demás niños humanos, y Rebolt sabía que no debía empezar una pelea que no pudiera ganar.

—¿Qué? ¿Por qué sólo ellos?

—No es de tu incumbencia, basura.

—¡Lo que sea que ellos pueden hacer para ella, yo puedo hacerlo mejor! Soy leal, puntual y…

—Tus sabuesos están hambrientos —dijo Moloch tomándolo por detrás del cuello.

—¿Qué…?

—Ve a alimentar a tus sabuesos —ordenó Moloch—, o tú serás su alimento.

Rebolt se quedó congelado por un instante y después asintió. Qi’ra cambiaría de lugar con él en un nanosegundo si pudiera. Él creía que esa extraña reunión a la luz del día era algún tipo de privilegio. Qi’ra sabía que aquello sólo podía significar problemas. El rostro preocupado de Han decía lo mismo.

—Síganme. Ahora —ordenó Moloch a Han y Qi’ra. Después se dio la vuelta y caminó sin verlos, esperando que lo obedecieran.

Tsuulo ignoró a todos mientras devoraba felizmente la comida extra que le habían cedido, pero Qi’ra sentía clavada la mirada furiosa de Rebolt mientras ella y Han seguían a Moloch hacia el cuarto de audiencias.

Dos Gusanos Blancos estaban parados afuera de la gigantesca escotilla. Parecía ser la puerta deslustrada de una nave. Esos túneles y cuartos subterráneos eran viejos y los rumores decían que la guarida de la pandilla había sido un enorme centro de producción. Algunos cuartos aún tenían maquinaria vieja, como grandes prensas de acero, unos pocos tornos e incluso un tanque industrial vacío y oxidado.

Algunas de las tenues luces sobre sus cabezas aún funcionaban gracias a Tsuulo, el genio local de la guarida, que había ingresado ilegalmente a la fuente de electricidad de una fábrica cercana. Además, tres bombas sépticas controlaban el nivel del agua. Pero esas sólo eran tres de cinco bombas que había en el escondite; por esa razón, el salón de audiencias, que los chicos conocían como «el sumidero», estaba inundado de agua mugrosa, viscosa y oxidada.

Detrás de la puerta había un túnel redondo que llevaba al estanque subterráneo de Lady Próxima.

Qi’ra y Han dieron un paso al frente para entrar, pero Moloch colocó su enorme mano en el hombro de Han, deteniéndolo.

—Qi’ra entra sola —le dijo—. Tú pasarás después.

Ella y Han se miraron, confundidos. Moloch le dio un empujón hacia el frente y ella sintió el húmedo aire del túnel. Estaba sola.

Dio unos pasos al frente, confiada de sí misma. De algo estaba segura: mientras más nerviosa se sintiera, más confiada debía mostrarse. Siguió el túnel hasta su final justo en la orilla del estanque. Las paredes del sumidero se elevaban alrededor del estanque, dando la impresión de ser un antiguo canal de ventilación que se prolongaba hasta la superficie en búsqueda de aire fresco. La luz del día se filtraba entre algunas ventanas angostas en la parte superior del canal, como si fueran la promesa de un futuro mejor, pero la mayoría de las ventanas estaban pintadas de negro, apenas unos cuantos rayos alcanzaban el fondo.

Qi’ra enfocó su atención en la única cosa que importaba. Lady Próxima había emergido del centro de la cisterna, como si fuera un castillo grindalid rodeado por una fosa grasosa. Vestía un atuendo que era mitad armadura y mitad joyas, pero todo estaba hecho de piezas de maquinaria recolectada de los basureros de las fabricas corellianas. Parecía ser la promesa de que, aunque estuviera obligada a vivir bajo tierra, convertiría la industria de ese planeta en su fuente de poder y fortuna.

Qi’ra admiraba eso. En ella veía un modelo de conducta.

Lady Próxima la veía fijamente desde arriba, mientras flexionaba las garras de sus brazos, pues era más alta que ella. El pico blanco de su rostro parecía un hacha, lista para caer sobre su presa más cercana. Cuando sonrió, su boca se llenó de baba e hizo que se viera como un serrucho por tantos dientes. Sin duda, Lady Próxima pretendía que el gesto fuera reconfortante.

—Qué bueno es verte, Qi’ra querida —siseó.

—Buenos días, Lady —respondió Qi’ra con una postura perfecta, aunque su corazón latía tan fuerte que pensó se le saldría del pecho.

Lady Próxima miró a sus leales soldados. Qi’ra no sabía si les ordenaría que salieran o atacaran.

Entonces la puerta se cerró y se quedó a solas con Lady Próxima.



A Han no le agradaba para nada esa situación. Se quedó viendo fijamente hacia la puerta, esperando que Qi’ra estuviera bien.

No es que le importara la chica: era engreída, difícil de leer y demasiado inteligente. Trataba de pasar desapercibida, pero Han sabía que Qi’ra era su mayor competencia para el cargo de Cabeza. Su vida sería mucho más sencilla si algo desafortunado le ocurriera.

Pero no podía desearle el mal. Qi’ra podía ser presuntuosa e inescrutable, pero nunca había sido mala con él. A diferencia de Rebolt y Moloch. Además, no era fea. También a diferencia de Rebolt y Moloch.

A Han los minutos se le hicieron interminables. Detrás de él podía escuchar el ruido de tazones siendo recogidos, sillas arrastrándose y a los Gusanos Blancos platicando. Los

ruidos poco a poco fueron extinguiéndose cuando todos terminaron su desayuno y se encaminaron hacia los cuartos o túneles para dormir un poco antes de que el día corelliano se convirtiera en noche y de nuevo fueran enviados a trabajar.

Pronto, Han se quedó solo, de no ser por Moloch y los dos Gusanos Blancos que resguardaban la puerta hacia el sumidero.

Un droide atraparratas pasó frente a sus botas. El pequeño tanque había sido un droide conserje en algún momento, pero Tsuulo lo había reprogramado para que atrapara a los roedores. En ese momento, la guarida contaba con una pequeña flota de droides que lograban cazar varias ratas screer y vervikks al día, que los integrantes de la pandilla agregaban a su dieta como proteína.

Han suspiró. Realmente necesitaba el cargo de Cabeza. Quería dejar de comer ratas todos los días.

—Entonces… —le dijo Han a los guardias para romper el silencio. Hasta su voz se escuchaba demasiado fuerte dentro de ese cuarto vacío—. ¿Han tenido una larga noche?

Moloch hizo un ruido con su boca que pudo haber sido una amenaza o un movimiento para sacar algo de entre sus dientes, pero no dio mayor respuesta. Los otros Gusanos no dijeron nada, sólo vieron al frente como si él no estuviera ahí.

—¿Tienen alguna idea de por qué Lady Próxima quiere vernos a Qi'ra y a mí? —intentó de nuevo.

Uno de los guardias lo miró con desprecio, pero no dijo nada.

—Bien… —intentó Han por última vez, sólo porque hablar era mejor que estar ahí sentado, esperando—. Tenemos un juego de sabacc en el cuarto de dormir. Jugamos todas las noches antes del trabajo, deberían acompañarnos alguna vez.

Nada.

—Apenas estoy aprendiendo. ¿Ustedes saben jugar sabacc?

Bien pudo haber estado hablando con una o hasta tres paredes. Levantó los hombros, parecía estar listo para rendirse.

La puerta se abrió y una oleada de aire caliente y húmedo casi lo hizo estornudar. Qi'ra salió corriendo, con los ojos tan indescifrables como siempre, pero tenía los hombros tensos y la mandíbula apretada. Tenía el cabello negro y era pequeña, casi una cabeza más baja que Han, pero de alguna manera su presencia podía llenar cualquier cuarto. Eso lo hacía sentirse intranquilo.

—¿Qi'ra? ¿Estás bien?

Ella lo ignoró y siguió avanzando sin mirar a la izquierda o a la derecha, fue directamente al túnel que daba a las alcantarillas.

—¡A mí también me dio gusto hablar contigo! —gritó Han.

—Entra, rata de alcantarilla —ordenó Moloch empujando a Han con su horrible vara eléctrica.

—Está bien, está bien. Ya voy —dijo Han levantando las manos. La puerta del túnel se cerró detrás de él.

Lady Próxima se elevó desde el centro del sumidero. El agua se regaba por las orillas del estanque. No vestía más que cadenas y láminas de metal, lo que le parecía bastante impráctico a Han. «Debe de tener mucho frío, y tanto metal se ha de oxidar bajo el agua y seguramente irrita su piel». Definitivamente, eso no era para él, quien prefería tener botas y una chamarra que le proporcionaran calor. Pero cada uno tenía sus preferencias y él no iba a juzgarla.

El agua se movió y Han recordó que bajo el agua turbia también estaban escondidas, cerca de la gigantesca grindalid, sus más recientes crías. No tenía idea de cuántas crías podía tener a la vez, quizá cientos de pequeños gusanos, todos pidiendo espacio y alimento. Estaba agradecido de que estuvieran tranquilos en ese momento, y de no poder verlos.

El resto del cuarto estaba tranquilo, ni siquiera los tenientes más leales a Próxima estaban ahí. Eso hizo que la nuca de Han cosquilleara, el sumidero siempre estaba lleno de Gusanos. Algunos incluso dormían ahí, pero por alguna razón Próxima los había sacado a todos.

—Han, querido —empezó—. Tengo una tarea muy especial para ti.

—Por supuesto, Lady —respondió rápidamente—. Lo que sea que necesite —dijo, pero su corazón se hundió: cualquiera que fuera la tarea, no quería que nadie más lo supiera, lo que significaba que era peligrosa, así que ella lo consideraba alguien remplazable. No era más que una rata de alcantarilla para ella. Adiós al ascenso que tanto quería.

Eso sin mencionar que no dormiría ese día. Próxima lo había mantenido ocupado las noches anteriores, corriendo por Coronet para recolectar pagos, conseguir información y recoger pequeños envíos. Después de eso él tenía que atender sus propios negocios, lo que siempre resultaba en una carrera hacia la guarida para llegar antes del toque de queda. A veces apenas podía mantenerse despierto durante el desayuno y era un alivio dejarse caer sobre su sucia y húmeda cama.

Pero hoy no podría dormir.

—Quiero que vayas a la Fundidora —dijo ella.

—Claro, sin problemas. —Había ido a la Fundidora muchas veces antes; de hecho, hasta tenía un amigo ahí.

—Ve por los túneles y entra por el sótano. La puerta de acceso estará abierta para ti.

—Puerta de acceso. Entendido.

Lady Próxima se inclinó hacia adelante sobre su pedestal e hizo un chasquido con su pico: era el ruido que los grindalids hacían cuando tenían hambre.

—Han, querido, nadie debe verte entrar o salir. Sin importar lo que pase. ¿Entiendes?

—Claro —respondió él, parpadeando—. Puedo hacerlo. —La Fundidora tenía a miles de empleados corellianos que se dedicaban a fabricar componentes básicos para las naves del Imperio y algunos otros intereses. Incluso el sótano podría estar ocupado—. Sin problema. ¿Necesita que traiga algo? ¿O hay un mensaje que quiere que…?

—Sin preguntas, niño —siseó ella, interrumpiéndolo—. No esta vez.

Han apretó la mandíbula y esperó.

—En el sótano —continuó—, encontrarás a un contacto. Te preguntará qué has estado haciendo, deberás responder que desempolvando las cosechas, el trabajo más fácil de la galaxia. Ahora, repite lo que te acabo de decir.

—He estado desempolvando las cosechas, el trabajo más fácil de la galaxia.

—Bien, niño. Si no usas esas palabras exactas… bueno, te extrañaré muchísimo.

—Ya veo… —Era justo como temía. Lo estaba enviando en esa tarea porque lo consideraba remplazable.

—Después de que digas esa frase —continuó Lady Próxima—, recibirás más instrucciones que deberás seguir al pie de la letra. ¿Entiendes?

—Sí, honorable Lady. —Una ligera capa de sudor se estaba empezando a formar en su frente.

—Te envío a ti porque necesito a alguien que sea discreto. No debes decirle a nadie sobre esta tarea y debes mantenerte alerta en todo momento. Podría haber… complicaciones.

Han abrió la boca para preguntar qué tipo de complicaciones, pero la cerró en cuanto recordó que no debía hacer preguntas.

—Sabes lo mucho que cuido a mis hijos —dijo Lady Próxima—. Y me duele tener que enviar a mi querido niño humano en una misión tan peligrosa, pero si todo sale bien, haces exactamente lo que te pido y regresas a salvo… —continuó después de hacer una pausa para mantenerlo en suspenso—, estoy preparada para nombrarte Cabeza de los Gusanos Blancos.

Han tuvo que ahogar un grito de emoción, no podía creer su suerte. De pronto la tarea más peligrosa que había tenido se había convertido en la mejor oportunidad de su vida. Podía hacerlo, tenía que hacerlo. Dormir podía esperar.

—No me decepciones, querido —advirtió ella tratando de darle una amorosa mirada de la misma manera que una madre a su hijo. Han sabía que no debía confiar en esa mirada. Cada vez que lo veía así, él se sentía como una jugosa araña a punto de ser devorada por un mono lagarto.

—¿Cuándo la he decepcionado, honorable Lady? —Ella sonrió y las esquinas de sus ojos se llenaron de arrugas. Lady Próxima fingía que las opiniones de los demás no le afectaban, especialmente las de sus hijos, los Gusanos Blancos, pero le gustaba que la halagaran. Después sacudió su fragmentada y pálida mano por el aire—. Ahora vete, necesito descansar.

—Sí, Lady.

La puerta se abrió y salió del sumidero haciendo una reverencia mientras se iba.

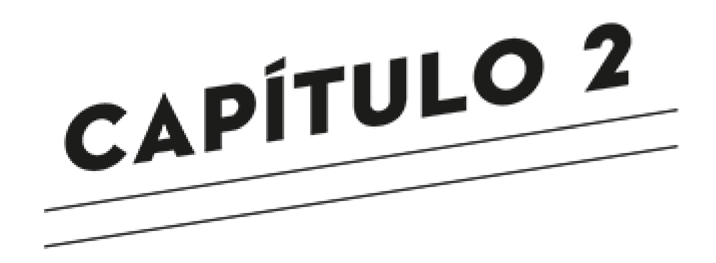
Cuando se cerró detrás de él, Han se recargó en la puerta y dejó escapar un suspiro. Odiaba tener que decirle a Lady Próxima todo lo que quería escuchar. Odiaba ser tan lamebotas. Claro que se trataba de una decisión calculada, esencial para la supervivencia de una rata de alcantarilla colleriana como él. Pero se sentía mal, iba contra su naturaleza.

Si obtenía el ascenso, por fin tendría un poco de autoridad, de libertad. Sin mencionar mejor comida y un poco más de tiempo para dormir. Tal vez hasta un nuevo par de botas. Y por fin podría decirle al desgraciado de Rebolt que se fuera a la…

—Camina, Han —dijo Moloch levantando su vara para mostrarle el camino: fue un gesto simple que no pretendía amenazarlo—. Tienes trabajo que hacer.

Han se fue corriendo por el mismo túnel que Qi'ra había atravesado unos minutos antes. ¿Qué le había dicho Próxima a ella? Qi'ra casi nunca mostraba emociones, así que por la expresión de su rostro debía ser algo terrible. Esperaba que la chica estuviera bien.

Se agachó al atravesar las alcantarillas y se dirigió a la Fundidora.



Qi’ra encontró lo que Lady Próxima le había pedido justo donde le dijo, en la salida de las alcantarillas cerca del parque. Era un paquete sin marcas, hecho de piel y a prueba de agua. Dentro estaba el atuendo que Próxima le había prometido, una falda que se detenía a la altura de sus rodillas, unos mallones negros, una hermosa blusa roja que le robó un suspiro de placer a Qi’ra y una chamarra de vuelo beige que le llegaba perfectamente a la cintura. Tomó la ropa y la acercó a su nariz para olerla de cerca: las prendas habían sido rociadas con algún tipo de perfume floral para encubrir el olor de las alcantarillas. Sería una de las cosas más hermosas que hubiera usado. Tal vez cuando todo eso acabara podría quedarse con la ropa.

Qi’ra se cambió de vestimenta y se detuvo un momento para admirar el color de la blusa: ¡era de un hermoso rojo intenso! Después abrió la puerta y dejó entrar el rayo del sol.

Tal vez decir *sol* fuera demasiado: era un típico día corelliano lleno de nubes y neblina. Décadas de albergar tantas fábricas habían vuelto el cielo del planeta de un color similar al del barro, Qi’ra a veces pensaba que el mundo entero se estaba oxidando.

Pero comparada con la casi inexistente luz en las alcantarillas de noche, esa poca se sentía tan fuerte como un sol.

La alcantarilla llevaba a un riachuelo artificial que atravesaba un parque lleno de pasto. Era uno de los pocos lugares verdes en Ciudad Coronet. Estaba justo en las afueras de la capital, lejos del olor a pescado, a vapores y a desechos de las fábricas. El espacio verde sólo estaba ahí por los elegantes hoteles que lo rodeaban, era donde los dignatarios imperiales y otras personas influyentes de negocios creían que era importante que los huéspedes tuvieran algo bonito que ver.

Más importante aún, la espesa vegetación era un perfecto escondite para los Gusanos Blancos que necesitaban llegar a las afueras de la ciudad sin ser vistos.

Pero ese día, Qi’ra debía ser vista.

«Eso es lo más extraño», pensó mientras se asomaba entre los arbustos y esperaba el momento perfecto para mezclarse entre los transeúntes. Lady Próxima nunca le había pedido que fuera *llamativa*.

—Necesito a alguien atractiva para esta tarea —le había dicho—. Alguien elegante. Tienen que verte entrar y salir del hotel.

Qi’ra pensó que esa idea era extrañamente emocionante: no tendría que esconderse. Y el mensaje que debía entregar era… lo más extraño y excitante que pudiera pensar. No podía esperar a que las palabras salieran de su boca.

Lo más asombroso de todo era la promesa de Lady Próxima. Si todo salía bien, Qi’ra sería ascendida a Cabeza. No podía creer su suerte, era una oportunidad increíble y en las próximas horas haría todo por conseguirlo.

Entonces el tráfico peatonal bajó, Qi’ra echó atrás los hombros, levantó la cabeza y dio un paso de los árboles al camino empedrado como si tuviera el derecho de estar ahí.

Una persona, una humana con cabello rubio, le lanzó una mirada extraña, pero nadie más parecía siquiera fijarse en ella al llegar desde el riachuelo. Caminó con seguridad, fingía ignorar a todos, pero no podía dejar de ver que, aunque su blusa roja era lo más hermoso que había usado, seguía estando muy mal vestida en comparación con los demás. Sólo las personas más ricas de Corellia vivían en ese distrito.

Qi’ra siguió el camino hasta su destino, el Centro Buckell, un enorme hotel y centro de negocios. Era uno de los edificios más grandes del planeta y se extendía por una de las pocas colinas de la ciudad como si fuera una araña abrazándola. Se decía que era el único edificio en Corellia que podía comparar su belleza y lujo con aquellos de Coruscant.

Al menos eso les había dicho Tsuulo. Él había nacido en Coruscant, así que era el único que sabía, o tal vez sólo era una mentira para tratar de impresionar a todos.

El camino empedrado rodeado de árboles terminó abruptamente y Qi’ra se encontró frente a una autopista. Varios speeders pasaban a toda velocidad; la mayoría de ellos eran hermosos y lujosos, nada parecidos a los que estaba acostumbrada a ver por la ciudad. Un holoanuncio frente a ella mostraba un filtro de aire para los hogares que garantizaba proteger a los niños de la contaminación corelliana. A lo lejos, el cielo estaba lleno de naves que aterrizaban y despegaban del puerto espacial.

Un túnel peatonal bien iluminado le permitió cruzar la autopista. Caminó como si perteneciera ahí y pronto salió a un camino de columnas que llevaba al Centro Buckell. Lo que vio hizo que se le detuviera el corazón.

Enmarcando la entrada estaban dos torretas, cada una del tamaño de una nave pequeña. Zumbaban y siseaban, girando sobre su propio eje. Qi’ra mantuvo la cabeza en alto y caminó con seguridad entre ellas.

Una giró donde estaba ella y Qi’ra aguantó la respiración. Las luces de la torreta se encendieron y su barril cobró vida con un arranque de electricidad. Después de unos segundos la torreta decidió cambiar su atención a otro peatón.

Qi’ra siguió caminando como si nada hubiera pasado, aunque su mente estaba acelerada. ¡Había torretas inteligentes para defender el Centro Buckell! ¿Qué significaba eso? Nada bueno, al menos de eso estaba segura.

Esquivó un par de lujosos speeders que dejaban a huéspedes. Estaba a punto de llegar a la entrada cuando la oscuridad la envolvió, como si se tratara de un manto que cubría al sol por completo.

Varias personas ahogaron un grito y hasta un droide de protocolo levantó la mirada. Qi'ra siguió sus miradas.

Un destructor estelar se había detenido sobre ellos y flotaba en el aire. Tsuulo les había dicho que, para flotar, el destructor imperial debía mantenerse en la mesósfera del planeta, pero aun a esa distancia era lo suficientemente grande para convertir el día en noche.

No era el primer destructor que veía. Se habían convertido en algo común en los cielos corellianos gracias a las fábricas que producían los componentes específicos que necesitaban los proyectos imperiales. Aun así, tembló al verlo, parecía un mal augurio. Entre eso y las torretas, Qi'ra estaba en alerta máxima cuando entró por las puertas de cristal del centro.

Al entrar, su paso se detuvo. Nunca había visto tanto lujo. Había detalles dorados sobre cada superficie, en el marco de cada pintura y alrededor de los espejos. Los árboles frutales tenían el doble de comida que todas las porciones juntas de la guarida. Los sillones estaban colocados en grupos a lo largo del *lobby* y se veían más cómodos que cualquier cama en la que ella se hubiera acostado. Tal vez podría tomar un par de almohadas cuando saliera de ahí…

Pero esa no era la razón por la que estaba en ese lugar, así que se obligó a recordar que su misión era ser vista. El *lobby* estaba lleno de huéspedes de un sinfín de especies, droides y hasta un par de stormtroopers que la habían observado. Hasta el momento, el plan marchaba a la perfección.

Se acercó al largo escritorio del *concierge*. Una humana aburrida y con arrugas prematuras sobre sus ojos le presentó una sonrisa forzada.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó.

—Estoy aquí para una reunión —dijo Qi'ra con la cabeza levantada—. ¿Me puede llevar hacia el Salón Obsidiana?

—Tome el tranvía de cristal hasta el vestíbulo del *penthouse* —dijo la *concierge*, señalando con la mano—. Está en la cima de la colina, es la última parada del tranvía. Hallará el Salón Obsidiana al final del pasillo, más allá de las residencias personales.

Eso sonaba fácil.

—Gracias —dijo Qi'ra.

Aunque sólo le quedaban unos pocos minutos para llegar a tiempo a su reunión, se detuvo un instante para mirar todo lo que había en el *lobby*.

Qi'ra siempre tenía un plan de respaldo. Siempre. Le había salvado la vida más de una vez. Así que tomó nota de la oficina de cristal detrás del *lobby*. Los escritorios podrían servir de protección si tan sólo pudiera esquivar a los droides guardias. A su izquierda había una caseta de vigilancia y todos los guardias tenían armadura y bláster, pero sus uniformes eran de una compañía privada, no del Imperio. Aun así, debería de cuidarse de ellos en caso de que algo pasara. Un pasillo se extendía por su derecha y daba a un salón de baile, también protegido por droides guardias. Hacia el fondo había otra salida de tranvía que se dirigía al puerto espacial. Finalmente vio lo que estaba buscando:

una puerta sin marcas y un panel de acceso, un poco escondido por una maceta. Una mujer de cabello gris se acercó e ingresó el código de acceso. Qi'ra se acomodó para poder ver la secuencia y la memorizó.

Esa sería la puerta que usaría en caso de que necesitara huir. Un pasillo para empleados era su mejor opción para encontrar las alcantarillas y evitar salir por las puertas principales en donde las torretas la esperaban.

El conocimiento siempre la hacía sentirse mejor. Tomó ánimo y se dirigió hacia el tranvía de cristal que la *concierge* le había indicado. Adentro ya había varios seres: dos humanos, un droide y un pequeño y peludo alienígena cuya especie nunca había visto.

Todos dieron un paso a un lado para que ella pudiera seleccionar el botón que la llevaría a su destino: el vestíbulo del *penthouse*.

Las puertas corredizas se cerraron y Qi'ra por poco cae al suelo cuando el tranvía aceleró hacia su destino. Se suponía que debía estar tranquila y aparentar elegancia, pero no pudo evitar ver el paisaje como si fuera una turista de otro planeta. El tranvía se deslizaba por las afueras del Centro Buckell y avanzaba por la colina, ofreciendo una vista incomparable de la ciudad de Coronet y sus sucios mercados, atascados de autopistas en el centro, fábricas humeantes y puertos en las orillas de la ciudad. Más allá de todo había un enorme puerto espacial con una de las capacidades más vastas de toda la galaxia. Qi'ra se sintió como si estuviera volando, sin nada más que aire y velocidad entre ella y el cielo corelliano. La ciudad pronto se volvió borrosa ante ella —por la contaminación, por la distancia, por la tristeza— pero conforme el tranvía siguió avanzando, todo volvió a cristalizarse. El hombre a su lado suspiró.

Habían superado la línea de esmog y el cielo tenía el más glorioso color cerúleo que hubiera visto. El esmog del color del barro se extendía por debajo como una cobija, pero en el horizonte había montañas, montañas de verdad, con manchas verdes de vida, iluminadas por la luz matutina.

Su planeta natal era hermoso. Más hermoso que lo que se hubiera imaginado.

El tranvía hizo varias paradas y poco a poco los pasajeros fueron subiendo y bajando en sus destinos. Por fin se detuvo con suavidad en el vestíbulo del *penthouse* y Qi'ra descendió, aunque hubiera querido seguir viendo el hermoso paisaje. Cerró los ojos, respiró profundamente y continuó con su tarea.

El pasillo por el que caminaba tenía puertas comunes y corrientes de cada lado, de la misma forma que el túnel en la alcantarilla tenía las entradas a sus dormitorios. Pero este pasillo se sentía mucho más largo, los techos eran más altos y prometía tener un espacio más grande y agradable que el mugroso hoyo en el que ella dormía. Cada detalle, desde las luces en las paredes hasta los números decorativos en cada puerta, parecía indicar un absurdo exceso de riqueza.

Ella miraba fijamente las decoraciones en las paredes, ¡cualquiera podría llevárselas y nadie se daría cuenta! Entonces un droide de limpieza pasó a toda velocidad y la asustó. Qi'ra casi gritó pero, en vez de eso, sonrió emocionada. Siempre se había preguntado cómo eran los droides de limpieza antes de que fueran reprogramados para atrapar ratas.

Seguía siendo una pequeña caja, pero se veía mucho más limpio, y en vez de tener pinzas llevaba cepillos para limpiar y se movía rápidamente por el pasillo, limpiando polvo tan insignificante que ella ni siquiera podía verlo.

Cuando Qi'ra levantó la mirada se dio cuenta de que había llegado a su destino, el Salón Obsidiana, una *suite* lujosa y de alta seguridad, diseñada para los visitantes más elegantes de Corellia. Levantó la mano hacia el panel de acceso y la puerta se abrió. Cómo había logrado Lady Próxima que un panel de acceso en un hotel tan lejano le diera acceso con la palma de la mano era algo tan terrorífico que prefirió no pensarlo demasiado.

Se enderezó y dio un paso al interior del salón.

La sala del *penthouse* no tenía muebles y cada una de sus pisadas hacía eco contra el piso de mármol. Desde una enorme ventana se podía ver el hermoso cielo que tanto le encantaba. Tuvo que esforzarse para ignorarlo y evaluar la situación.

Ya había otros tres sujetos ahí: un pequeño humano, con un rostro puntiagudo y parecido al de una rata, comportándose sospechosamente; una mujer de mediana edad con el cabello gris recogido y unos hombros enormes, y un droide de protocolo plateado con una abolladura en el brazo derecho. Todos la miraron cuando se acercó. Fue entonces que Qi'ra se dio cuenta de que era la única que no llevaba un arma.

En ese momento pensó que nunca había visto a un droide de protocolo con un arma. Sin duda era algo extraño.

—Qué bueno que pudiste acompañarnos —dijo el hombre cara de rata—. ¿Qué has estado haciendo?

—He estado desempolvando las cosechas, el trabajo más fácil de la galaxia — respondió sin titubear.

—Entonces empezaremos de inmediato —anunció el hombre—. Comenzaremos con la representante de los Gusanos Blancos. ¿Cuál es su oferta, señorita?

Ese era el momento que había estado esperando.

—Los Gusanos Blancos ofrecen cuatrocientos cincuenta mil créditos —dijo orgullosa y con la cabeza en alto. No podía ni imaginarse tal cantidad, ¡era demasiado dinero! Pero mantuvo su expresión tranquila, como si sólo fuera un día normal en su vida.

La mujer alta rio y el droide le lanzó una mirada extraña. El hombre cara de rata bajó la mano hacia el bláster que cargaba.

Entonces el entusiasmo de Qi'ra por la misión se esfumó. Al parecer su mensaje había sido tomado de mala manera. No era el tipo de persona que cometía errores, pero ¿tal vez se le había olvidado algo? ¿Había dicho algo incorrecto?

—Tu turno —ordenó el humano mirando a la mujer alta.

—El Sindicato Kaldana ofrece seiscientos setenta y cinco *millones* de créditos — anunció.

Qi'ra apenas si pudo mantener su rostro serio. No tenía idea por qué ofrecían esas cantidades, pero la oferta de Lady Próxima había sido tan baja que seguramente había sido tomada como un insulto.

—¿Y tú? —continuó el hombre mirando al droide.

—Es mi honor y placer informarle que los Droides Gotra ofrecen mil millones de créditos.

La decepción en el rostro de la mujer era evidente, sus dedos empezaron a acariciar el bláster que llevaba en la cintura.

—Excelente —anunció el hombre cara de rata—. Permítanme un minuto mientras reviso las ofertas con mis supervisores.

Sacó un comunicador y empezó a hablar un idioma que Qi'ra no pudo identificar. Mientras él hablaba ella repitió en su mente lo que había escuchado. «El Sindicato Kaldana. Los Droides Gotra». Su oferta había sido muy baja, pero al menos podría regresar al escondite con un poco de información. Tal vez el ascenso a Cabeza todavía podía ser suyo.

Los ojos del hombre rata se abrieron demasiado y discutió fuertemente sobre algo. Su mano seguía firme sobre el bláster. La mujer y el droide parecían listos para lo que fuera a pasar.

—Siento mucho que haya tenido que llegar a esto —dijo, después de guardar el comunicador en su bolsillo. Desenfundó su bláster y lo apuntó directamente a Qi'ra.

—¡Espera! ¡Espera! —Qi'ra levantó las manos como si estuviera tratando de protegerse mientras su mente corría a mil metros por segundo. Sabía que no podía correr más rápido que un bláster, así que necesitaba pensar en otra forma de salir del cuarto.

El hombre cara de rata no jaló el gatillo, en vez de eso, levantó una ceja, esperando escuchar lo que Qi'ra tenía que decir.

—Ya mátala —dijo la mujer—. Obviamente no se tomó esto en serio. Eso a mí me dice que es una espía. Tal vez sea de CorSec.

—Es obvio que nuestra oferta fue una ofensa —aceptó Qi'ra—. Pero represento a una de las facciones más importantes de Corellia. Estoy segura de que puedo hablar con los Gusanos Blancos y mejorar mi oferta. Vine de buena fe, desarmada, ¿ven? ¿Creen que CorSec habría venido sin armas? —Apenas si sabía de lo que estaba hablando, pero Qi'ra entendía que debía seguir hablando, de lo que fuera, al menos hasta que pensara en un nuevo plan. No había muebles en el cuarto, nada detrás de lo que pudiera esconderse, a no ser por el droide, pero hasta él podría darse la vuelta y empezar a dispararle. No había forma de salir por la puerta sin esperar a que el escáner se activara con la palma de su mano. Estaba atrapada de la peor forma posible.

La única salida era la enorme ventana y sin duda estaba construida para soportar fuertes vientos y presiones extraordinarias, quizás hasta la fuerza de un rayo. Pero tal vez el disparo de un bláster en máxima potencia podría romperla. Eso crearía una distracción suficiente para que ella pudiera escapar. Pero tenía que conseguir que alguien le disparara a la ventana.

—¿Estás autorizada para hacer una oferta más alta? —preguntó el hombre rata—. ¿Mucho más alta? —terminó levantando una ceja.

—Por supuesto —respondió Qi'ra sin dudar. Una total mentira. No tenía comunicador, recursos o poder real. Aun así, y a pesar de todo, era una mentira que debía tomarse con seriedad, como si se tratara de una oferta real de alguien que pudiera tomar decisiones. La cabeza le empezó a dar vueltas, la situación la había mareado.

—Esperen un momento en lo que contacto nuevamente a mis supervisores —anunció, y volvió a sacar su comunicador.

Mientras el hombre cara de rata hablaba, la mujer de cabello gris veía fijamente a Qi'ra.

—Cielos. Esto no está saliendo como esperaba, para nada. ¡Ofertas revisadas! Es muy inapropiado —murmuró el droide.

—*Todos* deberíamos de poder revisar nuestras ofertas —objetó la mujer—. Sería lo justo.

Entonces el hombre rata levantó la mirada.

—Mis superiores han decidido no aceptar ofertas revisadas. Están muy contentos con la oferta de los Droides Gotra.

—¡No! —gritó la mujer de cabello gris—. ¿Se lo daría a los droides antes que a los humanos?

Qi'ra también tomó nota de eso. El Sindicato Kaldana había presentado una oferta baja, esperando que el vendedor mostrara favoritismo hacia los humanos.

El hombre cara de rata la ignoró.

—Puede adquirir la mercancía de acuerdo con las formas acordadas —dijo mirando al droide.

Qi'ra quería preguntar si aquello significaba que no le dispararían después de todo, pero prefirió quedarse callada. Entonces la mujer de cabello gris sacó su propio comunicador y le informó molesta a alguien que habían perdido la subasta.

Qi'ra empezó a acercarse hacia la puerta.

—¿*Todos*? —preguntó la mujer al comunicador—. Está bien. Entiendo —dijo al mismo tiempo que desenfundó su bláster.

—¡Cuidado! —gritó Qi'ra—. ¡El droide va a disparar!

El droide no iba a hacer tal cosa, pero sí estaba parado justo frente a la ventana. La mujer de cabello gris reaccionó con una velocidad impresionante y le disparó al droide, rasguñando su hombro plateado, pero la mayor parte del disparo se estrelló contra el cristal, creando grietas que partían desde el punto de impacto.

Qi'ra se siguió acercando a la puerta mientras el vidrio crujía y las grietas se extendían. Todos habían entrado en acción. El hombre cara de rata y el droide le dispararon a la mujer; uno de los disparos pasó tan cerca de Qi'ra que sintió el calor del láser en su mejilla.

No sabía nada sobre blásters y peleas, pero en algún lado había escuchado que era más difícil dispararle a un objetivo en movimiento, así que decidió olvidar la tranquilidad que había mostrado, brincó y rodó hacia la puerta. La ventana terminó de romperse y una corriente de aire helado entró tan rápido que hizo que los ojos le lloraran.

Qi'ra tocó el panel de acceso con la mano mientras otro disparo pasó a milímetros de su cabeza y se estrelló contra la puerta, abriéndola. Ella salió corriendo de inmediato, y ya en el pasillo volvió a tocar el panel con la mano para cerrar la puerta pero, antes de lograrlo, otro disparo pasó a su costado y se estrelló contra un espejo.

Cuando la puerta se cerró, Qi'ra levantó una maceta: era tan grande que apenas si logró alzarla a la altura del panel de acceso. La estrelló y se aseguró de que el panel quedara destrozado. Después soltó la maceta —lo hizo tan de prisa que por poco y aplasta su pie— y huyó por el pasillo tan rápido como pudo.

Sabía que tomar el tranvía era peligroso, lo supo incluso mientras entraba. Era probable que las paredes de todo el complejo contaran con sensores y alarmas. Quizás el personal de seguridad ya sabía del altercado y un tranvía proveniente del *penthouse* seguramente sólo atraería más atención. Tal vez incluso la estarían esperando.

Pero un complejo de ese tamaño seguramente tenía varios tranvías y pasillos. El equipo de seguridad no podía cubrirlos todos, ni siquiera usando todos los droides de seguridad que había visto. Qi'ra decidió que su mejor oportunidad para sobrevivir estaba en hallar la forma más veloz de salir de ahí.

Para tratar de pasar un poco más desapercibida eligió el salón para cenar como su destino, en vez del *lobby*; no sería lo más sensato salir por la puerta principal justo al lado de la caseta de seguridad. El tranvía la llevaría tan lejos como pudiera y después ella se las ingeniaría para salir de ahí.

Esa vez tuvo un poco de suerte: era la única pasajera a bordo. Pero su sonrisa se borró cuando el tranvía se detuvo en el tercer vestíbulo para que alguien más se subiera. Después volvió a detenerse en el vestíbulo número dos, en donde abordó una familia entera de quarrens. Tal vez era mejor así. Podría ser más fácil pasar desapercibida entre una multitud.

Por fin, el tranvía se detuvo en el salón de banquetes y Qi'ra se dio cuenta de que no había nadie esperándola con blásters desenfundados. Qi'ra y la familia de quarrens descendieron. Ella caminó erguida, con seguridad, como si supiera exactamente a dónde se dirigía, pero mientras lo hacía observaba cada diminuto detalle, buscando algo que pudiera ayudarla.

En esa zona había varios restaurantes, la joyería de un diseñador de renombre, un lujoso salón de peinados y la entrada a una enorme alberca techada. Caminó hacia uno de los restaurantes por el simple hecho de que era el más concurrido y estaba oscuro, iluminado apenas por unas cuantas velas y plantas que prometían una verdadera experiencia de comida alderaaniana.

Qi'ra se detuvo afuera y fingió estudiar el menú mientras su mente repasaba todas las posibilidades. Una gigantesca escalera a su izquierda llevaba al piso de abajo. Tal vez podría esperar a que un grupo de personas bajara para poder camuflarse entre ellos. Si tan sólo Lady Próxima hubiera pensado en darle un poco de dinero, habría podido tomar uno de los taxis que esperaban alrededor del Centro Buckell. Habría sido lo más sencillo del mundo rentar un taxi speeder.

Podría robar un poco de dinero: ya lo había hecho un par de veces antes para Lady Próxima y no era tan difícil. Se obligó a evitar cualquier remordimiento que pudiera sentir por sus víctimas, no podía permitírselo, cualquier cosa era válida para sobrevivir.

Qi'ra observó a la multitud en busca de un objetivo. Prefería encontrar a alguien con monedas en vez de créditos, pues las primeras no podían ser rastreadas, pero sabía que las posibilidades de encontrar a alguien con monedas en ese lugar eran muy bajas. Con una presencia imperial tan fuerte, cualquier forma de pago que no fueran créditos estaba prohibida.

Una sirena empezó a sonar. Todos en el restaurante alderaaniano se detuvieron y miraron a su alrededor, tratando de descubrir lo que estaba pasando.

Qi'ra sabía muy bien lo que sucedía, y el tiempo para poder escapar segura y sin que la vieran se estaba agotando. En algún momento tendría que dejar de esconderse y empezar a correr por su vida.

Un hombre vestido con una bata larga pasó caminando cerca de ella, un bulto indicaba que llevaba una bolsa debajo de su cinturón. Qi'ra lo siguió.

Ella se mantuvo cerca, a unos cuantos pasos, mientras caminaba por el pasillo. El hombre dio vuelta a la derecha y por poco chocó con cuatro guardias que corrían en formación, todos con sus blásters desenfundados. Qi'ra casi se dio la vuelta para huir, pero los guardias ni siquiera la miraron.

Eso significaba que no la buscaban a ella en específico. Al menos no por el momento.

Qi'ra siguió al hombre, esperando que se presentara una oportunidad. Únicamente necesitaba que se quedaran solos por unos minutos. Era una buena carterista, pero no tanto como Jagleo. La joven podría rapar un wookiee sin que se diera cuenta.

El hombre se detuvo cerca de la puerta de un cuarto y sacó una llave. Qi'ra se acercó a él y estiró la mano hacia su bolso.

La sirena volvió a sonar, esta vez más fuerte, y el hombre se dio la vuelta, asustado. Entonces vio a Qi'ra parada a su lado. Rápidamente bajó la mano y se quedaron viendo fijamente por un momento.

—¡Qué ruido tan estresante! —dijo Qi'ra sonriendo. Dio unos pasos más hacia adelante como si esa hubiera sido su intención siempre, pero en voz baja maldijo su mala suerte.

El hombre entró al cuarto y cerró la puerta detrás suyo. Qi'ra había perdido minutos muy valiosos siguiéndolo, y ahora debía empezar de cero con un nuevo objetivo.

Entonces se oyeron más pisadas. Qi'ra se paró frente a una puerta y fingió estar buscando la llave mientras el grupo de guardias pasaba corriendo. Alcanzó a escuchar el final de la información que los guardias recibían en su comunicador.

—Una joven humana —anunció la voz de un hombre—. Cabello café que le llega a la barbilla, aproximadamente metro cincuenta de altura. Se le busca de forma urgente para ser interrogada.

Aun cuando los guardias habían desaparecido y ya no se escuchaban sus pisadas, Qi'ra se quedó parada frente a la puerta, tratando de recomponerse. Su corazón latía con

fuerza y estaba sudando. Sintió cómo el pánico empezaba a apoderarse de ella, como una nube oscura nublando sus pensamientos.

No, ella no entraría en pánico, se mantendría serena. Sería elegante como hasta el momento y, sobre todo, pensaría.

La estaban buscando a ella, lo que significaba que no tenía tiempo de buscar un nuevo objetivo, robarle la cartera y pedir un taxi. Tenía que llegar a la recepción y encontrar la puerta que había visto antes, la que podría llevarla a las alcantarillas. Lo haría con cuidado para no ser detectada, pero de no ser posible, tendría que correr.

Caminó más calmada por el pasillo, buscando un elevador o escaleras, pero encontró algo mucho mejor: otra puerta restringida, justo como la que había visto antes, con el mismo panel de acceso.

Qi'ra respiró profundamente, tratando de recordar el código que había observado antes, implorándole a todos los dioses que conocía no sólo que su memoria no le fallara, sino que el código sirviera igual que en la recepción. Entonces apretó los botones.

Pero nada ocurrió.

Qi'ra estaba por intentarlo de nuevo cuando la música que sonaba por los altavoces se detuvo. No se había dado cuenta de que había música hasta que ya no pudo escucharla.

Las bocinas crujieron y una voz profunda se escuchó, sin duda, en todo el complejo.

—Les habla el Director General Ellias Gorlin, por favor, mantengan la calma. Debido a una pequeña brecha ecológica en una de las unidades del *penthouse* el Centro Buckell permanecerá cerrado hasta próximo aviso. Como agradecimiento a su paciencia y comprensión, todos los servicios, incluyendo el spa, restaurantes, holovideos y boutiques contarán con un diez por ciento de descuento. Tan pronto sea posible les permitiremos entrar o salir del centro. Disfruten del resto de su día.

Qi'ra sintió cómo regresaba el pánico: ¿el complejo estaría cerrado por una simple brecha ecológica? No parecía cierto, un cierre de tal magnitud apestaba a interferencia imperial, algo para lo que no estaba preparada y que de inmediato hizo que la cabeza le diera vueltas.

Cuando escapó del Salón Obsidiana todos se estaban disparando entre ellos, no le extrañaría para nada que todos estuvieran muertos, encerrados por la puerta que ella atascó a propósito. Pero ¿y si alguien de los que dejó ahí dentro era más importante de lo que parecía? O tal vez era la subasta la que había atraído al Imperio. ¡Ese droide tenía miles de millones de créditos!

Sin importar la causa, algo era cierto: no había forma de salir por la puerta principal y evitar las torretas. Tenía que encontrar una entrada a las alcantarillas o un lugar donde esconderse hasta que dejaran de buscarla.

Qi'ra miró fijamente el panel de acceso, tal vez había recordado mal el código. Cerró los ojos y trató de regresar a ese momento. La mujer llevaba puesto un uniforme de servicio, el aire olía a los lirios que trepaban por las paredes y a la humedad de la cascada interior. Qi'ra se había acomodado para tener una mejor vista de los dedos de la mujer que al moverse…

Eso era. Lo vio tan claro como el agua. Había recordado mal un dígito.

Ingresó el código correcto, las luces de acceso se tornaron azules y la puerta se abrió, revelando un estrecho y oscuro pasillo, completamente opuesto al lujo y olor a flores que inundaba cada rincón del centro.

Qi'ra casi llora de felicidad. Dio un paso al frente y se pegó a la pared mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar un elevador de servicio que la llevara al sótano. Todos los edificios de Coronet estaban conectados a las alcantarillas y tenían túneles de mantenimiento y, al ser una de las ratas de alcantarilla más leales a Lady Próxima, tenía acceso a todos ellos. Necesitaría tener cuidado con posibles trampas y droides de seguridad o mantenimiento; quizá incluso los túneles estuvieran cerrados por la alerta de emergencia que se había emitido, pero era su única oportunidad. Era inteligente y hábil: podría lograrlo.

Qi'ra avanzó trotando, pensando en lo que diría si alguien la encontraba en ese pasillo.



Han apenas había llegado al túnel de la alcantarilla cuando un droide atraparratas chocó contra su tobillo. Miró abajo y, tal como lo esperaba, la luz del droide brillaba en rojo. Lady Próxima y sus tenientes creían que esa luz roja significaba que el droide tenía que ser recargado, pero Han sabía la verdad: era la señal de que el droide llevaba un mensaje.

Con ayuda de Tsuulo los niños de los Gusanos Blancos habían aprendido a usar droides atraparratas para comunicarse e incluso enviarse objetos pequeños. Sólo era cuestión de tiempo para que Lady Próxima lo descubriera, y Han no sabía lo que pasaría con los droides entonces, pero en ese momento era la forma más segura de comunicarse entre ellos sin que ella se diera cuenta.

Se agachó y abrió el pequeño compartimiento, adentro había un premio para perros. Han rio en voz alta sin pensarlo. El premio era del tamaño de su mano y estaba tan duro como un ladrillo, Han sabía que tenía un ligero sabor a pescado. Era uno de los premios que Rebolt les daba a sus sabuesos babeantes. Tsuulo debió de haberlo robado y enviado. Sabía que a Han le daría hambre pronto, pues no le había dado tiempo de terminar su desayuno.

Esa comida para perros no era sabrosa, pero sí nutritiva y comestible para la mayoría de las especies bípedas. Han agradeció tener el premio y lo guardó en su bolsillo antes de seguir corriendo por el túnel.

La ruta lo llevaría de nuevo cerca del territorio del viejo Powlo, pero afortunadamente no tendría que atravesarlo. Entonces el peso del premio para perros en su bolsillo le dio una idea.

Tendría que apresurarse para lograrlo y llegar a tiempo a la Fundidora, así que aceleró el paso sin preocuparse por pasar desapercibido. Ya habría tiempo para eso más tarde, ¿verdad?

Entró al oscuro laberinto de túneles más viejos que formaba parte del territorio de Powlo y con facilidad encontró de nuevo la cueva. El cuarto aún brillaba, pero la fogata había perdido intensidad. El viejo Powlo estaba acostado sobre un colchón hecho de ropa vieja, pieles de rata y maleza podrida, mientras dormía frente a la entrada con los ojos cerrados y la respiración tranquila.

Han se aclaró la garganta y Powlo abrió un ojo, sonrió y después abrió el otro.

—Han. Amigo —dijo Powlo.

—Sí, soy yo —respondió Han—. Mira, te traje algo —anunció al mismo tiempo que metía la mano en su bolsillo y sacaba el premio para perro. Estaba por entregarle el

alimento completo, pero su sentido común lo hizo reaccionar y lo rompió a la mitad—. Es un, mmm, premio —dijo, estirando una mano con un pedazo del alimento y guardado la otra parte en su bolsillo.

—¿Premio?

—Sí, para comer —explicó Han llevando el pedazo hacia su boca.

El rostro de Powlo se iluminó y sus ojos empezaron a brillar como oro derretido. Se levantó de su cama y se acercó a Han con los hombros encorvados y con mucho cuidado. Entonces, más rápido que una serpiente a punto de atacar, le arrebató el premio a Han y se lo tragó.

—Mmmm, rico —dijo Powlo. Las migajas del premio se quedaron pegadas en las orillas de su boca. Han podía verlas porque estaban cerca, a menos de un metro de distancia. La piel de Powlo era seca y quebradiza y unos cuantos pelos crecían en su barbilla, pero lo que más llamó la atención de Han fue la inteligencia que se reflejaba en la mirada de aquella criatura.

Era obvio que Powlo tenía problemas para hablar el lenguaje básico galáctico, por lo que Han se preguntó sobre el idioma original de su amigo. Había aprendido hacía muchos años que no poder hablar bien no significaba una falta de inteligencia; de hecho, era probable que él sonara como Powlo cada vez que trataba de hablar huttés o shyriiwook.

—Me alegra que te haya gustado —dijo Han—. Traeré más si puedo, pero ahora tengo que irme. ¡Adiós, Powlo!

Últimamente, los instintos de Han le decían que debía cultivar alianzas. Tal vez era porque Lady Próxima había estado guardando más secretos de lo normal en las últimas semanas o quizá sólo estaba buscando cualquier ventaja que le pudiera asegurar el ascenso a Cabeza. Por la razón que fuera, Han se había hecho del hábito de conocer al menos a una persona a donde fuera, sin importar si era una cantina, una fábrica o una alcantarilla. Era inteligente tener amigos y era mucho mejor que le debieran favores.

Eso no quería decir que Han estuviera buscando a su alma gemela. Era una persona solitaria y eso le gustaba; tampoco quería decir que confiara en alguno de sus amigos. Así que mientras Powlo se comía su premio, Han se alejó cuidadosamente con una sonrisa en el rostro.

—¡Adiós, Han! ¡Verte pronto! —se despidió Powlo sin preocuparse por terminar de masticar antes de abrir la boca.

—Sí, nos vemos pronto —aseguró Han y en cuanto estuvo fuera de su vista se dio la vuelta y salió corriendo.

Mientras corría por los túneles se le ocurrió algo: ¿y si a Powlo no le hubiera gustado el premio? ¿Se hubiera vuelto violento? Algunos alienígenas pensaban que los regalos eran una ofensa y otros no podían comer lo mismo que los humanos. Había muchas cosas que podrían haber salido mal.

Tal vez, algún día, Han aprendería a pensar en esas cosas un poco más. Pero… ¿qué había de divertido en eso?

La Fundidora estaba aún muy lejos, por lo que Han tuvo que acelerar el paso. En cuanto llegó de nuevo a un túnel en el que pudo dejar de agacharse volvió a correr. Sería mucho más rápido si pudiera correr por las calles, tal vez hasta podría tomar un taxi, pero a Lady Próxima no le gustaba gastar dinero innecesariamente, sin importar lo importante que fuera una misión.

Pronto empezó a escuchar a la distancia el sonido de un campaneo, más allá de los ladrillos, el metal y el cemento: el templo de la Vid Verdadera estaba llamando a sus fieles a la misa matutina.

Eso significaba que apenas le quedaban unos pocos minutos para llegar a la Fundidora.

Así que Han corrió tan rápido como pudo.



La entrada al sótano de la Fundidora era igual a la entrada del carguero: un enorme portal redondo con una rueda en el centro. Han creía que ese tipo de entradas permitía que las alcantarillas enteras fueran inundadas en unos pocos minutos sin causar mayores problemas. Era una medida inteligente y algo que debía recordar.

Lady Próxima le había dicho que no podía ser visto entrando o saliendo de la Fundidora, por eso había decidido correr por las alcantarillas, pero no había otra forma de entrar al sótano más que por esa puerta y seguramente haría un estruendo.

No había nada más que hacer. Han tomó la rueda y le dio vuelta.

La puerta chilló como un bebé gungan enojado, un quejido tan ruidoso que Han estaba seguro podía ser escuchado a kilómetros de distancia. Él giró y giró la rueda, y la puerta chilló y chilló.

Cuando por fin se abrió, Han entró y jaló la escotilla detrás de él. Empezó a girar de nuevo la rueda para cerrarla, pero pensó que sería mejor dejarla así: si fuera necesario, podría escapar a toda velocidad.

Esperaba que su contacto estuviera esperándolo ahí, pero el pasillo estaba vacío. El eco de sus pasos resonaba por el túnel. Caminó, dio la vuelta en una esquina y se detuvo en seco al ver que una enorme sombra se acercaba a él.

—Han —llamó la sombra con un tono de voz neutro.

Al escuchar la voz, Han sintió alivio: era uno de los aliados que había estado sembrando, TD-H4, un enorme droide de la serie *herramienta y destrucción*. Era una gigantesca bestia de metal con «brazos» que en realidad eran artefactos como un torno, un soplete, un taladro y hasta una prensa de estampados en miniatura. Su modelo era prácticamente obsoleto, pero TD-H4 había evitado que lo derritieran haciendo cualquier tipo de trabajos en la Fundidora, incluyendo, ocasionalmente, el de guardia de seguridad. Han no sabía qué tan viejo era, tal vez tenía siglos, pero eso no importaba, lo principal era que el droide tenía la habilidad única para sobrevivir y eso era algo que Han admiraba mucho.

—Hola, Tool —saludó Han, mirando a todas partes por si su contacto se encontraba cerca—. Me da gusto verte, lo lamento, pero esta vez no tengo lubricante, intentaré traer un poco la próxima vez que venga.

—No te preocupes —respondió Tool agitando una mano—. Tenemos otros asuntos que tratar hoy.

—Fantástico, Tool —continuó Han dándole una palmada en el hombro al droide. Ya estaba empezando a caminar de nuevo cuando algo que dijo el droide hizo que se detuviera. Han difícilmente le prestaba atención por su tono de voz tan… aburrido, pero eso no era culpa de Tool, había sido programado hacía muchos años, antes de los avances tecnológicos vocales o incluso de las mezclas de las aleaciones de polímeros—. Espera, ¿qué dijiste?

—Admito que me sorprende verte, pensé que este trato sería demasiado grande para el pequeño estanque de Lady Próxima.

Han alzó la mirada. Tool era su contacto.

—¿Dije algo malo? —preguntó Tool.

—No. Es sólo que… usaste palabras como nunca había oído en un droide. Demasiado… humanas.

—Gracias —dijo Tool—. Adopté una nueva programación de lenguaje que me permite hacer metáforas en básico galáctico. Sígueme por favor.

—Mmm —murmuró Han, unos pasos atrás del droide—. Bueno, tu nuevo programa de lenguaje está funcionando. —Así era Tool, siempre se estaba mejorando, como cuando le había pedido a Han que encontrara tres tornillos específicos que usaría para rearticular su «codo» y volver a tener uso completo de su herramienta de torno.

Por fin llegaron a una escalera. Tool tuvo problemas para subirla, sus enormes rodillas no se doblaban fácilmente y por eso no podía ir muy rápido.

—¿Sabes qué está pasando? —preguntó Han.

—Sí —respondió Tool.

—Bueno, ¿piensas decirme?

—¿Quieres decir que no sabes nada?

—No, Próxima no me dijo mucho.

—Quizá fue lo más sabio.

—Escucha, Tool… —dijo Han mirando al droide.

—Todos ahí creen que mi nombre es Die.

—¿Qué? Creí que era TD-H4. Sólo te llamo Tool porque…

—Porque soy una gran herramienta. Ja, ja. Ja, ja, ja, ja. Gracias a mi nueva programación ahora entiendo el chiste. Puedes llamarme Tool si quieres, pero mi nuevo nombre es Die. Creí que era apropiado, con mi nuevo puesto.

—¿Qué puesto? Tool, ¿conseguiste un trabajo? Eso es fantástico. Me da mucho gusto, ¿qué…?

Habían llegado a la cima de la escalera y Tool abrió la puerta. Al deslizarse, Han pudo ver que era un búnker, un cuarto reforzado con cemento y vigas de duracero, las

paredes estaban cubiertas con algún tipo de resina gris. Una débil luz parpadeaba sobre ellos, era suficiente para iluminar una mesa hecha de metal y rodeada de sillas del mismo material. El olor a óxido, moho y grasa hizo que Han arrugara la nariz.

Al igual que Tool, los materiales de ese cuarto eran obsoletos, desechos de una época industrial antigua. Pero si lo que buscabas era un espacio silencioso, lejos de todos para poder hacer negocios, alguien había creado ese espacio justo para eso. No le sorprendería a Han saber que las paredes tenían más de un metro de grosor o que la resina que cubría las paredes era a prueba de agua y cámaras infrarrojas. Cuando las innovaciones eran muchas, pero los recursos bajos, no quedaba más que pegar todo y esperar que aguantara. Esa era la forma corelliana de hacer las cosas.

Dos personas, humanos, estaban sentados alrededor de la mesa y alzaron la mirada cuando Tool y Han entraron. Uno tenía la piel oscura y el bigote más ridículo que Han hubiera visto: parecía una oruga gorda y esponjosa que se escurría por la boca del hombre hasta llegar a la mandíbula.

La otra era una mujer pálida y de cabello castaño con manchas grises en las sienes. Vestía completamente de negro, chamarra incluida. El único color que portaba era un parche amarillo en el brazo de la chamarra. Era un triángulo con lados cóncavos que mostraba su lealtad al Sindicato Kaldana.

Normalmente Han trataba de evitar a los Kaldana. Solían ser personas muy peligrosas.

El hombre con el bigote ridículo fue el primero en hablar.

—Hola, joven. ¿Qué has estado haciendo?

—Mmm, cierto. He estado desempolvado cosechas, el trabajo más fácil de la galaxia.

—¿Y tu nombre? —preguntó el hombre jugando con su bigote.

—Han.

—¿Han qué?

—Han nada. Sólo Han.

—¿Y a quién representas?

—Um, ¿a los Gusanos Blancos?

—Excelente, por favor toma asiento Han Nada de los Gusanos Blancos.

Han jaló una silla y se sentó. Al hacerlo se dio cuenta de que tanto el hombre del bigote como la mujer Kaldana portaban enormes fundas de blásters. Han no sabía mucho sobre armas, pero por el tamaño de esas fundas era obvio que las que cargaban eran poderosas. Lady Próxima nunca le había dado más que un cuchillo y esa vez ni siquiera eso. Aunque a decir verdad no tenía sentido llevar un cuchillo a un tiroteo.

—Y por supuesto que ya conocemos a Die —continuó el hombre—. Gracias por representar a los Droides Gotra, entenderemos si eres incapaz de… sentarte —terminó de decir con un gesto que invitaba al droide a acercarse.

No estaba seguro de cómo lo sabía, pero Han estaba casi seguro de que esa última frase era un insulto contra su amigo Tool. Si sus pelos no se habían erizado por estar en

un búnker con dos extraños armados, en ese momento se levantaron. Además, se dio cuenta de que Tool no era su contacto, sino un mensajero más, igual que él.

Los tres humanos se miraron fijamente al sentarse a la mesa. Tool se quedó parado detrás de Han, quien esperaba impaciente a que alguien dijera algo más, pero todos parecían estar contentos con el silencio.

—Y bien… —empezó Han—, ¿alguien sabe jugar sabacc? No traje una baraja conmigo, pero si alguno de ustedes tiene una…

La mujer Kaldana levantó la ceja, pero no dijo nada. El hombre del bigote se quedó mirando fijamente al vacío.

Estaban esperando algo y Han no tenía la más mínima idea de qué era. Podría preguntar, pero tenía el presentimiento de que mostrar su ignorancia no sería la jugada más sabia. Tendría que llevarlo con calma.

—Es una gran mañana para hacer un trato —dijo Han, reclinándose sobre la silla para tratar de parecer despreocupado, pero en cuanto las palabras salieron de su boca supo que parecía un niño tonto tratando de parecer algo que no era. Así que decidió hacer un nuevo intento—. Ustedes no me dijeron sus nombres.

Nada, más que una mirada frustrada de la mujer Kaldana.

Los Kaldana. Era extraño que estuvieran ahí. Según lo que Han sabía eran una organización de piratas que se dedicaban a secuestrar naves y vender sustancias ilícitas entre el tráfico corelliano. Ahora que el Imperio había monopolizado la construcción de naves, cualquiera que quisiera participar debía de conseguirlas de forma ilegal y los Kaldana siempre estaban esperando, acechando. Sus negocios a veces hacían que llegaran a lo más bajo del planeta y los Gusanos Blancos los habían encontrado un par de veces en las calles, pero nunca en un lugar subterráneo. Las organizaciones criminales de Corellia se dejaban espacio suficiente las unas a las otras y todos sabían que el subterráneo era el territorio de Lady Próxima. Algo importante debía de estar pasando para que los Kaldana estuvieran negociando ahí… y para que Próxima lo permitiera.

Han miró a su amigo Tool. El hombre del bigote había dicho que representaba a algo llamado Droide Gouda o Grotto o algo así. Como fuera, Han nunca había escuchado de ese grupo, pero no le sorprendería que Tsuulo o Qi’ra sí lo conocieran. Les preguntaría al regresar a la guarida.

Pensar en Qi’ra hizo que recordara su tarea. Era muy extraño que Próxima les diera tareas a sus dos ratas de alcantarilla más viejas durante la misma mañana. El grupo solía ser nocturno, salvo contadas excepciones.

Era obvio que las tareas estaban ligadas la una a la otra de alguna manera y quizá cuando regresara al escondite podría convencer a Qi’ra de que debían intercambiar información, ver qué podían aprender de la experiencia del otro.

Los minutos pasaron. Han se dio cuenta de que estaba moviendo la pierna debajo de la mesa y se obligó a quedarse quieto. Sobre su cabeza las luces seguían parpadeando.

Casi brincó de su asiento cuando el comunicador de uno de ellos sonó.

El hombre del bigote sacó el aparato de su bolsillo y escuchó el mensaje. Han se esforzó por escuchar la conversación, pero no pudo entender lo que decía la persona del otro lado de la línea.

—Entendido —dijo el hombre—. Sí, puedo hacerlo. —Guardó el comunicador y se puso de pie.

—¿Y bien? —preguntó la mujer Kaldana.

—La oferta ganadora fue de los Droides Gotra —anunció.

La mujer ahogó un grito.

—Parece que los Gusanos Blancos ni siquiera hicieron una oferta seria —continuó el hombre del bigote—. Una verdadera vergüenza.

Han no sabía de lo que hablaban, pero estaba seguro de que no podía ser nada bueno.

Tool dio un paso al frente y una de sus enormes piernas chocó con una silla vacía, tirándola.

—En ese caso, ¿podría ver la mercancía? Por favor —dijo.

—Por supuesto —respondió el hombre metiendo la mano en su bolsillo de nuevo.

—¡Espera! —gritó la mujer—. Seguramente ha habido un error. Mi grupo hizo una oferta impresionante. No entiendo cómo…

—La oferta de los Gotra fue la más impresionante —interrumpió el hombre—. Lo siento, pero perdiste. La mano de la mujer se acercaba peligrosamente a su bláster mientras veía al hombre del bigote y a Tool.

Han pensó en huir. Los Gusanos Blancos habían perdido algún tipo de subasta, eso era obvio. No había necesidad de que se quedara. Próxima le había prometido el ascenso a Cabeza si todo salía bien, parecía obvio que las cosas no habían salido bien. No había sido por culpa suya, pero confiaba en Lady Próxima tanto como en un oficial CorSec, no podía esperar que ella jugara limpio.

Pero, tal vez si se quedaba y recolectaba un poco de información podría redimirse ante ella. Era su única oportunidad, así que decidió quedarse sentado.

El hombre sacó un cofre tallado con flores y enredaderas. Era apenas de un cuarto del tamaño de un droide atraparratas.

—¿Es eso? —preguntó la mujer, acercándose.

—No. La mercancía de los Droide Gotra está adentro —respondió el hombre al mismo tiempo que apretaba una flor de un lado, una del otro y una enredadera. Era una caja rompecabezas. Dentro había algo de mucho valor. ¿Joyas? ¿Créditos? ¿Piedras preciosas?

Entonces algo sonó y la tapa se abrió revelando una diminuta almohada roja de terciopelo. Sobre la almohada estaba un datacubo.

Un compartimiento en el pecho de Tool se abrió y estiró una pinza para tomar el datacubo.

—Fue un placer hacer negocios con ustedes —dijo con su monótona voz—. ¿O es al revés? Tengo entendido que también a veces el negocio es antes que el placer…

Han se levantó para irse. No parecía haber obtenido información valiosa. Los Droides Gotra habían ganado una subasta por un datacubo, la representante de Kaldana estaba furiosa y Han estaba más confundido que nunca.

—Supongo que es hora de irme —anunció—. Felicitaciones, Die.

Justo cuando se dio la vuelta para irse, la puerta se abrió de golpe y entraron seis hombres vestidos de negro.

Han se lanzó debajo de la mesa, pero antes alcanzó a ver los triángulos amarillos en sus chamarras y los blásters enormes que cargaba cada uno.

—¡Contra la pared! —gritó uno de ellos—. ¡Todos!

Han se quedó escondido debajo de la mesa por varios segundos. ¿Podría llegar a la escalera antes de que empezaran a volar disparos láser? Probablemente no.

Resignado, Han se levantó con las manos arriba.

—Seguramente podemos hablar de esto. Sólo soy un…

—Cállate —ordenó un hombre apuntándole con su bláster—. Contra la pared. Ahora.

Han obedeció, pero se colocó tan cerca de las escaleras como pudo. El hombre de bigote ya estaba contra la pared, tan pegado a ella que parecía estar esperando que lo absorbiera. Tool estaba a su lado, aún con el datacubo entre su tenaza.

En cambio, la mujer Kaldana se había parado al lado de sus compañeros, su rostro ahora mostraba una engreída sonrisa.

—Dame el datacubo —le dijo a Tool—. Si lo haces, nadie saldrá lastimado. Aunque no creo que te importe la vida de un humano.

—Parece tener más de cien años —dijo uno de los hombres.

—Muchos más —asintió otro—. Deberían haberlo enviado al chatarrero hace varios años.

—Nunca es demasiado tarde para enmendar un error —dijo el primer hombre apuntando su bláster a la cabeza de Tool.

—Espera —interrumpió Tool—. Les entregaré el datacubo. —Entonces Han escuchó claramente un susurro del droide—. ¿Estás listo, Han?

«¿Listo para qué?», casi preguntó Han al mismo tiempo que se daba cuenta de que Tool había modulado su voz para que sólo él pudiera oírlo. Tool dio un paso adelante, colocándose entre Han y los blásters, y eso le permitió acercarse hacia la puerta.

—Lamento que haya llegado a esto —les dijo Tool a los pandilleros—, pero no soy más que una mosca en su trampa, ¿o sería mejor decir telaraña? Como sea, estoy atrapado. Igual que una mosca.

¿Estaba haciendo tiempo? Han estaba muy cerca de la puerta.

Con una velocidad increíble, Tool dio la vuelta a su torso y le aventó el datacubo a Han.

—Han, atrapa —dijo.

Han lo atrapó antes de que su mente pudiera registrar lo que estaba pasando.

Tool se acercó a él, cubriéndolo de los disparos.

—Corre —ordenó Tool con un tono de voz neutro, como si nada estuviera pasando—. Corre por tu vida. Me quedaré aquí. No pierdas de vista el datacubo, por nada del mundo.

Han abrió la puerta mientras más disparos impactaban a Tool. ¿Cómo estaba soportando tanto?

Cada pieza con la que Tool se había mejorado salía volando de su carcasa. Su torno empezó a girar y su soldadora escupía llamas azules mientras se alejaba de Han y se dirigía a sus enemigos Kaldana.

—Corre —ordenó de nuevo, pero esta vez su voz fue tan fuerte como un trueno.

En segundos, los ruidos de disparos y maquinaria explotando se mezclaron con gritos humanos.

Han apretó el datacubo en su puño mientras corría. Huyó por las escaleras, cruzó la puerta y se adentró en las alcantarillas. Los disparos sonaban cada vez más distantes, hasta que dejó de escucharlos.

Mientras corría, Han se atragantaba con el aire al tratar de respirar. Tenía que regresar al escondite. Tenía que decirle a Próxima… no. Sus instintos le dijeron que esa era la jugada equivocada, el trato no había salido bien y ella no dudaría en sacrificar a una rata de alcantarilla con tal de quedar bien con los Kaldana y de que le debieran un jugoso favor. Era mejor eso que iniciar una guerra entre pandillas. Si regresaba, estaría renunciando a su vida.

Se detuvo en seco. ¿Qué debía hacer? ¿A dónde debería ir? Se quedó mirando fijamente el datacubo que tenía en la mano. Tantos problemas por algo tan pequeño. Cualquier información que tuviera era lo suficientemente importante para matar por ella.

O morir por ella. Tool seguramente estaba destrozado, se había sacrificado por Han… o tal vez por la información del datacubo. Han no sabía que un droide fuera capaz de tal acto.

Tal vez no debía dar por muerto a su amigo aún. La forma en la que había soportado los disparos… Han no lo habría creído de no haberlo visto con sus propios ojos. Tal vez Tool estaba hecho de algo más fuerte que el acero. Tal vez todas esas modificaciones habían rendido frutos. Aún había esperanza.

Un ruido hizo que regresara al presente. En unos pocos segundos una docena de ratas pasaron corriendo a su lado. Una de las más valientes incluso pisó su bota en su huida.

Estaba acostumbrado a las ratas, no les temía, pero a lo que sí le tenía miedo era a lo que las había asustado a ellas. Han se quedó quieto, aguantó la respiración y escuchó atentamente.

Tal como esperaba, escuchó una serie de pisadas, salpicaduras y gritos de enojo. El ruido aún era lejano, pero se estaba acercando. El sacrificio de Tool le había dado tiempo, pero no la victoria. Los Kaldana lo perseguían.

Han corrió como nunca en su vida, se alejó de los túneles que lo llevarían a la guarida de los Gusanos Blancos y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Las tuberías bajas, las grietas en el suelo y las aguas residuales hicieron que disminuyera la velocidad de vez en

cuando, pero se mantuvo alerta, esquivando, brincando y moviendo las piernas tan rápido como le era posible.

No sabía a dónde iría o qué haría, pero pensó que eso le daba cierta ventaja: si él no lo sabía, menos lo sabrían los Kaldana. Tendría que pensar en su estrategia mientras avanzaba, pero por el momento no podía hacer más que alejarse de sus perseguidores y esperar que su suerte no se acabara aún.



Qi’ra encontró una lavandería en el sótano del Centro Buckell, repleta de tinas con humeantes y olorosos detergentes en donde trabajaban varios droides. Los ignoró y siguió las tuberías hasta encontrar dónde vertían sus desechos: una enorme rejilla en el suelo.

Justo cuando estaba levantando la reja, varios droides de seguridad entraron a la lavandería, a Qi’ra no le quedó más opción que arrojarse al hoyo.

Afortunadamente, no fue una caída profunda. Aterrizó dentro de un cuenco con menos de un metro de profundidad, suficiente para suavizar su caída, pero su nueva falda estaba arruinada por el alga que estaba en el fondo del cuenco, los desechos y el aceite del detergente.

Por suerte, los droides no podían seguirla, eran de una serie estándar de seguridad y no estaban equipados para maniobras acuáticas. Pero eso también significaba que sólo sería cuestión de tiempo para que enviaran a alguien mejor equipado tras ella.

Probablemente sería en muy poco tiempo. Apenas el suficiente para que recuperara el aliento y pensara en un plan. Tenía que regresar a la guarida de los Gusanos Blancos y ver a Lady Próxima. Tenía información valiosa, como las identidades de los demás pujadores. Seguramente eso valía algo.

Qi’ra había excedido lo que se esperaba de ella en esa tarea al fingir que podía aumentar su oferta. Como si hablara por Lady Próxima, como si tuviera cierto poder de negociación. Seguramente lo pagaría muy caro si la líder de los Gusanos Blancos se enteraba, sobre todo si eso había sido el detonante del tiroteo.

Siguió hacia adelante, con el agua mugrosa llegándole al muslo, pero no dejaba de pensar. Si ella fuera Lady Próxima, seguramente agradecería tener un súbdito con un poco de iniciativa; de hecho, si algún día lograba tener un puesto de poder sobre los demás, se encargaría de hacerlos a su imagen. De crear gente que pudiera pensar bajo presión por el bien de la organización.

Algo la jaló de la cintura y ella reaccionó de inmediato, zafándose y rompiendo su falda. Dio unos pasos adelante, salpicando agua sobre su hermosa blusa roja. Levantó su falda y se dio cuenta de que la había rasgado con un pedazo de metal. Qué desperdicio.

Dejando el dolor a un lado, Qi’ra siguió avanzando entre el agua, evitando las orillas y los metales salidos que ahí había.

Si algún día llegaba a un puesto de poder no volvería a tener que caminar entre aguas tan sucias como esa. Tendría ratas de alcantarilla que lo hicieran por ella. Todas las esquinas del complejo en el que había estado eran hermosas, elegantes, *limpias*. Era un

lugar en el que se sentía bien que el aire fluyera, en donde podía respirar y la gente le ponía atención. Si tan sólo hubiera podido escapar en taxi o volando en una nave. Cualquier cosa, menos las sucias y oscuras alcantarillas.

Qi'ra llegó a la orilla de la cuenca y vio que en la pared frente a ella había tres túneles de drenaje, uno al lado del otro. El de la derecha daba un giro precipitado hacia el centro de Coronet, así que esa no era una opción. Los otros dos la acercarían mucho más a la guarida y aunque el túnel de la izquierda era una ruta mucho más larga, también tenía más vueltas y espacios en los cuales podía esconderse. Cualquiera de los dos sería una buena opción, siempre y cuando no empezara a llover.

Desperdició minutos muy valiosos decidiendo cuál túnel tomar hasta que vio una luz en el de en medio, seguido de un ruido metálico.

Algo o alguien se acercaba a ella.

Se agachó y rompió el pedazo rasgado de su falda y lo aventó a la orilla del túnel de la derecha, donde seguramente lo vería alguien, pero huyó por el túnel de la izquierda. Se pegó en la espinilla tratando de subir por el túnel. Era demasiado pequeño para correr, así que se agachó y se arrastró hacia la oscuridad.

El pedazo de ropa le daría un minuto o dos de ventaja.

Lady Próxima la protegería. Era lo más lógico: Qi'ra era de las ratas de alcantarilla más valiosas, de lo contrario no la habría enviado a una misión tan importante. Moloch y los demás tenientes podrían acabar con cualquiera que la persiguiera. Hasta el tonto de Rebolt podía defenderla con sus sabuesos. Sólo tenía que apresurarse para llegar.

Entonces escuchó pisadas detrás de ella, y sonaban como si un ejército entero la estuviera persiguiendo.

—¡Por aquí! —gritó un hombre—. ¡Alguien entró por este túnel!

«Maldición», pensó. Su señuelo no había funcionado. Esperaba que cuando menos se separaran tratando de encontrarla, pero no fue así.

Qi'ra sabía que no podía confiar en la suerte, por lo que siempre tenía un plan, y ese era llegar al laberinto de alcantarillas del viejo pueblo. Había docenas de intersecciones y callejones sin salida y ella conocía cada uno. Ahí podría deshacerse de sus perseguidores, pero debía ser silenciosa, inteligente y rápida.

El túnel se volvió un poco más grande y su espalda y hombros agradecieron poder estirarse. Un rayo de luz entró por un desagüe sobre su cabeza. A la izquierda estaba otro túnel, ligeramente inclinado hacia arriba. Escalarlo no sería fácil, estaba resbaladizo y lleno de suciedad, pero si lograba subirlo tendría una verdadera oportunidad de escapar.

Se adentró y usó sus antebrazos, codos y rodillas para trepar mientras el agua corría hacia abajo. El flujo era mínimo, pero era suficiente para que el suelo fuera difícil de pisar.

—¿Por dónde se fue? —preguntó una voz. Qi'ra se quedó inmóvil. El ruido era difícil de identificar en los túneles. A veces, los ruidos a un kilómetro de distancia sonaban como si estuvieran ahí cerca, y a veces el susurro más bajo en realidad estaba a la vuelta de la esquina.

—Creo que se dirige hacia el viejo pueblo —dijo alguien más.

—Llama a la central. Diles que envíen una unidad al viejo pueblo para interceptarla.

—Sí, señor.

Qi'ra siguió avanzando silenciosamente. Pasar desapercibida era mucho más importante que hacerlo rápido en este túnel inclinado y resbaloso. Un movimiento en falso y caería directamente en los brazos de los guardias CorSec.

Cada paso era una agonía. Su corazón latía tan fuerte que creyó que los guardias lo escucharían. Sus respiraciones eran rápidas y profundas. Frente a ella había un borde oscuro: lo único que tenía que hacer era alcanzarlo.

Entonces, varias luces iluminaron las paredes a su alrededor, que pasaron de grises a rojo oxidado.

—¡Hey, creo que la veo! ¡Alto, o disparo!

Qi'ra se impulsó sobre la oscuridad hasta la plataforma. No tenía tiempo de pensar o de descansar, los guardias la perseguían de cerca.

Se levantó de un brinco y empezó a correr tan rápido como pudo, esperando que la oscuridad la mantuviera a salvo de los disparos de bláster. Adelante, el camino se dividía en varios túneles y uno llevaba directamente a una vieja cantina. Qi'ra no sabía quién era el dueño de la cantina o lo que pasaba dentro de ese lugar nada refinado, pero sí sabía que a veces tenían que deshacerse de su producto rápidamente y por eso habían construido una rampa.

Todas las ratas de alcantarilla, los Gusanos Blancos, lo conocían muy bien. De hecho, el dueño de la cantina a veces le hablaba a Lady Próxima para que sus súbditos fueran por el producto que había tenido que esconder. Normalmente no eran más que piezas de naves, pero a veces había dinero o especias. A cambio, los Gusanos Blancos podían usar la rampa cuando quisieran para dejar atrás a sus perseguidores. Era un arreglo que beneficiaba a ambas partes, y que en ese momento sería la salvación de Qi'ra.

Llegó al pasillo y se detuvo. Los guardias habían dicho algo sobre interceptarla en el viejo pueblo, así que era posible que alguien ya estuviera esperándola.

Todo estaba en silencio de no ser por un *DRIP-DROP-DRIP-DROP* que hacía eco por todo el túnel. Sin pensarlo dos veces, Qi'ra se lanzó.

Algo explotó justo en la plataforma en la que había estado parada segundos antes.

Qi'ra cayó de rodillas, tapándose las orejas con las manos. Le tomó un momento descubrir lo que estaba pasando. Alguien había lanzado una granada aturdidora. Si no hubiera brincando cuando lo hizo, en ese momento estaría en el suelo, inconsciente.

Se levantó y corrió hacia adelante, pero se tambaleaba con cada paso y sus oídos no dejaban de zumbar. Tenía que seguir caminando, sólo un poco más… ¡Ahí! Por fin vio la rampa. Estaba tapada con una cortina, era de un material que se camuflaba perfectamente con las paredes alrededor. Una vez dentro sólo tendría que deslizarse hacia el territorio de los Gusanos Blancos.

Escuchó pisadas muy cerca de ella, estiró el brazo para abrir la cortina y entonces… ¡alguien se lanzó contra ella! Qi'ra cayó al suelo y sintió cómo unas manos intentaban sujetarla. Ella peleó como un rancor, lanzando golpes y patadas en todas direcciones.

—¡Suéltam…! —empezó a gritar.

—¡Qi'ra! —dijo una voz que reconoció de inmediato—. ¡Soy yo! Ven, levántate, tenemos que irnos.

De nuevo las manos trataron de sujetarla.

—¿Han?

—Me están persiguiendo. No puedes quedarte aquí.

—¿Te persiguen a ti? —preguntó Qi'ra, empujando las manos de Han y levantándose por su cuenta.

—¡Vamos! —Han trató de levantarla, lejos de la entrada a la rampa.

—Han, ¿qué estás haciendo? —insistió Qi'ra, ¿por qué trataba de tomarla de la mano? Los guardias llegarían en cualquier momento—. ¡La rampa está ahí! Podríamos regresar con Lady Próxima en menos de…

—No vamos a regresar ahí —anunció Han. Sus zapatos dejaron una marca profunda sobre el lodo mientras Han la jalaba.

—Pero tengo un plan…

Otra granada iluminó el túnel, la vista de Qi'ra quedó envuelta en llamas, sus oídos retumbaron.

—Maldición —dijo Qi'ra—. Creo que no podemos ir por ahí.

No había manera de llegar a la rampa, era demasiado tarde. Han había arruinado todo y ahora probablemente morirían.

—Por favor, Qi'ra —dijo Han—. No quiero dejarte aquí.

Ella no tenía más opción que seguirlo: no había otro camino que no estuviera bloqueado o lleno de guardias con granadas aturdidoras.

Juntos se aventuraron hacia la oscuridad, con pisadas siguiéndolos de cerca.



Por fin llegaron a una intersección.

—A la izquierda —dijo Qi'ra.

Han la tomó del brazo y la jaló hacia el camino de la derecha.

—¿Qué haces? ¡Dije izquierda!

—Confía en mí.

Su respiración era apresurada al correr y les costaba trabajo hablar.

—¿Tienes un plan?

—No.

—Entonces ¿por qué…?

—Es un instinto.

Qi'ra estaba tan enojada que casi no podía ver. En cuanto tuviera una oportunidad abandonaría a ese perdedor y llegaría a la guarida de los Gusanos Blancos por su cuenta. Los guardias podrían ocuparse de Han, o tal vez sería mejor golpearlo ella.

Casi había estado segura, en casa, y él había arruinado todo.

—Al menos dime a dónde vamos.

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Quieres decir que me alejaste de la seguridad y ni siquiera sabes a dónde vamos?

—¿Seguridad? Estás bromeando, ¿verdad? Si regresas con los Gusanos Blancos morirás en menos de un minuto.

—No es cierto. Somos valiosos para Lady Próxima. ¡Somos los finalistas para obtener el cargo de Cabeza!

—Somos desechables. ¿Qué crees que le pasó al último Cabeza?

Ella no podía responder eso. Nadie lo sabía con seguridad, pero todos habían escuchado rumores. El último Cabeza había sido un grindalid llamado Jabbat que había desaparecido en circunstancias misteriosas en el territorio de una bestia que todos conocían como el viejo Powlo. Los rumores indicaban que Lady Próxima había dejado su cuerpo ahí a propósito, entregándoselo como parte de su trato.

—Próxima no se preocupa por ti —continuó Han implacablemente—. Ni por mí, ni por nadie más que por ella. Sabes eso tan bien como yo.

Qi'ra no podía respirar y las piernas le quemaban. Ella y Han estaban bajando la velocidad, sabían que no podían correr para siempre. El cansancio empezaba a apoderarse de ella y, tal vez, también el peso de la verdad. Han tenía razón. Instinto o no, lo que decía tenía sentido.

—Tienes razón —admitió.

—¿Sí?

—Sobre Lady Próxima.

Hubo un momento de silencio en el que se concentraron sólo en correr. Siguieron un camino que los llevó al sur de la guarida de los Gusanos Blancos.

—Escucha —dijo Han—. Si quieres regresar a casa no te detendré, te dejaré ir. Lo siento si… te obligué a tomar alguna decisión que no querías. Es sólo que… no quería que… olvídalo.

Así era Han. Nada bueno para expresar sus sentimientos cuando era necesario. Por ejemplo, sus reportes a Lady Próxima eran famosos por ser malos.

—Tenemos que encontrar un lugar para escondernos —sugirió ella.

—De acuerdo.

—Tengo una… —Qi'ra se detuvo, el cansancio y hambre casi hacían que revelara su secreto más profundo—. Sé que los Gusanos Blancos tienen varias casas seguras en la ciudad —dijo.

—No sé si una casa de ellos sea una buena idea —respondió Han.

—¿Por qué no?

—No creo que sea lo mejor.

Qi'ra estiró las manos y lo tomó del brazo, deteniéndolo.

—Dime por qué, Han. Dame una razón.

—Las razones sólo estorban —dijo Han. Su mirada era tan filosa que pudo haber cortado en pedazos a cualquier grindalid.

—¿Tienes una mejor idea?

—Sí, de hecho, conozco un lugar —anunció Han, algo sorprendido, como si la idea recién hubiera aparecido en su cabeza.

—Entonces indícame el camino, me persiguen guardias CorSec y del Centro Buckell.

Han empezó a correr de nuevo y Qi'ra lo siguió.

—Y a mí me persiguen asesinos del Sindicato Kaldana.

—¿Qué? ¿Kaldana? Me acabo de reunir con…

—Menos palabras y más carrera —pidió él.

Su conocimiento de las alcantarillas los había ayudado a alejarse un poco de sus perseguidores, pero no era suficiente. Así que Qi'ra se concentró sólo en correr y no tropezarse con los desechos. Ya habría tiempo para hablar, cuando estuvieran a salvo.

Han los llevó por el viejo pueblo y a Qi'ra le sorprendió reconocer algunos de los túneles que rodeaban el territorio de los Gusanos Blancos. Estaban cerca del escondite.

Sabía que no debía hablar, podía haber guardias de los Gusanos Blancos en el área, pero no pudo evitarlo.

—¡Creí que dijiste que no debíamos ir al territorio de Próxima!

—No vamos ahí. Vamos a un lugar *cerca* de ahí, a un lugar donde nunca nos buscarían.

Algo llamó la atención de Qi'ra, un ligero ruido. Tomó a Han del brazo y lo jaló hacia otro túnel.

—¿Qué…? —empezó a decir él antes de que ella lo callara.

El ruido se escuchó de nuevo, un soplido fuerte y vacío. Era como si el aire atravesara un filtro.

Era un respirador, Qi'ra estaba segura de eso. Un Gusano Blanco que vestía un ecotraje estaba cerca.

Afortunadamente, Han también lo escuchó. Ella sintió cómo Han quedaba paralizado a su lado.

Segundos más tarde, un grindalid pasó caminando cerca de ellos. Llevaba los hombros encorvados y estaba completamente resguardado por un traje. Qi'ra no se atrevió ni a respirar.

Aun cuando el grindalid había pasado, esperaron un momento antes de regresar al pasillo y seguir su camino.

—Eso estuvo cerca —susurró Han.

—Si Lady Próxima tiene patrullas por aquí, es porque nos está buscando —dijo Qi'ra.

—Entonces nos moveremos rápido y en silencio. Ya casi llegamos.

Han quitó una reja de la pared mientras Qi'ra lo veía, sorprendida. No sabía que esa reja podía ser removida.

Entraron en el nuevo túnel, más bajo y oscuro que los demás, y Han volvió a colocar la reja detrás de ellos. Después de un par de vueltas una luz iluminó el pasillo. Han caminó directamente hacia la luz, hacia una grieta en la pared.

Qi'ra se asomó por la grieta y ahogó un grito. Alguien vivía ahí. Era una cueva con una fogata al centro y un tipo de cama pegada a la pared. Una campana hecha de cráneos de ratas colgaba desde el techo. El lugar estaba lleno de huesos y latas de comida tiradas.

—Han, ¿qué es este lugar? —murmuró ella.

—Un amigo mío vive aquí —respondió él entrando por la grieta—. Parece que no está en casa, pero no le importará que lo esperemos aquí. Creo.

—¿Crees?

—Estoy casi seguro.

Qi'ra se puso de lado y pasó por la grieta. El lugar era cálido, al menos, y había suficiente espacio para pararse bien.

—Entonces ¿nos quedaremos aquí por un rato?

—Supongo —dijo Han pateando unas latas al lado y sentándose en el suelo.

—No creo que CorSec vaya a dejar de buscarme.

—Y los Kaldana no van a detenerse hasta encontrarme —asintió Han.

Qi'ra limpió un espacio en el suelo y se sentó a su lado. Por la luz de la fogata pudo ver claramente lo asquerosa que estaba su blusa. La falda estaba aún peor. No sabía nada sobre telas o limpieza, pero tal vez había forma de arreglar la blusa. La falda era un caso perdido: nunca volvería a mostrar el hermoso negro que había tenido, y además estaba rota.

—¿Cuánto tiempo crees que podamos escondernos aquí? —preguntó ella, mientras pensaba ya en su siguiente paso. ¿Cómo obtendrían comida? Tal vez podrían encontrar un droide atraparratas. Además, tendrían que dormir por turnos.

—Lo suficiente para que se te ocurra un plan —respondió Han.

—Ah, ¿ahora quieres que *yo* piense en un plan?

—Por supuesto —dijo él, parecía confundido—. Eres buena ideando planes.

—Entonces ¿por qué…?

—Estaba improvisando, ¿okey? Los planes pueden salir mal, cuando eso pasa me encargo de improvisar. —Han estaba sonriendo y Qi'ra no sabía si sonreír también o soltarle un golpe. Tuvo que apartar la mirada para no hacer algo de lo que se arrepintiera después.

—Hoy me reuní con un representante Kaldana. ¿Dices que te persiguen?

—Sí, es lo más raro. —Sin pensarlo, Han le contó todo a Qi'ra, todo lo que había pasado, la reunión en el búnker, los resultados de la subasta, cómo su amigo Tool le lanzó el datacubo mientras lo protegía de los disparos y como corrió por las alcantarillas hasta que la encontró.

Qi'ra lo miró fijamente todo el tiempo y cuando terminó se dio cuenta de que tenía la boca abierta. Más que otra cosa, quería ver el datacubo. Lo que estaba dentro era aquello por lo que Lady Próxima estaba dispuesta a gastar una pequeña fortuna —aunque, antes de ese día, para ella habría sido una *enorme* fortuna— y a poner sus vidas en peligro. Qi'ra estaba empezando a juntar las piezas del rompecabezas.

—Estábamos en la misma misión —dijo, su voz mostraba cierta emoción—. Dos partes diferentes, pero era la misma misión.

—Me imaginé que nuestras tareas estaban relacionadas.

Qi'ra dudó en decir más. Una pequeña parte de ella deseaba que el cargo de Cabeza siguiera disponible y a su alcance. Tal vez debía quedarse con un poco de información para sí. Quizá no debía confiar en Han por completo. Era posible que la traicionara en cuanto tuviera la oportunidad, igual que todas las demás personas en su vida.

Entonces suspiró, no tenía otra opción. Unirse a Han era la única oportunidad que tenía de salir viva de eso. Cuando él la traicionara… bueno, lidiaría con eso cuando sucediera.

—Yo fui quien presentó la oferta —confesó Qi'ra—. En el Centro Buckell —le contó todo. No excluyó ni un detalle. Le contó cómo los Gusanos Blancos hicieron una oferta vergonzosa y peligrosamente baja, de cómo la mujer Kaldana se había molestado cuando los Droides Gotra ganaron y de cómo apenas logró salir con vida del cuarto y del complejo.

Han la veía de cerca mientras hablaba, tan cerca que la hacía sentirse incómoda. Expuesta. Vulnerable. Cuando terminó de hablar, Han se frotó la barbilla, pensando.

—Pensaste muy rápido —dijo—. Aprenderte el código de acceso fue brillante.

Ella levantó los hombros, como si le hubiera agradado el cumplido.

—Tengo una buena memoria para cosas así.

—Bien, y ¿qué crees que debamos hacer ahora?

—¿Aún tienes el datacubo? —preguntó Qi'ra. No estaba segura de si lo había escondido o si intentaría engañarla.

Han metió la mano en su bolsillo y lo sacó.

Qi'ra lo miró fijamente. Tantos problemas por algo tan diminuto. Apenas era más grande que la yema de su pulgar.

—Esta es la razón por la que el Sindicato Kaldana me persigue —explicó Han mostrando el datacubo—. Esta diminuta cosa.

—*Nos* —corrigió Qi'ra—. Saben que yo también soy parte de esto.

—Sabía que el Sindicato Kaldana era peligroso —admitió Han—. Pero es más poderoso y está mejor equipado de lo que creía.

—Su oferta fue de seiscientos setenta y cinco millones de créditos. Así que si quieren matarnos tienen los recursos para hacerlo.

—¡Y los Droides Gogo dieron más! Mil millones dijiste.

—Gotra. Los Droides Gotra… Y sí. Los Gusanos Blancos ni siquiera hicimos una oferta seria.

—¿Sabes quién o qué es Gorpa?

Qi'ra iba a corregirlo de nuevo, pero decidió no hacerlo. ¿Cómo era posible que Han fuera su competencia para el cargo de Cabeza?

—Ni idea —suspiró.

—¿O qué diablos hay en este maldito cubo?

—Ni tantita.

—Tenemos que averiguarlo —dijo Han.

—Tal vez Lady Próxima…

—¡No! —interrumpió él—. Basta con las tonterías de Lady Próxima. Sólo porque quieras que algo sea verdad no significa que lo sea. No le importas, Qi'ra. Tú lo dijiste, la subasta fue una *vergüenza*. Ahora todo Corellia sabe lo débil que es. No dejará que algo así desaparezca como si nada, nos matará a ambos. Nos culpará públicamente por todo para tratar de salvar su imagen. Podría decir que tú te equivocaste con la oferta, que debió ser mucho más grande.

El rostro de Qi'ra se enrojeció, odiaba estar equivocada. Y sí, seguía pensando en Lady Próxima porque quería que fuera verdad, que los ayudara. ¿Era tan terrible que lo pensara?

—Me hizo una promesa —continuó Han—. Dijo que si todo salía bien me nombraría Cabeza, pero ahora me doy cuenta de que me mandó porque soy desechable, igual que todos los demás.

Qi'ra sentía que las paredes se le caían encima.

—¿Te prometió el ascenso? —preguntó en voz baja.

—Sí, pero ahora no hay posibilidad de eso.

—Pero… ella… ella…

—Te lo prometió a ti también, ¿verdad? —dijo él.

—¿Cómo sabías?

Una orilla de su boca se elevó para mostrar una expresión que no era una sonrisa como tal.

—Déjame adivinar —dijo ella triste—. Tus instintos.

—¿Ves a lo que me refiero? No le importamos a Lady Próxima.

El estómago de Qi'ra estaba hecho bolas. Se había permitido creer, esperar, desear. Qué niña tan tonta. Pero era lo suficientemente inteligente para entrar en razón.

—Está bien. Sin Lady Próxima. ¿Qué sugieres? ¿Cómo sabemos qué hay en ese cubo?

—No lo sé —respondió Han mientras dibujaba círculos en el lodo—. Necesitamos a alguien que tenga un datapad. Alguien que pueda…

—Tsuulo —interrumpió Qi'ra—. Él puede ayudarnos. Fue a la escuela, ¿recuerdas? Antes de que su familia huyera de Coruscant.

—¿Crees que nos ayudaría? —sonrió Han.

—Si nos acercamos nos ayudará o irá directamente con Próxima. Supongo que tenemos una oportunidad del cincuenta por ciento.

—A veces es mejor no saber las probabilidades —protestó Han frunciendo el ceño.

Las ganas que tenía Qi'ra de golpearlo empezaron a desvanecerse, un poco.



CAPÍTULO 6

Han no tenía la más mínima idea de cómo iban a contactar a Tsuulo sin que los atraparan. Todas las entradas a la guarida seguramente estarían resguardadas; de hecho, era muy probable que Moloch hubiera asignado guardias dobles y que los túneles estuvieran repletos de patrullas. Por su parte, Tsuulo seguramente estaría en el cuarto, tratando de dormir. No había forma de que él o Qi'ra entraran sin ser notados y despertaran al rodiano.

Seguían pensando en sus opciones en la cueva del viejo Powlo cuando Qi'ra se levantó de un salto y corrió por la entrada. Han estaba listo para huir, seguro de que ella había decidido regresar con Próxima y delatarlo, pero regresó tan rápido como se fue y en sus manos cargaba un droide atraparratas.

—Vi a este pequeñín rodando —dijo al mismo tiempo que su sonrisa era tan grande como podía. Era la sonrisa más deslumbrante que Han hubiera visto en su vida.

¿Alguna vez la había visto sonreír? No lo recordaba y esa sonrisa sin duda era inolvidable. «Tengo que recordar esa sonrisa», pensó.

—Mmm… Guau… Esa fue… una buena idea —dijo finalmente.

—Tal vez. No es que tengamos con qué escribir. —Qi'ra se sentó y colocó al droide en su regazo—. Oye, hay una rata muerta adentro —dijo, al abrir el compartimiento.

—No la tires —dijo Han—. La necesitaremos.

—Sí, claro —sonrió Qi'ra.

—No, en serio, es para mi amigo. Le gustan los regalos.

Se quedó congelada por un segundo, desconfiada. Después sacó la rata tomándola por la cola y la colocó cerca de la fogata.

—Está bien. Una rata muerta para tu amigo. Y bien, ¿cómo le hacemos llegar un mensaje a Tsuulo sin tener en qué escribir?

—¿Puedes leer y escribir? —preguntó Han.

—Sí. ¿Tú?

—Soy bueno con el básico —asintió—. Y sé un poco de huttés, pero nada más.

—Supongo que podría usar sangre. Cortar un pedazo de mi falda y escribir ahí.

Han la vio fijamente, Qi'ra era una chica muy extraña.

—Mmm, no será necesario. Tengo un premio para perro.

—¿Como lo que Rebolt les da a sus sabuesos?

—Exactamente. —Han sacó la mitad del premio que tenía en su bolsillo y se alegró al ver que no había quedado completamente destruido después de su aventura en las

alcantarillas—. Tsuulo me lo dio, por lo que si se lo enviamos sabrá que fui yo quien se lo mandó.

Han se acercó a la cama de Powlo y buscó hasta encontrar una vara puntiaguda. Cuando la encontró la usó para escribir en el costado del premio.

Qi'ra se asomó sobre el hombro de Han para tratar de ver lo que escribía, pero sólo se dio cuenta de que olía muy mal, a una combinación de detergente con verduras podridas.

—¿Qué estás escribiendo?

—Creo que estoy escribiendo «ayuda» en huttés —respondió Han—. Eso u «orinar». Son casi la misma palabra.

—Bueno, al menos nadie más podrá leerlo si está en huttés.

—Exactamente —asintió Han antes de escribir algo más en letras más pequeñas—. Y esto dice «más premios», o al menos espero que eso diga. —Han metió el premio en el compartimiento del droide y después presionó el botón de comunicación—. Encuentra a Tsuulo. Tráelo aquí.

Bajó al droide que hizo un *BIP* indignado y después aceleró por la grieta en la pared para dirigirse hacia Tsuulo, o al menos eso esperaban. Los atraparratas apenas si eran conscientes, no como su amigo Tool capaz de tomar decisiones y de sacrificarse. Pero Han estaba seguro de que el atraparratas encontraría a Tsuulo y lo llevaría a ellos.

—Ahora esperamos —dijo Han.

Qi'ra se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Recargó la cabeza en la pared de la cueva.

—Tú toma el primer turno —ordenó ella.

—¿Por qué yo? —preguntó Han, bostezando.

—Si voy a hacer los planes necesito dormir —respondió ya con los ojos cerrados.

Han frunció el ceño. Odiaba a la gente mandona, pero decidió sentarse en una posición en la que pudiera ver la entrada.



No se dio cuenta de que se había quedado dormido hasta que el cálido aliento de alguien más contra su oreja lo despertó.

—Han, amigo —dijo en un murmullo.

Han se despertó de golpe y se dio cuenta de que Powlo lo miraba fijamente. Sus ojos dorados estaban tan cerca que Han se dio cuenta de que realmente brillaban, no era un simple truco de la luz.

—Hola, Powlo —saludó Han—. Te traje una rata —continuó señalando hacia la fogata—. Y a otro amigo —terminó señalando a Qi'ra, quien estaba tan encorvada que despertaría con un tremendo dolor de cuello.

—Mmm, rata —dijo Powlo—. Mmmm, amigo.

Fue un poco desconcertante que los dos «mmm» sonaran igual.

Han se acercó a Qi'ra y se sentó entre ella y Powlo, por si su amigo había querido insinuar que los amigos eran deliciosos. Entonces llegó la parte del plan que no había pensado demasiado bien, así que se preparó para todo.

—Powlo, amigo. ¿Está bien si nos quedamos aquí por un tiempo? Necesitamos un lugar seguro.

—¿Visita? —preguntó Powlo ladeando la cabeza.

—Sí. ¿Podemos visitar? ¿Por unas pocas horas?

—Okey —respondió Powlo levantando los hombros y sentándose al lado del fuego. Tomó la rata y le mordió la cabeza.

—Vaya, eso salió bien —murmuró Han. Entonces se dio cuenta de que Qi'ra estaba despierta y lo veía fijamente.

—¿Lo llamaste Powlo? —preguntó ella—. ¿Me trajiste al territorio del viejo Powlo?

Sí, tal vez no había sido su mejor idea, pero hasta el momento estaba saliendo bien y cuando estás en duda, más vale aguantar un poco más.

—Claro —respondió—. Powlo es mi amigo. —Qi'ra no tenía que saber que apenas se habían conocido, que Han no sabía nada sobre Powlo y que ir ahí había sido un riesgo enorme—. Los Gusanos Blancos nunca vendrán a buscarnos aquí.

—Sí lo harán, en algún momento —dijo Qi'ra, levantándose y frotándose el cuello—. Pero ganaste un poco más de tiempo. —Observó a Powlo, desconfiada.

La extraña criatura la miró mientras masticaba al roedor crudo.

—Eres fea —dijo Powlo con la boca llena.

Han no sabía si reír o defender a Qi'ra, pero le dio gusto ver que ella también se lo tomaba a la ligera.

—¿Perdón? —dijo ella tratando de no reír.

—Cabello —explicó Powlo señalando su cabeza—. Demasiado.

—Me lo dicen muy seguido —asintió Qi'ra.

Un ruido cerca de la grieta en la pared hizo que Han y Qi'ra se levantaran. El droide atraparratas entró a toda velocidad, seguido de un pequeño rodiano de piel verde con antenas disparejas.

Al verlo, Powlo también se levantó.

—No, Powlo. Amigo —explicó Han—. Es otro amigo. Mmmm, amigo.

—¡Tsuulo! —dijo Qi'ra.

—Hola, Han, Qi'ra.

—Viniste —exclamó Han. No podía recordar haber estado más feliz de ver a alguien en su vida.

—No lo abraces todavía —dijo Qi'ra—. Tsuulo, ¿le dijiste a alguien a dónde ibas?

—Claro que no —respondió él.

Qi'ra miró a Han, quien tenía que traducir para ella.

—Júralo —insistió—. Júralo por tus padres.

—No es necesario —dijo Tsuulo—. Todo es como la Fuerza quiere y mi palabra es mi garantía.

Eso no tenía sentido para Han, pero lo tradujo de todas formas.

Mientras Qi'ra trataba de entenderlo, Powlo dio un paso al frente.

—Mmm —dijo Powlo viendo a Tsuulo a los ojos.

—¿Han? —preguntó Tsuulo dando un paso atrás—. ¿Quién… qué es esto?

—¡Mmmmm! —exclamó Powlo—. ¡Muuuuy hermoooooso!

—Creo que le agradas —dijo Han.

Han los presentó y después Powlo y Tsuulo repitieron la palabra «amigos» un par de veces y con eso bastó. Powlo volvió a sentarse cerca de la fogata para terminar de comer su rata. Sin dejar de verlo, Tsuulo tomó la mochila que cargaba en el hombro y metió la mano para sacar algo.

—También traje premios para perro —dijo—. Próxima los está buscando a los dos y le prometió el ascenso a Cabeza a quien sea que los encuentre, así que Rebolt está alistando a sus sabuesos. Piensa olfatear hasta encontrarlos.

Le entregó un premio a cada uno, mientras Han traducía para Qi'ra. Después de un rato, Tsuulo también le aventó uno a Powlo, que lo frotó contra su mejilla.

—Apuesto a que Moloch nos encontrará —dijo Qi'ra—. Rebolt no es nada competente, ni siquiera con sus sabuesos. Tsuulo, ¿trajiste tu datapad?

—Siempre —respondió Tsuulo sacándolo de la mochila—. No fue nada fácil llegar aquí, tuve que escabullirme de un par de patrullas, así que de nada.

—Gracias —dijo Han—. Te debo una, amigo.

—Claro que me debes una. ¿Para qué necesitan el datapad?

Han sacó el cubo y se lo entregó.

—Todos en Ciudad Coronet lo están buscando. Tal vez todos en Corellia. Necesitamos saber qué tiene dentro.

—Vaya, eso sí suena interesante —dijo Tsuulo con un resplandor en los ojos. De inmediato insertó el cubo en el datapad y lo encendió.

Un brillo inundó la cueva, era de un tono azul verdoso y mucho más fuerte que la débil luz de la fogata. Líneas holográficas aparecieron por todos lados. Tsuulo rotó el datapad para que pudieran verlo desde todos los ángulos.

—¿Qué demonios en la galaxia es eso? —preguntó Qi'ra.

—¡Hermoooooso! —exclamó Powlo.

—Es un plano —explicó Tsuulo.

—¿Para qué? —preguntó Han.

—No estoy seguro. Para un escudo, creo. No, para un generador de escudos… —Tsuulo maldijo en palabras que Han nunca había escuchado antes.

—¿Qué? —preguntó Qi'ra—. ¿Qué sucede?

—Han, ¿en qué me metiste? —dijo Tsuulo—. Estos planos son de propiedad imperial. Tienen una leyenda de «información confidencial» y están marcados para almirantes y rangos superiores.

—Estás bromeando.

—¿Podría alguien decirme qué está pasando? —gritó Qi'ra.

—Estos planos son propiedad del Imperio —le explicó Han—. Lady Próxima, el Sindicato Kaldana y el Droide Gorpa… estaban subastando tecnología imperial.

Qi'ra abrió la boca y después la cerró.

—Tsuulo, ¿estás seguro? —dijo por fin.

—Soy de Coruscant, ¿recuerdas? —asintió.

—Bueno, eso explica por qué estaban ofreciendo cantidades tan altas —murmuró ella.

—Vi planos así en mis clases —continuó Tsuulo—. Sólo que no eran confidenciales. Hacíamos motivadores de bajo impulso, enganches de poder y hasta droides pequeños. Pero esto… eso es… —Tsuulo se acercó más al holograma y entrecerró los ojos. Las delgadas líneas azules se reflejaban en sus enormes ojos negros.

—¿Qué? ¿Qué es esto? —dijo Han.

—Esto es complicado. Nada con lo que haya tenido experiencia antes. Parte de los planos siguen encriptados. Una gran parte. El texto habla varias veces de alguien llamado «ingeniero». ¿Saben qué significa eso?

Han sacudió la cabeza y después le preguntó a Qi'ra, quien tampoco sabía.

—¿Qué está pasando exactamente? —preguntó Tsuulo, mirándolos fijamente.

Mientras, Powlo comía su premio y veía a Tsuulo.

—Mmmm —exclamó.

Han no confiaba por completo en Tsuulo, pero tampoco confiaba en nadie más, así que le gustara o no, el rodiano era parte de todo eso. Si Rebolt los encontraba con sus sabuesos, Tsuulo estaría igual de muerto que Han y Qi'ra.

—Creo que deberíamos explicarle —dijo Han—. Todo.

—Ahora que nos ha ayudado está en tantos problemas como nosotros —asintió Qi'ra. Después miró a Powlo, aún sentado al lado de la fogata viendo los planos holográficos—. Y supongo que eso significa que nuestro «amigo» lo oirá también, pero no creo que podamos evitarlo.

Así que le contaron todo a Tsuulo, sin omitir ningún detalle. Sus ojos se abrieron más y más hasta que por fin se dejó caer al suelo y empezó a jadear y a murmurar algo.

—Tsuulo —dijo Han, colocando la mano en el hombro del rodiano—. ¿Estás bien, amigo?

—Tenemos que regresar el cubo —exclamó Tsuulo—. Antes de que nos maten a todos.

—Sí, es una gran idea —dijo Han sarcásticamente—. Deberíamos ir al Sindicato Kaldana, tocar a la puerta principal de su guarida y darles el cubo.

—Tal vez si se lo damos a Lady Próxima a cambio de nuestras vidas, ella… —empezó a decir Qi'ra. Se detuvo antes de que Han le recordara la pésima idea que eso era—. Sí, lo siento, mala idea.

—El Droide Gooper ganó la subasta —dijo Han—. Podríamos darles el cubo a ellos y dejar que completen la transacción, así nos lavamos las manos.

—¡No! —gritó Tsuulo—. Los Droides Gotra son un grupo terrorista.

Powlo parecía molesto por el grito de Tsuulo, así que Han lo miró fijamente mientras traducía.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Qi'ra—. ¿Cómo sabe eso?

—Todos en Coruscant lo saben —explicó Tsuulo.

—¿Qué es el Droide Gorra? —preguntó Han.

—No… —La boca de Tsuulo se abrió y después se cerró mientras pensaba—. No lo sé con exactitud.

—No sabe —tradujo para Qi'ra.

—Como sea, dárselos a ellos no hará que los Kaldana nos dejen de perseguir —explicó Qi'ra.

—¿Y el Ingeniero? —dijo Tsuulo—. ¿El creador de esta tecnología? Si se lo devolviéramos al dueño original tal vez nos garantizaría un poco de seguridad.

—¿De verdad quieres meterte con imperiales? —le preguntó Han.

—Tal vez no sea tan malo —respondió Tsuulo—. La galaxia ha estado más o menos en paz desde que Palpatine se convirtió en Emperador. Son los buenos, ¿verdad?

—Yo no voy a meterme con el Imperio —dijo Qi'ra—. Tener un bláster nuevo y un uniforme elegante no significa que no sean unos matones.

—Oye, ¿entendiste eso? —preguntó Han.

—¿Qué? —preguntó Qi'ra—. No sé y no me importa lo que haya dicho Tsuulo, no voy a meterme con imperiales, *nunca* es una buena idea.

—Bueno, yo creo que deberíamos dárselo a Kaldana, así dejarán de perseguirnos —dijo Han.

—Yo voto por el Imperio —agregó Tsuulo.

—¿Y si…? —empezó Qi'ra antes de quedarse en silencio boquiabierta.

—¿Qué? —preguntó Han.

—¿Y si lo vendemos? —Su voz era débil, casi como si se disculpara por haber pensado en ello—. Seríamos ricos. Muy ricos. —Levantó su premio y lo vio fijamente—. No volveríamos a comer ratas o comida para perros.

—Y ¿cómo podríamos hacer algo así? —objetó Han—. No me malinterpretes, me encanta el dinero, más que a nadie, pero no tenemos ni los contactos ni la experiencia necesaria.

—Tal vez tú sí —explicó Qi'ra—. Has estado cultivando contactos a lo largo de toda la ciudad, no creas que no me he dado cuenta.

Qi'ra y Han se miraron fijamente. Tsuulo los veía a ambos y Powlo miraba a Tsuulo.

—Tratar de vender el cubo sólo lograría que nos mataran a todos —interrumpió Tsuulo—. No tenemos armas, ni experiencia… Seríamos los seres más odiados del sector.

Han tradujo y Qi'ra suspiró.

—Creo que Tsuulo tiene razón —se rindió—. Tratar de vender el cubo podría ser visto como una traición por todas las partes involucradas. Aun así… —dijo levantando los hombros—. Más vale traicionar que ser traicionados, ¿no?

—Más vale ser pobres y estar vivos que ricos y muertos. Tratar de venderlo sólo lograría eso —dijo Han frunciendo el ceño.

Estuvieron en silencio por un rato, la fogata crujía y Powlo tenía el dedo en la boca tratando de limpiarse los dientes.

Han odiaba los silencios largos, así que fue el primero en hablar.

—Entonces, señorita «Siempre Tengo un Plan», ¿cuál es el plan?

—Silencio —dijo Qi'ra—. Estoy pensando.

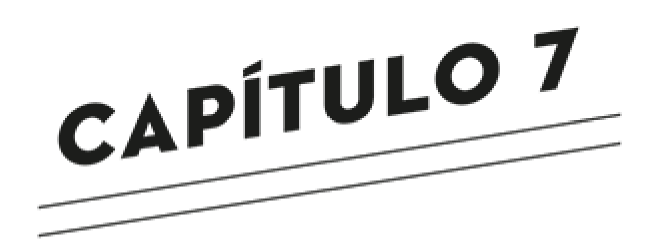
Powlo se acercó hacia la grieta en la pared.

—¡Más visitas! —dijo.

Tsuulo maldijo, Han y Qi'ra se levantaron del suelo.

—¿Ahora qué? —murmuró Tsuulo. Cada vez más y más pisadas se escuchaban por la alcantarilla. Tenían apenas unos minutos antes de ser descubiertos.

—Corremos —dijo Qi'ra.



—Pero ¿a dónde? —preguntó Han.

Qi’ra sabía exactamente a dónde ir, pero le era difícil decir las palabras. Había mantenido ese secreto por mucho tiempo.

—¿Qi’ra? —continuó Han—. Te ves como un gusano needlegawp hambriento cuando abres y cierras la boca así.

—Tengo un lugar. Un refugio que he mantenido en secreto por dos años. Tiene suministros y un poco de dinero. Nadie sabe de él. Si podemos llegar ahí estaremos seguros por un tiempo.

—¡Tenía razón! —exclamó Han—. Sabía que tenías un secreto.

Tsuulo dijo algo, pero Qi’ra sólo entendió la palabra «distancia». Podía entender unas cuantas palabras de huttés, pero no iba a dejar que lo supieran los demás.

—Quiere saber qué tan lejos está —tradujo Han.

—Está del otro lado de la ciudad, en los Bajos.

—¿Por qué tendrías un refugio hasta allá? —preguntó Han levantando las cejas—. Ese distrito es aún peor que…

—Tengo mis razones, ¿está bien? —interrumpió Qi’ra al tiempo que su corazón se aceleraba, pero no porque las ratas de alcantarilla estuvieran cerca. Odiaba revelar su refugio a los demás. Era parte de ella.

—No podemos llegar a los Bajos por las alcantarillas —dijo Han—. Llegaremos a donde se vacían en aguas profundas, tendremos que salir.

Tsuulo dijo algo.

—Sí, claro que es más rápido usar los puentes, pero ¿tienes el dinero para pagar un taxi? —dijo Han—. Yo no.

—Podríamos robar dinero —agregó Qi’ra.

Tsuulo se levantó, apagó el datapad y sacó el cubo. Los planos desaparecieron y de nuevo la cueva se sintió gris y fría. Guardó todo en su mochila, pero no dejó de hablar.

—Tsuulo tiene una idea —dijo Han—. Sabe dónde podemos conseguir un speeder. Dice que está en las afueras del distrito financiero, podríamos llegar antes de que se ponga el sol.

Eso era justo lo que Qi’ra necesitaba para arrancar.

—Cómanse sus premios ahora, porque tendremos que nadar para llegar al distrito financiero. Saben nadar, ¿verdad?

Los dos asintieron.

—Pero tenemos que mantener seco el cubo —dijo Han.

Tsuulo dijo algo, enojado.

—No sé cómo mantenerlo seco, guárdalo en tu boca o algo así, los rodianos tienen bocas secas, ¿no? Al menos más secas que las de los humanos.

—Lo discutiremos cuando lleguemos allá —dijo Qi'ra—. ¡Vámonos! —Odiaba cómo la necesidad los hacía ir a algún lugar sin un plan sólido. Su mente recorría todas las posibilidades, rutas potenciales y contingencias mientras recogían las pocas cosas que tenían y se acercaban a la grieta en la pared.

—Amigos, no —dijo Powlo.

Qi'ra se detuvo y observó a Han que sólo parecía confundido.

—¿Qué? —preguntó él.

—Amigos. Quedarse.

—Escucha —dijo Han—. Esto fue fantástico y lo agradecemos mucho, pero tenemos que irnos antes de que los Gusanos Blancos nos encuentren.

Powlo gruñó y Qi'ra empezó a ponerse nerviosa. De pronto ya no se veía como el amigable Powlo sino como el aterrador y viejo Powlo del que le habían advertido.

—Tal vez quiere más comida —susurró ella—. ¿Tenemos más premios?

Tsuulo metió la mano en su mochila, pero no encontró nada. Han tuvo que buscar dentro de la mochila y encontró uno más. Se acercó y lo ofreció a Powlo.

—Toma —dijo—. ¿Es esto lo que quieres?

Los ojos de Powlo se entrecerraron y su mano se estiró para tomar el premio para perro.

Qi'ra se relajó un poco…

La criatura aulló triste y lanzó el premio contra la pared en donde explotó en miles de migajas.

—¡Amigos! ¡Quedar!

—¡Amigos irse! —gritó Han y empujó a Qi'ra y Tsuulo por la grieta en la pared.

Él cruzó la grieta después de ellos esquivando la mano de Powlo, que lloraba como un cachorro lastimado.

—¿Por dónde? —preguntó Qi'ra.

—¡Por allá! —gritó Han señalando un estrecho túnel en la dirección opuesta por donde habían entrado—. ¡Corran!

Qi'ra empujó a Tsuulo frente a ella y empezaron a correr. Él dijo algo que ella no entendió, pero siguió empujándolo para que avanzara más rápido. Han los alcanzó cuando el túnel llegó a una curva.

—¿A dónde vamos? —gritó ella.

—¡No sé! ¡Sólo sé que Rebolt y sus perros están en la dirección opuesta!

El aullido de tristeza de Powlo los persiguió por el túnel. Si no hubieran estado corriendo por sus vidas, Qi'ra se hubiera detenido en ese momento para estrangular a Han. ¡No tenía un plan! Sólo una ligera sensación que él llamaba instinto, pero que lo mismo podían ser gases causados por los premios para perro.

—¡Por allá! —le gritó Han a Tsuulo, que dio vuelta hacia donde le señaló. Qi'ra seguía sin saber a dónde iban, pero el techo era un poco más elevado, lo que les permitía correr algo más deprisa.

De pronto, el túnel sufrió una repentina inclinación hacia abajo. Tsuulo se resbaló y cayó de espaldas. Salpicó agua residual y desapareció en la oscuridad del túnel. Qi'ra se detuvo justo a tiempo para evitar que le pasara lo mismo, pero entonces Han chocó con ella, los dos cayeron en el fango, rodaron y se deslizaron hacia abajo.

Qi'ra se preparó para un fuerte choque contra una pared o reja, pero más bien cayó sobre una cama de hongos. Logró moverse justo antes de que Han cayera sobre ella.

—¡Idiota! —dijo Qi'ra furiosa—. ¡No tienes idea de a dónde vamos! ¡Pudieron habernos atrapado! ¡O matado!

Tsuulo dijo algo que ella no entendió.

—¡Lo sé!

La respuesta de Han hizo que la furia cediera un poco, ¿acaso estaba admitiendo que se había equivocado?

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó ella, llena de sospechas.

Él se levantó y se tomó un momento para limpiar un poco del hongo pegajoso de su cabello. Después la miró con una sonrisa.

—Sé exactamente dónde estamos… y tú también.

Ella se dio la vuelta y realmente observó el cuarto. El agua le llegaba hasta las rodillas, había varios túneles de entrada en la parte alta de la pared, un túnel principal y un gran agujero circular de drenaje del otro lado del cuarto. El ruido de las gotas de agua cayendo al cuarto y el agua drenándose de ahí… todo le parecía muy familiar a Qi'ra.

Lady Próxima la llamaba «la Cisterna de la disciplina». Los Gusanos eran enviados ahí después de las tormentas para buscar desechos valiosos, a veces incluso bajaban redes para atrapar anguilas fleek o cualquier otra cosa que pudieran comer.

Pero lo más común era que los Gusanos Blancos fueran enviados ahí como castigo, por no cumplir con la cuota establecida por Lady Próxima o por llegar tarde a la guarida. Las ratas de alcantarilla serían aventadas por el enorme hoyo del drenaje y si podían nadar hasta la orilla, su pecado sería perdonado. Qi'ra lo había logrado, pero no todos eran tan afortunados. Los más pequeños eran los que más problemas tenían.

—Es la entrada a la Cisterna de la disciplina —dijo ella.

—Es la entrada a la Cisterna de la disciplina —repitió Han, emocionado.

—Así que, si logramos bajar por ese agujero, podremos nadar por las tuberías de drenaje y llegar a los Bajos.

—Correcto —dijo Han, después señaló a la dirección opuesta—. O podemos ir por uno de los demás túneles hacia la guarida de los Gusanos Blancos y…

—Han —interrumpió Tsuulo.

—Ahora no —exclamó Han—. Estoy tratando de explicar mi plan.

Qi'ra los escuchó pelear y entonces vio lo mismo que Tsuulo.

—Han… no… te… muevas —murmuró asustada.

—¿Qué? —gritó, dándose la vuelta—. Sólo porque…

Las palabras murieron en sus labios. Parados en la entrada estaban tres de los sabuesos de Rebolt. Sus enormes y blancos cuerpos resplandecían como máquinas. Sus crestas terminaban en filosas mandíbulas que podían despedazar a un hombre, y todo eso estaba enmarcado por lo que parecían ser tentáculos.

Donde estaban los sabuesos, pronto estaría Rebolt.

El sabueso al frente olió el aire y gruñó. Los otros dos se separaron para rodear a Qi'ra, Tsuulo y Han.

—Colóquense detrás de mí —murmuró Han, interponiéndose entre Qi'ra y los sabuesos.

—Por mí está bien —respondió ella, dando pequeños pasos hacia el agujero de drenaje. Han la siguió de cerca.

En cambio, Tsuulo se acercaba a los sabuesos. Se iba a sacrificar para que ellos pudieran escapar, ¡era un plan terrible! Él tenía el cubo y lo necesitarían para sobrevivir.

—No lo hagas, Tsuulo —imploró Qi'ra.

Su antena útil se levantó, confundida, y entonces él metió la mano dentro de la mochila… ¡tal vez pensaba darles el cubo! Sacó el resto de los premios para perro.

Los sabuesos se acercaron a él como si estuvieran viendo a un viejo amigo. Le dio un premio a cada uno y los acarició, ellos pegaban los tentáculos de sus hocicos a su mejilla.

La voz de Rebolt se escuchó por los túneles, estaba buscando a sus sabuesos. El sabueso más grande volteó la cabeza hacia la voz y después de nuevo hacia Tsuulo. Volvió a gruñir.

—Tenemos que irnos —dijo Qi'ra y después corrió hacia el drenaje.

No tenían más opción que brincar.

Dobló los brazos cerca de su pecho, cerró los ojos y saltó.

Sintió que la caída duraba una eternidad, aunque no pudo haber sido más de nueve o diez metros. Cayó al agua con un *SPLASH*. La oscuridad y el frío la envolvieron, era fácil desorientarse en aguas oscuras, pero ella tenía un truco. Se calmó y permitió que su cuerpo se sumergiera hasta que las botas tocaron el fango del fondo. Entonces se impulsó para regresar hasta la superficie y mientras recuperaba el aliento, un segundo y después un tercer *SPLASH* sonaron a su alrededor.

La cabeza de Han fue la primera en aparecer, parecía un perro mojado sacudiéndose y salpicando agua por todas partes. Tsuulo apareció un momento después: lo único que podía ver de él era el reflejo de la luz en sus enormes y negros ojos.

—¡El cubo! —dijo ella—. ¡No podemos dejar que se moje!

Tsuulo abrió la boca y le enseñó el cubo sobre su lengua.

—Bien pensado —dijo Han.

Ella estaba por argumentar que una boca no era mucho más seca que una cisterna, pero entonces vio a los perros parados en la orilla del drenaje sobre ellos, estaban aullando. Sólo les quedaban unos pocos segundos antes de que Rebolt llegara, y si él no tenía un bláster, los Gusanos Blancos que llegarían después sí lo tendrían.

Juntos, empezaron a nadar hacia el otro lado de la cisterna, hacia los tubos de desagüe. Temía escuchar que alguien más caía al agua detrás de ellos, pero nadie los siguió y unos segundos más tarde habían trepado, mojados y jadeando, a la orilla al final de la cisterna.

La voz de Rebolt hizo eco por el enorme cuarto.

—Regresen. Si no lo hacen les irá peor.

Qi'ra estaba pensando en una respuesta adecuada, pero cuando miró hacia atrás, vio que el agua se movía: era un banco de peces, o algo mucho más grande. Las ratas de alcantarilla de los Gusanos Blancos no eran los únicos que visitaban la cisterna en busca de algo que comer.

—¡Vámonos! —gritó empujando a Han y Tsuulo hacia los escalones de metal cerca de los tubos de desagüe. Segundos más tarde ella subió la escalera. Estaba completamente oscura—. No podemos caminar sin ver a dónde vamos. Podríamos caernos por un túnel o perder nuestra salida… Tsuulo, ¿podrías usar tu datapad para alumbrar nuestro camino?

Tsuulo murmuró algo, pero ella no pudo entenderlo.

—Dice que tenemos que esperar a que el datapad se seque antes de poder encenderlo —tradujo Han.

—¿Podría sacarse el cubo de la boca? —preguntó ella mientras miraba su ropa empapada—. Olvídalo, no hay un lugar más seco donde ponerlo.

Tsuulo dijo algo de nuevo, pero con el cubo en la boca hasta el huttés básico le fallaba a Qi'ra.

—¡No voy a ponerle atención a una vieja superstición! —exclamó Han—. Y Qi'ra tampoco.

Tsuulo volvió a hablar, esta vez con una frase más larga y eso tranquilizó a Han.

—Oh, eso funciona —dijo y después miró a Qi'ra—. Dice que no nos preocupemos, que puede ver muy bien en la oscuridad.

—Fantástico. ¿Por qué no indicas el camino, Tsuulo?

Tsuulo dijo algo más que ella no entendió. Esperó a que Han tradujera, pero después de un momento se dio cuenta de que estaba sola. El único sonido era su respiración. La habían abandonado.

«No voy a entrar en pánico. No soy así», pensó. Con una mano sobre la pared, empezó a caminar por el oscuro túnel, apresurándose, hasta que chocó con alguien.

—¡Han! ¡Tsuulo!

—Aquí estamos —murmuró Han—. Ven, agárrate de mi manga y yo me agarraré de la de Tsuulo, así no nos separaremos.

Tsuulo dijo algo más.

—Sí, sí. Yo también tengo frío, deja de quejarte.

Qi'ra empezó a temblar. Su estómago gruñó y deseó que Tsuulo no les hubiera dado los últimos premios a los sabuesos de Rebolt. Había estado corriendo y escondiéndose todo el día y ya estaba exhausta y hambrienta. Pero no podían detenerse.

—Vamos.



Horas más tarde, con más hambre y cansancio, Tsuulo los guio por unos túneles que los llevaron al sótano de una vieja bodega.

Llegaron a una oxidada puerta que era la última barrera antes de la libertad. La luz se filtraba por una alcantarilla sobre ellos, aunque no era mucha. Eso significaba que estaba empezando a oscurecer. Habían estado corriendo y escondiéndose todo el día.

La puerta era vieja y parecía estar apenas sostenida por sus bisagras, pero era controlada por un moderno panel de acceso. Qi'ra nunca había estado ahí, era uno de los pocos lugares a los que Lady Próxima no tenía acceso. Vio fijamente la puerta, quizá con la suficiente fuerza, aplicada en el lugar exacto, podrían derrumbarla.

Estaba a punto de contar su plan cuando Han dio un paso al frente y colocó su huella sobre el panel de acceso. Se escuchó un *¡CLIC!* y la puerta se abrió.

Qi'ra y Tsuulo lo miraban.

—¿Qué? A veces salgo de paseo.

Tsuulo dijo algo. Había sacado el cubo de su boca y lo tenía en la mano. Qi'ra alcanzó a entender la palabra «personas».

—Sí, también conozco a algunas personas de aquí —dijo Han—. Si me hubieras dicho que este era el speeder al que tenías acceso…, conozco un atajo que nos habría traído más rápido.

Tsuulo dijo algo enojado, algo con las palabras «confianza» y «despojo». Cuando los tres atravesaron la puerta, esta se cerró detrás de ellos, enfrente había una escalera. Faltaba un escalón a dos tercios del camino, pero Qi'ra creía que se veía lo suficientemente estable.

Han trepó primero y desapareció por una escotilla; Tsuulo lo siguió después, y al final Qi'ra. Cuando su cabeza salió de las alcantarillas, a su nariz la golpeó un olor a duracreto, grasa quemada y humos de escape. Terminó de trepar y se puso de pie, lista para todo, blásters, CorSec o droides enojados.

Pero no tenía de qué preocuparse. Estaban en una vieja bodega con techos altos y ventanas manchadas de esmog. Había speeders por todas partes, de diversos modelos y colores, en alguna etapa de reparación. Personas y droides de mantenimiento corrían por doquier, se estaban preparando para algo. Algunos se encargaban de los speeders, revisando válvulas, apretando tuercas o pasando combustible de contenedores cercanos.

Dos humanos y un droide saludaron a Han, era obvio que había estado ahí antes, pero nadie más les prestó atención. Qi'ra sintió que su respiración se relajaba.

De pronto, Tsuulo gritó una maldición. Qi'ra se tensó antes de darse cuenta de que estaba enojado, no asustado. Iba a tener que enseñarle a usar su huttés, a elegir mejor sus palabras. Era obvio que sabía cómo maldecir, sólo que no con cuáles palabras.

Él y Han hablaron un rato y Qi'ra logró entender que habían llegado en el peor momento posible. Una carrera estaba por empezar y el speeder al que Tsuulo tenía acceso estaba listo para arrancar.

—¿Qué speeder? —preguntó Han—. Conozco a mucha gente que renta un espacio en este garaje.

Tsuulo le dijo algo.

—¡Estás bromeando! —exclamó Han—. ¿Reezo es tu hermano?

Tsuulo hizo un ruido.

—Sí, ni lo digas, sé cómo es la familia —suspiró Han.

—¿Estamos buscando el speeder de tu hermano? —preguntó Qi'ra.

Tsuulo asintió.

—¿Por qué no se lo pedimos prestado? Estoy segura de que no le importará perderse una carrera para ayudarnos, ¿no?

Tsuulo protestó agitando los brazos.

—Él y su hermano no se hablan —explicó Han—. Tal vez sea Tsuulo el que no le hable a Reezo. No se han dirigido la palabra en seis meses. Como sea, de ninguna manera Reezo se perdería una carrera. Correr lo es todo para él.

Qi'ra no sabía mucho sobre las carreras, sólo que había legales e ilegales, y por la zona de la ciudad en la que estaban, dentro de un garaje mugroso con speeders modificados, obviamente eran del segundo tipo. Correr era parte de la cultura local y por ello CorSec prefería no prestar atención. A veces ocurría un accidente mortal o la propiedad de un ciudadano adinerado salía dañada y sólo entonces CorSec presentaba a un presunto culpable y condenaba las carreras ilegales, pero poco tiempo después la gente de Coronet dejaba de sentirse enojada o triste y las cosas regresaban a la normalidad.

—Tal vez alguien más tenga un speeder que podamos utilizar —sugirió Qi'ra.

Han y Tsuulo la miraron.

—¿Qué? ¿Dije algo malo?

—No puedes pedirle a alguien prestado un speeder —explicó Han.

Tsuulo asintió enfáticamente.

—Es como pedirle su esposa prestada a alguien, o su alma.

—Eso no tiene sentido.

—Para algunos de nosotros sí —dijo Han viendo al suelo.

—¿Tienes una mejor idea?

—Bueno, no… —Entonces un droide de mantenimiento pasó a toda velocidad a lado de ellos, pero no les prestó atención—. Digo, ¡sí! —Han levantó la mirada para verla a los ojos, en su rostro tenía dibujada esa abominable sonrisa.

—Oh, oh —dijo Qi'ra.

Han tomó a Qi'ra y a Tsuulo por los hombros y los llevó hacia el frente del garaje.

—Tomamos a Reezo. Lo atamos y tomamos su lugar en la carrera.

—Esa es la peor idea que he escuchado en… —exclamó Qi'ra.

—Escucha. La ruta de la carrera nos lleva directamente por el boulevard Narro Sienar, justo frente a los puentes que llevan al centro de la ciudad, cuando estemos cerca de Bajos nos saldremos de la carrera. Nadie se preguntará que pasó, sólo asumirán que se trató de una falla mecánica o algo así.

Unos cuantos speeders aceleraron frente a ellos, uno dejó un rastro de humo gris detrás, otro rechinó como una uña que rascara un pizarrón. La carrera estaba por comenzar, sin importar lo que decidieran, tenía que ser pronto.

—Está bien, tal vez no sea la *peor* idea —admitió Qi’ra—. Tsuulo, ¿qué opinas?

Tsuulo dijo algo mientras movía la cabeza de arriba abajo.

—Le encanta la idea de atar a su hermano —tradujo Han viendo a Tsuulo con una mirada rara—. Aparentemente, su hermano no le agrada para nada.

—Entonces hagámoslo —dijo Qi’ra—. Tsuulo, guíanos.

Tsuulo corrió hacia la esquina más lejana del garaje y lo siguieron de cerca.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Han.

—Reezo no ha visto a su hermano en varios meses, ¿cierto? Creo que cuando lo vea se sorprenderá, mientras esté distraído puedes llegar por detrás.

—¿Y hacer qué?

—No sé, puedes golpearlo en la cabeza con una llave o algo.

—Qi’ra, no quiero lastimar a nadie.

—Mejor él que nosotros.

Tsuulo se quedó congelado. Se dio la vuelta y murmuró algo.

—Ese es Reezo —tradujo Han, señalando.

Había otro rodiano joven agachado al lado de un speeder. Su piel tenía un tono más amarillo que la de Tsuulo y era claramente un par de años más grande. Un par de enormes *goggles* colgaban alrededor de su cuello, estaban hechos específicamente para los ojos de un rodiano.

Pero lo que tomó por sorpresa a Qi’ra fue el speeder que estaba arreglando. Era enorme y tosco, tan verde como una esmeralda y flotaba más cerca del suelo que los demás speeders. Qi’ra no sabía si estaba descompuesto o estaba diseñado para ser así. Una verde luz fluorescente brillaba alrededor del speeder, haciendo que el cemento lleno de grasa debajo brillara como un pantano. Dos mangueras, cada una terminada en un disco, salían del cofre. Le tomó un momento a Qi’ra darse cuenta de que estaban diseñadas para verse como las antenas de un rodiano.

—Santas lunas, esa cosa parece un escarabajo gigante —murmuró Qi’ra.

—Estaba pensando que más bien parecía un ladrillo flotante —dijo Han—. Espera, se pondrá peor.

—¿Qué quieres decir?

Reezo no había notado su presencia. Se acercó a la cabina y encendió la consola. Llamas holográficas salieron de la defensa y del *spoiler* trasero. Qi’ra se imaginó que al acelerar las flamas azules darían la impresión de estar saliendo detrás del speeder.

—Eso es lo que quiero decir —exclamó Han—. También removió el amortiguador acústico del motor para hacerlo tan ruidoso como sea posible.

Tenía razón, en cuanto Reezo lo encendió el garaje entero retumbó por el ruido. Qi’ra sintió cómo el corazón se le encogía. Se levantó de puntitas y se acercó al oído de Han para que pudiera escucharla por encima del ruido.

—¡Deberíamos hacerlo ahora! Ese horrible ruido ocultará cualquier otro.

Han asintió, pero después hizo una pausa.

—¿Están seguros de que quieren hacer esto? —les preguntó a ambos.

Tsuulo gritó algo en huttés que hasta Qi’ra pudo entender como una emocionada afirmación.

—No, no tengo una mejor idea —dijo Han, triste.

Tsuulo guio el camino y los tres se acercaron al speeder.



Han había tenido suficientes peleas, como cuando Grindalid se dio cuenta de que estaba haciendo trampa en sabacc. Bueno, no estaba haciendo trampa precisamente: seguía aprendiendo cómo jugar y había cometido un error inocente.

En ese momento, y como siempre, Han lo había enfrentado. Él podría salir victorioso o sangriento y arrastrándose, pero nunca se echaba para atrás. De hecho, prefería las confrontaciones directas a estar escondiéndose, incluso huyendo que los complicados planes que a Qi'ra le encantaba idear.

Pero eso no significaba que buscara los problemas y tampoco que le gustara lastimar a la gente. Así que mientras Tsuulo caminaba hacia su hermano y le tocaba el hombro, su estómago estaba hecho un nudo.

Reezo se dio la vuelta y su largo hocico quedó abierto.

—¿Tsuulo? —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Han tomó un desarmador pilex que estaba sobre un carrito de herramientas y empezó a rodear a Reezo.

—Reezo —dijo Tsuulo con un tono de voz que no parecía contener ni rastro de enojo—. Veo que has gastado más de nuestra herencia. ¿Hololl amas? ¿En serio? Creí que habías dicho que el dinero se había acabado.

—Gané un poco —respondió Reezo limpiándose las manos en su pantalón—. En las carreras. He mejorado mucho.

Tsuulo resopló. Han levantó el desarmador pilex y se preparó para atacar a Reezo. Pero entonces tuvo una mejor idea.

Un trapo colgaba del bolsillo trasero de Reezo, Han lo tomó, lo embutió en la boca del rodiano y después lo jaló hacia atrás. Reezo empezó a sacudirse y a llevar la mano hacia el trapo, pero Han pateó la parte trasera de su rodilla. Reezo cayó al suelo y arrastró a Han con él.

—Rápido, alguien tome sus brazos —dijo Han—. Hay un poco de cable en el carrito de…

Una pequeña figura salió corriendo hacia ellos y, antes de que Han pudiera parpadear, vio cómo un puño se estrellaba contra la cara de Reezo. El rodiano quedó inconsciente.

Han levantó la mirada y vio que era Qi'ra quien estaba parada frente a ellos, sobándose el puño derecho.

—¡Auch! —exclamó—. Eso dolió.

—Estoy seguro de que Reezo está de acuerdo contigo —dijo Han—. Ven, ayúdame a esconderlo.

—¿Está bien? —preguntó Tsuulo corriendo hacia ellos.

—Eso creo —respondió Han jalando el inmóvil cuerpo del Reezo detrás del speeder—. Sólo está inconsciente. ¿Sueles golpear a la gente seguido? —le preguntó a Qi'ra.

—He querido golpear a alguien todo el día —respondió.

—¿A alguien en particular?

Ella sólo lo miró fijamente.

—Olvídalo.

Fue un gancho tremendo. Han había vivido en las calles por mucho tiempo y podía contar con los dedos de una mano las veces que un humano había noqueado a alguien de un solo golpe. Tal vez Qi'ra era una buena peleadora. Después de todo, era buena en muchas cosas.

—No podemos dejarlo aquí, en medio del garaje —dijo Qi'ra, volteando a ver si alguien los había descubierto. El garaje estaba casi vacío; todos los speeders habían salido, listos para la carrera—. Tenemos que esconderlo en algún lado.

—Hay un clóset por allá —sugirió Tsuulo.

—Todos usan ese clóset —dijo Han. Miró a Tsuulo y a Qi'ra. Sabía dónde deberían esconder a Reezo, pero decirlo revelaría su secreto mejor guardado.

O tal vez no. Tal vez sólo revelaría parte de él.

—Allá —dijo Han, señalando con su cabeza—. En ese speeder gris, rápido.

Qi'ra y Tsuulo levantaron las piernas de Reezo y lo llevaron al corazón de todo lo que Han había estado haciendo durante los últimos dos años.

—Um —dijo Qi'ra cuando se acercaron—. No sé mucho sobre speeders, pero ¿no le falta el motor a este?

—Sí —respondió Han arrepintiéndose de su decisión—. Por eso podemos esconder a Reezo aquí. El compartimiento del motor está vacío.

—¡Y ve ese parabrisas! —continuó despiadadamente—. Parece que lo rescataron de un viejo speeder *Flash*. Santas lunas, qué pedazo de chatarra.

—¡No es chatarra! —gritó antes de pensar lo que estaba diciendo.

Qi'ra levantó las cejas y soltó una carcajada.

—¡Este es tu speeder! Por eso casi siempre llegas tarde a la guarida.

—Creo que quieres decir que llego «casi tarde» —contestó abriendo el cofre. Tsuulo y Qi'ra lo ayudaron a levantar a Reezo y el rodiano cayó en el compartimiento vacío—. Tal vez no se vea como la gran cosa —explicó Han—, pero eso no importa. Va a ser el speeder más rápido que las calles corellianas hayan visto. Estoy construyendo el hoverimpulsor yo solo; después agregaré estabilizadores para que sea más fácil de maniobrar y tal vez hasta lo pinte de azul.

—Si tú lo dices… —empezó a decir Qi'ra.

—¿Qué están haciendo? —dijo una voz femenina a la distancia. Los tres se dieron la vuelta.

—BJ —exclamó Han levantando las manos—. Puedo explicarlo.

Un droide de mantenimiento estaba frente a ellos con las manos a la cintura. Tenía un solo ojo en medio de su rostro gris metálico y una parrilla en lugar de boca. Un cinturón café lleno de herramientas colgaba de su hombro.

—¿Se conocen? —preguntó Qi'ra, sin que sus ojos dejaran de de evaluar rápidamente. Esa muchacha nunca dejaba de pensar.

—BJ-64 es una amiga —le aseguró Han—. Me ha estado ayudando a resolver algunas cosas. Confías en mí, ¿verdad B? Sabes que no haría nada malo.

BJ-64 sacó una llave de su cinturón y la señaló a Han, empezó a acercarse a él.

—Sin un buen motivo —añadió rápidamente—. Sabes que nunca haría nada malo sin un buen motivo.

—Reezo renta un espacio en este garaje igual que tú —dijo BJ-64—. Eso significa que tiene seguridad garantizada tanto para él como para su speeder. Temo que debo llamar al dueño del garaje.

Un claxon sonó a lo lejos y después la gente empezó a aplaudir.

—La primera carrera empezó —anunció Tsuulo—. Todavía podemos llegar a la segunda si nos apuramos.

—Ninguno de ustedes correrá hoy —dijo BJ-64.

—Escucha —dijo Han—. No vamos a lastimar a Reezo. Digo, no más de lo que ya lo hicimos, sólo necesitamos tomar su speeder prestado por un rato.

—¿Esa cosa? —exclamó BJ—. ¿Esa abominación? El único uso que deberían darle a esa cosa es derretirlo. —BJ siguió avanzando hacia Han con la llave levantada.

—Haré un trato contigo, B. Si nos dejas ir, sin llamar a nadie, despedazaré el speeder de Reezo.

—Mmm —dijo BJ dejando caer la llave un poco.

—Quitaremos las llamas holográficas, la bomba de gasolina extra y el paquete de…

—¿Las luces de abajo también? —preguntó BJ—. El compartimiento de la batería se arrastra y cuando lo pone en modo destello crea un corto circuito.

Estaba escuchando, iba a funcionar.

—Claro, las luces también desaparecerán.

—Supongo que las antenas también tendrían que irse, aunque diga que son parte de su «herencia cultural».

—Lo que tú digas, B.

—Está bien —por fin dijo ella bajando la llave—. Saquen esa cosa de mi garaje. ¿Puedo liberar a Reezo después de las carreras?

—Nos encantaría que lo hicieras.

—¿Cómo van a pilotarlo? —preguntó BJ—. Sus controles están encriptados.

—Déjenme eso a mí —dijo Tsuulo—. Vamos, tenemos que apurarnos.

—¡Gracias, B! —gritó Han despidiéndose de su amiga—. ¡Nos vemos pronto! — Esperaba que así fuera, si es que no lo mataban esa noche.

—¿Qué fue eso? —preguntó Qi'ra mientras corrían hacia el ladrillo verde flotante—. ¿Cómo sabías qué decirle al droide?

—Te lo explico después —dijo Han. Llegaron al speeder que todavía estaba haciendo un ruido insoportable, esperando arrancar—. ¿Estás seguro de que puedes hacer esto, Tsuulo?

—¡Completamente seguro! —Tsuulo cerró los ojos y respiró profundamente a través de su hocico—. La Fuerza estará conmigo —dijo tranquilo.

—Como tú digas, amigo. —Tsuulo no era la única persona religiosa que Han había conocido. Parecía que, mientras más pobre fuera la gente en Corellia, más se desbordaban los centros religiosos. Había escuchado que la gente de Vid Verdadera ofrecía tres servicios al día para darse abasto. Han no creía en nada de eso, ni una palabra. No creía en un dios, en un creador, en la Fuerza, en un sol o en una luna. Pero si alguien encontraba confort en la religión, él no diría nada. Siempre y cuando no trataran de convencerlo de lo contrario.

El tablero del speeder estaba lleno de medidores y cables, y Han no tenía ni idea de cómo Tsuulo iba a descifrarlo. Pero después de verlo por un momento, el rodiano metió una mano. Cortó un cable, lo enchufó en otro lado, calibró algo más y después conectó su datapad en un puerto y con sus dedos terminó de acomodar varias cosas más.

El speeder descendió para que pudieran entrar más fácilmente y la puerta se abrió.

—¿Cómo hiciste eso? —Han no podía creerlo.

—Nunca me pregunto cómo lograré hacer algo, sólo creo que puedo hacerlo — respondió Tsuulo levantando los hombros.

—Mmm. —Han entró al speeder.

—Al asiento trasero —ordenó Qi'ra—. Yo voy a pilotar.

—¿Sabes cómo pilotar un speeder? —preguntó Han. Él quería manejar ese vehículo.

—Tuve que aprender para una de las tareas de Lady Próxima. Me dieron unas cuantas clases.

Han también podía manejar un poco, pero nunca había tomado clases. A regañadientes, Han se fue al asiento trasero. Tsuulo lo siguió y cerró la puerta. Qi'ra guio al speeder desde la bahía de estacionamiento hacia la noche corelliana.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —dijo Qi'ra—. No puedo creer que esté funcionando.

—Todavía no termina de funcionar —objetó Han.

Los speeders estaban acomodados en parejas detrás de la línea de arranque, la única posición disponible era la última del lado izquierdo. Era la peor posición para correr, pero afortunadamente para ellos no tenían que ganar, sólo tenían que dar un buen show mientras llegaban al otro lado de la ciudad.

El speeder se jaloneó hacia adelante mientras Qi'ra trataba de colocarlo en su posición.

—¡Lo siento! —gritó Qi'ra—. El acelerador es muy sensible.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo? —preguntó Han desde el asiento trasero. Las llamas holográficas bailaban a su alrededor.

—Sólo tengo que acelerar a fondo cuando sea tiempo de arrancar y tratar de no chocar, ¿cierto?

Nada de eso le daba buena espina a Han.

—Es algo bueno que estemos hasta atrás —dijo Qi'ra mirando hacia atrás—. No hay nadie que nos vea, que se dé cuenta de que no sabemos manejar. Podemos llegar al otro lado de la ciudad sin llamar la atención. —Qi'ra apenas había terminado de hablar cuando llegó otro speeder detrás de ellos—. Demonios —dijo Qi'ra mientras Tsuulo maldecía con una serie de palabras que Han sólo podía comparar con un gamorreano en una posición anatómicamente imposible.

El speeder detrás de ellos estaba pintado de un negro profundo y rugía con ferocidad. Han no podía ver el piloto, las luces del speeder eran demasiado brillantes y le estaban dando dolor de cabeza. Han se dio cuenta de inmediato de que era una modificación diseñada para molestar a los demás pilotos.

—No veas las luces —le advirtió a Qi'ra—. Están diseñadas para despistarte. —Han vio que sus manos apretaban con más fuerza los controles—. Puedes hacerlo —añadió. Qi'ra era buena haciendo todo, se dijo Han, y además había tomado clases. Le iría bien.

La calle frente a ellos estaba oscura, peligrosamente oscura. Cuando se trataba de carreras ilegales, nadie se preocupaba por iluminar las calles o seguir ningún tipo de protocolo de seguridad. Los speeders iluminarían su propio camino y los aficionados también alumbraban un poco con sus datapads mientras trataban de hacer apuestas de último minuto. Una nube de luces se veía más adelante, señalando los clubes nocturnos de Coronet. La carrera haría que cruzaran esa parte de la ciudad y después los llevaría a una parte mucho más peligrosa.

Una mujer pa'lowicka caminaba entre los speeders hacia el frente, moviendo las caderas con cada paso que daba. En una de sus manos llevaba un largo pañuelo blanco manchado de aceite y óxido. El pedazo de tela parecía bailar con el movimiento del aire.

El público guardó silencio. Parecía que el ruido de los motores en espera era el único sonido en el mundo. Han se sentía lleno, completo y en paz. Sin darse cuenta apretó su mano derecha, como si estuviera preparándose para acelerar.

La mujer pa'lowicka agitó el pañuelo, que se movió entre el aire de un lado a otro hasta que de pronto lo jaló hacia abajo y desapareció. Los speeders delante de ellos aceleraron.

Qi'ra apretó el acelerador y el ladrillo verde salió disparado enloquecidamente hacia la izquierda, provocando que casi se voltearan.

—¡Qi'ra! —gritó Han.

—¡Lo siento! —contestó Qi'ra. Enderezó el speeder y aceleró para alcanzar a los demás. Las hololllamas bailaban detrás de ellos como si el speeder estuviera incendiándose.

El viento hizo que el cabello de Han se fuera hacia atrás, los ojos le ardían y las lágrimas empezaban a correr por su rostro. Debió de haber tomado *goggles* de carrera para todos ellos. Pero ya no importaba: su plan iba a funcionar. Qi'ra lo estaba haciendo muy bien.

Llegaron a la primera vuelta y se mantuvieron a varios metros de distancia de los demás competidores, de todos menos del speeder negro que parecía contento de seguirlos lentamente. No importaba; de hecho, era mejor no acelerar a fondo. Aun así, Han no podía evitar querer un poco más de velocidad, un poco más de emoción. Quería ver a los demás speeders de cerca, escuchar el ronroneo de sus motores, respirar el humo de sus escapes. ¿Había un mejor olor que el humo de los escapes de un speeder? No podía pensar en ninguno.

De pronto contuvo su respiración cuando se dio cuenta de algo importante: Qi'ra no estaba frenando ni disminuyendo la velocidad para tomar la vuelta.

Tsuulo empezó a gritar diciéndole que iba demasiado rápido.

—¡Sí! —contestó Qi'ra—. ¡Escuché que estos pilotos dan las vueltas con fuerza! ¡Es la mejor forma de tomar las curvas!

Para los pilotos experimentados, claro; pero no para alguien que apenas había pilotado un speeder un par de veces.

Qi'ra entró a la curva y la parte trasera del speeder parecía irse al lado opuesto, a punto de chocar con la base de un poste de luz. Han tomó la barra antivuelco esperando lo peor. Qi'ra aceleró y evitó el percance, pero Han escuchó el chillido de un metal raspándose, volteó atrás y alcanzó a ver cómo el poste de luz caía al suelo y sacaba chispas.

El speeder negro seguía detrás de ellos, pero a una distancia segura; era lo mejor que podía hacer.

—Creo que casi morimos —gritó Han.

—¡Es más difícil de lo que parece! —admitió Qi'ra.

Tsuulo estaba murmurando algo.

—¿Qué dijiste? —preguntó Han.

—Le estoy rezando a la Fuerza —respondió Tsuulo.

No sabía mucho sobre religiones, pero Han estaba casi seguro de que la Fuerza no era algo a lo que le rezabas, pero no era el momento de discutir: se acercaban a otra curva.

Entonces le llegó un olor a humo y las luces de los demás speeders lo deslumbraron. Qi'ra había alcanzado al resto del grupo.

—¡Esta vuelta es mucho más cerrada! —anunció Tsuulo.

—¿Qué? —gritó Qi'ra.

—Es un punto de posición —explicó Han—. Es una vuelta atrás, tendrás que estar lista.

—¿Debería ir más rápido?

—¡No! —gritaron Han y Tsuulo al unísono.

—¿Están seguros de que debería dar la vuelta? —preguntó ella—. Esa ruta no nos lleva a donde queremos ir.

—Lo estás pensando demasiado —dijo Han—. La ruta nos llevará, confía en el camino y en el speeder.

—¡Eso no tiene sentido! Agárrense, voy a acelerar, daré la vuelta en la curva y giraré sobre el eje del speeder.

—¡No! —volvieron a gritar.

—Han, ayuda —imploró Tsuulo—. Que la Fuerza nos acompañe, que la Fuerza nos acompañe, que la Fuerza nos acompañe —se dijo.

El aire se iluminó a su alrededor, parpadeaba como si fuera una pesadilla. El speeder negro quería rebasarlos.

—¡No veo nada! —gritó Qi'ra.

Aunque la luz no lo dejaba ver del todo, Han creyó ver una extraña forma a su izquierda. Era un speeder común y corriente. Alguien no había recibido la noticia de que ese camino debía mantenerse despejado esa noche. Estaba estacionado entre ellos y la curva, y Qi'ra iba directamente hacia él.

Tsuulo maldijo.

Han brincó al asiento delantero.

—Ve al asiento trasero —ordenó tomando los controles.

—¡Puedo hacerlo! Lo he estado haciendo…

—¡Ahora! —gritó Han.

Qi'ra se sujetó con fuerza a la barra antivuelco y se pasó al asiento trasero mientras Han se sentaba en el asiento que ella había dejado vacío. Pasó un momento acostumbrándose a los controles, al acelerador, al motor de reversa derecho, a los medidores y al… ¿ajustador de levitación? Claro, esa abominación tenía un paquete de rebotes.

El speeder negro se acercó a ellos y el piloto les gritó groserías, Tsuulo no dudó en hacerle un gesto obsceno.

Han aceleró y los dejó atrás, sintió alivio al quedarse solo y llevarlos hacia la curva. Aceleró con cuidado, dio un empuje al motor de reversa izquierdo y uno más fuerte al derecho para girar justo cuando el otro speeder apareció. Estaba mucho más cerca de lo que había anticipado.

—¡Han, cuidado! —gritó Qi'ra.

Han presionó el ajustador de levitación y un *¡WOOSH!* hizo que ahogara un grito. Su trasero se apretó contra el asiento y el speeder se elevó cuatro metros en el aire. Voló sobre el speeder estacionado y Han dejó escapar un grito triunfal.

Entonces, su corazón se le subió a la garganta cuando el speeder bajó al suelo tan rápido como había subido. La barriga del speeder chocó con el pavimento, dejando en su camino un rastro de chispas antes de que el repulsor volviera a encenderse y el speeder regresara a la normalidad.

Han entró a la curva con facilidad, y el camino se convirtió en un puente mientras cruzaron uno de los tantos ríos de Coronet.

—Bueno, eso arregla las luces debajo del speeder —gritó Tsuulo—. ¿Dije arreglar? Quise decir que lo dejamos en la intersección que pasamos.

—¿Crees que puedas alcanzar a los demás? —preguntó Qi'ra—. Tiene que parecer como si quisiéramos ganar.

Llegaron a otra vuelta cerrada y Han la tomó con cuidado. Frente a ellos el camino era recto y los llevaría exactamente a donde querían llegar. A lo lejos estaban las luces de los demás speeders, como si fueran faros en un mar oscuro. Han sonrió y aceleró a fondo.

Dudó que el speeder de Reezo pudiera alcanzarlos: el rodiano parecía estar más interesado en accesorios inútiles que en velocidad y poder. No era una filosofía con la que Han estuviera de acuerdo.

Quedó gratamente sorprendido cuando se dio cuenta de que las luces de los demás speeders estaban cada vez más cerca, tal vez el rodiano no estaba tan perdido y en verdad podía construir un buen speeder.

Las lágrimas siguieron saliendo de sus ojos y el viento empujaba su cabello hacia atrás. Su ropa mojada se estaba congelando y apenas podía sentir los dedos. Al estar tan lejos de los demás competidores sintió como si tuviera el camino entero para él solo. Se movió de un lado al otro, tratando de aclimatarse a los controles, y el speeder le respondió con agilidad, como si cortara aire. No: como si estuviera volando.

Las encías de Han empezaron a dolerle, y se dio cuenta de que no había dejado de sonreír desde que llegó al asiento del piloto.

—Nos estamos acercando —le dijo Qi'ra al oído—. Reconozco esta parte de la ciudad.

Han volvió a acelerar ligeramente. Si lo hacía demasiado rápido ahogaría el motor. Volvió a sonreír cuando el speeder aceleró. A lo largo del camino observó cómo salía vapor de las alcantarillas mientras la temperatura de la noche disminuía. Cruzaron otro puente: los postes de luz iluminaban los charcos de un color óxido. Más adelante, los demás competidores daban vuelta a la derecha. La ruta los llevaría alrededor del centro de Coronet, después por el boulevard Narro Sienar y de regreso al garaje.

—Sigue derecho —ordenó Qi'ra.

Salieron del camino principal y siguieron de frente, lejos de las luces de la ciudad y hacia el distrito conocido como Bajos.

Rebolt les había contado que esa parte de la ciudad solía ser un pantano, antes de que los marineros drenaran el agua para establecer sus fábricas. Ninguna alcantarilla llegaba ahí, la tierra era poco profunda y el nivel del agua era alto. Después de décadas de industrias, contaminación y fugas de agua, el área había quedado prácticamente inservible. Se había convertido en una zona de almacenamiento y de deshuesaderos. A veces era difícil diferenciar uno del otro. Sólo lo más pobres y los más necesitados trabajaban en los Bajos. A Han le pareció extraño que Qi'ra tuviera un refugio ahí.

La calle se estrechó y Han tuvo que desacelerar. Estaban rodeados de putrefacción, de bodegas con ventanas rotas, cabañas hechas con sobras de metales y pordioseros con sombrillas improvisadas. El aire apestaba a tierra húmeda y a metal quemado.

Aunque era de noche, todos estaban trabajando como de costumbre. La música de una cantina con las ventanas abiertas llegó a sus oídos. Pasaron por una hilera de seres formados en un puesto de comida que vendía brochetas de anguila. El estómago de Han rugió. Tan pronto estuvieran en el refugio se comería el premio para perro que había guardado… a menos que estuviera empapado de aguas residuales de la alcantarilla. Bueno, tal vez aun así se lo comería.

—Da vuelta a la izquierda en la intersección —dijo Qi'ra.

Apenas si era una intersección, más bien parecía un lugar en donde varios callejones se juntaban, pero él hizo lo que Qi'ra ordenó.

—Tendremos que esconder el speeder —dijo ella—. Cualquier vehículo que se quede descuidado en este distrito termina despedazado en un parpadeo.

—¿Dónde lo escondemos? —preguntó Han.

—Sólo haz lo que te diga.

Qi'ra sonaba fría y un poco brusca, más de lo normal. Tal vez seguía enojada porque Han le hubiera quitado el asiento del piloto.

Ella los guio con confianza a través de una serie de callejones y calles chuecas y descuidadas. El camino tenía una ligera inclinación hacia abajo y el duracreto agrietado empezaba a resplandecer con humedad. Varias hierbas trataban de romper la superficie entre cada pedazo de tierra que pudieran encontrar en las calles descuartizadas, por las banquetas y hasta los tejados.

Pronto los edificios terminaron y no hubo más que oscuridad. Han ajustó los faros del speeder para poder ver de frente.

Un enorme campo pantanoso estaba adelante, lleno de enormes plantas testarudas y árboles atrofiados por la contaminación. Enormes bultos del tamaño de edificios estaban regados por todo el campo, parecían ranas gigantescas listas para atacar. Cuando se acercaron, los bultos se convirtieron en algo mucho más claro y Han ahogó un grito. Eran naves, cientos de ellas, todas abandonadas y despedazadas, oxidándose en el pantano.

—El cementerio de naves de trasporte —murmuró Tsuulo—. He oído de este lugar, pero nunca lo había visitado.

—Ve por la orilla poniente —señaló Qi'ra.

Viajaron por una carcasa de metal que en el pasado lejano albergaba una cabina de pilotaje en medio de dos motores de propulsión. Un tendedero estaba colgado entre los motores y había ropa que se sacudía por la brisa ligera.

—Alguien vive aquí —dijo Han.

—La gente vive en todas partes —dijo Qi'ra—. Siempre, sin importar las circunstancias, siempre encuentran cómo sobrevivir.

—¿Tu refugio está en una de estas naves? —preguntó Han, pero Qi'ra no le respondió.

—Debemos tener cuidado —dijo Tsuulo—. Estamos en territorio del Silo.

Todos habían escuchado de Silo, un campamento de trabajo forzado lleno de huérfanos y operado por las personas más nefastas de Corellia. La expectativa de vida ahí era menor a 18 ciclos. Según los rumores, el Silo hacía que el escondite de los Gusanos Blancos se viera como una lujosa mansión.

—¡Ahí! —gritó Qi'ra—. ¿Ves ese árbol? Estaciona el speeder detrás.

Los árboles no eran comunes en las afueras de Coronet, así que aún en la oscuridad era fácil verlo, era una pequeña cosa con un tronco enorme que crecía de una colina, sus ramas parecían estirarse hacia los rayos del sol que pocas veces veía. Detrás del árbol había una hendidura, un hueco en el suelo que creaba un escondite perfecto para el speeder.

Han apagó el speeder y salió. Sus botas hicieron *¡SPLASH!* cuando tocaron el suelo, estaba justo en medio de un pantano.

Qi'ra y Tsuulo saltaron a su lado. Con el speeder apagado quedaron en oscuridad absoluta. Sólo un ligero rayo de luz de luna se filtraba entre las nubes y le daba un aspecto azul a la piel de Qi'ra y Tsuulo.

—Entonces… —dijo Han mirando a su alrededor—. ¿Llegamos?

—Bienvenidos a mi… hogar. Supongo —anunció Qi'ra con cierta renuencia.

Dio la vuelta y se dirigió hacia la colina. Jaló algo y una capa entera de tierra se levantó, revelando una puerta.



Las manos de Qi’ra temblaban mientras limpiaba la tierra que camuflaba la entrada a su refugio. Había pasado años arreglando el lugar, le había invertido sudor, lágrimas y cada crédito que podía guardar. Ahora, al enseñárselo a Han y Tsuulo, estaba renunciando a él.

Se dijo que llevarlos ahí era una necesidad, que sólo era porque los Kaldana, los Gusanos Blancos, los Droides Gotra y tal vez hasta el Imperio los estaba buscando, era el único lugar seguro en el que podía pensar y que nadie más conocía.

Pero ahora que Han y Tsuulo lo conocían, nada volvería a ser igual.

Qi’ra hizo a un lado el pedazo de chatarra que servía como puerta y los guio hacia la oscuridad. Sintió su presencia mientras buscaba en la repisa su lámpara… ¡Ahí! Buscó el interruptor y, cuando lo encontró, la luz inundó el cuarto entero.

Han y Tsuulo quedaron boquiabiertos.

—¡Es una nave! —gritó Han.

—Bueno, pues estamos en un deshuesadero de naves —dijo ella.

—Sí, pero por fuera parece una…

Qi’ra volvió a colocar el pedazo de chatarra en su lugar y cerró el cuarto del mundo exterior.

—Encontré este lugar hace varios años —explicó—. Estaba medio enterrado, apenas había espacio para pararse, pero la estructura era buena. —Qi’ra estiró la mano y acarició una viga de metal. Eran varias vigas iguales que juntas parecían formar el tórax de la nave—. Excavé y saqué la tierra para cubrirlo completamente por fuera. Sólo quienes viven aquí, en el deshuesadero, saben que esta colina es realmente mi nave.

Tsuulo le preguntó algo, pero ella no entendió, así que miró a Han.

—Quiere saber si tienes energía; si no, él puede ayudarte.

Una sensación extraña recorrió su pecho. Era el sentimiento que tenía siempre que alguien quería hacer algo bueno por ella y no sabía si lo hacían con intenciones ocultas.

—Gracias, pero no —respondió Qi’ra—. Pensé en instalar paneles solares, pero sólo se los robarían. Tengo un par de cosas que corren con combustible normal, pero es muy caro… —De pronto vio el lugar con los ojos de ellos: frío, oscuro, con una repisa chueca, un catre hundido y una mesa oxidada con sillas igual de podridas. El techo estaba demasiado bajo para ellos y el suelo era húmedo. Nunca dejaba sus cosas ahí. El suelo las echaría a perder en menos de un día.

Suspiró. Lo que más amaba y cuidaba en la galaxia era un pedazo de basura podrida.

—Lo siento —se disculpó ella—. Sé que no es mucho, pero al menos estaremos seguros…

—Es asombroso —la interrumpió Han—. Es perfecto.

Tsuulo asintió emocionado.

Qi'ra se sonrojó, no estaba segura de por qué le importaba su opinión, pero de alguna manera así era.

—Bien, siéntanse como en casa. Tenemos que dormir un poco, después idearemos un plan. Deberíamos dormir por turnos. Podemos acostarnos en la mesa y en el catre; mientras, otro puede vigilar desde el speeder.

Han y Tsuulo se miraron y después se dejaron caer en las sillas. Tsuulo estiró los brazos sobre la mesa y se recargó en ellos, como si estuviera contento de encontrar algo que no se moviera.

—Entonces ¿no dormiremos? —preguntó Qi'ra.

—Siento que mi mente está en hipervelocidad —dijo Han—. No creo poder dormir por un buen rato.

Qi'ra sabía exactamente a lo que se refería. Aunque su cuerpo estaba exhausto, su mente estaba demasiado ocupada para poder dormir.

Tsuulo dijo algo sobre Reezo.

—Espera que su hermano esté sufriendo y temblando de miedo en este preciso momento —tradujo Han mientras sacaba el premio para perro de su bolsillo. Cuando logró sacarlo se despedazó en migajas y Han lo vio con tristeza.

—No deberías comerte eso —dijo Qi'ra, recordando que habían nadado en aguas sucias.

—Tal vez no tenga otra opción —respondió Han, pero en vez de meterse las migajas a la boca, las colocó sobre la mesa.

—Tsuulo —continuó ella—. ¿Por qué tú y tu hermano se odian tanto?

El rodiano hizo un ruido de desaprobación.

—No es que lo odie exactamente —explicó Han—. Más bien no se llevan nada bien. —Después de una pausa, continuó—. Entonces ¿nos vas a decir o no?

La línea espinosa que recorría su cabeza se agitó y, después, su boca hizo una mueca, empezó a hablar y con ayuda de Han, Qi'ra pudo entender más o menos lo que decía.

Tsuulo y su hermano, Reezo, habían nacido en Coruscant. Ahí fueron a la escuela. Tsuulo amaba tanto la escuela que tomaba clases extra a través de la HoloNet local. No era bueno con los idiomas o la literatura; ningún rodiano lo era, de hecho, tenían problemas hasta para hablar básico. Pero tenía un talento natural para la ingeniería. Quería construir hiperimpulsores en un futuro.

Su madre era una representante de ventas para una pequeña compañía de naves de transporte y por su trabajo solía salir de viaje muy seguido. Un año, después de ganar un enorme bono de ventas, decidió llevar a la familia entera en uno de sus viajes de negocios. «Ayudará en la educación de los niños», le dijo a su esposo. Así que los cuatro

decidieron salir de viaje y fueron a Corellia a una conferencia de ventas en el famoso Centro Buckell.

En la segunda mañana de la conferencia, mientas Tsuulo y su hermano dormían, sus padres salieron a desayunar. Caminaban hacia un restaurante cercano cuando un taxi speeder perdió el control y salió disparado hacia ellos, matándolos con el impacto antes de seguir su camino de destrucción hacia la plaza Diadem.

El speeder había sido robado por un trabajador enojado, un joven besalisk que había sido despedido recientemente. Había tratado de estrellarlo contra la oficina de trabajos, pero los padres de Tsuulo habían tenido la mala suerte de cruzarse en el camino.

Tsuulo se detuvo por un momento y parpadeó varias veces.

—No tienes que contarnos más si no quieres —dijo Qi’ra. Sabía muy bien lo que era tener secretos y cómo contárselos a los demás podía sentirse como si entregaras una parte de ti. Aun cuando parecieran secretos poco importantes.

Porque cuando no tenías nada, los secretos eran todo.

Pero tal vez lo único que Tsuulo necesitaba era un poco de simpatía, porque de inmediato siguió hablando, más rápido que antes.

Más tarde, ese mismo día, cuando CorSec encontró a los niños y les dijo lo que había pasado, Reezo aseguró ser lo suficientemente grande para cuidar de su hermano pequeño, que no había necesidad de enviarlo a un orfanato o a un campo de trabajo. Unos días más tarde llegó el seguro desde Coruscant. Si Tsuulo y Reezo eran cuidadosos ese dinero podría alcanzar para su educación hasta que ellos pudieran valerse por cuenta propia.

Pero Reezo tenía una mejor idea. Había escuchado sobre las carreras callejeras y se había obsesionado con la idea. Sin preguntarle a Tsuulo, usó el dinero para comprar un speeder y pagar la entrada a su primera carrera. Estaba seguro de que ganando podría recuperar la inversión y además tener una ganancia.

Pero chocó el speeder y se quedaron sin nada.

Cuando Tsuulo se enteró, estaba furioso. Reezo parecía sentirse terrible, pero no importaba cuántos créditos consiguieran mendigando, trabajando o vendiendo las cosas y ropa que sus padres y ellos habían llevado desde Coruscant, no podía dejar de gastarlos en su nuevo pasatiempo. Seis meses después, Tsuulo abandonó a su hermano, seguro de que le iría mejor solo. Se fue sin nada más que la ropa que llevaba puesta y su datapad.

Ser aceptado en los Gusanos Blancos le había dado una gran oportunidad. Al menos comía una vez al día, algo que ni con su hermano tenía asegurado.

Así que no, no odiaba a su hermano. Reezo estaba tratando de mejorar las cosas a su manera pero, aun así, Tsuulo esperaba que sufriera y estuviera asustado dentro del speeder de Han. Se lo merecía.

Después de que Tsuulo terminó de hablar hubo un momento de silencio.

—Lamento que haya pasado eso —por fin dijo Qi’ra.

Pero no lo lamentaba demasiado, Tsuulo al menos había tenido padres y su datapad, traído desde Coruscant, era la posesión más valiosa que tenía cualquiera de los Gusanos

Blancos. Le habían dado una educación y suficiente alimento mientras crecía. Qi'ra con gusto se hubiera cortado un dedo para tener un pasado similar.

—Gracias —dijo Tsuulo en básico, era una de las pocas palabras que podía pronunciar. Tomaba sus palabras por lo que significaban.

Se levantó, se estiró y dijo algo más.

—Dice que él será el primero en hacer guardia, hará lo que le prometió a BJ y despedazará el speeder de Reezo —tradujo Han.

—Despiértanos en unas pocas horas —pidió Qi'ra. Después, Tsuulo abrió la puerta y dio un paso hacia la noche.

Ella y Han estaban solos.

—Debí dejarte manejar —balbuceó ella—. Me equivoqué al querer hacerlo yo, pero… leí y hablé tanto sobre ello que pensé que podía hacerlo… pero no tengo una habilidad natural como tú.

Los ojos de Han se entrecerraron y la miró fijamente por un momento.

—Tú eres… diferente —dijo por fin.

De pronto, Qi'ra sintió enojo detrás de sus ojos y le regresó la mirada.

—Déjame adivinar —empezó, furiosa—. ¿No soy como las otras chicas? —Conocía ese intento de coqueteo cuando escuchaba ese comentario y le decepcionó saber que Han sí era como los demás hombres.

—No, me refiero a que no eres como las demás *personas*. Esa es la segunda vez que admites estar equivocada en algo.

La furia de Qi'ra desapareció tan rápido como había llegado.

—Oh, ¿en serio? ¿Eso es diferente?

—La mayoría de las personas pelea por pelear, pero tú no. Cuando te equivocas sólo lo aceptas y listo.

—Sería sumamente impráctico seguir por el mismo camino equivocado sólo para poder seguir peleando —dijo ella, levantando los hombros.

—Y tú nunca eres impráctica —sonrió Han.

—Trato de no serlo.

Han se frotó los ojos, tal vez sí estaba cansado después de todo. Su cabello castaño empezaba a enroscarse ahora que estaba seco. Tenía la mejilla llena de lodo y ella pensó en decirle para que se limpiara, pero prefirió no hacerlo.

—Hablando de practicidad —continuó Han y de inmediato ella tuvo la sensación de que estaba por preguntarle algo que no quería responder—. ¿Por qué aquí? ¿Del otro lado de la ciudad? Esta es la peor parte de Coronet y está muy lejos de la guarida de los Gusanos Blancos, me imagino que no puedes venir muy seguido.

Ella no dijo nada. Sabía que él quería más de sus secretos, más de ella.

—Lo que quiero decir es que no parece práctico —continuó—. ¿Cómo encontraste este lugar? ¿Qué hacías en este deshuesadero?

El viento soplaba afuera y las bilgefrogs croaban, anunciando que el amanecer se acercaba. Un ruido metálico hizo que Qi'ra se levantara de su silla, pero Han la tranquilizó de inmediato.

—Sólo fue Tsuulo. Seguramente arrancó el aparato de holollamas.

Cuando se tranquilizó, se sentó de nuevo y colocó las manos sobre la mesa. Vio que sus uñas estaban llenas de tierra.

—Aquí crecí. En el Silo —dijo por fin.

Los ojos de Han se abrieron.

—Así que conocía el territorio, hasta el deshuesadero. Tengo este lugar porque quiero recordar siempre de dónde salí, quiero un recordatorio para que la próxima vez que desayune sopa de rata o esté robando a una persona inocente por órdenes de Lady Próxima, sepa que las cosas solían ser peores. Si pueden mejorar una vez, pueden seguir mejorando, ¿no lo crees?

Han la estudiaba de cerca, como si estuviera viéndola por primera vez. Y a ella le gustaba.

—Tiene sentido —respondió con cuidado—. ¿Es verdad lo que dicen del Silo? ¿Que es un infierno corelliano?

—Es peor —aseguró ella, sintió que las palabras salían de su boca, pero no las escuchó.

—¿A qué te refieres?

—Preferiría… no hablar de eso.

—Como tú digas —aceptó Han, pero era obvio que estaba decepcionado.

—Mejor hablemos de ese speeder —dijo ella, tratando de cambiar el tema—. Parecía que todos te conocían y que sabías qué decir para que la droide nos dejara ir.

—Ugh —murmuró Han, tocándose la mejilla y dándose cuenta de que estaba embarrado de algo café—. Espero que sea lodo.

—La droide —insistió Qi'ra.

—BJ es una droide de reparación mecánica, pero alguien la reprogramó para que pudiera construir speeders personalizados. Es muy buena, sabe muchas cosas y he aprendido de ella. ¿Sabes?, hasta tiene su propio speeder. B está obsesionada con construir el speeder perfecto. Cree que algún día ganará una carrera.

—Y odia el speeder de Reezo.

—Lo odia con la furia de un sol que explota. Todos esos artefactos innecesarios… Nada enoja más a B que una personalización que no sea… —Han imitó la voz robótica y femenina del droide— *específicamente diseñada para optimizar el rendimiento y aumentar la eficiencia* —explicó sonriendo—. El speeder en el que está trabajando es el más feo del garaje, pero cuando termine será el más veloz.

El cerebro de Qi'ra por fin se estaba dando cuenta de lo cansado que estaba su cuerpo.

—Así que ahí es a donde has estado yendo todas las noches —dijo ella, estirándose y bostezando—. A trabajar en tu speeder.

—No le dirás a nadie, ¿verdad? —preguntó Han, su rostro mostró preocupación. No podía esconder sus emociones.

—A nadie —respondió Qi'ra. Y lo decía en serio, a menos que él la traicionara o si necesitaba esa información para algo más, pero era muy *probable* que no le dijera a nadie—. Pilotas como un pez nada en el agua. Tienes un talento natural.

—He manejado un poco para Lady Próxima —explicó Han—. Siempre es para huir de algo o alguien, pero no es muy seguido.

—Deberías de hacerlo más, practicar. En cambio, yo no debería volver a manejar un speeder en mi vida.

—Me alegra que seas mala manejando.

—¿Qué?

—Me alegra que haya algo en la galaxia en lo que no seas inmediatamente buena. Tal vez seas la persona más inteligente y competente que haya conocido.

Qi'ra entrecerró los ojos. ¿Estaba coqueteando con ella? Han podía transformar un insulto en un cumplido tan bien como daba vueltas sobre el speeder. Por eso era uno de los finalistas para conseguir el ascenso a Cabeza. Sin duda Lady Próxima sabría utilizar a alguien tan hábil como él.

Concluyó que no estaba coqueteando con ella, únicamente reconocía su valor con un respeto genuino. No era algo a lo que ella estuviera acostumbrada.

—¿Cómo llegaste a los Gusanos Blancos? —le preguntó ella. Era momento de que él respondiera unas cuantas preguntas.

—Yo… estuve en la calle por mucho tiempo, me junté con pandilleros y hacía cualquier tipo de trabajo que me pedían. Me alegré cuando los Gusanos Blancos me aceptaron —respondió pasando una mano por su cabello.

—¿Y tus padres? —continuó Qi'ra—. Tal vez hasta tengas una educación secreta como la de Tsuulo.

Han abrió la boca y después la cerró.

—Mi papá era un príncipe perdido, séptimo en línea al trono de Hovea Nuket IV. Huyó cuando su familia se negó a bendecir su unión con una bailarina.

—Mentiroso —dijo, Qi'ra.

Han sólo sonrió.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé, cuando vives en las calles los días pasan, pero no los cuentas.

Qi'ra soltó una carcajada.

—¿Qué fue tan chistoso?

—Yo tampoco sé cuántos años tengo. Tal vez alrededor de 18, lo único que sé es que dejé de crecer.

—Yo pienso lo mismo —asintió Han—. Alrededor de 18 años.

—Regresemos a tu padre —insistió Qi'ra—. Me imagino que no se llevaban muy bien.

—A veces —respondió Han levantando los hombros—. Recuerdo una noche en la que después de estar tomando me llevó a la fábrica de naves de carga en la que trabajaba. Nos sentamos en la reja, viendo el astillero lleno de nuevas y lujosas naves. Terminó la botella que tenía y la pateó, recuerdo que hacía mucho frío, así que le pregunté por qué me había llevado ahí y él me dijo: «Porque quiero que veas esto, estas naves. Yo las construí, yo se las di a la galaxia, pero no importa cuántas horas trabaje, seguiré siendo un desconocido». —Han hizo una pausa y miró a Qi'ra fijamente a los ojos—. Después, me dijo: «Han, hijo, cuando crezcas no construyas naves como yo. Estás destinado a mucho más, estás destinado a *volarlas*».

—Eso es… Espera, ¿estás mintiendo de nuevo? —preguntó Qi'ra.

—Nunca lo sabrás —respondió Han y ella frunció el ceño—. Pero te diré algo que sí es cierto, algo que nunca le he dicho a nadie más y lo haré porque tú me contaste del Silo.

—Te estoy escuchando.

—La razón por la que quiero mi propio speeder, la razón por la que me esfuerzo tanto en él, por lo que arriesgo tanto… —Han respiró hondo—. Es porque eso es lo más cerca que estaré de volar una nave espacial.

Por fin una verdad de parte de Han.

—Creo que puedo entender eso, pero ¿huiste o no de tus padres?

Han evitó verla a los ojos.

—Preferiría… no hablar de eso.

—Han —dijo Qi'ra después de un momento y de inmediato los ojos de él la encontraron—. Está bien tener cosas de las que no quieres hablar nunca. Como yo.

Había cierto entendimiento entre ellos. No era un sentimiento práctico, pero Qi'ra lo sentía como un golpe al estómago… o como un susurro al oído.

—Sí —asintió él—. Está bien. —Después de otro momento de silencio cómodo, Han continuó—. ¿Sabes?, creo que ya podré dormir bien.

—Yo también.

Qi'ra tenía dos viejas cobijas manchadas en la repisa más alta. Le dio una a Han y se acostó sobre la mesa, usando su brazo como almohada. En apenas unos segundos, su pecho encontró un ritmo acompasado, se había quedado dormido.

Ella se acostó en su colchón y se tapó con la otra cobija hasta la barbilla. Su último pensamiento esa noche fue que había llevado a un chico que casi no conocía a un lugar que nunca había compartido con nadie y ahora estaba acostado cerca de ella… y eso la hacía feliz.



CAPÍTULO 10

Se sintió como si apenas hubieran pasado unos pocos minutos cuando Tsuulo despertó a Han para que tomara su turno de guardia. Y varias horas después, cuando el sol empezaba a levantarse en un cielo particularmente despejado, Han despertó a Qi'ra.

—¿Ya es hora? —preguntó ella bostezando y estirándose.

—Ya salió el sol —murmuró Han para no despertar a Tsuulo, que seguía dormido sobre la mesa, desde donde había pateado la cobija al suelo—. Pero tal vez sea hora de irnos.

—No, descansa un poco —insistió Qi'ra, levantándose—. Estaremos a salvo aquí, por un rato. Descansa mientras puedas. Mientras yo vigilaré y pensaré en un plan.

Así que eso hicieron. Han se quedó dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada y no se movió hasta que alguien lo despertó.

—Han, levántate, gusano flojo —le dijo Tsuulo en huttés—. Qi'ra necesita nuestra ayuda.

Aunque no quería, Han se puso de pie. Sus músculos se sentían tiesos y entumidos, le dolían hasta los huesos. Era algo de esperarse: después de todo, habían corrido todo el día anterior sin nada que comer y con apenas unas horas de sueño.

Hablando de comida… algo olía delicioso. Qi'ra estaba en la mesa y él se sentó a su lado. Ella le entregó una brocheta de anguila llena de salsa.

—Nos conseguí un poco de comida para la tarde.

—¿Tarde? —preguntó Han. Tomó la brocheta y empezó a comerla. La salsa goteaba hasta su barbilla y él la limpió con un dedo, no quería desperdiciar ni una gota. No es que supiera particularmente bien, pero era mejor que los desayunos en la guarida de los Gusanos Blancos y necesitaría la energía que le daría—. ¿Con qué dinero? —preguntó con la boca llena.

—Siempre tengo unos cuántos créditos guardados aquí —respondió Qi'ra—. Bueno, de vez en cuando.

La luz se colaba entre la supuesta puerta y por un ducto sobre ellos, unos cuantos detalles de la casa de Qi'ra habían pasado desapercibidos de noche. Como las flores muertas que salían de una vieja lata de sopa sobre la repisa, una cobija que alguien había adornado con hilo azul y, en el techo, un candelabro hecho de alambre y cristales de diferentes colores.

Qi'ra amaba ese lugar y amaba las cosas hermosas.

—Tsuulo dijo que necesitabas nuestra ayuda —comentó Han.

—Descubrí cómo podemos regresar a la ciudad —explicó—, pero no sé qué debamos hacer después o a dónde ir. Necesito tu ayuda para saber cuál será nuestro siguiente movimiento.

—Ya sé qué debemos hacer —respondió Han—. Debemos huir a Kor Vella. Podríamos perdernos en esa ciudad, sin problemas. Ahí nadie nos conoce.

—¿Acaso tu respuesta a todo es huir?

—Nunca huyo de una pelea —dijo Han frunciendo el ceño—. A menos que esté seguro de que voy a morir.

—Como sea, estoy segura de que ya también nos buscan en Kor Vella —explicó Qi’ra—. Aunque tal vez no conozcan a Tsuulo aún. —Señaló con la barbilla al rodiano, que estaba sentado del otro lado de la mesa y jugaba con algo que había tomado del speeder—. Pero a ti y a mí nos atraparán en cuanto nos vean.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Necesitamos más información antes de poder decidir cualquier cosa sobre ese cubo. Sobre por qué todo el mundo lo quiere a toda costa. Tu amigo Tool te lo dio y te dijo que corrieras por tu vida. Eso significa que confía en ti.

—Tal vez ya no exista o ya no sea funcional —interrumpió Han. No le gustaba cómo se sentía al decir eso—. La última vez que lo vi estaba a punto de explotar.

—¿Y la gente para la que trabajaba? Creo que, si los contactamos, si les explicamos que Tool confió en ti con el cubo, seguramente nos escucharán. Tal vez hasta confíen en nosotros.

El mismo viento que había soplado las nubes lejos de los cielos corellianos sacudía el pedazo de chatarra que servía como puerta. El aire helado raspaba la mejilla de Han.

—Buscar a los Droides Gotra es mucho mejor que meternos con el sindicato o hasta con el Imperio —dijo Tsuulo levantando la mirada del aparato—. Y, aunque nadie me está buscando a mí, seguramente Lady Próxima ya se dio cuenta de que los estoy buscando. Así que mi voto es buscar a Tool o para quien haya trabajado.

—¿Qué dijo? —preguntó Qi’ra.

—Vota por que busquemos a los Droides Gota.

—Está bien, ¿cómo?

—Tal vez… —dijo Han frotándose la barbilla—. Tool siga con vida.

—Aunque no lo esté —interrumpió Tsuulo—, tal vez pueda extraer algo de su memoria o de su comunicador para descubrir con quién se había estado comunicando.

El solo hecho de pensar en abrir el caparazón de su metálico amigo hizo que la anguila en su estómago se le revolviera.

—Supongo —dijo Han y después tradujo el plan de Tsuulo.

—Sería un gran riesgo ir a la Fundidora —advirtió Qi’ra.

—Tal vez tengamos suerte —dijo Han levantando los hombros.

—Le pediré su bendición a la Fuerza —añadió Tsuulo.

Han se comió el último pedazo de la brocheta y limpió la boca con su manga.

—¿Estás seguro de que así funciona la Fuerza?

—No —respondió Tsuulo, dejándose caer sobre la silla.

—Entonces ¿por qué…?

—No sé nada, ¿de acuerdo? —Las espinas en su cabeza se erizaron—. ¡Nadie me dice nada! Nadie sabe… —Tsuulo pasó saliva, como si tratara de no perder la compostura—. Cerca de la esquina de donde estaba mi casa vivía un anciano. Siempre vestía túnicas sucias y tenía una barba muy larga. Siempre predicaba y entregaba panfletos. Un día tomé uno y me llevó a un museo debajo de Coruscant. Todo lo que había ahí era ilegal y no debí haber ido, pero sólo era un niño, tenía doce años, así que decidí echar un vistazo. Tenían un libro, bueno, un viejo manuscrito, llamado *Los anales de la luz y del ser*. Leí cada palabra y… todo tenía sentido. Fue como si abrieran mis ojos, de inmediato supe que la Fuerza era real.

—¿De qué está hablando, Han? —preguntó Qi’ra.

—De convertirse a una religión —dijo Han.

—Después, años más tarde, los imperiales descubrieron el museo e hicieron una redada. El dueño desapareció y el predicador callejero desapareció. Los *Anales* desaparecieron. Nadie me dijo lo que había pasado y nadie respondió mis preguntas sobre la Fuerza. Pero sé que existe, no sé cómo funcione, pero me ayuda todos los días. Puedo *sentirla*.

—¿Ahora que dice?

—Habla de sus sentimientos.

—Ugh —dijo Qi’ra.

—Escucha, amigo, no me importa si le rezas a la Fuerza o a un dios o a lo que sea, no puede hacernos daño, ¿verdad? —Han esperaba un poco de gratitud por su amabilidad, pero en vez de eso una antena de Tsuulo cayó. Estaba decepcionado.

—Claro —dijo—. No nos va a hacer daño.

—Sobre la Fundidora —interrumpió Qi’ra—. Es un riesgo, pero no tanto como seguir sin saber a dónde vamos. Yo digo que lo intentemos, veamos si podemos encontrar a Tool para ponernos en contacto con los Droides Gotra.

Había muchas razones para no hacerlo: los matones Kaldana podían estar esperándolos, podrían encontrar la carcasa de Tool y, además, estaban muy cerca del territorio de los Gusanos Blancos.

Pero Qi’ra tenía razón, no tenían un camino que seguir y eso los mataría antes que cualquier otra cosa.

—Estoy de acuerdo. ¿Tsuulo?

—De acuerdo.

—¿Tienes un plan para llevarnos ahí? —le preguntó a Qi’ra.

—Sí, lo ideé toda la noche.

—Quiero escucharlo —dijo Han, que esperaba un plan casi milagroso.

Qi’ra sonrió, su enorme sonrisa era como el sol que se asomaba entre las nubes corellianas.

—Nos llevamos el speeder.

Han y Tsuulo se miraron, boquiabiertos.

—¿Eso es todo? ¿Toda la noche y ese es tu gran plan?

—Oye, una gran parte de idear un buen plan es desechar todos los *malos* planes —dijo—. Y puedo asegurar que al menos deseché otras diez opciones.

—¡Pero ese speeder es verde brillante! —protestó Han—. ¡Y tiene antenas rodianas colgando! No es precisamente una buena forma de pasar desapercibidos. Todos los que vean esa cosa nos verán a nosotros… y no nos olvidarán.

—Sí, tenemos que deshacernos de las antenas. ¡Por ahora! —añadió cuando Tsuulo empezó a levantarse de su silla—. Las volveremos a poner cuando acabemos. Puedes hacer eso, ¿verdad?

Tsuulo gruñó que sí era posible.

—Es muy probable que Reezo esté buscando su speeder —dijo Han—. Seguramente B ya lo liberó de mi speeder y estoy seguro de que estará furioso… y en busca de venganza.

—No es como si fuera a pedirle ayuda a CorSec para encontrar un vehículo ilegal robado, ¿no? Y seguramente está buscando su speeder rodiano siendo manejado por su hermano rodiano. Ahora que la mayoría de los aparatos fueron desmantelados, sólo verá un speeder normal siendo manejado por ti. Bueno, casi normal, seguirá siendo verde brillante, pero esto es Corellia, todos modifican sus speeders aunque sea un poco. Pasaremos desapercibidos.

Han lo pensó por un momento y encontró una falla en su plan.

—Dijiste que nuestras descripciones deben estar en todo el planeta, hasta en Kor Vella. Seguramente alguien nos reconocerá.

—Tendremos que usar capuchas —aceptó ella—. Iba a enviar a Tsuulo al mercado de los Bajos para que consiguiera algo con qué taparnos y también usaremos *goggles* para pilotar.

—¿Cómo pagaremos por todo eso?

—Aditamento de elevación —dijo Tsuulo levantando el aparato en el que estaba trabajando—. Lo modifiqué para que funcionara en droides, elevadores y speeders. Lo venderé en el mercado y después compraré unas capuchas.

A Han le entristeció ver que venderían el aparato que les había salvado la vida una noche antes y que había hecho que se sintiera, aunque fuera por un segundo, como si estuviera volando.

—Lo pensaste muy bien —dijo Han por fin.

—Sí.

Podrían seguir huyendo, pero finalmente serían alcanzados. Necesitaban arreglarlo y para hacerlo necesitaban saber más.

—Muy bien, hagámoslo. Manejaremos hasta la Fundidora y entraremos con la cabeza en alto. Cuando dudes, aguanta un poco más.



Unas horas más tarde vestían capuchas y *goggles* y estaban camino a la Fundidora. El sol ya empezaba a ponerse. Habían dejado que Han durmiera un poco más, conseguir la ropa no fue tan fácil como habían anticipado. Desearían haber podido comprar un poco de agua limpia para bañarse, pero sabían muy bien que en la vida no puede tenerse todo.

—Llegaremos justo a tiempo para el cambio de turno —explicó Qi'ra.

—No tenemos identichips como los demás trabajadores —señaló Tsuulo—. No podemos entrar sólo porque sí.

—Claro que podemos —dijo Han mientras se integraba a una autopista muy concurrida. Nadie los miraba, hasta el momento el plan salía a la perfección—. He entrado caminando a la Fundidora muchas veces. Sólo tienes que pararte en la fila de empleados. Todos los días eligen a nuevas personas para que hagan trabajos por debajo de la mesa. La mayoría de las veces de limpieza, pero a veces hacen pruebas. La paga es horrible y si te lastimas o mueres, es tu culpa. Pero es una forma de entrar.

—¿Cómo estás seguro de que nos elegirán? —preguntó Qi'ra.

—Confía en mí —sonrió Han.

—Algo está mal —interrumpió Tsuulo.

—¿De qué hablas? —preguntó Han.

Tsuulo señaló hacia un grupo de stormtroopers que marchaban por un puesto de pescados.

—Y ahí —dijo Tsuulo, señalando a uno que entraba a un edificio departamental cargando una pistola—. Ese es un droide de mantenimiento y va armado.

—No señales —dijo Qi'ra golpeando la mano de Tsuulo—. Llamarás la atención.

—Pero ¿lo viste? —insistió Tsuulo—. Hay más seres armados hoy de los que he visto desde que mi familia llegó a este horrible planeta.

—Lo veo —respondió Qi'ra—. Me di cuenta desde hace rato. —Han no sabía si ella había entendido las palabras de Tsuulo o si lo había adivinado—. Tenemos que cuidarnos las espaldas hasta que entremos a la Fundidora.

Se tardaron menos de una hora en atravesar el Pueblo Viejo y llegar al distrito manufacturero. La Fundidora era un enorme complejo de edificios, y el humo que de ellas salía se elevaba tan alto como un rascacielos. Naves de carga se elevaban y aterrizaban a lo lejos, llevando consigo componentes recién manufacturados desde el diminuto puerto espacial de la Fundidora. Otras piezas eran llevadas en speeders hacia otros puertos o a las afueras de la ciudad en donde serían usadas en enormes naves espaciales, en su mayoría naves de carga más grandes.

Han estacionó el speeder en la zona designada. Tsuulo utilizó su datapad para encriptar los controles de la consola. Eso no era una garantía en contra de los ladrones, pero sí haría que lo pensaran dos veces antes de llevárselo.

Los tres mantuvieron sus capuchas y *goggles* puestos y se dirigieron a la enorme puerta de metal en donde estaban las personas que esperaban ser elegidas ese día. Había cientos de ellos, todos esperando la oportunidad de trabajar.

—¿Estás seguro de que podremos entrar? —preguntó Qi’ra.

—Hay más gente de lo que esperaba —admitió.

—¡Han!

—Pero tal vez tengamos un poco de suerte —dijo levantando los hombros.

Tsuulo empezó a rezarle a la Fuerza.

El sol se ponía más allá del puerto espacial, llevándose el poco calor que le quedaba al día. Los posibles trabajadores se juntaron aún más y metieron las manos en sus bolsillos y mangas, subieron sus cierres y se pusieron sus capuchas. Todos estaban cansados, arrugados, hambrientos y con frío.

—¿Ves? Ya estamos teniendo un poco de suerte —murmuró Han—. Este frío es la excusa perfecta para mantener nuestras capuchas puestas y los *goggles* se ven como protección.

Qi’ra le lanzó una mirada de esas que matan.

Entonces sonó un claxon, significaba que el turno había terminado. Un momento más tarde la puerta se abrió y trabajadores exhaustos salieron caminando, ansiosos de regresar a casa. Cuando el flujo de trabajadores disminuyó, un grupo de trabajadores vestidos de azul se acercó. Una mujer cargaba un datapad y otro un megáfono portátil.

—Estamos buscando ratas de ductos hoy. Voluntarios, den un paso adelante —gritó el hombre.

Un murmullo recorrió el grupo y de inmediato un tercio de los voluntarios se dio la vuelta y se marchó.

—Creo que nadie quiere ser una «rata de ducto» —susurró Qi’ra.

—Es el peor trabajo en la Fundidora —respondió Han. Entonces dio un paso adelante y de inmediato Qi’ra y Tsuulo lo siguieron.

Quedaban más de cien voluntarios. La mujer con el datapad se acercó a varios de ellos y les pidió que se fueran a casa.

—Demasiado grande —decía—. Necesitamos gente pequeña que pueda entrar en espacios diminutos.

—Tengo unos cuerpos pequeños por aquí —dijo Han escondiéndose y empujando a sus amigos al frente. Después, él dio un paso adelante agachándose para parecer un poco más pequeño—. Tenemos experiencia con espacios pequeños, podemos limpiar esos ductos sin problemas.

El hombre con el megáfono les indicó que pasaran y ellos corrieron hacia la entrada antes de que alguien los viera más de cerca o cambiaran de opinión.

—¡Lo logramos! —dijo Qi’ra.

—Te dije que tendríamos suerte —sonrió Han.

—La Fuerza escuchó mis plegarias —añadió Tsuulo y Han volteó la mirada.

—Por cierto, ¿qué son «ratas de ducto»? —preguntó Qi’ra.

—Seres que se meten entre ventilas de aire y entradas de máquinas para limpiar polvo, cenizas, hollín, residuos químicos y la forma de vida ocasional.

—¿Y eso es peligroso? —preguntó ella.

—Sí, es muy común dar una vuelta equivocada y encontrarte en una máquina en funcionamiento, a veces la gente se enferma de tos, de la tos que mata.

—¿Por qué no usan droides?

—Las partículas se quedan atoradas en sus articulaciones y los buenos droides son caros. Es más fácil y barato contratar a gente desesperada.

Por fin llegaron a la entrada en donde un kel dor hacía guardia, su respirador chillaba por la suciedad y la vejez.

—Estamos aquí para limpiar los ductos —anunció Han—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

El kel dor abrió la puerta y reveló un enorme espacio lleno de seres y droides que corrían de un lugar a otro, pero el guardia señaló un camino en específico y los tres entraron a la fábrica.

—No puedo creer que eso haya funcionado —dijo Qi'ra.

—Yo tampoco —murmuró Han.

—¿Qué?

—Que te dije que funcionaría.

—Ahora necesitamos una distracción para poder ir al sótano —dijo Qi'ra en voz baja.

El aire estaba seco y caliente, al principio fue un cambio muy agradecido después del frío que hacía afuera, pero casi de inmediato Han sintió que el sudor empezaba a recorrer su cuello. Todo olía a humo y lubricante, y todo estaba teñido de color metálico. Algunas partes chocaban y las líneas de ensamblaje gruñían, las presas chocaban con láminas de metal, los taladros rechinaban por doquier, los brazos metálicos montados al techo se movían a velocidades impresionantes ordenando, etiquetando, pegando y recortando excesos. En medio de todo había droides y seres orgánicos que revisaban el equipo, monitoreaban las líneas de ensamblaje y limpiaban pedazos de metal y aceite del suelo.

Todos se veían demacrados y confundidos, parecían hacer su trabajo en piloto automático. Han no vio ni una sola sonrisa y no escuchó ni un murmullo. A muchos de los trabajadores les faltaban dedos o alguna extremidad. Un besalisk tenía una constelación marcada en la mejilla y era obvio que se había quemado con pedazos de metal que habían salido volando.

La Fundidora era un lugar sin alegría o fortuna, y por enésima vez Han se alegró de haberse unido a los Gusanos Blancos en vez de buscar una vida en esa fábrica.

—Han, ¿sabes hacia dónde debemos ir? —preguntó Qi'ra—. Podríamos *accidentalmente* descomponer una de estas máquinas. ¿Ves al tipo de allá empujando el carrito de limpieza?

Señaló a un humano más o menos de la misma edad de ellos empujando un carrito lleno de basura. De vez en cuando se detenía para recoger más basura y cuando se llenaba la llevaba a la incineradora.

—Podríamos tirar la basura en una de esas máquinas en donde fabrican esas… cosas… —continuó ella.

—Humidificadores aluviales.

—Como sea. La basura podría atorarse entre los engranes y eso, y se detendría, ¿verdad?

—Sí —respondió Tsuulo—. Pero entonces tendríamos que…

Entonces se escuchó un grito por encima del ruido de todas las máquinas. Después llegó un aullido que hizo que a Han se le erizaran los pelos en la nuca. Todos en la fábrica dejaron sus puestos de trabajo y se congregaron alrededor de algo.

Una luz roja se encendió en el techo y todo se detuvo, y después, una alarma sonó por todo el lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó Qi’ra, pero Han no podía escucharla por el ruido de la alarma.

Entonces, Han olió sangre. Un momento después la gente que se había juntado empezó a separarse y Han pudo ver a un hombre en el suelo, acostado sobre un charco rojo, tomándose el codo… Su antebrazo estaba en el suelo, a su lado.

—Esa es nuestra distracción —le dijo Han a Qi’ra al oído—. ¡Vamos! El sótano está por aquí.

Los condujo de prisa por el costado del edificio y hacia el fondo, donde un pasillo de acceso los llevaría a un elevador.

—Creo que volvimos a tener suerte —dijo Han.

—Nuestra suerte es la pérdida de ese hombre —agregó Tsuulo—. El gran filósofo Flayshil Crena especula que la suerte es un recurso finito, repartido entre cada vez más seres. Tal vez la suerte de la galaxia se acabe un día.

—Tsuulo, recuérdame nunca leer o estudiar nada —dijo Han.

—Mejor que le haya pasado a él que a nosotros —añadió Qi’ra, y aunque Han estaba de acuerdo con ella, algo no le parecía bien.

Cuando llegaron al pasillo se encontraron con un turboascensor. Han estaba por activarlo cuando las puertas se abrieron y de él salió un hombre alto de cabello blanco, vestía un uniforme de gerente.

—Rayos —murmuró Qi’ra.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó enojado. Después inclinó la cabeza al escuchar la alarma.

—Mmm… Un pobre tipo perdió un brazo —dijo Han—. Hay sangre por todas partes, una línea de ensamblaje se atascó y las partes del humidificador aluvial salieron disparadas, les pegaron a algunas personas en la cabeza. El supervisor nos envió a buscar todos los suministros médicos que podamos cargar.

—Nos dijo que había un clóset médico por aquí —añadió Qi’ra.

Han tuvo que aguantarse las ganas de patearla. Cuando se mentía era mejor dar la menor cantidad de detalles posible. Pero entonces el hombre señaló hacia el elevador.

—Dos niveles abajo, al salir del elevador vayan a la derecha. Maldición, ¿es en serio? ¿En la línea de los humidificadores aluviales? Hace dos años que no teníamos ningún desmembramiento en esa línea.

Cuando terminó de decir eso, se fue sin siquiera mirarlos de nuevo.

—Eso pudo haber salido muy mal —dijo Qi'ra, mirándolo fijamente.

—¡Pero no fue así!

—Eres muy buen hablador —dijo Qi'ra entrecerrando los ojos. No había sido un cumplido.

Y eso lo molestó, tal vez esperaba que lo fuera. Un poco de respeto de su parte no debía de ser tan difícil. No era que su opinión le importara, después de todo no era su amiga ni nada.

Tsuulo llevó el elevador al sótano que no era más que un espacio húmedo lleno de viejas piezas de ensamblaje. Le recordaba a Han la guarida de los Gusanos Blancos por las máquinas echadas a perder y las tuberías oxidadas, a dondequiera que volteara podía ver fugas de agua sucia.

—Por aquí —dijo Han y los condujo a la puerta que sabía que los llevaría al búnker, en el que le habían disparado a Tool mientras él le arrojaba el cubo a Han—. Prepárense para lo que sea —dijo al abrir la puerta.

El enfermizo olor a carroña casi los dobló del asco.

—¡Por las santas lunas! ¿Qué es eso? —dijo Tsuulo, moviendo el aire frente a su nariz con la mano.

—Alguien muerto —respondió Han—, así que fíjense por dónde caminan.

El cuarto estaba oscuro, los disparos debieron de haber destruido las luces.

—Tenemos que cerrar la puerta detrás de nosotros —susurró Qi'ra justo detrás de Han—. Tenemos que hacerlo.

—Puedo encender mi datapad —ofreció Tsuulo y momentos más tarde el cuarto se llenó de un brillo azul.

Qi'ra cerró la puerta mientras Han observaba el cuarto. El suelo estaba pegajoso por la sangre y marcas de disparos de bláster adornaban las paredes, pero sólo había un cuerpo en el suelo. Han nunca lo habría reconocido de no ser por el ridículo bigote que tenía aun después de la muerte. El tipo del bigote era sin duda la causa del putrefacto olor. Apenas había pasado un día, pero ya estaba en un avanzado proceso de descomposición gracias al cálido ambiente de la Fundidora… y a que un disparo de bláster lo había impactado en el estómago, regando sus entrañas por el suelo. A su alrededor había pequeñas huellas de roedores.

—Pobre hombre —dijo Qi'ra.

Han había visto cuerpos en peor estado, pero aun así tuvo que apartar la mirada después de un momento. No había rastro de la mujer kaldana, debió de haber sido de las personas que lo siguieron por el túnel.

—¿Tool? —dijo en voz baja. El datapad de Tsuulo sólo alumbraba el espacio a su alrededor, por lo que las paredes y esquinas del cuarto se mantenían en oscuridad.

Han escuchó, o al menos creyó escuchar, un zumbido mecánico.

—¿Tool? —repitió.

El sonido se escuchó de nuevo, esa vez mucho más alargado y barrido, como si llegara de una fuente de poder a punto de apagarse.

—Haaaaan.

—¡Tool! Tsuulo, por aquí, alumbra esta esquina, creo que él… Oh, no.

Tool estaba desparramado por el suelo, sus piernas estaban abiertas y su espalda contra la pared. La cabeza le colgaba hasta el pecho y su soldadura se había roto, yacía en pedazos en el suelo a su lado. Estaba muy abollado y cubierto de quemaduras. La luz que indicaba el nivel de batería en su núcleo de poder estaba casi apagada y parpadeaba de forma irregular.

—Haaaaan —dijo Tool de nuevo con una voz rasposa—. Neeecesiiiito repaaaraaar.

—¡Ayúdenme a darle la vuelta! —ordenó Han—. Tengo que abrir su compartimiento de acceso.

Qi'ra y Tsuulo se acercaron para ayudarlo, y aunque hicieron su mejor esfuerzo, Tool apenas se movió unos centímetros.

—Es el droide más viejo que haya visto —dijo Tsuulo tratando de respirar—. ¡Tiene un núcleo de poder de fusión! ¡Eso es viejísimo! Estoy seguro de que un coleccionista pagaría mucho dinero por…

—Menos hablar, más levantar —dijo Han mientras lo intentaban una vez más.

Esa vez lograron moverlo lo suficiente para que se recargara en su hombro. Han rompió la compuerta al compartimiento de acceso y redireccionó todo el poder de sus piernas y accesorios hacia sus receptores y bancos de memoria.

—Es exactamente lo que yo hubiera hecho —dijo Tsuulo.

—Lo siento, amigo —le dijo Han a Tool—. Esto te dejará paralizado por ahora, pero al menos podrás hablar con nosotros.

—No pudo huir —explicó Tool y a Han le dio gusto escuchar de nuevo su voz normal—. Un disparo impactó justo el servomotor en mi espalda. No podía ni siquiera redireccionar energía. Me alegra que hayas venido.

—Podemos arreglarte —le aseguró Han.

—Su núcleo de poder se apagó por una sobrecarga —dijo Tsuulo asomándose en el compartimiento—. Ha estado en modo de emergencia todo el día. Cuando el núcleo se enfríe puedo hacer que vuelva a funcionar. Tool, ¿estaría bien si mi datapad se comunica con tu procesador interno? Es la forma más rápida en la que puedo hacer un diagnóstico.

—Por favor, hazlo —acordó Tool—. Pero agradecería que te mantuvieras fuera de mis bancos de memoria. Asumo que vinieron por más información sobre el datacubo. ¿Todavía lo tienes, Han? ¿Sigue intacto?

—Lo tengo. Bueno, Tsuulo lo tiene y está intacto —le aseguró Han.

—Y sí necesitamos más información —añadió Qi'ra—. ¿Puedes ayudarnos?

Tool inclinó la cabeza, como si sus fotorreceptores no funcionaran del todo bien.

—Ah sí, la niña. También están buscándote a ti. Escuché mucho sobre ustedes dos en la HoloNet antes de que mi núcleo de poder se apagara.

—¿Por qué? —dijo Qi'ra—. ¿Por qué nos quieren matar por una cosa tan pequeña?

—Oh, eso se siente bien —exclamó Tool—. Muy bien, qué alivio.

—Estoy activando tu sistema de enfriamiento con mi datapad —explicó Tsuulo—. Pero cuando tu núcleo vuelva a funcionar necesitaré que me ayudes a recargar mi datapad.

—Por supuesto.

—El datacubo —insistió Qi'ra—. Hay un tipo muerto con las entrañas cocinadas por culpa de esa cosa y quiero saber por qué.

—Tranquila, Qi'ra —dijo Han, colocando una mano en su hombro. Una vez que estaba en una misión no podía pensar en nada más, era como uno de los sabuesos de Rebolt detrás de un premio. A veces eso era algo bueno, pero en otras ocasiones, como en ese preciso momento, era mejor manejar la situación con tacto. Y Tool no iba a hablar fácilmente, mucho menos si Qi'ra seguía atacándolo con preguntas.

—No debes hablar de ello, ¿verdad? —preguntó Han.

—No debo.

—Es muy importante para ti.

—Lo es.

—Me aventaste el cubo, ¿lo recuerdas? Fue porque confías en mí, y eso fue algo bueno; ahora estoy de regreso con el cubo intacto.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Tool.

—Por eso necesitamos tu ayuda, sin más información no sabemos qué hacer.

—Guau —exclamó Tsuulo revisando la información del droide en su datapad—. Has hecho muchas mejoras, eres como un speeder ilegal. Feo por fuera, pero lleno de sorpresas por dentro.

Han pudo escuchar cómo el droide se llenaba de alegría.

—Gracias —dijo.

—El cubo —continuó Qi'ra—. ¿Qué crees que debamos hacer con él, Tool?

—Dárselo a los Droides Gotra, por supuesto. Ganamos la subasta después de todo.

—Muy bien —dijo ella, respirando profundo—. Empecemos por ahí, ¿qué son los Droides Gotra?

Tool no dijo nada.

—Tengo algo que te hará cambiar de parecer sobre hablar con nosotros —dijo Tsuulo y sacó un pedazo de metal de su bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Tool.

—Esto —empezó Tsuulo—, es un proyector de hololamas. —Al activar un interruptor los diminutos proyectores se encendieron y las llamas bailaron por todo el cuarto, iluminaban las paredes de un maravilloso tono azul. Hasta la sangre reflejaba un tono hermoso.

—Oh —dijo Tool—. Guau.

—Podría programarlo para que siguiera la forma de tu cuerpo.
—No conozco a ningún droide que tenga algo así —exclamó Tool.
—Serías único —le aseguró Han.
De pronto, Tool no podía parar de hablar.



Qi’ra no podía creer su suerte. Primero habían entrado caminando por la puerta principal de la Fundidora, después Han había engañado a un gerente para que los dejara usar el turboascensor y ahora Tsuulo había logrado que Tool hablara. Nunca le pasaban cosas así a ella.

«Al menos no cuando estoy *sola*», se corrigió. Pero, extrañamente, ella, Han y Tsuulo habían resultado ser un muy buen equipo.

—El Droide Gotra es una organización dedicada a la emancipación de los droides —dijo Tool.

—Es una organización *terrorista* —corrigió Tsuulo—. Todos en Coruscant…

—Eres víctima de la propaganda imperial —interrumpió Tool—. Los Droides Gotra han usado medidas extremas de vez en cuando, claro, pero sólo queremos más paz y libertad para nosotros, al igual que todas las demás especies conscientes.

La voz de Tool era completamente monótona, algo que perturbó a Qi’ra. Podías saber mucho sobre una persona por cómo hablaba; de hecho, no se había dado cuenta de cuánto modulaba su voz para controlar una situación hasta que dejó de hacerlo.

—Deben de ser un grupo muy poderoso —señaló Qi’ra—, para poder ofrecer mil millones de créditos por algo así.

—Esa oferta nos obligó a dar todo lo que teníamos —admitió Tool—. Pero habría valido la pena. Empezamos como un grupo de droides de batalla poco conectados; éramos seres que fueron abandonados después de las Guerras de los Clones o reprogramados contra nuestra voluntad para servir a un nuevo propósito. Pero ahora nuestra organización ha crecido, e incluye todo tipo de droides y hasta uno que otro simpatizante orgánico. Hemos estado trabajando para fundar una célula aquí en Corellia.

Qi’ra tomó una de las sillas y se sentó, dándole la espalda al cuerpo del hombre bigotudo.

—Entonces eres un droide con una causa clara —dijo. No había nada más peligroso en la galaxia que un creyente.

—La causa es la igualdad para los droides, y es la más importante en la galaxia. —Sus palabras eran apasionadas, pero su tono seguía siendo tan monótono como si hubiera dicho «pásame la sal, por favor». Entonces Tool miró a Tsuulo—. Creo que podremos reactivar mi núcleo de fusión pronto.

Tsuulo asintió.

—Y ¿por qué quiere el Droide Gotra este cubo? Sabemos que es un generador de escudos imperial, creado por alguien llamado el Ingeniero. Pero no podemos leer los planos, ni siquiera Tsuulo puede encontrarles pies ni cabeza.

—Pies ni cabeza —repitió Tool—. Lo agregaré a mi repertorio de inmediato.

—Recientemente adquirió un programa que le permite utilizar clichés —explicó Han al ver la confusión en el rostro de Qi'ra.

—Metáforas —corrigió Tool.

—Eso quise decir —respondió Han.

La forma en la que Han se mantenía de pie al lado de su amigo de voz monótona era… interesante. Era obvio que ese droide le importaba mucho. Se había movido muy rápido para abrir la compuerta de Tool y poder reconectarlo antes de que se desactivara. Han era un tipo útil para mantener cerca en situaciones complicadas, admitió Qi'ra.

—Nos ibas a contar acerca de la tecnología de escudos —dijo ella, volviendo al tema original.

—Correcto. Es un plano para un generador de escudos. Un generador muy especial.

—¿A qué te refieres? —preguntó Han, feliz de que su amigo estuviera en manos tan capaces como las de Tsuulo. Jaló una silla y se sentó al lado de Qi'ra.

—Sus requerimientos de energía son muy bajos —explicó Tool—. Hasta los yates personales o naves de transporte pequeñas podrían utilizarlo a un costo muy bajo.

—Eso no vale mil millones de créditos —interrumpió Qi'ra.

—Aún no termino —dijo Tool—. También es portátil. En otras palabras, puedes conectarlo y desconectarlo a placer, llevarlo de una nave a otra.

—¿Quieres decir que no está conectado a la nave? —preguntó Han.

—Así es.

—Pero ¿funciona tan bien como cualquier otro escudo? —continuó Han, era obvio que no estaba del todo convencido.

—Han, amigo, es de grado militar, capaz de desviar misiles de protones de corto alcance.

Han silbó.

—Ahora lo entienden —dijo Tool—. El Imperio tiene un monopolio sobre los bienes transportados, pero con esta tecnología podríamos tener cruceros y cargueros a la par de un destructor estelar. Y a una fracción del costo. Las pequeñas compañías de transporte podrían volver a tener ganancias.

—Y también los contrabandistas honestos —añadió Han.

—Crearía equilibrio —dijo Tsuulo y después Han tradujo—. Pone a los droides en el mismo nivel que los orgánicos.

—Sí, nos llevaría al mismo nivel.

Qi'ra no creyó que fuera la forma correcta de decirlo, pero prefirió callar, su mente estaba llena de nueva información y trataba de encontrarle sentido a todo.

—Por eso lo quería el Sindicato Kaldana a como diera lugar —pensó en voz alta—. Con tecnología así nada ni nadie podría detenerlos, ni a su contrabando. Podrían

enfrentarse a naves más grandes y con mayor artillería, se convertirían en el sindicato más rico de la galaxia. Más fuertes que Crimson Dawn o los Pykes. Tal vez hasta que los Hutts.

—Sí.

—Pero Lady Próxima no tiene uso para él —continuó Qi'ra—. Seguramente esperaba poder revenderlo a un precio más alto.

—Tienes a una jovencita muy inteligente —le dijo Tool a Han.

—Sí, lo sé.

—Nadie me *tiene* —interrumpió Qi'ra, enojada.

—Eso también lo sé.

—Pero ¿de dónde salió el cubo? —preguntó Qi'ra—. Y ¿por qué sigue encriptado? ¿Quién…? —Estaba empezando a alzar la voz, frustrada, y eso era lo último que necesitaban. Observó la puerta por la que habían entrado y deseó que fuera a prueba de ruido. Qi'ra respiró profundo y continuó en un tono de voz más bajo—. ¿Quién es el Ingeniero?

—No conozco su nombre —respondió Tool—. Nadie lo conoce, sólo sabemos que *ella* desertó del Imperio. Estaba involucrada en un proyecto secreto, ella construyó el escudo para ellos, pero cuando terminó se dio cuenta del valor que tenía su creación y huyó con los planos en el cubo. Su intención es venderlos al mejor postor para poder retirarse anónimamente a uno de los planetas del Borde Exterior con una riqueza que nunca tendría fin. Obviamente vino a los planetas en el centro de la galaxia para buscar compradores en la industria manufacturera.

Qi'ra se quedó en silencio por un momento, pensando. Entonces se dio cuenta de que Han la miraba fijamente.

—¿Qué?

—Nada —respondió él, apartando la mirada de inmediato—. Es sólo que… me gusta eso.

—¿Qué te gusta?

—Que tu rostro… —empezó Han haciendo un movimiento con la mano—. Haga eso. Que se ponga a pensar.

Por las santas lunas, ¿qué quería decir?

Tsuulo le preguntó algo a Tool, pero Qi'ra sólo entendió la palabra «poder».

—Sí, estoy listo —respondió Tool.

Se escucharon unos cuantos pitidos y, un zumbido después, la carcasa de Tool se movió como si estuviera regresando a la vida. Tsuulo dijo algo más y Han salió disparado de la silla.

—¡Yo quiero ver! —dijo—. El cable del servomotor se veía muy mal, si puedes lograr que funcione, quiero ver cómo lo haces. —Para ser un tipo que no quería estudiar nada nunca, Han se veía muy ansioso por aprender.

Mientras los chicos se peleaban por ver dentro del compartimiento de acceso de Tool, Qi'ra regresó al tema que a ella le importaba más.

—Tool, dime sobre la subasta, ¿por qué salió tan mal?

—Es obvio que el Sindicato Kaldana había decidido que iban a conseguir el cubo a como diera lugar —explicó Tool—. Son fanáticos odiosos, mecanofóbicos que prefieren iniciar una guerra galáctica a dejar que los droides obtengan una ventaja tecnológica. Así que cuando el Droide Gotra ganó la subasta, empezaron a disparar para llevarse el cubo a la fuerza o al menos para evitar que se lo diera a mis superiores.

—Pero se lo diste a Han.

—Es un buen chico —dijo Tool—. Y conoce las alcantarillas como la palma de su mano. Es una metáfora ridícula, por cierto, nunca he visto que los humanos estudien las palmas de sus manos.

—Los Kaldana lo siguieron por las alcantarillas —explicó Qi’ra—. Todavía podemos morir por esto.

—Estás enojada porque puse a Han en peligro —dijo Tool.

—Sí —asintió Qi’ra.

—Se preocupa por mí —dijo Han sonriendo.

—No es cierto —aclaró Qi’ra—. Sólo estoy molesta porque nos pusiste a todos en peligro.

—Fue una decisión fácil de tomar —dijo Tool—. Si el Sindicato Kaldana se apoderaba del cubo ahorcaría aún más a la de por sí moribunda economía corelliana. Así que hice lo mejor para el sistema entero y para la causa droide, lo alejé de ellos. Si eso significa perder unos cuantos orgánicos, está bien.

Han le lanzó una extraña mirada a Tool, como si se sintiera traicionado. Qi’ra no sabía lo que Han esperaba oír, pero era obvio que Tool lo consideraría prescindible, igual que lo hacía Lady Próxima. Era igual que siempre, todos se apuñalaban por la espalda cuando las circunstancias lo ameritaban.

—Quiere saber sobre el encriptado —tradujo Han lo que Tsuulo había dicho.

—Cierto —continuó Qi’ra—. Tool, esos planos están encriptados, tener el cubo no va a servir de nada.

—Estás en lo correcto —respondió el droide—. La Ingeniera había acordado contactar al ganador de la subasta para entregar la llave necesaria para decodificar los planos pero, como ya saben, el trato nunca se concretó. Estoy seguro de que los Kaldana creen poder descifrar el encriptado con suficiente tiempo y recursos, y tal vez puedan.

—Así que los Kaldana quieren robar el cubo, los Droides Gotra lo quieren de regreso para poder completar la transacción y obtener la llave de encriptado, y Lady Próxima lo quiere para poder revenderlo a un precio más alto. Y todos ellos nos quieren matar —dijo Qi’ra, tratando de repasar lo que sabía.

—Y se te olvida el Imperio —añadió Tool—. Ellos lo quieren de regreso también. No estoy seguro de que sepan sobre ustedes tres aún pero, según lo que escucho por la HoloNet, han logrado rastrear a su ingeniera pródiga hasta Corellia.

Tsuulo maldijo.

—Sí, nos dimos cuenta de que había más stormtroopers de los normales —dijo Han.

Qi’ra estaba pensando seriamente en qué hacer ahora, en cuál sería su siguiente paso.

—Por favor, entréguenme el cubo —dijo Tool.

Pero Qi’ra no quería hacer eso.

—El Droide Gotra ganó la oferta —les recordó—. Permitan que complementemos el trato como habíamos estipulado.

—De ninguna manera —dijo Qi’ra—. Los Gusanos Blancos y los Kaldana nunca nos lo perdonarían y tendríamos una recompensa sobre nuestras cabezas por el resto de nuestras cortas vidas.

Tsuulo desconectó su datapad del droide y cerró el compartimiento de acceso. El niño rodiano se levantó y empezó a hablar, agitando su datapad en el aire.

—Tsuulo vota por llevar el cubo de regreso con la Ingeniera —tradujo Han—. Empezar de nuevo. Así no le estamos robando a nadie, estaríamos reiniciando la subasta.

Eso era justo lo que Qi’ra había estado pensando.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Han—. No me gusta para nada la idea de que el cubo llegue a manos de los Kaldana… o de cualquier otro sindicato. Si la subasta vuelve a iniciar, quién sabe cuántas nuevas organizaciones lleguen. Los Droides Gotra podrían ser la mejor opción; digo, al menos es por una buena causa, ¿no?

Qi’ra lo miró. Había dicho «Gotra» bien por primera vez, lo que significaba que hablaba en serio.

Tsuulo dijo algo, Qi’ra no entendió qué, pero era obvio que no estaba de acuerdo.

—Bueno, no conozco a los demás droides, pero Tool es mi amigo y no es un terrorista —dijo Han—. No creo que se uniera a un grupo que lo fuera.

—Si reiniciamos la subasta —dijo Qi’ra—, Gotra tiene la oportunidad de volver a ofrecer, quizá hasta vuelvan a ganar. Ya que somos Gusanos Blancos, Lady Próxima recibiría cierto reconocimiento por enmendar las cosas, eso tiene que valer algo, ¿no? Y la Ingeniera nos debería un favor. No sé qué pasaría con los Kaldana, pero al menos podríamos olvidarnos de un par de grupos.

Han se talló los ojos. Estaba exhausto; Qi’ra podía verlo en su rostro.

—Nuestras probabilidades de supervivencia incrementarían bastante —dijo.

—Creí que no te gustaba escuchar sobre probabilidades —molestó Qi’ra.

—Sólo *después* de que decido qué hacer.

—Si deciden —anunció Tool— que no entregarán el cubo a los Kaldana o a los Gusanos Blancos, pasaré la palabra entre mis contactos en Gotra de que desean hablar con la Ingeniera.

Qi’ra miró a Han que asintió con la cabeza y después a Tsuulo, que dijo: «*Algo* idea, *algo algo* de acuerdo».

—Muy bien, hagámoslo —anunció ella.

—Listo —dijo Tool—. Ya está hecho. —Había recuperado un poco de movilidad, así que se agachó y con una pinza recogió la soldadora que yacía en el suelo.

—Si salimos vivos de esta regresaré para conectarla —dijo Han.

—No es necesario. Mis amigos de los Droides Gotra me ayudarán y también instalarán el aparato de holollamas. Nos cuidamos los unos a los otros en Gotra. Ya no necesitamos a los orgánicos para nada.

Eso no le parecía nada bien a Qi'ra, pero no tuvo tiempo de pensarlo mejor, ya que Tool continuó hablando de inmediato.

—Me acaban de alertar que tropas imperiales se acercan a esta fábrica.

Han y Qi'ra se pusieron de pie y Tsuulo volvió a maldecir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Qi'ra—. Mi plan para salir de aquí no involucraba stormtroopers.

—Al diablo con el plan —dijo Han—. Es hora de correr.

—No, espera. Tool dijo que el Imperio tal vez no sepa aún sobre nosotros. Tool, ¿por qué están aquí?

El droide se puso de pie. Era aún más alto de lo que Qi'ra había anticipado, con razón les había costado tanto trabajo voltearlo. Al pararse, se inclinaba ligeramente hacia la izquierda: era claro que el parche al servomotor que Tsuulo había instalado era justo eso, un parche.

—No sé exactamente por qué están aquí —respondió Tool—. Pero una posibilidad es que hayan rastreado el cubo a este lugar, en donde sucedió la entrega.

Tsuulo guardó el datapad en su mochila y se la colgó. Han y Qi'ra volvieron a ponerse los *goggles* y las capuchas.

—Moloch y Rebolt siguen vigilando las alcantarillas —dijo Han—. Nos reconocerán sin importar cómo nos tratemos de disfrazar. No podemos ir por ahí.

—Pero si vamos por arriba, es posible que todos piensen que no somos más que trabajadores comunes y corrientes —añadió Qi'ra.

—Al salir del elevador den vuelta a la izquierda —ordenó Tool—. Sigan el pasillo hacia el edificio tres y salgan por la salida sur. El edificio tres es donde está la fundidora, es la parte menos vigilada de todo el complejo. Tanto orgánicos como droides odian estar ahí.

—Gracias, Tool —dijo Han, dirigiéndose hacia la puerta. Qi'ra y Tsuulo lo seguían de cerca.

—Apresúrense —gritó Tool—. Y deberían saber… la Ingeniera no está exactamente en Corellia.

—¿Qué? —exclamó Qi'ra dándose la vuelta.

—Tiene ojos en el suelo… Otra metáfora ridícula, por cierto, si sus ojos estuvieran en el suelo alguien los pisaría. El punto es que nunca aterrizaría. Está en alguna parte sobre el planeta, orbitando, lista para huir en cualquier momento. Así que, si quieren verla, tendrán que salir al espacio.

Han ahogó un grito.

Qi'ra no tenía ni idea de cómo salir del planeta o cómo lograrían contactar a la Ingeniera, para empezar. Pero sólo podía pensar en una cosa a la vez.

—¡Vamos! —gritó y jaló la manga de Han para que la siguiera por la puerta.



La piel en el rostro de Han le había empezado a quemar aún antes de entrar al edificio tres en donde estaba la fundidora principal. O tal vez sólo estaba sonrojado por esas preciosas palabras: «Tendrán que salir al espacio».

Han no estaba seguro de por qué esas palabras le aceleraban el corazón, pero lo hacían.

Qi’ra fue la primera en llegar a la puerta. Cuando lo hizo, esta se abrió automáticamente, y el aire que salió estaba tan caliente que le empujó el cabello hacia atrás. Con cuidado, dieron sus primeros pasos al interior.

Tool tenía razón, el edificio no estaba para nada vigilado. Seguramente se debía a que nadie iba ahí, a menos que fueran obligados.

En el centro del cuarto estaba un túnel que se elevaba al menos cuatro pisos. Carritos llenos de deshechos metálicos viajaban por una cinta hacia la cima del túnel, donde eran automáticamente vaciados en la cima y después regresaban para seguir transportando más material. Las tuberías a lo largo del techo llevaban a la fundidora materiales para la oxidación. Desde un portal redondo en la base del túnel corrían dos ríos de minerales derretidos, uno con minerales útiles y el otro con desechos.

Los acueductos partían el suelo del edificio: iban de la fundidora y atravesaban la pared para dirigirse a otros edificios. Han sabía que ese material sería enfriado y moldeado en láminas que después podían ser estampadas o moldeadas en cualquier tipo de nave o componente.

En cambio, el flujo de desechos derretidos seguramente terminaría en un río u océano. Se suponía que vaciar desechos en el agua era ilegal en Corellia, pero todas las fábricas lo hacían.

Los pocos trabajadores que había estaban de pie, en pasillos sobre los ríos derretidos, con largas tenazas con las que revisan impurezas. Usaban brillantes cascos protectores y los guantes más gruesos que Han hubiera visto en su vida. Se movían lenta y metódicamente, trabajaban en silencio absoluto, parecía que sus mentes hirvientes estuvieran en otro lado. Y probablemente así fuera. Los trabajadores de fábricas solían ganar un buen sueldo antes, pero ahora que el Imperio había nacionalizado las fábricas, apenas si les alcanzaba para comer. Han supuso que la mayoría de los trabajadores ahí estaban involucrados en el contrabando y venta de piezas en el mercado negro, y que lo hacían para poder darle una mejor vida a sus familias.

El contrabando se había convertido en la única forma en que las personas honestas podían ganar dinero. Y eso significaba que las vidas corellianas empeorarían si el Sindicato Kaldana se adueñaba del cubo. Tal vez dárselo a los Droides era lo correcto.

Un droide con un propulsor y varios apéndices flotaba alrededor del túnel, revisaba medidores y hacía los ajustes necesarios. Han se preguntó si él también era parte de los Droides Gotra. ¿Qué tan lejos llegaba su alcance? ¿Cuántos miembros de los Droides Gotra vivían en Corellia?

—Por allá —dijo Qi’ra señalando—. Esa es la puerta que Tool mencionó.

Estaba del otro lado del cuarto y había dos formas de llegar a ella. Una era por las plataformas elevadas: tendrían que pasar frente a los trabajadores que al verlos activarían las alarmas sin dudarlo. La otra era brincando sobre los acueductos hirvientes.

—No es un salto tan complicado —dijo Tsuulo como si estuviera leyendo los pensamientos de Han—. Gran salto, aterrizaje cuidadoso, pequeño salto. Fácil.

—Sí —asintió Han—. Fácil. —Pero si uno de ellos calculaba mal, caería en los ríos de metal derretido y se quemarían vivos. Ni siquiera les daría tiempo de ahogarse.

—No veo a ningún guardia —anunció Qi’ra—. Pero el droide de allá arriba podría ser un problema.

—Iremos lentamente, después brincaremos los ríos y correremos tan rápido como podamos a la puerta —dijo Han.

—Yo digo que intentemos caminar por las plataformas, aunque pasemos cerca de los trabajadores. —Sin esperar a ver si alguien la seguía, Qi’ra se dirigió a las escaleras que subían a la plataforma.

Han la alcanzó y la tomó de la manga para darle la vuelta.

—Qi’ra, si alguno de ellos se asusta y entra en pánico…

Entonces, la puerta detrás de ellos se abrió de golpe. Han apenas si tuvo tiempo de reconocer las resplandecientes armaduras blancas que entraron por ahí cargando enormes blásters. De inmediato, Han se echó a correr hacia los ríos hirvientes y escuchó los pasos de sus amigos siguiéndolo de cerca.

—¡Alto! —gritó alguien, la voz era mecánica y se escuchaba claramente filtrada—. Son requeridos para interrogatorio…

Han brincó sobre el primer acueducto, mientras pasaba sobre el río sintió que su piel empezaba a quemarse. Aterrizó con fuerza sobre sus rodillas, lastimándose. Pero lo había hecho a propósito para no permitir que el impulso lo arrastrara al siguiente río.

Entonces, un cuerpo chocó con su espalda: ¡Tsuulo! Lo había empujado hacia delante. Han tuvo que meter las manos para evitar caer hacia el segundo río. El calor quemó sus guantes de trabajo y los atravesó hasta la piel. El metal derretido fluía y burbujeaba a menos de un metro de su rostro.

Unas manos lo sujetaron por la espalda, salvándolo.

—De pie, vamos —ordenó Qi’ra jalándolo de los brazos hasta que recuperó el equilibrio.

Han esperaba sentir el calor de un disparo bláster en su espalda en cualquier momento, pero aun así se detuvo para ayudar a que Tsuulo recogiera la mochila que se había caído de su hombro.

—¡Vámonos! —gritó, y los tres brincaron por el segundo río de desechos. Cuando aterrizaron, corrieron hacia la salida sur que les había dicho Tool.

Entonces, un disparo láser impactó la puerta por la que iban a salir, dejando un impresionante agujero negro. Los tres se detuvieron de inmediato.

—Dije alto —indicó la voz—. Levanten las manos.

Aún veían hacia la puerta, hacia la libertad, pero hicieron lo que les habían ordenado y levantaron las manos.

—¿Ahora qué? ¿Cuándo vas a improvisar? —murmuró Qi'ra.

—Mmm, de hecho, no estaría nada mal que pensaras en un plan —respondió él.

A su derecha, sobre la plataforma, los trabajadores se habían arrodillado y estaban enroscados con las manos sobre la cabeza. El droide de mantenimiento seguía con su trabajo como si no estuviera pasando nada.

—Dense la vuelta, lentamente —ordenó el stormtrooper.

—No lo hagan —dijo Qi'ra.

—Tal vez deberíamos cooperar… —empezó a decir Han.

—Si quisieran dispararnos ya lo habrían hecho —lo interrumpió ella en voz baja—. Fallaron a propósito. No quieren que nos vayamos, pero tampoco nos quieren matar, nos necesitan vivos y conscientes.

—¡Les ordené que se dieran la vuelta! ¡Ahora! —gritó el stormtrooper.

—¿Crees que deberíamos correr? —preguntó Han.

—Definitivamente.

—¡No estoy seguro de que esa puerta vaya a abrirse! Le dispararon y ni se movió —dijo Tsuulo.

—¿Qué dijo? —le preguntó Qi'ra a Han.

—¡Dijo que corras!

Al mismo tiempo los tres se lanzaron hacia la puerta, movían las piernas tan rápido como podían. Disparos de bláster volaron a su alrededor. Han deseaba que los stormtrooper siguieran fallando, que Qi'ra estuviera bien.

Tsuulo trató de empujar la puerta, pero esta no se movió ni un centímetro.

Lo intentó de nuevo y un disparo láser impactó la pared justo sobre sus cabezas. Escucharon el grito de uno de los trabajadores.

Han dio un brinco y pateó la puerta tan fuerte como pudo. Crujió al abrirse y sonó como metal raspando contra metal, de esos ruidos que se sienten hasta la garganta.

Los tres salieron corriendo por la puerta y se dirigieron a la oscuridad, hacia el helado viento nocturno.

Y justo hacia los brazos de cinco stormtroopers.

—¡Déjame ir! —gritó Qi'ra, arañando y pateando, trataba de liberarse al igual que Han y Tsuulo.

El frío cañón de un bláster tocó la sien de Han, quien de inmediato se quedó inmóvil.

Entonces otros blásters se colocaron en las cabezas de sus amigos y Han vio el momento exacto en el que Qi'ra dejó de pelear, vio fijamente al frente, extendió las manos y habló calmada.

—Por favor, no disparen, cooperaremos.

—¡Sí! ¡Lo que ella dijo! —asintió Han—. ¡Cooperaremos!

Uno de los stormtroopers se acercó a la puerta por donde habían salido y se paró al lado, como si hiciera guardia. A la izquierda, hacia el edificio dos, una luz alumbraba el pavimento, pero los stormtroopers no los llevaban allá, los estaban dirigiendo hacia la oscuridad.

Había algo extraño en todo aquello, pero el bláster que apuntaba a su sien hizo que Han no terminara de considerar esa idea.

Otro stormtrooper dio un paso al frente. Se veía igual que el resto, pero tenía una hombrera naranja.

—Tengo algo para ustedes —dijo y estiró la mano hacia Qi'ra.

—¿Qué es? —preguntó ella sin tratar de tomarlo. Era un objeto pequeño, cabía sin problemas en la palma de su guante.

—Un mensaje… de la Ingeniera.

Han ahogó un grito.

Lentamente, y sin dejar de ver al stormtrooper a los ojos, Qi'ra tomó el objeto de su mano.

—La Ingeniera los ha estado vigilando —explicó—. Les manda saludos y espera que puedan responder a su mensaje. Además, desea que no vayan a contar la forma en la que les llegó este mensaje. Nunca, a nadie.

Al terminar de decir eso, los stormtroopers enfundaron sus blásters, dieron la vuelta y desaparecieron hacia la oscuridad.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Han.

Qi'ra sólo veía el diminuto objeto en su mano.

—Parece que la Ingeniera aún tiene amigos secretos en su viejo empleo —dijo—. Supongo que tiene sentido, no se habría ido si no tuviera un plan seguro, y eso incluye tener contactos leales en todas partes. Es lo que yo haría.

—¿Qué te dio? —preguntó Tsuulo señalando su mano.

—Creo que es un holoproyector —respondió Qi'ra.

—Y ¿qué dice? —continuó Tsuulo.

—¡Enciéndelo! —gritó Han emocionado.

—Todavía no —dijo ella, viendo a su alrededor. Estaban en las afueras del complejo de la Fundidora. Lejos de las luces y de cualquier ser—. Esos stormtroopers trabajaban para la Ingeniera, pero estoy segura de que vienen más en camino. Tenemos que escondernos.

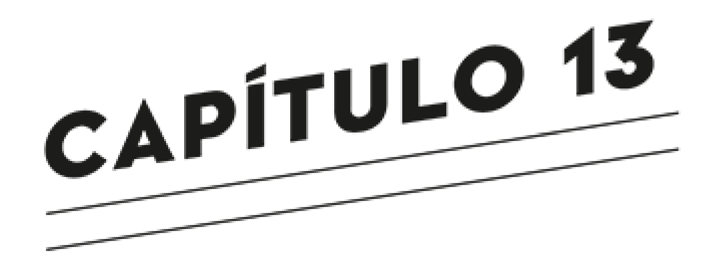
Por primera vez Han sentía que tenían una verdadera oportunidad de salir con vida de aquel enredo. ¡La Ingeniera los había contactado! Eso demostraba que era de mucha más

ayuda de lo que habían creído originalmente. Pero eso también quería decir que podía matarlos cuando quisiera, así que necesitaban tener cuidado.

—¿Regresamos al refugio? —preguntó Han.

—Regresemos al refugio —asintió Qi'ra—. Sé que estás cansado, pero ¿podrías manejar el speeder de regreso a los Bajos?

—Siempre.



CAPÍTULO 13

Qi'ra amaba el deshuesadero de naves en la noche: el croar de las bilgefrogs, el ruido que hacía el metal tirado por el viento, las alas que chocaban con el agua, la pálida luz de la luna contra las naves oxidadas, el olor del agua dulce encontrándose con el mar que estaba sólo detrás del horizonte. Pero, más que nada, amaba el enorme y feo árbol que se aferraba tercamente a su colina y cómo sus raíces parecían abrazar la vieja nave debajo de él. Ese árbol era un sobreviviente.

Su árbol, su colina, su destartalada nave.

Esa vez, mientras manejaban sobre el speeder robado, Qi'ra se alegró de tener compañía. De compartir su lugar secreto con… bueno, no estaba lista para decir que eran sus *amigos*, pero Han y Tsuulo eran buenas personas con quienes estar cuando había problemas.

—Habrá una helada hoy —dijo Han mientras estacionaba el speeder. Sopló en sus manos, las frotó y se apresuraron a entrar al refugio.

Qi'ra encendió la lámpara y se dio cuenta de que la energía estaba baja, pronto tendría que recargarla. Los tres se sentaron alrededor de la lámpara en la mesa y Qi'ra colocó el holoproyector frente a ellos.

Estaba por encenderlo cuando se dio cuenta de que Tsuulo estaba temblando violentamente.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó Han.

Tsuulo dijo algo, pero Qi'ra sólo entendió la palabra «frío».

Se levantó y fue por la cobija que estaba en su cama, sin una palabra lo tapó con ella.

—Desearía que tuviéramos más comida —dijo ella.

—Yo siempre deseo tener más comida —asintió Han.

—Es difícil mantenerte caliente cuando tu cuerpo no tiene energía suficiente —explicó Qi'ra al mismo tiempo que se preguntó si había compartido demasiado de su secreto.

Tsuulo dijo algo y Qi'ra no necesitaba saber huttés para entender que sus palabras estaban empezando a juntarse y a temblar. Algo estaba mal.

—Lamenta ser una molestia —tradujo Han—. Pero parece que los rodianos no soportan las bajas temperaturas, dice algo sobre su planeta natal, creo que era muy caliente. No estoy seguro, no tiene mucho sentido lo que dice.

—Tengo un calentador —dijo Qi’ra buscando en su repisa superior—. Es pequeño y no tiene mucha energía, pero puede mantenernos calientes por una o dos horas. Suficiente para que no le dé hipotermia.

Encontró el calentador, lo colocó sobre la mesa frente a Tsuulo y lo encendió. Brilló contra la cara del rodiano, parecía emitir un tono amarillo y él suspiro de felicidad.

Entre la lámpara y el calentador, la casa de Qi’ra estaba más alumbrada que nunca. Por primera vez notó el rostro de Han; estaba completamente rojo, parecía que había pasado varias horas bajo el sol, lo único que permanecía blanco eran dos círculos en donde habían estado sus *goggles*.

—¿Qué ves? —preguntó él.

—Tu rostro —dijo ella—. Se ve quemado.

—Oh, eso. Sí, se siente como si mi piel fuera a quebrarse, creo que me paré demasiado cerca de un escape de basura.

—Empezará a pelarse en un día o dos, a menos que consigamos un poco de crema de bacta.

—Al menos seré más difícil de reconocer si se me pela la piel.

—Eso es cierto —asintió Qi’ra al tiempo que estiraba la mano derecha para tomar el holoproyector.

—Espera, ¿qué es eso? —preguntó Han señalando la mano derecha.

Qi’ra observó sus dedos: estaban hinchados y llenos de moretones, especialmente el segundo nudillo de su dedo medio. Le dolía muchísimo, pero no creía que estuviera roto. Además, había tenido heridas peores.

—Creo que es de cuando golpeé a Reezo, te dije que me había dolido —explicó levantando los hombros. La próxima vez que golpeara a alguien quería hacerlo con una llave de tuercas o cualquier cosa que no fuera su mano.

Tsuulo dijo algo y señaló el holoproyector.

—Está bien, está bien, aquí vamos —dijo Qi’ra y lo encendió.

Una figura apareció del holoproyector bañada en una luz azul, apenas más alta que la lámpara de mesa. Era una mujer, pero era demasiado pequeña en el holoproyector para que pudieran distinguir su especie con exactitud, algo que seguramente había sido a propósito. Sólo podían saber que era delgada y llevaba un vestido que la cubría de pies a cabeza. Tenía las manos al frente y de repente hizo una ligera reverencia.

—Saludos —dijo la mujer.

—Saludos —repitió Qi’ra. Tenía el corazón en la garganta, estaba hablando con una desertora imperial. Alguien que estaba en el espacio sobre ellos. Eso hacía que la cabeza le diera vueltas.

—Anticipé que este primer intento de subasta tendría complicaciones —dijo la mujer—. Incluso esperé perder algunos activos, pero no imaginé que mi datacubo terminara en las manos de tres… sinvergüenzas.

—¿Sinvergüenzas? —dijo Han, aparentaba estar ofendido, pero Qi’ra tenía una ligera sospecha de que más bien estaba contento.

—Arriesgaste mucho para tratar de contactarnos —señaló Qi'ra.

La figura hizo un movimiento con una mano.

—He tenido los ojos puestos en la tierra durante todo este tiempo y un rastreador en ese cubo. Pero debo admitir que esa es otra cosa que no anticipé, que mi cubo terminaría en el infame deshuesadero de naves de Corellia. En donde las naves llegan a morir.

Tsuulo quedó boquiabierto. Han y Qi'ra se miraron. La Ingeniera sabía exactamente dónde estaban.

Entonces ¿por qué no había enviado a sus stormtrooper tras ellos? ¿Por qué no estaba quitándoles el datacubo a la fuerza?

Qi'ra pensó en la respuesta casi al mismo tiempo que su mente ideó la pregunta: porque era único. Había desertado del Imperio, eso significaba que no podía tener más copias. El cubo tenía el trabajo de toda su vida y tenía miedo de que alguien lo destruyera.

Por eso los stormtroopers habían errado sus disparos en la Fundidora: no querían dañar el cubo.

—Si vienes detrás de nosotros destruiremos el cubo en mil pedazos —advirtió Qi'ra.

—No tengo la menor duda —asintió la figura.

—Pero no queremos hacer eso —añadió rápidamente Qi'ra—. Preferimos llegar a un arreglo.

—Me da gusto escuchar eso —dijo la Ingeniera. Su voz era profunda y ronca, pero parecía estar alterada mecánicamente. Qi'ra no sabía lo suficiente sobre holoproyectores para conocer si era normal por la distancia que había entre ambas partes o si la Ingeniera estaba modificando su voz a propósito.

Qi'ra no estaba segura de qué decir en ese momento, pero lo que no quería decir era justo lo que Han dijo.

—Entonces… ¿deberíamos reunirnos o algo? —dijo Han e irritó a Qi'ra.

—¿Para qué? —preguntó la Ingeniera, dudosa.

Estaba teniendo cuidado, notó Qi'ra. No estaba tan relajada ni tan segura de sí misma como quería aparentar y eso hizo que Qi'ra sonriera por primera vez en mucho tiempo.

—Queremos darte el cubo en persona. Sólo a ti, no a un mensajero. Hemos estado corriendo por nuestras vidas y estoy segura de que sabes lo difícil que puede ser confiar en alguien más.

Han estaba viéndola de forma extraña.

—Eres muy buena en esto —murmuró.

—Me encantaría poder ver de nuevo mi cubo —dijo la Ingeniera—. Con gusto podría proporcionarles una escolta hacia mi nave.

—¿En serio? —dijo Qi'ra—. Digo, está bien.

—Con una condición —agregó la Ingeniera.

—Siempre hay una condición —protestó Han.

—Primero deben hacer algo por mí para demostrar que son honestos, algo pequeñísimo.

Tsuulo dejó caer la cabeza sobre la mesa, frustrado. Hasta Han se agachó sobre la silla.

—¿Pequeñísimo? Sí, claro.

Qi'ra quería gritar de enojo, ya habían pasado por mucho, ¿qué más podría querer? Pero, al mismo tiempo entendía la estrategia de la Ingeniera: si estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo y si no, al menos pediría una prueba de que eran competentes. Dicho eso, hasta los huesos le dolían a Qi'ra.

—Sólo dinos qué es lo que quieres —interrogó.

—El Imperio me siguió hasta aquí, al sistema Corellia —explicó la Ingeniera—. Envié a uno de mis tripulantes al planeta para que recolectara suministros, pero CorSec lo reconoció y lo arrestó. Lo tienen detenido en una celda en el centro de Coronet.

Tsuulo maldijo y aunque tenía la boca cubierta con la cobija, el ruido debió haber sido lo suficientemente fuerte porque la Ingeniera lo escuchó.

—Tu amigo rodiano es… agradable.

—¿Quieres que liberemos a tu tripulante preso? —preguntó Han.

—Así es.

—¿Cómo? —exclamó Qi'ra—. No se puede entrar a una celda, tomar un prisionero y salir caminando.

—Yo les daré los uniformes e identichips que necesitan para entrar —explicó—. El resto está en sus manos. Ustedes tres han demostrado ser muy capaces y creo que sus probabilidades de tener éxito son… aceptables.

Eso no le sonó nada bien a ninguno de ellos.

—Y ¿qué hay de tus amigos stormtroopers? —sugirió Qi'ra—. Parecían ser muy leales.

El pecho de la Ingeniera se elevó y hundió, como si estuviera respirando profundo.

—Estoy segura de que una chica inteligente como tú entiende lo importante que es utilizar los recursos con prudencia y estrategia.

Los ojos de Qi'ra se entrecerraron mientras trataba de descubrir la respuesta.

—No puedes arriesgarte a usarlos demasiado seguido —adivinó.

—Exactamente. Ya abandonaron su ruta de patrullaje una vez hoy. Muchos hasta usaron sus blásters. Tendrán que pasar varias semanas o incluso hasta meses antes de que pueda usarlos de nuevo sin ponerlos en riesgo. Por ahora necesito que se queden en donde están, en sus puestos y sin levantar sospechas.

—Esto parece una mala idea —dijo Han cruzando los brazos.

—Si hacen esto por mí —continuó la Ingeniera—, les conseguiré un pasaje seguro a los tres para que salgan de ese planeta.

Han se enderezó en la silla y abrió los ojos.

—¿Cómo nos harás llegar los uniformes e identichips? —preguntó Qi'ra.

—Les daré una ubicación para que los recojan, será en un lugar aislado. Y les dejaré una sorpresa.

—Odio las sorpresas —dijo Qi'ra.

—Esta les gustará. Es algo que yo hice, les será de utilidad.

—¿Qué opinan? —le preguntó Qi'ra a Han y Tsuulo.

Tsuulo asintió, dijo algo que sonaba positivo.

—Es nuestra mejor oportunidad —dijo Han—. Me han arrestado un par de veces, conozco el lugar muy bien.

—Entonces estamos de acuerdo —anunció Qi'ra—. Danos las coordinadas de los uniformes y toda la información que tengas sobre la celda. Recuperaremos a tu tripulante.

—Prefiero mantenerme lejos de la HoloNet —dijo la Ingeniera—. Así que todo lo que necesitan estará en este punto. —Entonces procedió a dar una serie de coordenadas que Tsuulo anotó en su datapad.

Eso significaba que primero deberían ir por los uniformes e identichips y hasta entonces podrían hacer un plan. No le gustaba para nada, pero Qi'ra tampoco tenía otra opción.

—Es un trato.

La Ingeniera inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y después el holograma se apagó.

Los tres se quedaron en silencio por un momento. La lámpara en el centro de la mesa parpadeó: no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Bueno, eso fue interesante —dijo Han.

—Supongo que podrías llamarlo así —asintió Qi'ra.

—Seguro ya estás pensando en un plan, ¿cierto? —preguntó Han, pero él mismo se respondió—: Claro, sin problemas.

—Claro —repitió ella titubeando—. Sin problemas. —La verdad era que estaba exhausta y hambrienta y, además, era algo completamente ajeno a cualquier cosa que hubiera hecho antes. Sentía un enorme y aplastante peso sobre sus hombros, la hacía sentirse diminuta e indefensa. Odiaba ese sentimiento.

—Sabías exactamente qué decirle. —Han estaba maravillado—. Tienes un talento natural para… pensándolo bien, no para hablar con cualquiera, eres demasiado engreída e indiferente para eso…

—Es increíble que no tengas más amigos, con lo alentador que eres.

—Lo que quiero decir es que eres muy buena con los negocios. Suenas como todas esas… —Han hizo un movimiento extraño con la mano frente a su rostro—. Personas importantes. Eres atrevida, igual que ellos.

—¿Gracias? ¿Supongo? —dijo Qi'ra, pero la verdad es que esas palabras habían liberado un poco del peso de sus hombros. Sentía que ya podía respirar.

Entonces Tsuulo dijo algo sobre dormir.

—Sí, tal vez unas cuantas horas —sugirió Han.

El pequeño rodiano se tapó con la cobija y miró su datapad para estudiar las coordenadas, con su antena mala pegada a la cabeza. Tenía que estar tan cansado como Qi'ra y Han; quizá hasta más, por sus limitaciones en climas tan fríos. Pobre, ella y Han lo habían metido en ese problema y él no se había quejado ni una vez.

—Tsuulo —dijo Qi'ra—, no tienes que hacer esto.

—Sí, nada de esto es tu culpa —agregó Han.

El rodiano levantó la mirada y los miró, confundido.

—Digo, está bien si sólo quieres quedarte aquí mientras Han y yo rescatamos al tripulante de la Ingeniera. No debimos obligarte a ser parte de todo esto y, bueno, lo siento —dijo Qi'ra.

Tsuulo respondió con rapidez y con un tono exaltado, Qi'ra estaba segura de que lo había hecho enojar.

—Dice que *por supuesto* que vendrá —tradujo Han—. Dice que llegará hasta el final; además, tú y yo somos… —Han terminó de hablar en voz baja, tan baja que no se escuchó lo que dijo.

—¿Qué? ¿Qué dijo? —preguntó Qi'ra.

Tsuulo hizo un gesto para que Han terminara de traducir.

—Dice que tú y yo somos sus amigos y Tsuulo nunca abandona a sus amigos.

—Oh… —suspiró Qi'ra. Sentía cómo su rostro, su corazón y hasta su alma se congelaban. Sólidos e impenetrables.

Entonces Tsuulo sonrió, esa ridícula expresión rodiana que sólo abarcaba tres dedos humanos… fue en ese momento en el que Qi'ra se dio cuenta, con un golpe en el corazón, que ese pequeño rodiano… le caía bien. Le gustaba su compañía. Los últimos días habrían sido insoportables sin él. Y sin Han.

Ella se aclaró la garganta y Han evitó mirarlos a los ojos. Él se veía tan incómodo como ella se sentía.

—Bueno, Tsuulo —dijo Qi'ra por fin—. Veo por qué tú y *yo* somos amigos, pero no tengo la más mínima idea de por qué quisieras ser amigo de *ese* tipo. —Y señaló a Han con su pulgar.

—¡Oye! —protestó Han, aunque estaba sonriendo.

Tsuulo rio y después dijo algo que hizo que Han frunciera el ceño.

—¿Qué? —preguntó Qi'ra.

—Dice que todo estará bien. Que la Fuerza lo acompaña.

—De acuerdo. Supongo que yo tomaré el primer turno —dijo Qi'ra.

—¿Me despiertas en una hora? —preguntó Han mientras caminaba a la cama.



Después de que todos tomaron una siesta, subieron al speeder y Tsuulo los llevó hacia las coordenadas que les había dado la Ingeniera. Pasaron por el deshuesadero de naves y se dirigieron al pantano en donde el agua dulce daba paso a la salada. Desembocaduras lodosas se revolvían entre el pasto como listones plateados bajo la luz de la luna. Aves pescadoras volaban sobre ellos y, de vez en cuando, una se aventuraba a sumergirse en el agua en busca de algo de comida. Droides chatarreros en zancos caminaban por el agua buscando cualquier cosa que pudieran reciclar.

Los tres se dirigieron hacia una pequeña subida y pronto no había nada más que mar frente ellos, una mancha negra con burbujas blancas. Tsuulo le pidió a Han que se detuviera.

Unos metros más adelante llegaron a la fría arena característica de las playas de Coronet. A su izquierda, un riachuelo desembocaba en el océano. La oscuridad hacía que pareciera una mancha de aceite y, sobre ella… había algo más.

El aire sopló sobre sus rostros y Qi'ra casi vomitó.

—¿Qué es ese asqueroso olor? —preguntó Han.

Qi'ra se tapó la boca con su chamarra, pero de poco sirvió. El aire era espeso y putrefacto, basura y algo mucho, mucho peor. Era tan fuerte el olor que sus ojos empezaron a llorar.

Tsuulo dijo algo que hizo que Han ahogara un grito.

—¡Dice que son aguas residuales! —tradujo Han—. Pero no puede ser, nosotros vivimos en las alcantarillas y nunca ha olido tan mal.

—De hecho, creo que tiene razón —dijo Qi'ra—. Hemos estado en la superficie por más de un día. Nuestro olfato se acostumbró ya a otros olores.

—¿Quieres decir que la guarida de los Gusanos Blancos siempre huele así? —Han no podía creerlo—. Eso significa que *nosotros* siempre olemos así.

—Ya sabes lo que dicen: «Puedes oler a un gusano blanco a un klick de distancia». —Qi'ra se preguntó con cuánto perfume había sido empapada la ropa que Lady Próxima le entregó apenas hace unos días.

—Bueno, pues tomemos el paquete de la Ingeniera y salgamos de aquí, rápido.

Tsuulo los guio hasta una pila de arena, piedra y grava que parecía una tumba. Las luces del speeder alumbraron el espacio mientras los tres excavaban. Qi'ra no podía dejar de pensar, y notó que eso hacía que se moviera con lentitud, cuando lo único que quería era salir de ahí.

La verdad es que no quería apestar a aguas residuales. No quería estar sucia siempre. No quería regresar a las alcantarillas después de haber disfrutado del aire fresco, la ropa elegante, los hermosos hoteles y la atención de la gente poderosa que la creía lo suficientemente importante para poder opinar.

—¡Ahí! —gritó Han—. Un contenedor.

Lo abrieron y, tal como había dicho la Ingeniera, en el contenedor había tres uniformes limpios y doblados, identichips falsificados y muchos créditos.

—No veo lo que más esperaba —suspiró Han.

—¿Qué era? —preguntó Qi'ra.

—¡Una regadera portátil!

Qi'ra arrugó la nariz empática, ella quería lo mismo.

—Por allá hay un lugar con agua limpia.

Han la miró, escéptico.

—Bueno, más limpia que aquí. Podemos arreglarnos un poco ahí.

Tsuulo sacó dos objetos redondos del contenedor que Qi'ra no reconoció. El rodiano tomó uno y dijo algo. Cabía perfectamente en la palma de su mano, como si fuera una pelota de juguete, pero su caparazón de metal reflejaba un intenso brillo con las luces del speeder.

—No sé —dijo Han—. Pero ahí tiene un botón, ¿para qué servirá?

Tsuulo estaba a punto de presionarlo cuando Qi'ra gritó.

—¡No!

Han y Tsuulo se congelaron.

—La Ingeniera dijo que dejaría una sorpresa —explicó—. Y ¿si es algún tipo de arma?

Han se acercó para inspeccionar el aparato más de cerca.

—Tal vez sea un detonador térmico —dijo—. He oído hablar de esos.

Tsuulo le entregó el aparato a Han, que le dio la vuelta para poder estudiarlo desde todos los ángulos posibles. Mientras tanto, Tsuulo buscaba en su datapad más información.

Por fin hizo un ruido triunfal y levantó el datapad para que Han y Qi'ra pudieran verlo de cerca. En él estaba la imagen de un aparato similar, pequeño, redondo, metálico y con un botón en el costado. Estaba marcada como «granada aturdidora».

—Esto será muy útil —dijo Han sonriendo. Pero su sonrisa pronto desapareció cuando se dio cuenta de algo desagradable—. Tal vez nos dio dos por si nos aturdíamos a nosotros con el primero…

—Creo que la Ingeniera los diseñó —dijo Qi'ra—. Es muy probable que no sea una granada aturdidora común y corriente.

—¿Hay un tipo común y corriente? —preguntó Han y Qi'ra sólo levantó los hombros.

Tsuulo sacó uno de los uniformes del contenedor y lo desdobló. Estaba hecho de un material duro y gris, tenía un collar alto y un sombrero igual. Entonces Tsuulo maldijo en voz alta.

—Uh, Qi'ra. Tenemos un problema —anunció Han—. Estos uniformes dicen «Proyectos Avanzados de Laboratorio Sienar».

—Maldición —exclamó Qi'ra y de inmediato empezó a revisar todos los planes en los que había pensado. Había escuchado el nombre «Sienar» varias veces, pero «Proyectos Avanzados de Laboratorio» era algo nuevo—. No estoy segura de que esa compañía exista en Corellia.

—Es una compañía de ingeniería o algo parecido, ¿verdad? —preguntó Han.

—¿Tal vez? —Ninguno de los tres podía pasar por científico, eran demasiado jóvenes.

Tsuulo volvió a agitar su datapad, diciendo algo en huttés.

—Oh, no —volvió a decir Han.

—¿Qué? ¿Ahora qué? —preguntó Qi'ra.

—Tsuulo acaba de ingresar las coordenadas que nos dio la Ingeniera. Su tripulante no está en una celda para borrachos o ladrones comunes —empezó Han—. Está en una prisión imperial.

—Tenías razón, Han —dijo Qi'ra, apenas podía respirar—. Este «favor» que le estamos haciendo a la Ingeniera tiene algo que no nos contó.

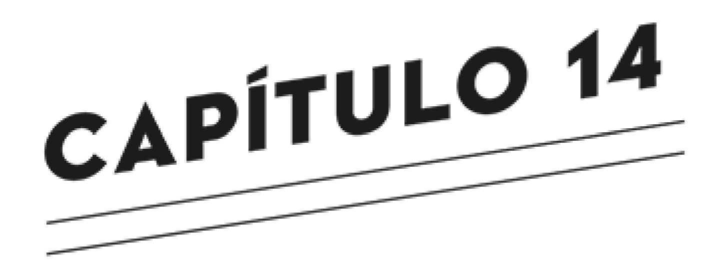
—Vaya que sí.

—Entonces tendremos que ser creativos, ¿verdad? —continuó Qi'ra—. Espera… ¿qué es eso?

Tsuulo sacó tres aparatos de metal del fondo del contenedor. Tenían la forma de un tubo con dos protuberancias de un lado y una diminuta rejilla del otro. Eran lo suficientemente pequeños para caber en sus bolsillos.

—Son respiradores —dijo Han—. Estoy seguro.

—¿Por qué necesitaríamos…? —empezó Qi'ra—. Oh… —Miró los respiradores y después las granadas aturdidoras, y de regreso a los respiradores—. Esas no son granadas aturdidoras —dijo, sonriendo mientras pensaba en un plan nuevo—. Son algo mucho mejor.



El rostro le dolía muchísimo a Han. Más que nada en la galaxia, deseaba poder lavársela con agua fría y limpia. El dolor que le causaba la quemadura era más fuerte de lo que había aceptado y seguramente se veía peor. Estaba seguro de que llamaría la atención. Pero también había visto alienígenas de piel roja, así que tal vez las personas creerían que no era completamente humano.

Estaba ansioso de poder cambiarse el uniforme robado. Su ropa actual estaba sucia, húmeda y fría. Se limpiaron en el lugar que había sugerido Qi'ra, pero no había mucho que hacer mientras tuvieran puesta la misma ropa que en días pasados.

A pesar de eso, Qi'ra estaba obstinada en no ponerse los uniformes hasta que estuvieran cerca de la prisión.

—No deberíamos vestir lujosos uniformes de laboratorio mientras manejamos esta… cosa —dijo señalando al speeder—. Se verá sospechoso.

Tenía razón, así que Han se dedicó a manejar mientras Tsuulo y ella estudiaban cuidadosamente el mapa de la prisión en su datapad. Qi'ra tenía un plan y, tras explicarlo, Han creyó que podría funcionar. Le parecía lo suficientemente sencillo y elegante. Lo único que necesitaban era mentir, mentir muy bien. Fácil.

El típico cielo corelliano oscuro y gris estaba de regreso, lo que significaba que la mañana había llegado y, con ella, las nubes llenas de contaminación estaban por pintarse de colores fucsia y zafiro. Humo negro se elevaba desde las chimeneas de las fábricas y contrastaba con la luz de la mañana. Las luces de los barcos oxidados pesqueros resplandecían sobre el mar mientras se acercaban a la costa, llevando sus productos a los mercados.

Cruzaron un puente hacia Coronet y Qi'ra dirigió a Han hacia un estacionamiento público subterráneo que les costaría unos cuantos de los preciosos créditos que la Ingeniera les había dado. Estacionaron el speeder y aprovecharon la oscuridad del lugar para ponerse los uniformes de laboratorio.

—Y bien —dijo Qi'ra sacudiendo el uniforme y ajustando el collar—, ¿me veo como alguien que haría negocios con el Imperio?

—Bueno… digamos que te ves imperial —respondió Han y ella volteó la mirada. La verdad era que se veía increíble. Sofisticada, pero fuerte. Como si hubiera nacido para vestirse así. Han bajó la mirada antes de que sus pensamientos lo traicionaran—. Entonces ¿caminamos desde aquí?

Tsuulo señaló hacia una de las salidas.

—La dirección es número 1, Plaza CorSec, no está lejos. Según mi mapa, existe un camino que nos llevará directamente del estacionamiento a la Oficina Central de Paz y Seguridad.

—Lo único que tenemos que hacer es descubrir en qué parte de la estructura están las celdas —dijo Qi'ra—. Después sólo hay que entrar caminando.

Sonaba como si no hubiera nada en el mundo que le preocupara, pero Han sabía ahora que no era cierto. Cuando Qi'ra echaba la cabeza hacia atrás, levantaba la barbilla y trataba de mostrarse más alta que los demás, era porque estaba nerviosa.

Con un poco de suerte, nunca nadie la conocería tan bien como él.

A pesar de su nerviosismo, nadie la miró cuando salieron del estacionamiento y caminaron por el paso peatonal. Unos speeders policíacos zumbaron a su lado, metiéndose entre el tráfico como si fueran dueños de las vías.

Llegaron a un imponente edificio blanco con enormes escalones de mármol. Gruesas columnas se elevaban de cada lado de la entrada, parecían ser un tipo de homenaje a una historia antigua. Aunque era temprano, el área era muy concurrida, en su mayoría por humanos, pero también había peatones de otras especies.

Mientras subían los escalones, Han recordó que la entrada y el *lobby* de la Central de Paz y Seguridad eran propiedad pública. Cualquiera podía entrar, lo único que necesitaban era mezclarse entre la muchedumbre para evitar que los reconocieran.

Un engreído piloto sullustano chocó con Han mientras caminaban. Han tuvo que suprimir su instinto de voltearse y… pelear con el tipo, así que decidió bajar aún más el gorro para que cubriera todo su rostro.

—No creo que sea parte de la norma usar tu gorro tan bajo —susurró Qi'ra.

—Las normas son tontas… —empezó Han.

Pero las palabras se murieron en sus labios cuando vio que Qi'ra y Tsuulo también bajaban sus gorros para cubrirse el rostro.

Parado, justo afuera del *lobby*, estaba un grindalid que vestía un ecotraje. Han no podía distinguir si era uno de los soldados de Lady Próxima o no, pero era obvio que estaba parado ahí buscando a *alguien*.

Afortunadamente el uniforme que vestían era como camuflaje. El grindalid los miró, pero después siguió observando al resto de las personas como si no les hubiera prestado atención. Han suspiró aliviado.

Pero ahora estaba en alerta máxima: era obvio que los Gusanos Blancos seguían buscándolos. El Sindicato Kaldana no los dejaría ir tan fácilmente y si los imperiales los reconocían… Bueno, Han había escuchado que usar identichips falsificados era castigado con la muerte.

Entraron por puertas que eran lo suficientemente grandes para permitir que una nave pequeña pasara por ahí. Han trató de no quedar boquiabierto al ver el atrio, pero no era nada sencillo. Los impecables pisos brillaban por el mármol o cuarzo, o algún tipo de material con el que Han no estaba familiarizado; el techo era muy alto, al menos se

elevaba cuatro pisos hacia el cielo, y de él colgaban hermosos candelabros minimalistas que iluminaban el espacio entero de un blanco deslumbrante.

Frente a ellos estaba la recepción, atendida por un humano y dos droides. A lado, un área de espera con varias bancas, muchas de ellas ocupadas. A su izquierda había varios turboascensores.

Qi'ra miraba de un lado a otro, calculando. Estudiaba las bancas, el escritorio de recepción, las paredes y hasta las macetas. Su mirada se detuvo en dos droides de seguridad parados al lado de los elevadores y después miró al personal de seguridad que patrullaba el perímetro del *lobby*.

—Tu plan va a funcionar —le aseguró Han.

Realmente *deseaba* que funcionara.

—Sí, en cuanto encontremos la celda correcta. Estoy buscando un mapa del edificio, los edificios gubernamentales deben tener mapas a la vista, ¿no? Es parte de las normas, para poder ubicar las salidas de emergencia. Creí que eso podría mostrarnos qué partes están bajo ocupación imperial.

Han y Tsuulo la ayudaron a buscar y escanearon todas las paredes buscando cualquier señal de un mapa. Pero lo único que Han encontró fue una pintura abstracta de lo que pudo haber sido un carguero corelliano atravesando el espacio, y un retrato gigantesco del Emperador Palpatine.

—No veo nada —dijo Han—. Sólo el retrato de un tipo tenebroso que parece seguirme con la mirada.

—Yo tampoco —agregó Tsuulo—. El gran filósofo Flayshil Crena dijo alguna vez: «Aquello que buscas más, es lo más difícil de encontrar».

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Han.

—¿Sabes qué? No tengo ni idea —respondió Tsuulo.

—No hay problema —dijo Qi'ra con firmeza, como si se lo estuviera diciendo a sí misma—. No hay problema, iremos hacia los elevadores, tal vez esté ahí.

—Creo que los elevadores son sólo para personal autorizado —señaló Han.

—*Somos* personal autorizado, ¿lo recuerdas? —contestó Qi'ra—. ¿O tienes una mejor idea?

—De hecho, sí —dijo Han—. Mira y aprende. —Cuando terminó de decir eso, caminó hacia la recepción. Qi'ra y Tsuulo lo veían, ansiosos.

Una mujer estaba delante de él en la fila. Alegaba con el droide que su identichip había sido confiscado por error por CorSec y no tenía dinero para pagar las multas por exceso de velocidad y mucho menos para que se reinstaurara su ciudadanía. Un momento más tarde salió del lugar con frustración mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó una voz mecánica y aburrida.

—Eso espero —dijo Han, tratando de sonar tan imperial como Qi'ra—. Mis… —Por poco dijo «amigos»—. Colegas y yo acabamos de llegar de… Selonia, y vamos tarde para una reunión imperial, por favor, ¿podrías dirigirnos hacía el piso correcto?

—No sabía que PAL tuviera intereses en Selonia —objetó el droide.

—Proyectos Avanzados de Laboratorio tiene intereses en todas partes. Y no me gusta que cuestiones mis órdenes. Sólo dime a dónde debo ir.

—Eso es muy inteligente —dijo el droide—. Por favor inserte su identichip en el lector. —El droide señaló un lector que estaba justo al lado de la mesa—. Una vez que sea identificado de forma correcta puedo mostrarle el camino a seguir.

Han jugó con el identichip que tenía en el bolsillo del pecho y después casi lo tiró al suelo al sacarlo. Al mismo tiempo que lo colocaba en el lector pensaba: «Por favor, funciona, por favor, funciona, por favor, funciona».

El lector zumbó por un momento y después la luz que emitía se tornó azul.

—Todo está en orden —anunció el droide—. Los turboascensores están hacia allá y las oficinas imperiales están en el quinto piso.

—Y ¿las celdas de prisioneros? —se atrevió Han a preguntar.

—¿Por qué tiene que ir ahí?

—Me temo que es información clasificada —respondió.

—Como sea. Las celdas están en el sexto piso. Tenga un buen día. Si le piden que llene una encuesta, por favor indique que fui de ayuda y que quedó satisfecho con el servicio de CorSec.

Sin decir una palabra, Qi'ra y Tsuulo insertaron sus identichips en el lector y fueron autorizados para seguirlo. Juntos, los tres se dirigieron hacia los elevadores.

—Muy bien hecho, Han —murmuró Qi'ra.

Han sonrió tanto que sintió cómo el rostro entero le ardía.

Entraron al elevador y presionaron el botón que los llevaría al sexto piso.

—Recuerden —dijo Qi'ra al darse cuenta de que tenían la cápsula para ellos solos—: no detonen las cosas redondas hasta que les diga. Entrar fue fácil, las necesitaremos para salir.

—Sí, señora —exclamó Han con un saludo militar sarcástico.

La puerta se abrió y salieron a un vestíbulo de techo bajo lleno de stormtroopers y un puñado de oficiales de uniforme gris. Han tuvo que recordarse que debía respirar.

De acuerdo, tal vez no estaba *lleno*. Había cinco stormtroopers y dos oficiales. Si el plan no funcionaba serían siete contra dos. Siete blásters contra dos cosas redondas. No era la peor probabilidad a la que se había enfrentado.

—Tsuulo, saca el datapad —murmuró Qi'ra—. Trata de verte oficial.

Más allá de los stormtroopers, un escudo resplandeciente bloqueaba un largo pasillo con celdas a cada lado. El tripulante de la Ingeniera estaba en alguna de ellas.

—Fantástico —dijo uno de los oficiales—. Más científicos locos. —Estaba sentado detrás de un escritorio y se veía fastidiado. Han se preparó para entrar en acción. No había nadie peor en la galaxia que un imperial sentado detrás de un escritorio en el que no quería estar.

—¿Científicos locos? —dijo Qi'ra levantando una ceja, como si estuviera indignada.

Esa era la parte que Qi'ra había planeado, así que Han se quedó en silencio y dejó que ella tomara las riendas.

—Es sólo un nombre que les damos —respondió el oficial levantando los hombros. Después miró su computadora—. Parece que no estamos esperando a nadie. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Estamos aquí por el prisionero 248C —anunció Qi'ra—. Vendrá con nosotros.

—¿Lo están transfiriendo…?

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué…?

—Es requerido para una investigación científica. —Según decían los rumores, el Imperio tenía acuerdos de negocios con varias compañías para proveerlas de sujetos que usarían para probar armas o ambientes. Seres conscientes desaparecían de las celdas imperiales todo el tiempo, sobre todo aquellos que no eran humanos. Qi'ra estaba segura de que por eso la Ingeniera les había dado esos uniformes. Han sólo esperaba que tuviera razón.

El oficial frunció el ceño.

—Ustedes científicos locos y sus alienígenas. Es perturbador… y no me molesta decirlo. Escaneen sus identichips y bajaré el escudo.

Hicieron lo que les pidió y de nuevo la luz del lector se tornó azul. Los identichips eran falsificaciones perfectas. Estaban programados de forma increíble, de tal forma que no sólo los reconocía como científicos sino que hasta los oficiales imperiales los dejaban pasar.

Y si Han había aprendido algo de trabajar para Lady Próxima, era que para salirte con la tuya a veces era suficiente con aparentar que pertenecías exactamente al lugar en el que estabas: cuando dudes, aguanta un poco más.

El oficial imperial activó un interruptor desde su consola y el ligero zumbido que se escuchaba desde el escudo quedó en silencio.

—Adelante, vamos —dijo—. El prisionero que buscan está en la celda diecinueve. ¿Necesitan ayuda? Es un tipo enorme.

—Venimos preparados —sonrió Qi'ra—. Estaremos bien, pero muchas gracias.

—Claro, si cambian de parecer sólo griten.

Los stormtroopers se apartaron del camino y los tres avanzaron por el pasillo repleto de celdas.

—Tenemos que apurarnos —murmuró Qi'ra apresurando el paso—. Tenemos que irnos antes de que se les ocurra comunicarse con sus superiores y anunciar la llegada de visitantes inesperados.

No tuvieron que caminar mucho para llegar a la celda diecinueve. De hecho, Han se habría sentido mejor si esta hubiera estado más lejos de los stormtroopers.

Han se paró de puntitas y se asomó por la diminuta ventana que daba al interior de la celda. El espacio estaba sucio y parecía sólo tener un catre chueco con una charola. Algo

largo y peludo estaba acostado contra la pared, dándole la espalda a la puerta. Han podía ver por qué estaba acostado en el suelo en vez de en el catre: era demasiado grande.

—¿Han? —preguntó Qi'ra—. ¿Ves algo?

—*Algo* está ahí —respondió Han—. No sé qué sea, pero creo que está dormido.

—Terminemos con esto de una vez por todas —dijo Tsuulo estirándose.

La puerta se deslizó y salió una ráfaga de aire fétido. Era obvio que la celda no había sido limpiada en mucho tiempo. La criatura que estaba acostada contra la pared se dio la vuelta… Era un wookiee, Han podía verlo. En cuanto el wookiee los vio, se puso de pie y rugió.

—¡Venimos de parte de tu jefa! —dijo Qi'ra tan rápido y bajo como pudo—. La Ingeniera. Nos envió a rescatarte.

El wookiee se detuvo justo antes de atacarla y ladeó la cabeza. Era enorme, al menos dos cabezas más grande que Han, y su pelaje café resaltaba con mechones blancos. Tenía unas cuentas en el pelo que cubría su rostro y su nariz no paraba de moverse, como si estuviera oliéndolo.

Han sabía poco sobre los wookiees. Había conocido algunos en los trabajos que hacía para Lady Próxima, y hasta había aprendido algunas palabras en shyriiwook, pero no lo suficiente para ayudarlos en esa situación. Si él no entendía básico, estaban en problemas.

—Tengo un plan para sacarte de aquí —explicó Qi'ra.

El wookiee movió la cabeza e hizo un ruido entre un bostezo y un quejido.

Han reconoció una palabra.

—¡Comida! Dijo comida —tradujo Han—. Tal vez tenga hambre. Lo siento, amigo, no tengo comida, pero podemos conseguirte un poco.

El wookiee se quejó de nuevo.

—¿Nave? —preguntó Han—. ¿Dijiste «nave»?

El wookiee asintió enérgicamente.

—¿Estás bromeando? —dijo Qi'ra—. Hizo el mismo gruñido que la última vez.

—¿Qué? —Han estaba incrédulo—. Los sonidos fueron completamente diferentes.

—Como sea —se rindió Qi'ra—. ¿Vendrás con nosotros?

El wookiee sacudió la cabeza ferozmente.

—Maldición, ¿por qué no?

Han entendió muy poco de lo que el wookiee gruñó a continuación.

—Creo que no confía en nosotros. Algo sobre… ¿invisibilidad? No, desapariciones. Pero no estoy seguro.

—No tenemos tiempo para discutir con él —dijo Tsuulo.

—Estamos preparados para esto —anunció Qi'ra, sacando su respirador. Tsuulo y Han hicieron lo mismo, pero Tsuulo también sacó la cosa redonda de su bolsillo.

El wookiee rugió.

—¡Ahora, Tsuulo! —ordenó Qi'ra colocándose el respirador en la boca y nariz.

El rodiano presionó el botón en la granada de aturdimiento.

El wookiee se lanzó contra Qi'ra con las manos extendidas hacia su garganta.

La granada se elevó por el aire y giró disipando un gas verde-amarillo desde pequeñas aperturas alrededor de su circunferencia.

El wookiee se tambaleó y después cayó sobre sus rodillas. Su cabeza se movió de un lado a otro por un segundo y después azotó contra el suelo.

—Tedebos ud probleba bedos —dijo Qi’ra, que tenía los labios apretados contra el respirador para que nada de gas pudiera entrar a sus pulmones—. Ahoda espedabos.

—¿Cuádto tiebpo? —preguntó Han. Sabía que debía esperar a que el gas desapareciera para que su plan funcionara, pero si se tardaban demasiado los imperiales empezarían a sospechar.

Tsuulo levantó una mano pidiendo paciencia. Después de un momento la bajó y se quitó el respirador.

—Listo, ya no deberíamos tener problemas. El gas desaparece con rapidez, estoy seguro de que la Ingeniera lo usa para misiones sigilosas.

Tenía sentido.

—¿Estás lista para el siguiente paso? —le preguntó Han a Qi’ra.

Ella asintió, respiró hondo y corrió al pasillo gritando.

—¡Vengan aquí, rápido! ¡Tenemos un enorme problema y no lo voy a tolerar!

A Qi’ra no le caerían mal unas cuantas lecciones sobre mentir: estaba exagerando demasiado. Aun así, se escuchó una lluvia de pisadas acercándose a ellos rápidamente.

El oficial y dos stormtroopers se detuvieron justo afuera de la celda.

—¡Miren esto! —gritó Qi’ra, tan furiosa que parecía que echaría fuego en cualquier momento—. El prisionero tiene un aspecto terrible. ¿Qué le han dado de comer? Cuando les diga a mis superiores lo que hicieron con nuestro activo…

—¡No hicimos nada! —protestó el oficial—. ¡No es nuestra culpa! Estaba bien la última vez que lo alimentamos.

—Entonces es un experto en wookiees —dijo Qi’ra viendo al oficial a los ojos.

—No… Supongo que no.

—Entonces ¿cómo sabe que estaba bien?

—Supongo que no lo sabía… pero su apetito estaba bien. No nos dio ningún problema.

Tsuulo señaló su datapad y empezó a aleccionar a los imperiales sobre los principios de la anatomía wookiee. En realidad estaba insultando a sus madres y deseando que sus movimientos intestinales fueran… aguados. Han mantuvo un rostro serio y esperó que ninguno de ellos entendiera una sola palabra de huttés.

—Supongo que es posible que haya estado enfermo antes de ser traído aquí —dijo Qi’ra tocándose el labio inferior con un dedo—. Supongo que no sería su culpa si simplemente empeoró bajo su cuidado.

—¡Sí, eso debe ser! Ya estaba enfermo cuando lo trajeron aquí.

—Tal vez todavía pueda ser de utilidad…

—Oh, ¿cómo?

—¿Puede pedir una camilla médica? Lo llevaremos a nuestra nave, ahí tenemos los aparatos médicos necesarios.

—Por supuesto. De inmediato. —El oficial salió corriendo y los stormtroopers lo siguieron.

—Guau —dijo Han en voz baja—. Realmente funcionó.

Entonces, Tsuulo empezó a reírse.

—¿Qué? —preguntó Han.

—La parte en la que Qi'ra llamó al wookiee un «activo» que podía ser «útil». Sonó igual que los imperiales engreídos.

Han tradujo para Qi'ra y fue recompensado con una de sus magníficas sonrisas.

—¿Crees que esté bien? —preguntó Han, empujando al inconsciente wookiee con su pie.

—Debería estarlo —respondió Qi'ra—. Espero. Si no, habremos hecho todo esto por nada.

El oficial regresó empujando una camilla.

—Aquí tiene —anunció.

—Perfecto —dijo Qi'ra—. Su cooperación puede ser la diferencia entra la vida y la muerte para mi activo.

De nuevo Han sintió que Qi'ra estaba exagerando, pero el oficial parecía no pensar lo mismo.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlos?

—A subirlo en la camilla.

Juntos, Han, el oficial y los dos stormtroopers subieron al pesado wookiee a la camilla. Sus pies quedaban colgando, pero Han supuso que no se rompería.

—Gracias —dijo Qi'ra—. Ahora, debemos apresurarnos.

Ella empujó la camilla por la puerta y se dirigió por el pasillo; la camilla hacía que el wookiee no pesara más que Han, Tsuulo o Qi'ra.

—Han, prepara el aparato redondo —murmuró Qi'ra.

Eso significaba que esperaba problemas. Han metió la mano en su bolsillo y tomó la granada con fuerza, pero con cuidado para no presionar el botón sin querer.

Llegaron al vestíbulo en donde los demás stormtroopers veían fijamente al wookiee sobre la camilla. Estaban a punto de llegar al elevador, sólo unos pasos más y…

—Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta? —dijo el oficial a sus espaldas.

Qi'ra lo ignoró y presionó el botón del elevador.

—¿Cómo es que una jovencita tan bonita consiguió un trabajo tan importante?

Han sintió cómo se le erizaban los pelos del cuello, como si ser bonita fuera un impedimento para tener un puesto importante. La granada de gas de la Ingeniera seguía en su mano, lista para ser activada en cualquier momento.

—Vamos, dime, ¿cómo lo lograste?

—Tuve un buen puntaje en mis pruebas de aptitud —respondió Qi'ra sin darse la vuelta.

—¿Estás diciendo que yo no?

Entonces Qi'ra lo miró.

—No eres más que un uniforme planchado sentado detrás de un escritorio en esta porquería de planeta. ¿Tú qué crees?

Un músculo en la mandíbula del oficial se tensó y de inmediato tomó su comunicador.

—¿Sabes?, antes de que se vayan tengo que revisar con mis supervisores que este sea un traslado aprobado. Después de todo, yo no soy más que un uniforme.

—Respiradores. Ahora —ordenó Qi'ra.

Han se colocó el respirador y Qi'ra y Tsuulo hicieron lo mismo.

—Oigan, ¿qué están…?

Han sacó la granada de su bolsillo y presionó el botón, después la lanzó al aire y giró, dispersando gas por todo el cuarto.

El elevador se abrió.

—¡Vámonos! —gritó Qi'ra empujando la camilla y al wookiee, que parecía no pesar nada, al elevador. Ruidos de gente tosiendo y ahogándose se escucharon a sus espaldas.

La puerta se cerró detrás de ellos y empezaron a descender. Después de un momento, Tsuulo se quitó el respirador y lo guardó en su bolsillo. Qi'ra y Han hicieron lo mismo.

—Estarán inconscientes un buen rato —dijo Qi'ra.

—Sólo espero que no haya usado ese comunicador antes de caer al suelo —agregó Han.

—¿Estás segura de que el wookiee está bien? —preguntó Tsuulo—. Le dimos dos dosis de esa cosa.

—Sólo entendí la palabra «dos»… ¡maldición! —gritó Qi'ra.

—Oh, no, ¿qué? —preguntó Han.

—¡Dos dosis! Ni siquiera lo pensé. Debí hacerlo. —De inmediato Qi'ra agachó la cabeza—. Dos dosis de ese gas podrían ser fatales. Me… me equivoqué.

Han colocó la mano sobre el hombro de Qi'ra.

—Lo dudo. Es un wookiee, necesitaría un tanque lleno de esa cosa para lastimarlo. Tu plan fue fantástico, simple y perfecto. —Era cierto, los mejores planes eran simples, elegantes y sigilosos: el mejor plan era aquel en el que nadie se daba cuenta que estabas en problemas hasta que habías desaparecido—. Ahora sólo tenemos que cruzar la puerta principal.

Y eso hicieron. Prisioneros entrando y saliendo, esa era una vista común en las oficinas centrales de CorSec, así que pocos los miraron siquiera, y eso que empujaban a un wookiee en una camilla médica.

Momentos más tarde estaban bajo el sol corelliano. Nadie había activado ningún tipo de alarma.



Sacar al wookiee de la central de CorSec sin llamar la atención era el primer paso de su plan. El segundo era trasladarse por Coronet hacia el estacionamiento en donde habían dejado el speeder.

Mientras caminaban por el paso peatonal, Qi'ra estaba segura de que todos los veían fijamente… y al wookiee inconsciente recostado en una camilla. ¿Por qué los veía tan atento ese besalisk? El vagabundo seguramente era un espía. Y los postes de luz probablemente estaban llenos de cámaras secretas. Si alguien se propusiera buscarlos, serían muy fáciles de encontrar.

—Sólo caminen casuales —les dijo Qi'ra, pero realmente lo decía en voz alta para su confort—. Mantengan la vista al frente, como si no tuviéramos nada que esconder.

Estaban cerca de llegar al estacionamiento cuando una alarma sonó. Asustó a todos a su alrededor y ellos tres se quedaron congelados de inmediato.

—No, no, sigan avanzando —ordenó Qi'ra—. Finjan que todo está bien.

Así que siguieron caminando.

La alarma seguía sonando con fuerza y cerca de ellos, demasiado cerca. Era obvio que salía de la Central de Paz y Seguridad. Sin duda el aviso del oficial había salido a tiempo y, justo como Han temía, alguien había subido a investigar y encontrado a los imperiales inconscientes.

CorSec y los imperiales tardarían un poco más en alistarse, interrogar a los testigos y descubrir a quién buscaban. Aun así, no tenían mucho tiempo que perder. El Imperio tenía más recursos de los que Qi'ra pudiera imaginar.

Recursos. Habían salido con vida de CorSec con un prisionero imperial gracias a los recursos de la Ingeniera. Todo era mucho más fácil cuando se tenía dinero, conexiones e influencias.

Algún día, de alguna manera, Qi'ra tendría todo eso.

Pero tendría que hacerlo mejor. Estaba exhausta y tan hambrienta como nunca en su vida, pero no debió haber usado dos dosis del gas en el wookiee. No debió haber dejado que ese uniforme la molestara. Si tan sólo hubiera salido de ahí sin decir nada, la alarma no estaría sonando en ese momento.

Pero más importante aún, debió de haber pensado en un plan B en caso de que no encontrara un mapa en el *lobby*. Desde ese momento nunca más volvería a pensar que la gente seguiría protocolos y normas porque sí. Había sido bueno que Han estuviera a su

lado, que improvisara como sólo él sabía. Sin duda hacían un gran equipo. Qi'ra pensaba en todo y cuando se encontraban con obstáculos inesperados, Han improvisaba.

Entraron al oscuro estacionamiento y encontraron su speeder. La camilla no estaba a la misma altura que el vehículo, por lo que tuvieron que cargar al wookiee unos cuantos centímetros para poder rodarlo hacia el asiento trasero.

Los tres se subieron al asiento delantero, Qi'ra se acomodó entre Han y Tsuulo mientras salían del estacionamiento y se dirigían a la carretera. Le dio gusto tener una excusa para volver a ponerse los *goggles*. Hacían que se sintiera segura, invisible.

Pero era una sensación engañosa, sabía que debía tener cuidado de no relajarse. El wookiee era demasiado grande para el speeder y sus pies colgaban por el costado. Era sólo cuestión de tiempo para que alguien los viera.

Lo último que debían hacer era llegar al punto de encuentro que les había dado la Ingeniera. Según Tsuulo, el punto estaba en la propiedad de algún ricachón en las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos del puerto para no interferir con el tráfico espacial. Además, nadie se preocuparía al ver un pequeño speeder aterrizando en una propiedad tan grande. Cosas así sucedían todos los días.

—No volteen —dijo Han—, pero creo que hay un speeder policiaco unos cuantos metros detrás de nosotros.

«Maldición», pensó Qi'ra, forzándose a no voltear, pero ella y Tsuulo intercambiaron miradas alarmadas.

—De acuerdo —continuó Han—. Voy a dar una vuelta. Miren hacia atrás como si estuvieran viendo la ciudad y díganme si es speeder policiaco o no.

Ella hizo exactamente lo que pidió e inclinó la cabeza hacia atrás para ver los speeders que los seguían.

El latido de su corazón se intensificó.

Tenía razón: unos metros detrás de ellos había un speeder policiaco con estabilizadores para mejor maniobrabilidad y una torreta con cañón.

—Es un speeder policiaco, estoy segura —anunció Qi'ra—. Tiene una torreta con cañón.

Tsuulo dijo algo sobre stormtroopers.

—Sí, al menos no son ellos —dijo Han—. Están mucho mejor entrenados que los oficiales de CorSec.

Qi'ra miró hacia atrás y vio que el speeder se acercaba.

—Creo que nos está siguiendo.

Han reaccionó de inmediato y dio una brusca vuelta hacia otra carretera.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Qi'ra.

—No sé… improvisar, supongo. Alguna vez logré escapar de CorSec. Claro, iba corriendo y estábamos en las alcantarillas, pero algo es algo.

—Uh, Han. El speeder dio vuelta en el mismo lugar que nosotros. Definitivamente nos está siguiendo.

Tsuulo señaló una intersección cercana y dijo algo sobre «hogar» o tal vez «casa».

—Aún no, Tsuulo —dijo Han—. Tenemos que salir del centro de la ciudad, dar unas cuantas vueltas y después podemos ir hacia las afueras.

—El speeder no se está acercando —señaló Qi'ra—. ¿Por qué no se acerca más?

—Ese oficial no quiere atraparnos —explicó Han—. Su trabajo es mantenernos en la mira y comunicar nuestra ubicación para que los demás nos puedan encontrar. Cuando suficientes speeders sean despachados, entonces nos rodearán. Tal vez hasta envíen speeders acuáticos para que nos persigan desde los canales.

—Santas lunas —suspiró Qi'ra. No tenía idea de cómo saldrían de esa.

—Por eso tenemos que salir del centro de la ciudad. Agárrense bien, voy a hacer algo muy tonto.

—Santas lunas —repitió Qi'ra. Ella y Tsuulo se aferraron a la barra contra volcaduras como si se tratara de sus vidas.

Se estaban acercando al infame distrito de entretenimiento. Holoanuncios baratos prometían placeres innombrables. Las luces rojas, azules y moradas iluminaban su piel, aun bajo la luz del día. Un proyector portátil anunciaba afuera de una cantina el concierto de un artista desconocido. Al menos Qi'ra nunca había escuchado de él.

—Va a funcionar, va a funcionar, va a funcionar —murmuró Han.

—¡Vas a chocar con ese letrero! —gritó Qi'ra.

—¡Ya sé! —respondió.

Han activó el propulsor de reversa izquierdo y el speeder coleó hacia el letrero. Se escuchó el crujido del metal cuando la parte trasera del speeder golpeó el letrero, y de inmediato Han aceleró.

Todos los que iban detrás tuvieron que disminuir la velocidad para no chocar con el letrero, incluyendo el speeder policiaco.

—Hiciste eso a propósito —dijo Qi'ra.

—¡Sabía que funcionaría! —gritó Han. Su sonrisa era tan grande que parecía cubrir el planeta entero. Han amaba pilotar y se le notaba en cada centímetro de su rostro. Su lugar era detrás de un volante.

Han dio una vuelta cerrada y después otra.

Manejaron por la ciudad hasta que dejaron atrás no sólo el distrito de entretenimiento sino también el mercado de pescados. En ese momento Han dirigió el speeder hacia el vecindario en el que estaban las casas de las personas más ricas y poderosas de Coronet.

—¿Crees que los hayamos perdido? —preguntó Qi'ra.

—Sólo por el momento. Cuando los stormtroopers descubran qué prisionero nos llevamos, seguro se darán cuenta de que trabajamos con la Ingeniera y entonces… estaremos perdidos.

Tsuulo le preguntó algo a Han.

—Ni siquiera pienses en eso ahora, si eso pasa estaremos particularmente perdidos.

—¿Si pasa qué? —preguntó Qi'ra.

—Tiene miedo de que la Ingeniera no cumpla su palabra. De que no haya una nave esperándonos.

—¡Tiene que estar! —protestó, Qi’ra—. ¡Tenemos a su wookiee! —Se asomó hacia atrás para ver al tripulante, que seguía inconsciente, pero se había movido un poco. La cabeza y el brazo derecho estaban tendidos en el espacio de los pies. Se veía incómodo, pero Qi’ra deseaba que estuviera bien.

Aceleraron por una colonia habitacional en la que edificios departamentales se alzaban hacia el cielo como si fueran bloques colocados por niños. Afuera de un edificio había niños jugando descalzos con una cuerda. En otro había ropa colgada. Qi’ra se dio cuenta de que esa área no era muy diferente del deshuesadero. La gente hacía lo que podía con lo que tenía y lo llamaba hogar.

En poco tiempo, los edificios residenciales dieron paso a pequeñas fábricas grises y después a un turbio río.

—Caseta de pago —anunció Qi’ra.

—Todas las casetas están equipadas con tecnología de reconocimiento —anunció Han—. Entre eso y el pago que piden se aseguran de que mugrosos como nosotros no molestemos a la gente elegante que vive del otro lado del río.

—Así que en cuanto crucemos sabrán en dónde estamos.

—Síp.

—¿Tienes alguna otra idea?

—Nop.

Tsuulo no dejaba de hablar y de agitar sus brazos.

—¿Tienes una idea, Tsuulo? —preguntó Qi’ra.

—Tiene una idea fantástica. Dice que en cuanto crucemos deberíamos ir muy, muy rápido.

Qi’ra se dejó caer en el asiento. Estaba segura de que iban a morir.

Se detuvieron en la caseta de pago para insertar su último crédito. Cuando la barrera se movió, salieron disparados por el puente hacia la zona residencial más lujosa de Coronet.

En esa parte del planeta no había ni rastro de los apretados y sucios edificios, las torres de humo y el pavimento que para ellos eran lo único que conocían. Ahora manejaban en calles rodeadas de árboles frente a elegantes jardines. Qi’ra nunca había visto tantos árboles en un solo lugar. Tal vez eran importados. Todas las casas contaban con enormes y pintorescas fuentes, paredes de cristal y puertos de aterrizaje.

Tsuulo le indicó a Han que debían dar vuelta.

—¡Ya no estamos lejos! —gritó Han.

Un chirrido hizo que se le pusieran los pelos de punta a Qi’ra. Sintió cómo su piel se enrojecía y después alzó la mirada. Una nave pequeña descendía sobre ellos.

—Han, ¡tenemos compañía!

Se atrevió a mirar atrás y después golpeó el tablero del speeder.

—¡Esa es una patrulla imperial! No puedo dejarla atrás.

—Nos está apuntando con dos cañones —anunció Qi’ra.

Tsuulo gritó algo y Han estuvo de acuerdo.

—Bien pensado, amigo. Muy bien, sujétense.

Han se desvió del camino y empezó a manejar sobre los jardines, fue directamente hacia un área llena de árboles. Los disparos no se hicieron esperar y algunos pedazos de madera salieron volando por todas partes.

—Ya casi llegamos —gritó Han.

Entonces, algo gruñó y Qi'ra quedó inmóvil. Era el wookiee y estaba sacudiéndose en el asiento trasero, a punto de despertar.

Han sacudía el speeder de un lado a otro, haciendo que el cuello de Qi'ra rebotara, mientras trataba de evitar el fuego enemigo. Un ensordecedor *¡PING! ¡CRUNCH!* sonó alrededor de ellos, el speeder se sacudió y después empezaron a dar vueltas hasta que Han pudo retomar el control y dirigirlos nuevamente hacia los árboles.

—Nos dieron —dijo Qi'ra tratando de ver el daño. El wookiee gruñó, aunque no se había lastimado. Pero el speeder sí había sido golpeado, sobre todo en la defensa derecha, donde una tubería estaba goteando un líquido parecido al jarabe—. Creo que estamos perdiendo combustible.

Llegaron a los árboles. Han se movía entre los troncos como si lo hubiera hecho toda su vida y no sólo por unos cuantos días. Los cañones de la nave se apagaron, pero Qi'ra sabía que el silencio era sólo temporal, en cuanto regresaran a un espacio abierto volverían a atacarlos.

Tsuulo señaló una estructura al frente. Los árboles dieron paso a una pequeña cabaña al lado de una alberca, estaba abierta en ambos costados y Han se dirigió justo hacia ella.

De nuevo los disparos explotaron a su alrededor, Han los llevó hacia la cabaña y salieron tan rápido como entraron. La nave que los perseguía descendió casi sobre ellos.

Han se dirigió a la alberca en donde flotaron sobre el agua y la salpicaron hacia atrás, directamente sobre sus perseguidores.

La patrulla tuvo que disminuir la velocidad para no chocar y Han de nuevo aceleró a máxima velocidad hacia otra área arbolada.

—¡Ya casi llegamos!

Otra propiedad apareció frente a ellos, aún más grande que la anterior, estaba adornada con un lago artificial, colinas y una rampa que los llevaba a un puerto de aterrizaje en el techo de la casa.

Tsuulo señaló emocionado. Habían llegado.

Pero no había ninguna nave a la vista.

Algo pesado tocó el hombro de Qi'ra, que no pudo evitar brincar de su asiento y cuando Tsuulo se dio cuenta de lo que estaba pasando dejó escapar un chillido. Era el wookiee: había despertado.

—¡Apúrate, Han! —gritó ella.

—¡No veo ninguna nave! —respondió él—. ¿Ustedes ven una nave? Se supone que nos estaría esperando en ese puerto.

—Sólo veo la patrulla que nos sigue que, por cierto, se está acercando —dijo Qi'ra.

—¿Debería aterrizar ahí? —preguntó Han—. ¿Aunque no veamos la nave?

Qi'ra no sabía qué hacer. Patrullas policiacas, uniformes falsos, naves espaciales y casas lujosas no formaban parte de su campo de experiencia. Tal vez Han podría ganar un poco más de tiempo pilotando hasta que pudiera pensar en un nuevo plan… Oh, al diablo.

—Han, no tengo nada. ¿Qué dicen tus instintos?

Entonces, él sonrió, esa sonrisa engreída y burlona que comenzaba a gustar a Qi'ra.

—Deberíamos intentarlo. ¡Me siento con suerte! —dijo Han y se dirigió hacia la rampa que los llevaría al techo de la mansión.

La patrulla estaba de nuevo sobre ellos. Han aceleró por la rampa y llegó al techo. La vista desde ahí era hermosa. Bajo cualquier otra circunstancia, Qi'ra se habría tomado un minuto para disfrutarla. Pero no ese día.

—¡Ayúdenme con esta gigantesca cosa peluda! —se bajó gritando.

Han y Tsuulo se bajaron del speeder y tomaron al wookiee, que empezaba a moverse.

—¡Cuidado, se está despertando! —gritó Han.

La patrulla se acercó a ellos, pero detrás de ella, apenas del tamaño de una estrella en el horizonte, estaba otro vehículo.

—Creo que veo la nave —dijo Qi'ra. Entre los tres lograron tomar al wookiee y bajarlo del speeder—. Por aquí —ordenó—. Detrás del speeder, aquí podemos cubrirnos hasta que llegue nuestro transporte. —Y más valía que fuera pronto, la patrulla no se tardaría nada en ajustar su posición y colocarse frente a ellos.

Entonces, un olor punzante llegó a su nariz. Había gases químicos a su alrededor. Salían del charco de combustible que su speeder estaba regando.

Qi'ra se dio cuenta de que había cometido un terrible error.

—¡Aléjense! —gritó—. ¡Aléjense! Aléjense del speeder, puede explotar.

Los tres corrieron para alejarse del speeder y arrastraron al wookiee lo más rápido que pudieron. Qi'ra no sabía qué tipo de disparos tenían en la patrulla, pero un disparo láser podría hacerlos volar.

Se alejaron hasta la orilla del puerto, pero no tenían dónde esconderse y ningún lugar adónde ir.

La patrulla se detuvo frente a ellos. Una rampa descendió y varios stormtroopers salieron corriendo con blásters desenfundados.

Tsuulo rezó más rápido y fuerte de lo que Qi'ra hubiera escuchado antes.

La segunda nave, la que debía ser de la Ingeniera, descendió del cielo y dio un giro de ciento ochenta grados para mostrar la parte trasera y bajar su rampa a unos cuantos centímetros de los jóvenes y el wookiee. Los disparos no se hicieron esperar, pero la nave absorbió todos, los estaba protegiendo. Debía de tener un escudo deflector, pensó Qi'ra. Un muy buen escudo deflector.

De la rampa descendió un hombre de cabello negro y ojos entrecerrados.

—¡Rápido! —gritó.

No tuvo que decirlo dos veces. Los tres cargaron al wookiee y corrieron hacia la rampa y después por el espacio de carga. Cuando entraron, la rampa se cerró.

El hombre los ayudó a bajar al wookiee en uno de los asientos y le colocó un cinturón de seguridad.

—Abróchense los cinturones —les ordenó—. Nos vamos con todo.

Qi'ra no sabía qué era «todo», pero se abrochó el cinturón tan rápido como pudo.

La nave era pequeña, construida para apenas ocho pasajeros. Menos, incluso, si uno de ellos era un wookiee. Frente a ellos había una cabina con dos asientos para pilotos y un enorme parabrisas. Los stormtroopers siguieron disparando y la patrulla se mantenía fija sobre la plataforma. Sus cañones le disparaban sin tregua a la nave que había llegado.

El speeder verde en el que habían llegado reflejaba la luz del día y los disparos mientras sangraba combustible sobre el puerto. El pecho de Qi'ra empezó a doler con una sensación desconocida: era como si tuviera sentimientos por el speeder que estaban abandonado, como si se sintiera triste.

Un disparo golpeó al speeder, lo movió un par de metros y después estalló en una enorme bola de fuego. Las ventanas fueron consumidas por las llamas.

Tsuulo dejó escapar un extraño ruido que hizo que se le pusieran los pelos de punta a Qi'ra. Su hocico tembló y después volteó la cabeza: se negaba a ver cómo explotaba el speeder de su hermano.

Entonces los motores de la nave arrancaron tan rápido y fuerte que el cuerpo de Qi'ra se presionó contra el asiento y el cinturón contra su estómago. No podía moverse.

Las casas se hacían cada vez más pequeñas debajo de ellos, pero el mundo se extendía para que pudieran ver la ciudad de Coronet completa. Desde sus islas industriales y aguas turbias hasta el océano que la rodeaba. Entonces el planeta entero, Corellia, empezó a describir una curva en el horizonte, hasta que se convirtió en una esfera cubierta de nubes oxidadas y, poco después, en un punto blanco en medio de un enorme y oscuro vacío.



Ver cómo el speeder de Reezo se hacía pedazos fue como un golpe directo al estómago de Han, pero en cuanto la nave salió de la atmósfera del planeta, el arrepentimiento dio paso a un imponente asombro.

Han estaba en el espacio. Eso era difícil de creer.

Siempre pensó que sería oscuro y negro. En lugar de eso era reluciente como el día y podía ver todo, desde el casco de la nave hasta el rostro de Qi'ra, y también la luna más cercana de Corellia, radiante, con todo y sus perfectos detalles.

El planeta se volvió lejano, convirtiéndose en un pequeño punto brillante. A diferencia del planeta, el sol Corell no se veía pequeño desde ahí, sólo más blanco. Quizá más reluciente.

Al parecer, el espacio era enorme. Un hombre tendría demasiado espacio allá afuera.

La nave dio una vuelta, dirigiéndose hacia el borde del sistema solar. Han miró al piloto más de cerca, vio cómo sus manos parecían bailar sobre los controles… ¡había tantos! Aparentemente, pilotar una nave era completamente distinto a pilotar un speeder. Ahí tenías que pensar en tres dimensiones. Aunque la nave tuviera gravedad artificial, afuera, en la negrura del espacio, no había nada que te dijera dónde estaba el «arriba» y dónde el «abajo».

El sensor de proximidad sonó.

—¿Qué fue eso? —preguntó Qi'ra.

—Los imperiales nos están pisando los talones —contestó el piloto—. Nos siguen desde Corellia.

La nave vibró debido a un impacto.

—¡Nos están disparando! —exclamó Tsuulo.

—Preparando el salto al hiperespacio —dijo el copiloto.

El corazón de Han parecía un tambor dentro de su pecho. Finalmente vería el hiperespacio.

Un segundo impacto se sintió en el cuello de Han; lo habría aventado al otro lado de la nave de no ser por el cinturón de su asiento.

—En tres —dijo el piloto—, dos, uno. —Jaló hacia él una palanca.

Han sintió una sacudida en su estómago, como si acabara de caerse. Sintió una pequeña explosión en sus oídos y de pronto las estrellas se estiraron, convirtiéndose en resplandecientes líneas de luz.

Apenas y podía respirar. Era como si estuviera viajando a través de un túnel de luz, y era lo más hermoso que había visto en su vida.

Se acabó en cuestión de segundos. La nave volvió al espacio verdadero y aunque los compensadores hicieron la transición de una manera tan suave como el brandy corelliano, él sintió el cambio en cada hueso.

El piloto volteó para ver a sus pasajeros.

—¿Todos bien por allá?

En realidad, Han se sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—Te ves un poco verde, amigo. ¿Es tu primera vez en el hiperespacio?

Han asintió, no estaba muy seguro de querer abrir la boca.

—Te acostumbrarás —aseguró el piloto.

El wookiee gruñó algo que sonaba como «mojado», pero que tal vez significaba «agua».

—No pensamos que volveríamos a verte, Roo —le dijo el piloto al wookiee—. Me da gusto tenerte de vuelta, aunque no tenga idea de lo que estás diciendo.

—Creo que tiene sed —contestó Han a pesar de sus náuseas. Volteó y encontró que el wookiee asentía con mucha energía.

—Ya casi llegamos —dijo el piloto.

—Es probable que la sed sea un efecto secundario de aquel gas —susurró Qi'ra—. Al menos ya no nos está atacando. —Entrecerró los ojos—. ¿Qué estás mirando?

Han la estaba mirando a ella, que tenía el cabello café a la altura de la barbilla y unos ojos que parecían cambiar de color según su estado de ánimo.

—Sólo pensaba que… ¡estamos vivos! Es que… de verdad pensé que ya todo había acabado allá atrás —contestó Han.

—Aún no nos libramos de esto —indicó Tsuulo.

—Probablemente la Ingeniera nos matará en cuanto tenga el datacubo.

Han los miró.

—Estoy rodeado de pesimistas.

—Oigan, ¿no es ese el sol? —señaló Qi'ra—. Pensé que la velocidad de la luz nos alejaría de Corellia.

—Fue sólo una finta —explicó el piloto—. Para perder a nuestros perseguidores. Nos dirigimos a ese grupo de asteroides. La nave de la Ingeniera está escondida ahí.

—¿Eso se puede? —preguntó Han—. ¿Salir del hiperespacio cerca del lugar en el que entraste?

—Bueno —dijo el piloto, sonriendo—, no todos pueden hacerlo. Y, a decir verdad, no estamos tan cerca; viajamos a través de todo el sistema. Recorrimos una distancia que habría tomado días en un viaje normal.

—Así que tú eres un buen piloto —aclaró Han.

—Amigo, soy de los mejores.

El wookiee aulló.

—No tan bueno como Kirroo —agregó el piloto rápidamente—. Roo quizá es el mejor piloto que he conocido. La Ingeniera va a estar muy feliz de tenerlo de vuelta.

Visto desde lejos, el grupo de asteroides parecía un montón de piedritas blancuzcas y grises que flotaban en el espacio, pero mientras se acercaban, Han tuvo que corregir su valoración. Los asteroides eran enormes y fácilmente podían esconder una nave. Si hubiera podido reagruparlos, habría terminado con una pequeña luna.

La nave giró cerca de uno de ellos, tan cerca que Han pudo ver su superficie porosa, que además tenía varios cráteres debido a algunos impactos. Había sido el asteroide más grande y relativamente redondo, la nave hizo un ligero ruido al recuperarse de la ligera fuerza gravitacional del objeto espacial. Los otros asteroides que estaban alrededor no tenían una forma regular; uno, incluso, tenía picos, como si le hubieran arrancado un pedazo.

—Tsuulo, ya habías estado en el espacio antes, ¿verdad? —preguntó Qi'ra.

El rodiano asintió.

—Aunque era muy joven cuando dejamos Coruscant, aún recuerdo todo de ese viaje.

Han tradujo y Qi'ra agregó algo más.

—Sí, no olvidaré esto mientras viva.

—Que no será mucho tiempo más —agregó Tsuulo alegre.

La nave rodeó el asteroide cuando otro vehículo apareció ante ellos. Han y Qi'ra ahogaron un grito.

Era una embarcación pulcra y resplandeciente con líneas curvas y un casco reflector, totalmente distinto a las naves corellianas descuidadas y con formas irregulares que habían visto toda su vida. Se podía ver distintas cubiertas de observación brillando con luz artificial. Unas luces rojas resplandecían en los bordes de unas unidades azules. Han se dio cuenta de que las luces rojas sólo estaban ahí por una cuestión estética. Como las holollamas de Reezo.

—Es… hermoso —suspiró Qi'ra.

—Es el *Red Nimbus*, un AC-Setenta-Cinco-P modelo yate —dijo el piloto—. Un crucero de lujo construido en Nubia.

Han había escuchado acerca de los yates, unas naves con todas las amenidades posibles, utilizados por los ciudadanos más ricos de la galaxia. Nunca soñó siquiera en poder fijar su mirada en uno de esos, mucho menos en abordarlo.

Aunque al mirar al *Red Nimbus*, a través de la ventana de observación, no podía dejar de pensar que aquello no era para él. Aquellas luces rojas, el casco reluciente, el nombre rebuscado… todo hablaba de la forma y no de la función. Su amiga B, la androide del garaje, lo habría odiado. Han incluso habría preferido un crucero corelliano destartalado y construido a partir de refacciones de todo tipo, por encima de un lujoso yate.

Sin embargo, Qi'ra obviamente no compartía esa opinión. Ella miraba boquiabierta el enorme yate. Su corazón estaba en sus ojos.

El piloto fue directamente a uno de los costados del yate en un pequeño acoplamiento que sobresalía. Las manos del piloto y el copiloto volaban por toda la consola, haciendo

ajustes mientras la nave desaceleraba, giraba y entraba al puerto. Estaba hecho justo a la medida, como si un identichip entrara a la perfección en una ranura.

La nave descendió y el sonido metálico y vacío resonó en el pecho de Han. Las abrazaderas de acoplamiento se ajustaron.

—Ya pueden desabrocharse los cinturones —dijo el piloto.

La parte trasera de la nave se abrió y una rampa descendió y golpeó el suelo con un gran estruendo. La luz los deslumbró.

El wookiee se levantó de su asiento y bajó la rampa más rápido de lo que Han pudo pensar. Algunas personas con uniformes blancos los esperaban en una pequeña bahía de carga. El wookiee se acercó a ellos y les dio un enorme abrazo. A un joven en particular lo levantó del suelo y sonrió inmensamente feliz, dándole palmaditas al wookiee en su peluda espalda.

—¡Qué gusto verte, Roo! —exclamó el joven.

Han, Tsuulo y Qi'ra siguieron al wookiee más despacio, con el piloto pisándoles los talones.

—Es el personal de servicio —explicó el piloto, y su expresión se entristeció—. Perdimos a dos de los nuestros, los mataron los Kaldana durante la subasta. Así que estamos muy contentos de tener a nuestro amigo de vuelta.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Han. La bahía de carga tenía pequeños elevadores de transportes que llevaban suministros. El elevador subió al segundo piso, donde había una cabina de cristal, perfecta para supervisar la bahía de carga y, Han lo apostaría, lo suficientemente sellada para que la bahía pudiera ser vaciada en un abrir y cerrar de ojos.

—Tengo que darle un chequeo de mantenimiento a mi vehículo —dijo el piloto—. Los procedimientos estándar después de haber estado en combate. Allá está el asistente personal de la Ingeniera. Él los llevará con ella.

—Gracias —respondió Qi'ra alargando el brazo para estrecharle la mano—. Por sacarnos de Corellia. Salvaste nuestras vidas.

—Sí, gracias, amigo —agregó Han—. Te debemos una.

El asistente personal era un hombre que se estaba quedando calvo, con un vientre redondo que se desparramaba de sus pantalones.

—Por aquí —dijo—. Mi ama está ansiosa de conocerlos.

Lo siguieron por el elevador, a través de la cabina de cristal, y pasaron una cocina ajetreada con tres chefs. Algo olía delicioso, caliente, con mucha carne y delicadamente especiado. El estómago de Han respondió con un gruñido.

—Tengo mucha hambre —susurró Tsuulo—. Siento como si mi estómago se comiera a sí mismo.

Han conocía esa sensación.

Después de la cocina, atravesaron un pasillo con una alfombra roja y elegante, que además tenía luces rojas en el suelo. Algunas pinturas colgaban de la pared en intervalos constantes. Quizás eran obras muy valiosas, que costaban millones de créditos. Si era así, qué desperdicio.

El pasillo terminaba en una pequeña escalera, que los llevaba a una elegante cubierta de observación. Una de las paredes estaba completamente ocupada por un bar muy bien servido. A lado había muebles para descansar: un diván, un largo sillón, algunas sillas que se reclinaban; todos acomodados para disfrutar de la gloriosa vista.

Porque la pared opuesta era un mirador, a través del cual se podía ver el corazón del espacio repleto de estrellas. Una pared completa hecha de cristal, perfecta para ver el espacio.

Han no podía imaginarse lo costoso que era aquello, o por qué era necesario. De cualquier manera, si esa nave fuera suya pasaría todo el tiempo en la cabina de mando. El único mirador que necesitaría sería aquel.

Parada frente al enorme mirador estaba una mujer alta y delgada. Les daba la espalda y portaba un brillante vestido plateado con la espalda descubierta, mostrando su suave piel oscura. Su densa cabellera negra le daba medio metro extra de estatura; en la parte superior de su cabeza llevaba atado un pañuelo plateado, cuyo extremo colgaba a través de su largo cuello. En la mano izquierda sostenía una copa de vino.

—Tienes un plan para esta parte, ¿verdad? —le susurró Han a Qi'ra.

Qi'ra negó con la cabeza y susurró un «no».

—Querida Fuerza, por favor, ayúdanos —susurró Tsuulo—. No permitas que esta mujer nos mate.

La mujer en cuestión volteó y los miró. Después de un momento, sus labios dibujaron una sonrisa, la más ensayada y delicada que Han había visto jamás.

Era extraordinariamente hermosa, tenía unos labios voluptuosos, una mandíbula pronunciada y unos grandes ojos color café que se levantaban ligeramente en las esquinas. Una pizca de maquillaje blanco dibujó en sus mejillas unas pequeñas lágrimas que contrastaban con su piel morena. Lo único que delataba el hecho de que no era humana era su nariz, que parecía estar pegada a su rostro, y como los orificios nasales apenas eran unas hendiduras, casi parecía grindalid.

—Bienvenidos a bordo del *Red Nimbus* —dijo con una voz entrecortada.

—Mmm, gracias —contestó Han. «¿Mmm, gracias?». ¿Eso era lo único que podía decir? ¿Qué había pasado con el chico que sabía improvisar?

—¿Tú eres la Ingeniera? —preguntó Qi'ra.

—Lo soy.

—En ese caso, gracias por la extracción —dijo Qi'ra—. Y por traernos a tu nave. El *Red Nimbus* es hermoso.

La Ingeniera movió la mano con indiferencia.

—Era lo menos que podía hacer por los jóvenes sinvergüenzas que mantuvieron mi datacubo lejos de manos enemigas. Y eso sin mencionar que me devolvieron a mi wookiee. Estoy muy satisfecha de tenerlo de vuelta; es mi activo más valioso.

«Satisfecha. Activo». Esas palabras no le sonaban bien a Han.

—¿Cómo podemos llamarte? —preguntó Tsuulo de súbito.

Han estaba a punto de traducir cuando Qi'ra lo detuvo de golpe.

—Me llamo Qi’ra. Ellos son mis amigos, Han y Tsuulo. Tsuulo acaba de preguntar por tu nombre.

Qi’ra era más buena en huttés de lo que pensaba.

—Me temo que eso no podré decirlo. Por ahora llámenme Jenra. Es un título nobiliario de mi planeta natal. Supongo que servirá como nombre.

Qi’ra le regaló una sonrisa tan cuidadosa y ensayada como la de Jenra.

—Es un placer conocerte, ingeniera Jenra.

Jenra miró a Qi’ra durante un momento, ladeando la cabeza, como si evaluara a la chica. Después le dio un sorbo a su vino y se acercó a ellos. Su vestido plateado sonaba cuando rozaba sus tobillos.

—¿Tienen mi cubo? —preguntó, extendiendo la mano.

Han miró a Qi’ra y a Tsuulo, quienes le asintieron. Así que metió la mano en el bolsillo de su chaleco, lo tomó y lo puso en la cálida palma de la mujer.

Ella miró de cerca, sus ojos escrutaban el objeto, después sus dedos se cerraron alrededor de él, mientras su pecho se infló y se desinfló con un profundo respiro.

—Gracias —dijo—. Ahora disculpen mi falta de delicadeza, pero todos ustedes lucen terrible. Como si hubieran estado escapando durante días sin siquiera dormir.

—Estoy seguro de que olemos peor —rezongó Han.

Una vez más aquella sonrisa cuidadosa.

—Ni siquiera iba a mencionarlo. De cualquier manera, los invito a disfrutar de la hospitalidad de mi yate. Puedo ofrecerles habitaciones cómodas para dormir, comida y bebida. —Las hendiduras de su nariz se abrieron—. Incluso les ofrezco un baño. Y mi personal puede lavar su ropa.

Qi’ra suspiró, probablemente sonó más fuerte de lo que hubiera querido.

—Eso suena increíble.

—Voy a revisar el cubo para determinar que no esté dañado —dijo Jenra, y la preocupación debió haberse notado en el rostro de Han, porque ella alzó la mano con tranquilidad—. Hicieron lo mejor que pudieron, lo sé, pero el cubo ha pasado por mucho, y necesito que la información esté intacta antes de que hagamos un plan. Mientras tanto, mi asistente los llevará a que se den un baño y puedan cambiarse, posteriormente a sus habitaciones para que duerman. Después de que descansen, y si les interesa, les daré un recorrido por el yate.

—¡Oh, claro que me interesa! —exclamó Han antes de que pudiera detenerse—. En realidad, me encantaría… —Todos lo miraban, así que decidió reformular lo que estaba diciendo y continuó con más calma—. Me gustaría conocer la cabina de mando, por favor.

—Eso puede arreglarse —dijo Jenra y esta vez su sonrisa era indulgente—. Coman, descansen y conozcan. Después hablamos.



CAPÍTULO 17

Qi'ra estaba tan cansada que no sabía ni cómo quitarse la ropa y meterse a la regadera. El chorro limpiador golpeó su piel con la temperatura y la presión indicadas. El calor penetró sus músculos, relajando sus hombros y haciendo que sus piernas se sintieran suaves como gelatina. Muy pronto, el chorro se apagó y fue reemplazado por secadores que se llevaban la humedad. Después, una ligera neblina de aceite nutritivo cubrió su piel y cabello; estaba encantada de descubrir que no estaba pegajosa: se sentía suave. Fresca.

Al salir de la regadera se dio cuenta de que su ropa con manchas de alcantarilla e incluso sus botas, ya no estaban, en su lugar había una sencilla túnica blanca, que se puso metiendo primero la cabeza; le cubría debajo de la rodilla, dejando sus pies y tobillos expuestos. Qi'ra le dio unas palmaditas a la puerta corrediza y salió del cuarto de baño.

El asistente de la Ingeniera la esperaba afuera, junto con Han y Tsuulo, quienes también estaban frescos y limpios y llevaban túnicas. Nunca había visto los pies de un rodiano antes; los dedos de los pies de Tsuulo eran muy parecidos a los de sus manos: largos, verdes y en las puntas parecían tener estructuras para succionar. Qi'ra se obligó a no mirar.

Han hacía muecas. Se veía rígido e incómodo en esa túnica.

—Olemos a rosas —dijo, como si fuera lo peor de la galaxia.

—Es mejor que oler a aguas residuales —respondió Qi'ra.

El asistente de Jenra los llevó a un pequeño cuarto con cuatro camas, dos literas en cada pared.

Tsuulo pidió de inmediato una de las de arriba. Han se acostó en la que estaba debajo de él y Qi'ra en la que quedaba frente a ellos. Las blancas sábanas eran suaves y casi sedosas, la almohada era tan esponjosa como una nube. En cuanto Qi'ra se sumergió en uno de los colchones, este se adaptó a su silueta, vibrando suavemente con una frecuencia que la relajaba, brindándole la dosis perfecta de un delicioso calor.

Ella intentó mantener los ojos abiertos. Necesitaba pensar. No estaban seguros, no todavía. Quizás ella podría convencer a la Ingeniera de…

El sueño le robó los pensamientos.



Despertó porque alguien le movía el hombro. Qi'ra abrió los ojos y descubrió a Han inclinado hacia ella, su rostro quemado, color rojo brillante, estaba muy cerca de ella. Tsuulo estaba detrás de él, mirando por encima de su hombro.

—Qi'ra —dijo Han—, los chefs de Jenra hicieron comida para nosotros. ¿Quieres venir? ¿O prefieres dormir?

La comida era lo único que podría sacarla de la cama en ese momento. Sólo pensarlo la hacía sentir como si hubiera un doloroso vacío en donde su estómago debía estar.

—¿Cuánto tiempo dormimos? —preguntó, tallándose los ojos y sentándose.

—No estoy seguro.

Tsuulo abrió el crono de su datapad y murmuró algo.

—Dice que dormimos diez horas —tradujo Han.

—Creo que lo necesitábamos. —Qi'ra se levantó y se dio cuenta de que Han y Tsuulo usaban su antigua ropa, aún gastada y decolorada, pero limpia y con buen olor—. Mmm, vamos a salir para darte un poco de privacidad —dijo Han—. Tú ropa está doblada por allá. —Y señaló al pie de la cama.

Un momento después estaba sola en el cuarto. Se quitó la túnica blanca y se puso sus mallas, su falda, el top rojo y la chamarra beige. El color de la falda se había arruinado. La tela seguía siendo resistente, funcional, pero el negro puro y profundo de su juventud ya no existía: había sido reemplazado por rayas blancas y grises y un dobladillo desteñido. Alguien la había remendado, y no se veía muy bien. Todo lo demás se veía decente. El top había quedado particularmente bien; aquello que lo hubiera lavado había logrado arrancarle casi todas las manchas sin quitarle su color original. Quizá le habían aplicado un poco de colorante. De cualquier manera, Qi'ra se sentía agradecida.

Los otros dos la esperaban afuera.

—Te tomó mucho tiempo —soltó Han.

Qi'ra lo miró. Han era impulsivo y poco sensible, pero nunca era grosero a propósito.

Y pareció darse cuenta, porque de pronto se veía avergonzado.

—Lo siento —susurró, tocándose el cabello—. Sólo es que estoy tan hambriento que podría comerme un screerat crudo.

—Qué asco —contestó Qi'ra, aunque se sentía igual.

Ella esperaba ir directo a la cocina, pero, en lugar de eso, el asistente de Jenra los llevó a la sala de observación. La Ingeniera se hallaba recostada en el diván, sus tobillos estaban elegantemente doblados mientras saboreaba una copa de vino, pero Qi'ra ni se fijó en eso, debido a que el aire olía a mantequilla de pastelitos, pays de carne, vegetales hervidos y sidra de frutas; así como una docena de cosas que no podía identificar porque nunca, en su corta vida, había olido tantos tipos de comida.

Su boca se llenó de saliva y miró a los alrededores tal vez con un poco de desesperación. Ahí. En el bar. Los platillos estaban dispuestos en la barra metálica.

—Sírvanse —dijo Jenra, haciendo un gesto con la mano.

Todos corrieron hacia donde estaba la comida. Han tomó un pay de carne entero y comenzó a darle grandes mordidas.

—Ejtáh mhuuuy calienteeh —indicó Han pero siguió comiendo.

Tsuulo tomó un delicado tenedor y picó un largo objeto con forma de tubo. Estaba cubierto con alguna especie de salsa y temblaba en su tenedor, así que sorbió y después comenzó a hablarles alegremente a sus amigos.

—Asqueroso —dijo Han—. Tsuulo dice que se llaman dreebees. Es un tipo de babosa. Un manjar rodiano.

En cualquier otra circunstancia, Qi'ra lo habría encontrado repulsivo, pero estaba entretenida poniéndole mantequilla a un panecito suave y calientito. Lo puso en su boca y dejó que el sabor invadiera su lengua. Casi podía llorar de la emoción.

Después de comer el panecito, tomó la jarra de helada sidra de fruta y la llevó a sus labios. Casi se tomó la mitad del vaso sin siquiera respirar.

—No sé si sepan —dijo la Ingeniera con voz divertida—, pero le pedí a mi personal que sacara la vajilla elegante y algunos cubiertos para ustedes, pero esto también funciona.

Los tres se detuvieron a medio bocado para verse entre sí. «Parecemos niños de alcantarilla desesperados, que nunca han tenido una comida decente en sus vidas», pensó Qi'ra. Pero después dejó de importarle y tomó un huevo escalfado bañado en una salsa cremosa.

Unas cuantas mordidas después, Qi'ra comenzó a sentirse mal. No estaba acostumbrada a la comida de ricos. O a la comida, en realidad.

Dejó el pedazo de pastel que estaba comiendo y comenzó a limpiarse la boca con la parte trasera de la mano. Después de pensarlo un poco mejor, tomó una servilleta de tela y se limpió con delicadeza.

Qi'ra dobló la servilleta y la dejó sobre la mesa. Cuando alzó la mirada, se encontró con la Ingeniera mirándola.

—Si ya terminaste de comer —dijo—, ven conmigo. —Señaló la silla que estaba a un lado de ella.

Qi'ra obedeció. Han y Tsuulo hicieron una pausa para verla caminar hacia Jenra y sentarse a su lado.

—Creo que voy a enfermarme —dijo Han a nadie en particular.

Tsuulo asintió con entusiasmo y después sorbió otra babosa dreebee.

Ugh. Qi'ra definitivamente había comido mucho y muy rápido. No se sentía muy bien.

—Entonces —dijo, mirando con toda su atención a la Ingeniera para no pensar en comida, específicamente en los dreebees—, ¿revisaron el datacubo?

Jenra le dio un sorbo a su copa de vino y contestó.

—Hubo una pequeña degradación, pero fui capaz de recuperarlo. Encontramos un extraño residuo en su interior… Durante el transcurso de sus aventuras, ¿el cubo se sumergió en algún tipo de líquido?

No tenía sentido negarlo.

—Nadamos a través de un sistema de cisternas subterráneas mientras los Gusanos Blancos nos perseguían.

—Mi técnico indica que es probable que los líquidos se parecieran más a enzimas digestivas.

Qi'ra sonrió e hizo su mejor esfuerzo por no ver a Tsuulo o a Han, aun cuando Tsuulo sorbió otra babosa.

—El agua de las alcantarillas tiene muchos contaminantes —indicó.

—Suena a que tuvieron unos días muy interesantes.

—Si por interesantes quieres decir aterradores.

—Cuéntame.

Qi'ra decidió mantener la boca cerrada. Estaba muy acostumbrada a guardar secretos. Contarle a la Ingeniera todo aquello por lo que habían pasado iba en contra de un hábito de años. Pero no podía pensar en una buena razón por la cual debiera ocultarle algo. Qi'ra miró a Han y a Tsuulo, quienes seguían mordisqueando comida en el bar. Han se encogió de hombros, como si le dijera «Adelante, cuéntale».

Así que Qi'ra comenzó contándole el principio de la historia, la misión de Lady Próxima, el momento en el que el representante de Kaldana se puso violento cuando los Droides Gotra ganaron la puja, la huida a través de las alcantarillas con Han y después, la aventura con Han y Tsuulo.

Han limpió su boca con la manga y se sumó a la conversación para agregar datos importantes de su punto de vista: la reunión en la Fundidora, el ataque de los Kaldana, su propio escape.

Qi'ra retomó la historia cuando respiraron para descansar después de tanto hablar, y prefirió seguir con cautela: era cuidadosa, no quería describir todo con tanto detalle. Tsuulo explicó la parte en la que le robó a su hermano, Reezo, su speeder, al tiempo que Han traducía y Qi'ra concluía la historia con la carrera falsa a través de las calles de Corellia y aquella conversación que tuvieron con un droide severamente dañado llamado Tool.

—Después tuvimos que escapar de la Fundidora —dijo Qi'ra.

—Y ahí fue donde esto sucedió —señaló Han su rostro quemado.

—Y donde tus stormtroopers mascotas nos dieron tu holoproyector —dijo Qi'ra.

Tsuulo terminó de comer las babosas y se unió a ellos, tomando asiento en el lugar opuesto a Qi'ra.

—Tú eres el chico con el datapad —dijo Jenra—. A quien le di las coordenadas.

Tsuulo asintió.

—No lo habríamos logrado sin Tsuulo —aceptó Qi'ra.

—Creo que ellos no lo habrían logrado sin ti —dijo Jenra, inclinándose y mirando a Qi'ra atentamente.

La atención la puso incómoda.

—Eso creo.

—Cuéntenme cómo recuperaron a mi wookiee.

—Eso fue fácil —dijo Qi'ra—, teníamos recursos gracias a ti.

—De cualquier manera, entraron y salieron con él. ¿Cómo?

—Sólo tuvimos que aguantar un poco. Bueno, Qi'ra tuvo que hacerlo. Es buena en eso —contestó Han.

La Ingeniera se recargó en el diván y les dio un leve golpeteo a sus labios, contemplando al trío. En esta ocasión llevaba un vestido rojo, sus hombreras se elevaban formando picos por encima de su cabeza. Sus zapatos parecían estar hechos de cristal, con un tacón de cuña que le daba más altura. Qi'ra no podía imaginarse vistiéndose así. Nunca se sabe cuándo tendrás que correr por tu vida, y mucho menos cuándo tendrás que atravesar una puerta.

—Todos ustedes han demostrado ser sorprendentemente ingeniosos —aceptó—. Especialmente tú, Qi'ra.

Qi'ra entrecerró los ojos. La situación le pareció sospechosa al instante: Han los había salvado más de una vez con su intuición; Tsuulo, con sus habilidades mecánicas. Ella no se merecía los halagos más que ninguno de los otros.

—Tenía a gente buena conmigo —insistió Qi'ra—. Formamos un gran equipo. —Y realmente creía en lo que decía.

—Supongo que estás en lo cierto —contestó Jenra.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Han—. ¿Cómo escapaste del Imperio?

—Bueno, tomó años de cuidadosa preparación —dijo—. De preparar activos. De mantener la cabeza baja y los oídos atentos. Pasé dos décadas enviando dinero a una cuenta imposible de rastrear en un planeta del Borde Exterior. Pequeñas cantidades, para no llamar la atención.

Tsuulo soltó una pregunta.

—Quiere saber cuántos años tienes —dijo Han.

Jenra sonrió.

—Los suficientes como para ser su abuela. Mi especie es longeva comparada con los humanos. Ya era una mujer mayor cuando adquirí mi nave y mi wookiee.

Han miró a lo lejos con el ceño fruncido. Algo en esa última oración lo había molestado, aunque Qi'ra no sabía exactamente qué había sido.

—¿Cómo terminaste con este increíble yate? Me imagino que el Imperio paga bien —preguntó Qi'ra.

—Vaya que el Imperio paga muy bien… pero no *tan* bien.

—Entonces… —Qi'ra se detuvo. Alguna vez escuchó que la gente rica considera de mal gusto hablar de dinero. Lo cual era totalmente impráctico, pues era lo que todo el mundo necesitaba más. ¿Por qué no lo discutirían?

—Tuve que ponerme creativa —dijo Jenra.

Qi'ra no tenía idea de a qué se refería, pero Han se le adelantó.

—Te refieres a vender secretos imperiales, ¿por ejemplo?

—Por ejemplo —sonrió Jenra.

Así que había estado haciendo ese tipo de cosas por un rato.

—Pero no hay vuelta atrás esta vez —observó Qi’ra—. Esta vez estás abandonando al Imperio, tomando esta oportunidad.

—Sí.

Los ojos de Han estaban bien abiertos, sus labios ligeramente abiertos.

—Puedes ir a cualquier lugar —suspiró—. Con una nave como esta. —Observó los millones de estrellas—. Y la galaxia en la punta de los dedos.

Jenra le dio un trago al vino.

—¿Te gustaría tener tu nave algún día?

Han le dirigió una mirada de disgusto.

—¿Cómo alguien como yo podría tener su nave?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca sabes.

—Bueno, tengo un speeder —contestó Han, casi de manera desafiante—. Le he estado haciendo ajustes, no es una nave, pero… será increíble.

Jenra asintió, como si estuviera de acuerdo con él.

—Creo que no hay nada de malo en las pequeñas ambiciones.

Qi’ra no pudo evitar defender a Han.

—Han es un piloto increíble. Y un mecánico muy decente. Aprende rápido y sabe muchos idiomas. Me lo puedo imaginar pilotando por la galaxia con su nave algún día.

Han se le quedó mirando. Ella le devolvió la mirada. Había una pregunta en sus ojos, pero ella no podía saber exactamente cuál era y eso la incomodó.

—Jenra, apuesto a que has recorrido la galaxia de extremo a extremo. Apuesto a que lo has visto todo —soltó Qi’ra.

Jenra meció sus largas piernas en la orilla del diván y se sentó derecha. Puso su copa de vino vacía en un lado de la mesa y colocó sus manos en el regazo. Tenía las uñas cortas, las puntas de sus dedos estaban callosas y sus antebrazos desnudos eran musculosos. Jenra era verdaderamente elegante y rica, pero también había trabajado duro. Probablemente había trabajado durante décadas.

—Sí, he visto mucho. Mi trabajo con el Imperio me llevó a muchos lugares, a muchos planetas a investigar tecnología y a encontrar la manera de usarla. Por cierto, ese es mi título. Ingeniera de aplicaciones superior. Por ejemplo, cuando descubrimos un hongo tóxico en Drashima III, mi personal investigó cómo podíamos destilarlo para convertirlo en un gas anestésico, después designé un vehículo de entrega para transformarlo en un arma.

—¿Como esas bombas de gas que nos diste? —preguntó Qi’ra.

—Sí. Uno de mis diseños.

—¿Has estado en Coruscant? —preguntó Han entusiasta—. Tsuulo nació ahí.

—Muchas veces.

Tsuulo se enderezó en su asiento y sus ojos negros se abrieron mientras le preguntaba algo a Jenra.

—Quiere saber si has visto un Jet-I —dijo Han y después miró a Tsuulo—. ¿Qué es un Jet-I?

—Jedi —lo corrigió Jenra—. He conocido a varios. Pero ahora todos están muertos.

Tsuulo se desplomó en su asiento.

—Eh —dijo Han, mirando al rodiano—. Quienes sea que hayan sido, espero que hayan dado una buena pelea.

—No exactamente —contestó Jenra.

Sólo había una cosa que Qi'ra quería saber.

—¿Cuánto costará? —preguntó con delicadeza y timidez.

—¿A qué te refieres, querida? —inquirió Jenra.

—Sentirse segura. Sobrevivir. Librarse de una vez por todas de la gente que te persigue.

Jenra se inclinó hacia adelante.

—¿Te sientes segura, Qi'ra?

—Nunca.

—Ahí tienes tu respuesta. Intentaré vender los planos una vez más y una vez que el negocio avance, desapareceré en algún lugar del Borde Exterior que ni siquiera el Imperio conozca. He estado planeando esto durante mucho tiempo, y tengo la confianza de que las cosas saldrán como lo he previsto. Pero nunca me permitiré sentirme segura.

Qi'ra notó una ligera contradicción.

«Tengo la confianza… Nunca me sentiré segura». Quizás ahí estaba el truco. Sentirse confiada, pero siempre alerta.

Las siguientes preguntas que tenía en la punta de la lengua eran: «¿Por qué eres tan amable con nosotros? ¿Por qué no nos lanzaste por la cámara de descompresión en cuanto tuviste tu cubo de regreso?».

Pero la respuesta le vino de pronto y mantuvo la boca cerrada. Jenra estaba siendo hospitalaria porque aún los necesitaba, pero ¿por qué? Algo relacionado con vender sus planos del generador de escudos.

—Y ¿cómo va eso? —preguntó Qi'ra perspicaz—. Me refiero a vender el datacubo.

—Oh, bien —contestó Jenra—. Tengo la esperanza de que hagamos otra subasta pronto.

La esperanza no es algo definitivo.

—La presencia del Imperio en Corellia ha crecido desde que llegaste —señaló Qi'ra.

Tsuulo hizo un sonido que significaba aprobación.

—Te siguieron hasta aquí de alguna manera. No me sorprendería descubrir que a todos los compradores en potencia les encantaría dispararte —Qi'ra siguió—. O hacer tiempo para darse cuenta de que les beneficia más entregarte al Imperio.

—Apuesto a que tu cabeza tiene un alto precio —señaló Han—. Más dinero del que podría imaginar.

Qi'ra le dirigió una de esas miradas que gritaban «¡Cuidado!».

Han alzó las manos de inmediato.

—¡No es como que vayamos a entregarte! Sólo estamos contentos de salir de esta vivos —aclaró.

Jenra analizó a los tres, como si considerara algo. Después de un momento, siguió.

—Lo admito. Aunque ha habido un considerable interés en que se realice una segunda subasta para el cubo, los compradores se han tardado en acercarse.

Qi'ra pensó en eso y después sonrió.

—Oh, oh —dijo Han. Ante la mirada inquisitiva de Qi'ra, Han se explicó—: Ese es el rostro que pone Qi'ra cuando tiene un plan.

—¿Eh? —Jenra observó a Qi'ra—. ¿Es verdad? ¿Tienes un plan?

Qi'ra no podía dejar de sonreír.



Han tuvo que sacudirse para no dejarse engañar por la sonrisa de Qi'ra. Esa sonrisa hacía cosas extrañas en su cabeza. Por ejemplo, un momento antes lo había hecho creer que algún día podría pilotar una nave.

Lo bueno era que regresaba a sí mismo muy pronto.

—Sé que tienes problemas encontrando compradores que quieran evitar la ira del Imperio sin traicionarte —le decía Qi'ra a la Ingeniera—. Pero conozco a alguien que puede encontrarlos por ti.

—¿A quién? —preguntó Han.

Tsuulo dejó caer su cabeza sobre las manos. Obviamente ya lo había adivinado.

—Lady Próxima.

Han frunció el ceño.

—No otra vez. Qi'ra, ya te lo he dicho, no le importamos, sólo…

Qi'ra alzó la mano para detener sus reclamos.

—Escúchenme. Si nosotros…

—Esperen —dijo Jenra—. La última vez, la oferta de Próxima fue la más baja. Insultantemente baja. ¿Acaso tiene idea de lo que está haciendo?

—No tenía idea de lo que valía tu escudo de energía —confirmó Qi'ra—. Pero conoce a todos en Corellia.

A Han comenzaba a gustarle la idea.

—En cuanto a pandillas se refiere, los Gusanos Blancos no son nada comparados con los grandes sindicatos —agregó—. Pero Qi'ra está en lo correcto. Lady Próxima conoce a todos. Los Gusanos Blancos están muy establecidos en Corellia. Son antiguos ahí. Próxima tiene más influencias que dinero. Tiene contactos.

—Y guardias —añadió Tsuulo.

—Y guardias —confirmó Han—. Tiene un gran ejército de Gusanos Blancos, así que puede hacer que cualquier punto de encuentro sea seguro. No hay posibilidades de que el Sindicato Kaldana llegue e intente abrirse paso disparando para ganar una subasta una vez más.

—Ella puede negociar el trato por ti —dijo Qi'ra—. Puede reunirse con los compradores, arreglar el pago, entregar y mantener todo seguro. Todo bajo las narices del Imperio. Todo por una pequeña comisión, claro está.

Jenra entrecerró los ojos.

—¿Cuánta comisión?

Qi’ra dudó.

Han sabía que si ella escogía un número muy bajo, se arriesgaría a ser insultada una vez más. Pero si escogía un número muy alto, Jenra no se tomaría en serio el negocio.

—La mitad del uno por ciento del precio total de venta.

Jenra levantó una ceja.

—Mmm.

Han hizo las cuentas en la cabeza. Si la Ingeniera recibía otra oferta tan alta como la última, mil millones de créditos, entonces, Lady Próxima y los Gusanos Blancos conseguirían unos increíbles cinco millones. Aquello era más dinero del que Han había visto en su vida.

—Sabes exactamente cuál fue la oferta de Próxima la última vez —dijo Qi’ra—. Así que sabes que es mucho dinero para ella. Pero no es nada para ti. Las dos salen ganando.

—¿Qué hay de ustedes tres? —preguntó Jenra—. ¿Qué ganan?

Han y Qi’ra se miraron y se entendieron. El rostro de Tsuulo seguía sostenido por sus manos.

—Nos vamos a casa —dijo Qi’ra suavemente—. Así de simple.

—No es como que tengamos un lugar al cual ir —dijo Han.

—La gente como nosotros no sobrevive allá sin unirse a alguna pandilla o sindicato —añadió Qi’ra.

Han sabía exactamente lo que Qi’ra quería decir con *la gente como nosotros*. Gente sin familia, sin amigos y sin recursos.

—Próxima sale bien librada —explicó Han—. Y nos deja regresar a los Gusanos Blancos como héroes que salvaron el día y la hicieron rica.

Han suponía que sonaba tan cabizbajo como se sentía. Dos días atrás, habría dado lo que fuera por regresar a los Gusanos Blancos a salvo, volver a su desordenada vida haciendo mandados para Lady Próxima al mismo tiempo que trabajaba en su cacharro de speeder. Pero ahora…

Él miró hacia la ventana. Las estrellas se veían muy distintas desde aquel lado del planeta, donde las nubes, el esmog y la ligera contaminación hacían que una noche estrellada fuera tan extraña como un hermoso día. Siempre supo que la galaxia era un lugar enorme, pero ahora ya lo sabía en todo su ser. Había miles de millones de estrellas allá afuera, quizás más, y ahora quería verlas todas.

—Creo que vale la pena intentarlo —dijo la Ingeniera al fin, y su expresión era arrogante. Han tenía la sensación de que al fin ella había conseguido exactamente lo que quería. Tal vez por eso había sido tan amable; necesitaba a alguien de Corellia para hacerle el trato. Naturalmente, Qi’ra se dio cuenta y tomó ventaja.

—¿Ahora contactamos a Próxima? —preguntó Han.

Jenra se levantó.

—Vengan conmigo. Mi cuarto de comunicaciones en el tercer piso está equipado con un holotransmisor.

Tsuulo finalmente alzó la cara con los ojos resplandecientes de emoción. No quería perder la oportunidad de ver cómo funcionaba un aparato desconocido.

Todos salieron de la sala de observación y siguieron a Jenra por un pequeño pasillo que los condujo a un elevador. Mientras caminaban, Han no podía dejar de notar la manera en la que Qi'ra miraba hacia el frente: su rostro parecía una perfecta máscara con una expresión helada. Eso significaba que algo la molestaba, pero no había manera de que lo dijera.

—Esto fue una buena idea —susurró Han al inclinarse hacia ella.

—Supongo. —Frunció el ceño pensativa—. Quiero decir, gracias.



Les tomó un rato coordinarse con Lady Próxima. Jenra no confiaba en las frecuencias estándar de las transmisiones corellianas, así que tuvo que contactar a la líder de los Gusanos Blancos utilizando a alguno de sus empleados que se encontraba en tierra firme y después arreglar una línea segura de comunicación. Toda la logística le parecía aburrida a Han, pero Qi'Ra y Tsuulo estaban encantados, Qi'ra por la estrategia y Tsuulo por la tecnología.

Finalmente lo lograron y Han, sus amigos y Jenra se encontraban en la sala de comunicación observando un pedestal. Hasta arriba de este se encontraba un círculo delgado y metálico con monedas, de algo parecido al cristal, incrustadas.

—Proyectores —le susurró Tsuulo.

Jenra operaba la consola para encenderla. Una figura zumbó y cobró vida en el pedestal que tenían frente a ellos. Era de color azul, jorobada, con una cara que parecía tener un pico y unos ojos turbios y muy separados entre sí.

Lady Próxima.

—Han. Qi'ra. Tsuulo. Mis queridos niños —cantó suavemente—. Es un alivio verlos sanos y salvos. —El holotransmisor mostraba sólo tres cuartas partes del tamaño de la líder de los Gusanos Blancos, pero Han no podía dejar de sentir las ganas de alejarse de ella—. Y tú debes de ser la Ingeniera de la que tanto he escuchado.

Jenra inclinó su cabeza asintiendo, pero no dijo nada más.

—Es un gusto verla, mi señora —contestó Qi'ra con suavidad, pero sus manos estaban rígidas frente a ella.

—Moloch y sus ratas, Rebolt y sus sabuesos, han estado buscándolos por toda Ciudad Coronet, intentando que regresen con bien a casa —dijo Próxima—. Todos están tan preocupados.

—Claro, nosotros también hemos estado preocupados —dijo Han irónicamente—. Preocupados porque íbamos a morir.

Qi'ra le dirigió una mirada de precaución.

—Bueno, no voy a negar que hay mucho de lo que me hubiera gustado discutir con ustedes —aceptó Próxima—. En lo que respecta al absoluto fracaso de la misión. Quizás nuestro entusiasmo por rescatarlos fue malinterpretado.

Ni en sueños, pero esa vez Han mantuvo la boca cerrada y dejó que Qi'ra guiara la conversación.

—Hablando de nuestra misión —dijo ella—. Le pedimos a la Ingeniera que te contactara para poder completarla.

Lady Próxima parpadeó y los dedos de su mano izquierda temblaron.

—Quieren completar su misión —contestó sin emoción alguna.

—Sí, mi señora.

Rápido, Qi'ra trazó el plan. Han admiraba la manera en la que lo hizo, agregando muchos halagos acerca de las conexiones y las influencias de Próxima, dejando encima de la mesa la idea y después alejándose lo suficiente para que Próxima se ofreciera por su cuenta, y pensara que había sido por voluntad propia. El estilo de Han era más directo y a la cara, del mismo modo que un puñetazo acierta a la nariz. Él nunca podría hacer las cosas como Qi'ra.

—Si traes a compradores serios y aseguras su discreción, la Ingeniera te dará una comisión —concluyó Qi'ra.

Los ojos de Lady Próxima se abrieron como platos. Ahora sus dedos temblaban seriamente.

—Y ¿qué tan cuantiosa es esa comisión?

—Basada en la oferta de la última vez, será diez veces más la cantidad presentada por los Gusanos Blancos —indicó Qi'ra.

Los ojos de Próxima se entrecerraron y se echó hacia atrás. El ligero chasquido que hizo se escuchó a través del holoproyector como un poco de estática.

—¿Cuál es ese porcentaje?

—La mitad del uno por ciento del precio de venta.

Lady Próxima retrocedió como si hubiera sido físicamente golpeada por el tamaño de las otras ofertas.

Tsuulo jaló la manga de Qi'ra y susurró algo en su oído; Han sólo escuchó las palabras «hogar», «Gusanos Blancos» y «matar». Han estaba listo para traducir, pero Qi'ra debió haber entendido todo porque enseguida habló.

—Tsuulo me acaba de recordar algo: tu comisión depende de que nos recibas de nuevo en los Gusanos Blancos. Deberás acordar que no habrá repercusiones por… mmm, el tiempo que nos llevó completar nuestra misión.

Lady Próxima pareció considerarlo, pero Han sabía que el trato estaba hecho.

—Así que ¿es todo? ¿Yo consigo compradores y los dejo volver a los Gusanos Blancos?

—¡Y tendrás que duplicarnos nuestras raciones de alimento! —escupió Han—. Y no sólo a nosotros, a todas las ratas de alcantarilla. Con el dinero que estás a punto de conseguir, puedes costearlo fácilmente.

—Sí, lo que dijo Han —confirmó Qi’ra con tranquilidad, aunque le dirigió a él una mirada y el intento de una sonrisa.

—Y usted, señora Ingeniera —dijo Próxima—. ¿Usted negoció con mis niños y aceptó esos términos?

—Lo hice —contestó Jenra—. Son unos niños excepcionales. Debería estar orgullosa.

—Dejémoslo en seis décimos del uno por ciento.

—Cinco y medio décimos.

—Trato.

Lady Próxima abrió su boca con forma de pico en lo que parecía una sonrisa.

—Tendré que ponerme a trabajar ahora mismo. La contactaré en esta frecuencia en exactamente un día corelliano. Y, Qi’ra, querida…, espero que esto funcione. Si no, yo…

—Esperamos escuchar noticias suyas pronto —contestó Jenra.

Presionó un botón y la proyección de Lady Próxima desapareció.

—¿Siempre es tan horrible? —preguntó Jenra.

—Más que horrible —contestó Qi’ra.

—La más horrible de todas —afirmó Han.

—Después de todo, creo que eso salió bien —dijo la Ingeniera—. Esperemos que haga lo necesario.

—Lo hará —confirmó Han—. No hay manera de que deje escapar todo ese dinero.

Qi’ra se limpió las manos en su falda y respiró profundo.

—¿Estabas nerviosa? —preguntó Han.

—Tal vez un poquito.

—Bueno, pues lo hiciste muy bien.

—Gracias a ti también. Y gracias, Tsuulo, por sugerir que hacer nuestro regreso oficial fuera parte del trato.

Tsuulo soltó un sonido feliz, algo acerca de que la Fuerza los acompañaba.

—Creo que tenemos un día que perder —dijo Han—. ¿Podría dar el *tour* por la nave ahora?

Jenra sonrió indulgente.

—Le pediré a mi asistente que te muestre los alrededores.

Han volteó hacia la puerta. Si ese era su ultimo día en una nave de verdad, lo aprovecharía al máximo.

—Espera, Qi’ra —dijo la Ingeniera—. Me gustaría platicar contigo.

Todos se detuvieron.

—Sólo Qi’ra —aclaró Jenra.

Han tuvo un mal presentimiento. Y también Qi’ra, a juzgar por sus ojos entrecerrados y su comportamiento de ratón acorralado.

—Lo que sea que tengas que decirme, puedes hacerlo frente a mis… amigos —dijo Qi’ra.

Jenra se encogió de hombros.

—Muy bien. Podría tener otro asistente. Alguien calificado para ser mi portavoz, que pudiera negociar y recibir invitados en mi nombre en aquellas ocasiones en las que sería mejor no presentarme. Después de todo, soy una fugitiva del Imperio.

Los labios de Qi’ra se abrieron, en señal de sorpresa. Han sintió cómo las paredes del cuarto de comunicación parecían atraparlo de pronto.

—Necesitarás entrenamiento —continuó Jenra con alegría—. Definitivamente algo de preparación. Pero creo que tienes un potencial enorme.

Qi’ra sólo se le quedó mirando. Tsuulo comenzó a comentar sobre lo buena que sería Qi’ra de portavoz.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Jenra.

—Dice que Qi’ra sería perfecta para el trabajo —tradujo Han, y sus palabras sonaban lejanas, como si las dijera alguien más. ¿Por qué de pronto hacía tanto calor ahí? Jaló su chaleco, intentando aflojarlo.

—¿Tú qué piensas, joven Han? —preguntó Jenra.

—Pienso… —Apenas y podía respirar—. Creo que Tsuulo tiene razón. Qi’ra puede hacer cualquier cosa, convertirse en quien quiera. Así es ella.

—Es un gran halago —dijo Jenra y observó a Qi’ra, quien no se había movido y ni siquiera había dicho palabra alguna. Parecía una estatua, o quizá un ave suspendida en el aire—. Me recuerdas a mí, Qi’ra, cuando era más joven. Llena de ideas y ambiciones, pero sin oportunidades. En otra vida, en otro planeta, habrías sido ingeniera como yo.

Qi’ra seguía sin decir nada.

La antena rígida de Tsuulo se cayó. Han recordó que él había deseado ser ingeniero algún día.

Jenra siguió.

—Nunca te faltará alimento. O ropa en buen estado. Conocerás la galaxia. Estoy segura de que la vida a bordo del *Red Nimbus* es mejor que la que te espera en las alcantarillas.

Qi’ra debía aceptar. Sería una tonta si no lo hiciera, ¿verdad?

Finalmente habló.

—¿Qué hay de mis amigos?

Jenra sonrió fríamente, de un modo que Han pensó que en realidad aquello no era una sonrisa.

—No necesito a tres asistentes. Sólo a una.

—Pero… pero ¿qué pasa con…?

—Ay, mi dulce y joven niña, si quieres mejores cosas… y te he estado observando, y sé que las quieres, tienes que hacer sacrificios. Eso significa dejar a tus amigos. Ellos tienen su propio futuro. Sin duda llegarán alto en la jerarquía de la pequeña pandilla de Lady Próxima. Todos tomamos caminos distintos. Este es el que tienes enfrente.

Qi’ra abrió la boca y la cerró.

—Te lo habría ofrecido en privado —dijo Jenra—, pero insististe en que lo hiciera frente a tus… amigos.

Qi'ra miró a Tsuulo y después a Han, como en busca de respuestas. O quizás pidiendo permiso.

Han lo imaginó todo: regresar a los Gusanos Blancos. Descender a las alcantarillas. Hacer ajustes fervientemente en su speeder, que ni siquiera tenía un motor todavía. Hacer los mandados de Próxima un día tras otro. Comer fango de rata.

Todo eso sin Qi'ra. Después de ese día podría no volver a verla.

Se dio la vuelta enojado y se dirigió a la puerta.

—Les daré la privacidad que quieren. Estoy seguro de que tienen mucho que discutir sin mí. Yo buscaré a tu asistente y, finalmente, tomaré ese *tour* —dijo, arrojando las palabras como si fueran armas.



Qi'ra vio cómo Han se marchaba de la sala de observación y sintió un malestar que no tenía nada que ver con ingerir mucha comida deliciosa. Tsuulo dijo algo y salió un momento después.

—Realmente le gustas a ese chico —dijo la Ingeniera.

Qi'ra se encogió de hombros, intentando parecer indiferente.

—Hemos pasado juntos por muchas cosas estos últimos días.

—¿Por eso estás dudando en aceptar mi oferta? No dejes que un chico te detenga, Qi'ra. La galaxia está llena de chicos, incluso más atractivos que Han.

—Lo tendré en mente.

—¿Estás diciendo que necesitas tiempo?

—Sí, exactamente eso estoy diciendo. —Qi'ra quería estar sola, más que cualquier otra cosa en la galaxia. Necesitaba pensar. La oferta de la Ingeniera era lo más increíble que le había pasado, pero había algo que no estaba bien y no sabía qué.

—Bueno, sólo tienes un día. Después de eso me voy.

El *shock* de Qi'ra desapareció, su instinto de supervivencia regresó. Se dio cuenta de que necesitaba decir algo apaciguador.

—Lo entiendo. Y… gracias. Es una oferta muy generosa.

Qi'ra salió, caminó determinada, lejos de la sala de observación y no respiró hasta que las puertas se cerraron tras ella y se encontró en el pasillo.

Todo lo que había querido, y más, se lo estaban ofreciendo en bandeja de plata.

Y se lo había ganado.

Se había ganado esa oportunidad: no una vez, sino una y otra vez.

¿Por qué lo dudaba?

La Ingeniera estaba equivocada en una cosa: no era porque estuviera interesada en un chico. No era así. Pero había algo en Han, algo que había aprendido de él al observarlo los últimos días, y estaba intentando descubrir qué era.

«¿Es sólo un presentimiento?», se preguntó.

No, estaba segura de que era algo más que un presentimiento. Lo único que su estómago le decía en aquel momento era que había comido muchos panes con mantequilla. En esta ocasión era su cabeza intentando decirle algo, pero era como si escuchara a Tsuulo hablar: cuando las palabras y las ideas llegan a toda prisa, no puede entenderlas.

Un droide de protocolo apareció en el pasillo y se detuvo a su lado.

—¿Señorita Qi’ra? ¿La puedo ayudar en algo?

—Mis amigos iban a tomar un *tour,* me gustaría acompañarlos.

—Por supuesto. Por aquí, por favor.

Qi’ra encontró a Tsuulo justo donde se lo imaginó, agachado junto con los ingenieros de la nave, preguntando muchas cosas a la velocidad de la luz. Una de las ingenieras era una rodiana color turquesa, una mujer con cabello de escoba color esmeralda. Tsuulo parecía genuinamente feliz, nunca lo había visto así desde que lo conoció.

Qi’ra no quería molestarlo, así que siguió caminando.

Han estaba en la cabina de la nave, sentado en la silla del copiloto a un lado de Roo, el wookiee. Sólo podía ver la parte trasera de la cabeza de Han porque él veía hacia el espacio como un hombre listo para viajar a todas partes. Quizá estaba tan feliz como Tsuulo.

Después Roo dijo algo y Han volteó. Había una gran tristeza en su rostro. Unos días atrás, quizás no se hubiera dado cuenta, porque era algo muy sutil, pero le faltaba brillo a sus ojos y sus hombros no estaban tan erguidos como de costumbre.

Al igual que Tsuulo, estaba enfrascado en una acalorada discusión. Ella podía entender un poco de huttés, pero definitivamente no entendía ni pizca del shyriiwook. Pero a juzgar por la cantidad de gestos de Han y la actitud de Roo, parecía que Han tampoco sabía muchas palabras, pero aprendía rápido. Él dijo algo y Roo echó la cabeza hacia atrás, riéndose a carcajadas.

Eso era…

Eso era lo que había estado pensando sobre Han. Los últimos días, Han había tratado a todos los que habían conocido como personas. Powlo. Tsuulo. Tool. Roo. Incluso a ella. Especialmente a ella. Sentía que Han podía ver a través de la superficie de las cosas que todos veían y que la reconocía y respetaba.

¿Cómo había descrito la Ingeniera a Roo? Como su «activo más valioso».

Ese era el problema.

Si Qi’ra aceptaba la oferta de la Ingeniera, dejaría de ser una persona. Se convertiría en otro activo de mayor o menor valor. Ella esperaba ser uno de gran valor, pero ¿cuánto más valor puede tener una asistente cuando Jenra estaba a punto de cerrar un negocio por mil millones de créditos? Ninguno. Iba a ser tan reemplazable como una rata que trabajaba en la Fundidora.

Por otro lado, si aceptaba, estaría en un mejor lugar que en el que se encontraba ahora. Podría ahorrar un poco de dinero. Quizás hasta invertir. Tendría oportunidades que nunca lograría siendo Cabeza de los Gusanos Blancos con Lady Próxima, o incluso teniendo su pandilla en Corellia. Pero tampoco le gustaría ser la asistente de Jenra para siempre. Podría hacerlo por un rato, aprender y luego irse por su cuenta.

Su decisión parecía mucho más clara. Si tan sólo su respuesta también lo fuera.

Quizás debía preguntarle a Han, pedirle que la ayudara a decidir. Pero no, se había enojado y había sido grosero y, de cualquier manera, no quería interrumpir su conversación.

Roo señalaba los controles y le enseñaba a Han cómo utilizarlos. Ella había visto a Han pilotar un speeder y sabía que pertenecía a una nave como aquella. No había manera de que le robara aquel instante.

En silencio, se dio la vuelta y se dirigió a su camarote. Cuando los dos chicos regresaron, horas más tarde, fingió estar dormida. Incluso cuando Tsuulo comenzó a roncar, se quedó despierta en la oscuridad, haciendo planes.

Sin importar cuál decisión tomara, cada una tenía diferentes opciones y oportunidades. Las posibilidades daban vueltas en su cabeza, convirtiéndose en líneas azules resplandecientes que se movían en todas direcciones: era maravilloso contemplarlas pero, sin importar cuánto se esforzara, no podía descifrarlas todas.



Han la sacudió con cuidado para despertarla.

—Vamos —dijo—. La Ingeniera nos ha convocado a la sala de observación.

Qi'ra saltó de la cama. Se dirigieron hacia la sala en un silencio inusual, perdidos en sus pensamientos.

Cuando entraron a la sala, el buffet estaba servido justo como el día anterior, con muchas opciones y en grandes cantidades. Ella no tenía hambre y Tsuulo tampoco. Han tomó un pastelito mientras pasaba por el bar, pero tampoco parecía muy ansioso por comerlo.

Jenra los esperaba. Llevaba un vestido azul zafiro en aquella ocasión y su cabello estaba suelto, enmarcando su rostro como un enorme halo oscuro.

—Hablé con Lady Próxima —dijo mientras entraban.

—¿Avanzó la subasta? —preguntó Qi'ra.

—Así es. Estaban en lo cierto con respecto a sus contactos y habilidades para moverse deprisa. Próxima cumplió su palabra. Hubo cuatro compradores esta vez, dos que ya conocen.

—Droides y el Sindicato Kaldana —dijo Han.

—Así es. Gotra mantuvo su oferta inicial. Mil millones de créditos. Pero esta vez Kaldana ofreció *1.1* mil millones.

Han silbó.

Qi'ra calculó rápidamente el porcentaje de Lady Próxima. Seis millones cincuenta mil créditos. La vieja mujer era más rica de lo que su avara imaginación jamás había soñado. Y todo gracias a Qi'ra, Han y Tsuulo.

—Así que el Sindicato Kaldana gana —dijo Qi'ra. Han parecía un poco decepcionado por eso. Todavía estaba sensible con respecto al tema de su amigo droide.

—Pero podrían darle el cubo a los Droides Gotra, de cualquier manera —señaló Han, seguro de lo que estaba diciendo.

—¿Por qué haría eso? —Parpadeó Jenra.

—Por una buena causa. Los Kaldana utilizarán tu tecnología para atemorizar sistemas vecinos. Nadie estará a salvo.

—No me interesan las causas. Los cien millones de créditos extra serán de bastante utilidad.

—¿De verdad hay otros intereses aparte del dinero? —preguntó Qi'ra.

—Claro —contestó Jenra—. Lo que realmente deseo es libertad. Explorar la galaxia o establecerme en algún lugar del Borde Exterior. Quiero crear mis diseños en paz y venderlos a quien yo decida. Pero hay algo más, querida niña: el dinero es libertad.

Tsuulo les dijo algo y Han tradujo:

—Él dice que dárselo a los droides es lo correcto. Es lo que la Fuerza querría.

Aquello no tenía sentido para Qi'ra.

—¿Estás diciendo que la Fuerza es algún tipo de dios?

Tsuulo movió la cabeza, murmurando cosas frustrado.

—No exactamente —dijo Han—. Y, en realidad, cambió de opinión. Leyó que la Fuerza se mueve a través de los seres vivos, así que no sabe si tiene que ver con droides o no. Sólo sabe que darle la tecnología de escudos a Gotra parece ser lo correcto.

Jenra les dio la espalda y contempló las estrellas. Un asteroide se había acomodado de una manera distinta, dejando ver sus bordes. Sólo era un asteroide, una partícula de polvo en la enormidad de la galaxia, aun así hacía parecer pequeño al *Red Nimbus*.

—Y ¿tú qué opinas, Qi'ra? —preguntó.

—Que me parece impráctico tomar una decisión tan grande basada en un presentimiento.

—Estoy de acuerdo —señaló la Ingeniera.

—Pero hay algunas razones prácticas para mantener alejada esa tecnología de las manos de los Kaldana.

—¿Ah, sí?

—Como Han lo ha dicho, si los Kaldana lo obtienen, el sistema de Corellia se convertirá en un lugar imposible para volar. Ya son muy importantes ahí. Con esta tecnología, acabarán con su competencia y comenzarán a esparcirse en otros sistemas. —Qi'ra sintió que el tema la encendía. Era mucho lo que estaba en juego. Más grande que cualquier cosa con la que hubiera lidiado antes. Las consecuencias de ese negocio tenían el potencial de afectar a toda la galaxia. Y ella estaba justo en medio de aquello. Para bien o para mal, había contribuido a que esto sucediera. Al menos ese día, era una de las involucradas más importantes—. ¿Por qué les daríamos recursos para ampliar sus operaciones a toda la galaxia? —Qi'ra continuó—. ¿Realmente quieres desbalancear el poder de esa manera?

—Quizás sí —respondió Jenra—. Mantendría ocupado al Imperio un rato. Lejos de mí.

—No puedo culparte por eso —dijo Qi'ra—. Digo, si yo fuera tú sólo querría sobrevivir.

—Realmente pienso que deberías dárselo a los droides —insistió Han.

—Yo también —dijo Tsuulo y Qi'ra entendió sus palabras, eran tan claras como la luz del día.

Jenra los miró, su vestido color zafiro rozaba con sus tacones. ¿Cuántos vestidos tan increíbles podía tener?

—Tomé la decisión hace horas. La nave de los Kaldana estará aquí en cualquier momento. Lady Próxima me pidió asegurarme de que ustedes tres realicen el intercambio en persona. Después de eso, los Kaldana los llevarán a salvo a Ciudad Coronet.

—Guau —dijo Han—. ¿Los Kaldana vendrán hasta aquí?

—¿Nosotros haremos el intercambio? —preguntó Qi'ra.

Tsuulo también protestó, pero lo único que Qi'ra entendió fue la palabra «matar».

Era un compañero muy útil: a pesar de su difícil comunicación, Tsuulo siempre lograba decir lo que ella pensaba. Y, en ese momento, pensaba que lo único que la Ingeniera quería era deshacerse de ellos, después de todo. Su hospitalidad y amabilidad habían sido una trampa. Incluso, quizá, su oferta de trabajo. Jenra no iba a dejar que se fueran antes, para nada. En ese momento estaba lavándose las manos y dejándolos ir con los Kaldana.

Quizá los Kaldana los dejarían vivir. Pero si no era así, tampoco le quitaría el sueño a Jenra, pues era una traidora de corazón. Al final, nadie le importaba a Jenra más que ella.

¿Y la gente como Qi'ra, Han y Tsuulo? Sólo eran activos, y de un valor muy bajo.

Parecía que la Ingeniera le había leído el pensamiento.

—Qi'ra, mi oferta sigue en la mesa. Sigues teniendo un lugar aquí, en el *Red Nimbus*, si así lo quieres. Los chicos pueden hacer el intercambio.

Así que la oferta de trabajo no había sido una trampa. Todo en Qi'ra quería gritar que aceptaba: así evitaría irse a la nave de los Kaldana, tendría comida, ropa hermosa, algo importante que hacer. Viviría.

Qi'ra abrió la boca para decir que sí, pero la palabra se le atoró en la garganta.

—Creo que sigo pensándolo —dijo, finalmente.

Jenra estaba a punto de decir algo, pero Han señaló hacia la ventana.

—Creo que la nave de los Kaldana ya está aquí.

La nave más fea que Qi'ra había visto jamás apareció frente a ellos. Era enorme. Fácilmente tres veces el tamaño del *Red Nimbus*, con accesorios protuberantes y puntiagudos. Tenía marcas de disparos de bláster a los lados y el motor expulsaba un gas grisáceo y sucio del tubo de escape.

—Esa cosa es una bestia —dijo Han con los ojos bien abiertos—. Parece que pegaron el convertidor de poder con unos cuantos tornillos y un poco de adhesivo. Y su motor está quemando con combustible barato. Una nave de ese tamaño debió haber sido retirada hace mucho tiempo.

Tsuulo gruñó algo, haciendo un gesto de enojo.

—Sí, es una abominación. Nunca había visto un estabilizador de iones que se viera así. ¿Cómo pudieron ofrecer tanto si ni siquiera pueden costear un servicio de mantenimiento decente para su nave y algunas reparaciones?

—Vendieron su nave insignia —contestó Jenra, quien parecía sorprendida—. Para cubrir el costo de la oferta. Y esa es la porquería que tuvieron que comprar para remplazarla.

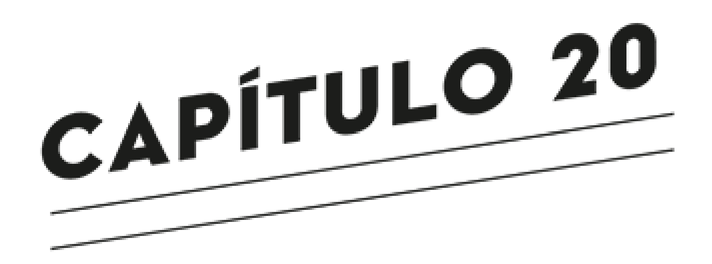
—Oh —suspiró Han—. Realmente quieren esa tecnología de escudos.

—De cualquier manera, tomen sus pertenencias y prepárense para abordar esa cosa —ordenó Jenra—. Nos acoplaremos por la cámara de aire en un momento.

Todos se vieron y se encogieron de hombros. Sólo habían llegado con lo que traían puesto y el datapad de Tsuulo, y eso sería con lo que se irían. Qi'ra miró el bar y todos los platillos que se desperdiciarían. Era una pena que no pudieran llevárselos con ellos.

Han y Tsuulo la miraron y le tomó un momento darse cuenta de por qué: aún no le había dado una respuesta a Jenra.

—Vámonos —dijo bruscamente—. A la cámara de aire.



¿Así que Qi'ra iría con ellos en lugar de quedarse? ¿Por qué renunciaría a todo aquello y regresaría a las alcantarillas con Lady Próxima?

Han no lo entendía, pero mientras caminaban de la sala de observación a la plataforma de pasajeros, temió mencionar algo al respecto, o incluso hablar con ella, en caso de que entrara en razón y cambiara de parecer.

Un sonido vacío se escuchó mientras la cámara de aire golpeaba el casco del *Red Nimbus*. Los imanes se sellaron en su lugar y el aire chilló al tiempo que la presión y la atmósfera se estabilizaban ahí dentro. La trampilla se abrió frente a ellos.

Jenra preparó el datacubo y se lo dio a Qi'ra.

—Dejaré esto bajo tu cuidado.

—¿Tsuulo? —dio un paso adelante y Qi'ra le dio el cubo—. Lo has cuidado hasta ahora. Quizá puedas seguir haciéndolo.

—Gracias —contestó solemne.

—De nada —respondió antes de que Han pudiera traducir.

Eso era todo. La señal que habían estado esperando. Qi'ra se quedaba. Le había dado el cubo a Tsuulo porque no los acompañaría a la nave de los Kaldana.

Él debía sentirse feliz por ella. Saldría de Corellia y vería los rincones más lejanos de la galaxia y tendría la oportunidad de utilizar y desarrollar sus talentos de maneras que él no podría captar por completo. Pero todo eso no le gustaba. No podía decir exactamente por qué, pero sólo tenía un mal presentimiento acerca de la decisión de Qi'ra de tomar ese trabajo.

—Se lo darás y después esperarás a que confirmen el contenido —explicó Jenra, principalmente a Qi'ra, pero de pronto miraba a Tsuulo—. Después de eso, transferirán el dinero, a mí y a Lady Próxima. Una vez que haya recibido el dinero, les transmitiré la clave de encriptación. Después los llevarán a un transporte que los conducirá a Corellia. No sé si el transporte tenga un hiperimpulsor, así que podrá ser un largo viaje, pero finalmente regresarán a su hogar.

—Eso no suena tan complicado —dijo Han.

Tsuulo sostuvo el cubo entre su pulgar y su dedo índice y lo observó. Sostenía más de mil millones de créditos en la mano. Han quería recordar este momento.

El extremo de la puerta chilló, revelando a una joven mujer de los Kaldana vestida de negro. Han se alegró al notar que su bláster permanecía en su funda. Si lograban llegar a

Corellia vivos, adquiriría un bláster a como diera lugar. No era justo que siguiera llegando a peleas que involucraban armas sólo con su encanto y su suerte.

—Última oportunidad, Qi'ra —dijo Jenra.

Todos la miraron. Han sintió el corazón en la garganta.

—Yo… —Qi'ra no podía ocultar la emoción de su rostro. Su ceño estaba fruncido. Sus labios entreabiertos.

Han intentó sentir un poco de empatía, pero no lo logró. Quería gritarle que no se quedara en el *Red Nimbus*. Quería golpear algo.

—Te extrañaré, Qi'ra, amiga mía —dijo Tsuulo con la voz más suave que Han hubiera escuchado en él.

Han no sabía si Qi'ra había entendido, pero ella miró a Tsuulo, después a Han y otra vez a Tsuulo, quien estiró los brazos de pronto, la acercó y la abrazó con fuerza. Qi'ra permaneció rígida en los brazos de Tsuulo durante muy poco tiempo. Después, para sorpresa de Han, Qi'ra abrazó al pequeño rodiano.

Después, con algo de dificultad, volteó hacia la Ingeniera. ¿Acaso Han se imaginó que sus ojos estaban llenos de lágrimas?

—Lo siento —dijo ella—. No dejaría a mis amigos.

Han sintió cómo todo el aire le volvió a los pulmones. Pero Jenra se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa.

—En ese caso, te deseo todo lo mejor. —Se dio la vuelta para irse, dejándolos en la entrada.

Qi'ra dio un paso adelante, lista para ser la primera en pasar.

De pronto, Jenra se dio la vuelta, tomó a Qi'ra por los hombros y la jaló hacia ella para susurrarle algo en el oído.

Los ojos de Qi'ra se entrecerraron.

La Ingeniera se alejó, pero sus miradas permanecieron fijas. Qi'ra asintió, parecía que había entendido algo.

Después, Jenra se adentró en las entrañas de su yate y una voz detrás de ellos sonó.

—Vamos, no tenemos todo el día.

Los tres atravesaron la compuerta.

—Por acá —dijo la mujer Kaldana—. Todos los esperan en la sala de conferencias.

Los interiores de la nave Kaldana eran tan feos como los exteriores. Los pasillos eran pequeños y atestados de cajas con mercancías, herramientas, equipo, incluso algunas camillas para dormir. Las luces parpadearon, lo que indicaba que había un problema con el motor.

Qi'ra observó todo. Como si lo memorizara. Estaba tan concentrada que casi se tropieza con una camilla. O quizás había fingido que se caía, porque hizo que Han y ella quedaran frente a frente.

Han tomó la manga de su chamarra.

—¿Qué te dijo Jenra antes de que entráramos? —preguntó susurrando.

Qi'ra jaló a Tsuulo para que se acercara y habló rápido y en voz baja.

—Necesitamos escapar de esta nave tan pronto como nos sea posible. Una vez que hagamos el intercambio, Jenra cree que debemos huir.

Tsuulo maldijo.

—Ella cree que los Kaldana nos matarán —susurró Han.

—Quizás —dijo Qi’ra—. Me dio una de esas bombas de gas. Está en mi bolsillo.

—Pero esta vez no tenemos respiradores —señaló Han.

—Nop.

—Necesitamos una ruta de escape.

—Oigan, ya fue suficiente —gritó la mujer Kaldana—. ¿Haremos el intercambio o no?

Qi’ra se movió hacia ella.

—Ayúdenme a memorizar la distribución. Denle un vistazo a aquello que pueda ayudar a protegernos. Y a las cápsulas de escape —dijo por lo bajo.

—Recuerdo haber visto los conductos de lanzamiento desde la sala de observación —señaló Han—. Estaba en la popa, cerca del motor.

—Ese es un muy mal lugar para una cápsula de escape —indicó Tsuulo.

—El peor.

—¡Ay! ¡Sé exactamente en dónde está! —gritó Qi’ra tal vez un poco fuerte.

—¿Segura?

—¿Te he fallado?

Mientras avanzaban por el atestado pasillo, Han consideró que encontrar una cápsula de escape sería la parte fácil. El mayor problema, considerando el estado de la nave, sería que tal vez a la cápsula de escape no se le hubiera dado mantenimiento en años. Y quizá no funcionaría en absoluto.

La mujer Kaldana los llevó por un pasillo que se dividía, hacia arriba en un elevador, y después hacia una entrada. La puerta no funcionaba, estaba cubierta con una gruesa cortina de terciopelo rojo llena de manchas y cubierta con alguna sustancia que Han prefería no saber cuál era. La mujer corrió la cortina y los acompañó a entrar.

La «sala de conferencias» era en realidad una pequeña bodega con un techo alto, un elevador para mercancías y un grasoso piso lleno de cintas para asegurar mercancías. Pero en lugar de mercancías, la bodega estaba llena de muebles baratos, unos cuantos sillones raídos, dos butacas, algunas mesas, todo asegurado al suelo con cuerdas. Los matones del Sindicato Kaldana estaban por todos lados, descansando con los pies arriba de los muebles y bebiendo cerveza corelliana. Uno de los grupos estaba jugando algo parecido al sabacc, donde se utilizaba un par de dados.

A Han casi le gustaba todo en esa sala. Un hombre como él podía relajarse en un lugar como ese, subir los pies. Pero si algún día tenía su nave, la mantendría limpia. En excelente forma. Nada de derrames de cerveza ni equipo regado por los pasillos y, definitivamente, nada de poner cortinas donde en realidad iban mamparas. Han cuidaría su nave. La trataría con el debido respeto.

Un hombre se levantó de su asiento. Como el resto, vestía de negro excepto por el triángulo Kaldana de su brazo superior. Su largo cabello negro estaba recogido en una cola, y unas tachuelas de oro brillaban en sus orejas y orificios nasales.

—¿Por qué subirías a *eso* en mi nave? —preguntó mirando a Tsuulo. Todos los demás en la bodega los miraban. Algunas manos sujetaban las fundas de sus blásters.

Instintivamente, Han se acercó a su amigo, y notó que Qi'ra hizo lo mismo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Qi'ra.

—Los alienígenas siempre son un problema —indicó el capitán—. Específicamente los rodianos. Esos pequeños canallas son la escoria de la galaxia. En estos tiempos ya no puedes hacer un negocio honesto sin terminar con un cazarrecompensas rodiano tras tus pasos.

Tsuulo murmuró algo misteriosamente, algo acerca de envenenar las entrañas de los Kaldana y a toda su descendencia durante cientos de generaciones.

—¿Qué? —preguntó el capitán—. ¿Qué dijo?

—Él dijo que deberíamos concentrarnos en lo nuestro —contestó Qi'ra.

Han se percató de que no había visto a un matón de los Kaldana que no fuera humano. Eso explicaba mucho. No era de extrañar por qué los Kaldana habían llegado tan lejos con tal de mantener la tecnología de escudos de Jenra lejos de las manos del Droide Gotra. Ellos odiaban todo y a todos los que no fueran humanos.

—¿Tienes el cubo? —preguntó el capitán.

—¿Tienes lista la transferencia de créditos? —preguntó Qi'ra.

—La tengo.

—Entonces también nosotros. ¿Tsuulo?

Sacó el datacubo de su bolsillo, pero apenas y comenzaba a ofrecérselo al capitán, cuando este dio un paso adelante y se lo arrebató de los dedos.

El capitán se lo dio a uno de sus matones, quien lo conectó en un datapad. Unas líneas holográficas y de texto se reflejaron en el aire de la bodega de carga, iluminando los rostros y los muebles. Incluso los jugadores de sabacc detuvieron su juego y observaron.

—Parece que es original —dijo el matón. El capitán asintió, y el otro retiró el cubo del datapad y lo escondió. La bodega regresó a su penumbra habitual.

—Ahora la transferencia —apresuró Han. Miró a Qi'ra, quien dijo sin pronunciar palabra alguna: «Prepárate».

El matón digitó un código. Le ofreció un datapad al capitán, quien revisó la pantalla y después presionó su huella dactilar en el lector. Algo parpadeó.

—Listo —dijo el matón—. Seis millones cincuenta mil créditos para Próxima y el resto para la Ingeniera.

—Ahora esperemos —dijo el capitán. Cruzó los brazos sobre el pecho y los miró, especialmente a Tsuulo.

Han odiaba esperar, y odiaba los silencios incómodos.

—Tienes una buena nave —dijo.

—Cállate, niño —gritó el capitán.

«Bueno, al diablo», pensó Han, pero dijo:

—En realidad, tu nave es un pedazo de basura. Es, quizá, la nave más fea que he visto. No puedo creer que vuele.

Qi’ra le dio un codazo.

—Han, ¿qué estás haciendo? —susurró.

—Al menos tengo una nave —dijo el capitán—. ¿Qué sabe una rata de alcantarilla como tú acerca de volar?

—Lo suficiente para decirte que poner el convertidor de energía fuera del casco significa que tienes problemas ambientales. ¿Tu tripulación sabe que puede morir cualquier día?

El capitán sonrió. El matón sonrió. Una mujer se levantó del sillón, con la mano en su bláster, y Han estuvo a punto de dar un paso atrás, asustado. Era la mujer de la Fundidora, la que los había traicionado y la misma que atacó a Tool. Ella también sonreía.

El capitán gritó.

—¿Qué tipo de día es este, Kaldana?

Golpearon sus talones y levantaron sus dedos índices en señal de saludo.

—¡Un buen día para morir! —gritaron en coro, sus voces resonaron en la bodega.

Era algo así como el lema del grupo y Han había caído. El sentimiento que tenía era que en cuanto la transferencia terminara, los Kaldana iban a comenzar a disparar. Estaba seguro de eso.

—Entonces —dijo el capitán y puso un pie encima de una de las mesas y descansó su antebrazo en su rodilla—. ¿Tuvieron oportunidad de estudiar los planos?

Han miró cómo sus pulgares señalaban a sí mismo y abrió los ojos lo más grande que pudo.

—¿Nosotros? No, para nada.

—¿Esos son planos? —preguntó Qi’ra—. Pensé que eran unas lindas líneas.

—¿Te refieres a que el cubo no guarda música celestial? —preguntó Tsuulo y Han se alegraba de que nadie, salvo él, entendiera.

—Ya la tenemos —dijo el matón—. Tenemos la clave de encriptación.

Han comenzó a caminar hacia la cortina que cubría la salida, esperando que sus amigos lo siguieran.

—No irán a ningún lado —sentenció el capitán y Han se paralizó—. No hasta que estemos seguros de que funciona.

—Guau —añadió Qi’ra—. Literalmente estoy conteniendo la respiración por el suspenso.

El capitán la miró raro.

—Se toma muy en serio los negocios —aclaró Han, preparándose para contener la respiración. Esperaba que Tsuulo también hubiera entendido el mensaje de Qi’ra.

El matón levantó las manos en señal de victoria.

—¡Funcionó! ¡Lo tenemos!

Todos los ahí reunidos celebraron. Se dieron palmadas en la espalda, las botellas de cerveza se abrieron y un hombre colapsó contra el sillón como si le hubieran quitado el peso de la galaxia de encima.

Qi'ra se aclaró la garganta. Cuando todas las miradas estuvieron sobre ella, aprovechó para hablar.

—Nos gustaría que alguien nos llevara a nuestro transporte ahora.

Su mano derecha estaba en el interior del bolsillo de la chamarra.

Han comenzó a respirar profundo a través de la nariz, preparando sus pulmones para la tortura que estaba por venir.

—Parecen buenos chicos —dijo el capitán—. Siento mucho que tengamos que hacer esto, pero no podemos dejar cabos sueltos. Estoy seguro de que lo entenderán. Vieron nuestros rostros, nuestra nave, los planos.

Han alzó las manos en lo que esperaba que pareciera una señal de rendición.

—No vimos nada. Nunca estuvimos aquí.

El capitán negó con la cabeza. Parecía realmente apesadumbrado.

—Las ratas de alcantarilla como ustedes venden la información muy barata. No podemos arriesgarnos.

Sacó el bláster de la funda y cambió la función de «aturdir» a «matar».

Qi'ra sacó la bomba de gas de la bolsa.

Han contuvo la respiración.

El capitán apuntó a su cabeza.

Qi'ra activó el interruptor y aventó la esfera metálica por los aires.

—Qué demo…

Una distracción de una fracción de segundo fue lo único que necesitaron. Se dieron la vuelta y corrieron hacia la salida cubierta por la cortina.

Los disparos de los blásters resonaron alrededor de ellos, pero todo estaba desordenado y fuera de foco.

—¡Cuidado con el gas! —gritó alguien.

—¡Cúbranse! —gritó otro.

Han alcanzó primero la cortina, la hizo a un lado y ayudó a Tsuulo y a Qi'ra a salir. Un disparo de bláster rozó su cabello mientras se agachaba para salir detrás de ellos.

Escapar mientras contenía la respiración era más difícil de lo que había esperado. Sentía cómo le quemaban los pulmones y había comenzado a ver estrellitas. Su corazón bombeaba tan rápido y fuerte que pensó que podría salirse de su pecho.

Qi'ra dobló la equina y se dobló, jadeando. Tsuulo y Han casi chocan con su espalda. Pasaron un hermoso momento jalando aire.

—¿Creen que funcionó? —preguntó Qi'ra.

—Ya no escucho disparos de bláster —dijo Han.

—Esa bodega de mercancía era más grande que la sala en la que estuvimos la última vez que necesitamos una de esas cosas —añadió Tsuulo—. El gas no tendrá la misma concentración y tal vez no haya afectado a todos.

Han le tradujo a Qi'ra.

—Y puedes apostar que uno o dos de ellos fueron lo suficientemente rápidos para contener la respiración y salir de ahí. Además, no sabemos cuántos más de ellos haya en la nave.

—Encontremos una cápsula de escape —indicó Han.

—Ese es el plan. —Qi'ra se dio la vuelta y corrió por el pasillo—. ¡Síganme!

—¿Sabes a dónde vamos? —preguntó Han, aún sin respiración.

—¡Sí! —gritó Qi'ra por encima de su hombro—. Un plano de la nave estaba pegado en la pared. Lo vi hace rato.

Eso significaba que la nave alguna vez había sido un carguero en toda regla, antes de que alguien lo profanara. Bueno, al menos tenían suerte. Pero esa vez necesitarían más que suerte. Qi'ra había visto el plano y había tenido presente memorizar lo que vio.

Un chispazo de esperanza creció en él. Podrían lograrlo.

Después, la alarma de la nave comenzó a sonar y la luz del pasillo en el que estaban comenzó a parpadear en rojo.

Tsuulo maldijo.

—Tenías razón, Qi'ra —gritó Han—. Alguien logró escapar del gas.

—Aquí está el elevador —exclamó Qi'ra—. Entren, rápido.

Entraron y al mismo tiempo escucharon unos pasos muy cerca. Al menos media docena de piratas Kaldana doblaban una esquina para llegar a ellos.

Levantaron sus blásters.

El elevador se cerró y los disparos golpearon la puerta. Qi'ra presionó «bahía tres» y el elevador subió.

—Eso estuvo cerca —dijo Tsuulo.

—La bahía tres sólo es para mantenimiento —señaló Qi'ra—. Espero que no esté completamente llena.

—Pueden estar esperándonos, así que estén listos —dijo Han.

La puerta del elevador se abrió y dejó ver un pasillo oscuro, iluminado sólo por la luz roja de la alarma. Había basura apilada por todos lados, partes sueltas, muebles viejos, pedazos de armaduras, un carrito de herramientas. Pero no había gente.

Todos salieron del elevador.

—No dejen que se cierre la puerta —le ordenó Qi'ra a Tsuulo y después le habló a Han—: Ayúdame a meter todas estas cosas al elevador. Todo lo que quepa. ¡Apúrate!

Los dos obedecieron. Han hizo lo que se le pidió tan rápido como pudo, levantando y dejando basura en el elevador. Cuando ya no cupo nada más, empujaron el carrito de herramientas a medio camino para bloquear la puerta.

—Listo —dijo Qi'ra, quien lucía engreída—. Incluso si logran hacer que ese elevador funcione, no habrá espacio para que nadie se suba.

—Muy inteligente —dijo Han—. ¡Ahora vámonos! En silencio.

Los ojos de Qi'ra brillaron cuando escuchó el cumplido, pero se apresuró por el pasillo de manera silenciosa, los chicos iban tras ella. Hacían una pausa en cada cruce,

para echar un vistazo a la esquina, asegurándose de que no había nadie para seguir con su camino.

—Tiene que haber otro elevador —susurró Tsuulo.

—Sí, esta nave es muy grande para que sólo tenga un elevador —dijo Han.

—Está a babor —susurró Qi'ra—. Los Kaldana lograrán subir finalmente, así que manténganse alertas.

Qi'ra dobló una esquina y se toparon con una mampara sellada.

—Maravilloso —dijo.

Han intentó acceder al panel, pero nada sucedió.

—¿Ahora qué?

—Muévanse —ordenó Tsuulo. Sacó un cable de su mochila y lo conectó en un extremo de su datapad y el otro a una terminal a un lado del panel de acceso—. ¿Saben qué sería maravilloso en este momento? —dijo Tsuulo, aunque estaba mirando su datapad—. Un enlace scomp. O, mejor aún, un droide astromecánico.

—Apúrate —dijo Qi'ra—. Creo que alguien viene.

El panel de acceso zumbó al encenderse.

Se escucharon unos pasos que se aproximaban. De algún lugar cercano venía el sonido de objetos siendo pateados para pasar.

—¡Por acá! —gritó alguien.

—Tsuulo —susurró Han.

—Sólo debo de creer que puedo hacerlo —susurraba Tsuulo—. Ya casi. Vamos, Fuerza, ayúdame… ¡Listo!

La mampara se abrió.

Los disparos de bláster resonaron a su alrededor. El aire olía a ozono y a tela quemada.

Qi'ra corrió y Tsuulo intentó seguirla, pero se cayó.

—¡Levántate! —gritó Han, jalándolo de la ropa y arrastrándolo por el pasillo. Ambos se cayeron. Qi'ra azotó la mano contra el panel de acceso y la mampara se cerró tras ellos.

—No tiene seguro —dijo—. Tendremos que correr.

—Algo tiene Tsuulo —agregó Han.

El rodiano no se levantaba. Sus piernas estaban separadas en el piso, no podía sostener su cabeza. Pero su mano aún sujetaba el datapad como si fuera la vida misma.

—Vamos, amigo, levántate —insistió Han, jalando el brazo de Tsuulo, pero no se movía.

—Tsuulo, ¡tenemos que irnos! —exclamó Qi'ra.

El rodiano estiró lentamente la mano que le quedaba libre y abrió su chamarra, revelando una herida abierta y supurante en su costado. Un disparo lo había alcanzado, impactando en su espalda y atravesado hasta su estómago. La sangre goteaba en el piso, a su alrededor.

—Ay —dijo Qi'ra—. ¡Ay, no!

El estómago de Han se estremeció. Lo que veía… el olor… Alejó los pensamientos y se acercó a su amigo.

—Bueno, pues te cargaré. Te sacaremos de…

—Detente —susurró Tsuulo y levantó el datapad hacia Han—. Tómalo. Lo necesitarán. Entren a la cápsula de escape.

—¿Qué? ¡No! Te necesitamos para eso. Si me dejas cargarte.

—Sólo tienes que creer que puedes hacerlo —indicó Tsuulo. Su voz sonaba cada vez más débil. Agitó el datapad, el cable aún colgando—. ¡Tómalo!

Han lo tomó.

—Tsuulo…

—Me equivoqué, ¿verdad? —indicó Tsuulo—. Acerca de la Fuerza. Nada era real. Nunca estuvo conmigo. —Su mirada ya no enfocaba, era como si mirara a través de Han en lugar de a él.

Algo golpeó la puerta de la mampara.

—No lo sé. Yo… —Han no sabía si reconfortar a su amigo o correr. Los Kaldana entrarían por esa puerta en cualquier segundo.

De pronto, Qi'ra se sentó al lado de Tsuulo. Tomó ambos lados de su cabeza y lo atrajo hacia ella para que sus frentes se tocaran.

—La Fuerza es real, Tsuulo. Ha estado contigo todo este tiempo. Es la única razón por la que llegamos hasta este punto.

—¿De verdad?

—De verdad. Gracias.

Tsuulo suspiró.

—Qi'ra. Dile a Reezo… dile a mi hermano que lo siento… por el speeder. —La cabeza de Tsuulo ya no se sostuvo más. Su respiración se detuvo.

Un hueco gigante comenzó a abrirse donde el corazón de Han solía estar. Un gran agujero negro que iba a tragárselo a él, a la nave y a la galaxia entera.

Algo golpeó su mano.

—Han, tenemos que irnos. Tsuulo ha muerto.

No, no era simplemente un agujero. Se había equivocado. Era furia. Una furia que lo cegaba. Algo explotó en su pecho, un grito primigenio que resonó en todas partes. Han se apresuró hacia la puerta de la mampara y la azotó con sus puños, sus pies, sus hombros.

—¡Han! ¡Por favor!

Cayó de rodillas, sin estar consciente de que se había lastimado. Sus dedos tenían sangre y pensó que era suya, pero no, era de Tsuulo. Su amigo había muerto.

Algo lo sacó de sí. Quizás era la voz suplicante de Qi'ra. Él tenía otra amiga, alguien que aún necesitaba su ayuda.

Han se levantó.

—Vámonos —dijo bruscamente.

Qi'ra suspiró aliviada.

—Por acá —dijo, atravesando el pasillo. Pasaron algunos armarios de almacenamiento, una pequeña bahía de reparación y, finalmente, dieron la vuelta en un pequeño pasillo cuya única salida era una pequeña puerta.

—Escotilla de escape —dijo Han.

Derraparon para detenerse. La puerta le dio a Han una ligera ventaja. Su forma y su incrustación le recordaba las entradas de las alcantarillas bajo las calles de Corellia.

Qi'ra intentó golpearla para abrirla, pero esta no se movió.

Han miró el datapad de Tsuulo. Había una manera de entrar por esa puerta. Tenía que haberla.

A lo lejos sonó una colisión. Los Kaldana ya habían entrado por la mampara.



CAPÍTULO 21

Qi’ra observaba sin poder hacer nada mientras Han jugaba con el datapad y el cable que Tsuulo le había dado. Si eso no funcionaba, estaban muertos. No había ningún lugar a dónde ir.

Han se agachó y logró conectar el datapad con la terminal de acceso, pero lo hacía lentamente. No, ni siquiera lentamente, estaba paralizado. Había sangre salpicada en la pantalla del datapad y Han la contemplaba, incapaz de hacer cualquier cosa.

—Déjame hacerlo —dijo ella suavemente. Jaló la manga y alargó la mano para limpiar el datapad—. Listo, tal vez así esté mejor. Pero necesitamos apurarnos.

Han pasó saliva.

—De acuerdo.

Han comenzó a digitar rápidamente, pero no tenía idea de si sabía lo que estaba haciendo. «Vamos, Qi’ra, piensa». Tal vez había otra manera de salir de esa nave. Los Kaldana habían acordado que llevarían a Han y a Qi’ra de regreso a Corellia en un transporte. Eso quería decir que había un transporte.

Ella cerró los ojos, recordando el mapa que había visto en la pared. Siempre había sido buena con la memoria visual y claramente podía recordar otra bahía de carga en el nivel uno. Tal vez el transporte estaba ahí.

Aunque también era factible que los Kaldana hubieran mentido acerca del transporte.

Se escucharon unas pisadas que iban a toda velocidad.

—¡Han!

—Creo que puedo descifrarlo —murmuró, sus dedos volaban sobre el datapad.

—Quizá deberíamos correr. Intentar encontrar el transporte.

—No, ya casi…

Alguien gritó:

—Esta cosa alienígena está muerta.

—¡Buen viaje! —dijo otro.

Qi’ra nunca le había deseado la muerte a nadie. Hasta ese momento. Ahora quería matar a cada Kaldana que viera. Con sus manos.

—Creo que se fueron hacia la cápsula de escape —señaló alguien más.

—¡Han!

—Sólo tengo que creer que puedo hacerlo. Sólo tengo que… ¡Listo! —La puerta de la cápsula de escape se deslizó para abrirse.

—¡Lo lograste! —exclamó ella.

—¡Lo logré! —Sus manos temblaban, sus nudillos estaban llenos de moretones y ensangrentados por haber golpeado aquella mampara—. No puedo creer que funcionó.

—Celebremos más tarde. ¡Ahora adentro! —Y lo empujó por la puerta.

Han todavía no había desconectado el cable, el datapad seguía en su mano mientras caía dentro de la cápsula de escape, y se desconectó, dejando el cable del otro lado.

Los Kaldana aparecieron por la esquina. El primero se puso de rodillas y apuntó con su bláster.

Qi’ra se aventó a la cápsula de escape. Sus piernas se enredaron en el cable, se tambaleó hacia adelante. Su sien se golpeó con un lado de la puerta y se derrumbó.

Los disparos del bláster golpearon justo donde su cabeza había estado.

Ella ya no sabía dónde estaba la parte de arriba ni la de abajo. Sólo veía rojo y el lado de su cabeza en el que se golpeó vibraba. Le dolía tanto que apenas podía pensar. Lo único que sabía era que Han estaba dentro de la cápsula y afuera estaban los Kaldana, justo arriba de ellos.

Así era como se sentía morirse. Se acercó débilmente al panel de acceso. Si tan sólo pudiera liberar la cápsula, al menos Han podría irse, pero no podía lograrlo. Tal vez ya se había ido, la había abandonado. Eso habría hecho ella.

Qi’ra estaba sola. Total y completamente sola.

Cerró los ojos, reuniendo fuerza. Lograría levantarse de alguna manera, moriría luchando. Ella…

Unas manos la levantaron. Los disparos de los blásters zumbaban en el aire. Sintió cómo era levantada, arrastrada hacia la puerta. El aire golpeaba su rostro mientras la trampilla se cerraba de golpe.

—No hay tiempo para abrocharse el cinturón —le dijo una voz familiar. Una voz que le gustaba—. Así que mantente en el suelo. Intenta sujetarte de alguna de las sillas. Esto puede doler.

Vagamente, a través de su mirada borrosa, vio cómo un puño golpeaba el botón de lanzamiento.

La nave los expulsó con una fuerza que entumía los huesos. Su cuerpo se deslizó a través del suelo y se golpeó contra la pared. Después comenzaron a dar vueltas y vueltas y vueltas. Su hombro golpeó el techo y sus muslos chocaron con el asiento y entonces ella supo, en medio de sus pensamientos conmocionados, que otro mal golpe realmente significaría su muerte.

Y, de pronto, unos brazos la rodearon, la sostuvieron, la protegieron, y aunque seguía dándose una paliza, los golpes fueron suavizándose, eran tolerables.

La cápsula de escape se estabilizó mientras los reactores de movimiento entraban en acción. En lugar de ser aventados como muñecas de trapo, ahora flotaban a través del espacio, más ligeros que las naves y el viento.

—Esta cápsula no tiene gravedad, así que tendremos que sujetarnos —dijo Han.

«Han», pensó. Regresó por ella.

Unos brazos fuertes utilizaban agarraderas y las orillas de un asiento para sujetarse a algo. Pero él la empujó hacia el asiento, tomó las cuerdas y, con gentileza y paciencia la aseguró.

Él hizo lo mismo, quedándose a un lado de ella. Había sangre en su frente y en su antebrazo. Ella parpadeó, intentando enfocar su visión y calcular el daño.

—¿Qi'ra? ¿Estás bien?

—Estás sangrando.

—Está bien. Te golpeaste tu linda cabeza muy mal allá atrás, ¿verdad? Quizá deberías…

—Creo que voy a desmayarme ahora mismo —murmuró.

Y eso hizo.



Cuando volvió en sí supo de inmediato que no estaba muerta, porque tenía el peor dolor de cabeza de su vida.

—¿Qi'ra? ¡Qi'ra! Santas lunas, qué alivio. —Unas manos tomaron su barbilla y alzaron su cabeza—. ¿Cuántos dedos ves?

—Han, quita tu mano de mi cara.

Él quitó la mano, pero tenía una sonrisa tan grande que prácticamente dividía su tonto rostro.

—Pensé, quiero decir, me preocupó que… —Su sonrisa desapareció—. Después de Tsuulo, no podía perder…

—Volviste por mí. No me dejaste.

Han la miró de una manera muy rara, como si acabara de decir algo tan ridículo como «Los wookiees vuelan».

—Claro que volví por ti —señaló—. Qi'ra, eres mi amiga. Nunca te dejaría.

Sus palabras la destrozaron. Nadie, nunca, había hecho eso por ella. Nunca. Todo el mundo, según las circunstancias, había decidido traicionarla, abandonarla. Pero Han no. Él volvió. Arriesgó su vida.

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo cuando tomó su mano. Sus dedos se entrelazaron y se apretaron.

—Gracias —dijo Qi'ra.

—Yo, sólo… —Su expresión mostró agonía y susurró—. Desearía que Tsuulo… Estuviera aquí, Qi'ra. Y de pronto, ya nunca lo estará.

—Yo también. —Por un instante, cuando estaban en la nave Kaldana, Qi'ra pensó en el momento en el que todo habría acabado y estarían a salvo en Corellia. Ella tendría a dos personas a las que podría considerar como verdaderos amigos. Ahora sólo estaba Han.

—¿Realmente crees en lo que dijiste? —preguntó él.

—¿En qué?

—En lo que le dijiste a Tsuulo. Acerca de que la Fuerza era real.

—No. No lo sé. Sólo me pareció que era lo que tenía que decir.

—Me lo imaginé. Sólo era un montón de tonterías —suspiró.

—Si lo ayudó a tener calma en la muerte, al menos significa algo, ¿no?

—Claro. Supongo.

Qi'ra no lloraría. No lo haría.

—Realmente lo extrañaré —agregó.

—Sí, yo también.

Ante ellos se encontraba una pequeña pantalla de visualización. La cápsula los guiaba por lo ancho de la luna y Corellia ya podía verse. Era hermosa desde ahí, de un perfecto azul con nubes blancas que se arremolinaban a su alrededor. En el hemisferio sur, donde las nubes no estaban tan densas, una ciudad se extendía a lo largo como un insecto plateado con múltiples patas que parecía abrazar el continente.

—¿Es Ciudad Coronet? —preguntó Qi'ra.

—No tengo idea. Tal vez.

—¿Crees que la nave Kaldana nos buscará?

—Tal vez. Tal vez no. Su nave no era muy maniobrable. Tal vez decidan que no vale la pena meterse en problemas por nosotros.

Qi'ra se recargó en su asiento y cerró los ojos. El golpeteo en su cabeza era atroz. Y llevando sólo los propulsores de maniobras cortas, el trayecto a Corellia les tomaría horas. Tal vez hasta un día.

Estaba a punto de saltar cuando Han habló de nuevo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué rechazaste la oferta de Jenra?

—Es difícil de explicar.

—Estaba seguro de que la aceptarías. Digo, eres muy práctica. Ese trabajo te habría dado comida, cosas bonitas y…

—Eres una mala influencia.

—¿Eh?

—La rechacé por ti, ¿de acuerdo? ¿Estás feliz? He pasado mucho tiempo contigo. No me gustaba la manera en la que me veía… la manera en la que miraba a ese wookiee, hablaba de él como si sólo fuera una cosa… Tuve un mal presentimiento. Así que confié en mi intuición, sólo por esta ocasión.

Han echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Cállate —dijo, intentando mirarlo, pero falló—. Oye, creo que puedes saber mucho de alguien por la manera en la que te mira. Lady Próxima, por ejemplo.

Han se calmó.

—Como si fueras un apetitoso trozo de carne.

—Exactamente.

—Y ¿qué hay de mí? —preguntó, sus ojos cafés parecieron más intensos, y mostró esa arrogante sonrisa. Ya no lo odiaba. En realidad, le agradaba. Han tenía el rostro de un verdadero amigo—. ¿Cómo te miro?

Qi'ra parpadeó.

—Como si intentaras con todas tus fuerzas molestarme.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, no puedo negarlo.

Seguían agarrados de la mano y ninguno estaba dispuesto a soltarse. El hecho de que ella quisiera sujetarse a alguien sin querer alejarse, sin la sensación de que estaba dando mucho de sí, la ayudó a tener el valor para decir lo que estaba pensando.

—Han, no quiero ser parte de los Gusanos Blancos. Ya no.

—Yo tampoco —dijo él—. Pero es lo que tenemos. Siempre será mejor que algo… casi… ¿todas las alternativas?

—O que estar en el Silo.

—O eso. Sin embargo, sé a lo que te refieres —agregó Han—. La galaxia es un lugar abierto. Más grande y más asombroso de lo que jamás imaginé. Será difícil regresar allá, donde todo es pequeño, sucio y oscuro. Parece que hay más vida que eso. O al menos que la hay, de algún modo.

Ella le apretó la mano.

—Me gusta estar aquí. Ser parte de negocios de alto riesgo. Haciendo que las cosas sucedan. Fue aterrador, pero fue… divertido.

—Te gusta ser una pieza clave.

—Sí, quizás. Siento que ser una pieza clave es la mejor manera de sobrevivir. Tener dinero. Influencias. Eso es lo que te mantiene volando.

Han movió la cabeza.

—Lo que te mantiene volando es tener a una persona en toda la galaxia con la cual puedas volar. Alguien en quien puedas confiar, alguien que te sostenga. Me refiero a que no habríamos sobrevivido si no nos hubiéramos tenido el uno al otro.

—Y a Tsuulo.

—Claro. —Un músculo en su cuello se movió—. Me gustaría que hubiéramos podido… traer… —Tragó saliva—, su cuerpo. Traerlo de vuelta con su hermano o algo.

Se quedaron en silencio durante un momento, reflexionando. Después, a Qi'ra se le iluminó el rostro. Tenía una idea.

—Han, escapemos.

—¿Eh? ¿Escapar de la cápsula de escape?

—No. A escapar de alguna manera de Lady Próxima y de los Gusanos Blancos. Somos inteligentes. Si volvemos al planeta, pienso que podemos planear algo. Puede llevarnos algo de tiempo, pero…

—Cuenta conmigo. —Han volvió a sonreír—. Cuenta completamente conmigo. Es más, dejemos Corellia por completo. Estoy seguro de que, si mantenemos los ojos abiertos, encontraremos una buena oportunidad…

—¡No, Han! Tienes que dejarme planear esto.

—Claro, claro, cierto.

Ella lo miró con detenimiento, pero sintió cómo una luz se encendía en su interior. Ellos escaparían. Dejarían para siempre a los Gusanos Blancos. De alguna manera.

—Espera —indicó Han, señalando la pantalla de visualización. Sus hombros se desplomaron, faltos de esperanza.

Una monstruosidad metálica comenzó a aparecer, desgarbada y sin acoplamientos. Tenía las heridas de una batalla. Dos grandes torretas en la proa giraron hacia ellos.

—Demonios —dijo Qi'ra, y toda la felicidad que había sentido se evaporó de pronto—. Estos chicos no se rinden.

Bueno, aquello le enseñaría a tener algo de esperanza. Justo cuando creían que lograrían sobrevivir, volvían los Kaldana, listos para exterminarlos.

El rostro de Han parecía desanimado.

—Esta cápsula… sólo tiene propulsores de corto alcance. Creo que puedo hacer algunos ajustes, pero… —La falta de esperanza en su voz llegó directo al corazón de Qi'ra.

—Pero no podemos esquivar torpedos.

—No sin propulsores.

—Así que aquí acaba todo.

—Qi'ra, lo siento. —Seguían agarrados de la mano. Él la miró, intentando memorizar sus facciones.

—No es tu culpa. Sólo es… —Qi'ra estiró la mano que tenía libre y acarició con sus dedos las mejillas de él. Después sonrió.

—¿Qué te parece divertido? —preguntó enojado.

—La quemadura de tu rostro. Finalmente se está pelando.

—Ah. Sí. —Y con su dedo comenzó a rascarla—. Me ha dado comezón. —Después suspiró dramáticamente—. Al menos moriré guapo de nuevo.

—Me tranquiliza muchísimo.

—Qi'ra, me alegra no estar solo ahora mismo.

—Sí, a mí también.

Una luz alumbró la cápsula de escape, llenando el rostro de Han del blanco más puro. Deslumbró a Qi'ra, haciendo que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

En contra de su mejor juicio, volteó hacia la pantalla de visualización, esperando ver cómo un torpedo explotaba contra el casco de la cápsula. Si iba morir ahí, lo haría con los ojos bien abiertos, justo como Tsuulo.

Pero en lugar de la artillería, no vio nada.

La nave Kaldana ya no estaba ahí. Había volado en pedazos.

Tuvo una décima de segundo para identificar todos los escombros resplandecientes que flotaban en el espacio, junto con la gloriosa señal de que estaban vivos. Después los alcanzó una onda de choque ocasionada por la explosión, haciendo que su cabeza se golpeara contra el asiento.

La piel de sus mejillas pareció presionarse contra su cráneo mientras la cápsula de escape volaba de reversa y parecía caer en picada. Apretó los dientes y su columna parecía que estaba a punto de colapsar. Quería pedirle a Han que resistiera, que la cápsula se enderezaría por su cuenta, pero había demasiada presión en su diafragma, lo que volvía imposible respirar.

Las vueltas disminuyeron. Se detuvieron. Toda la presión que tenía en los huesos desapareció y su cuerpo comenzó a sentirse ligero una vez más. Los propulsores se redireccionaron, mandándolos de nuevo hacia Corellia, ya que la cápsula había identificado al planeta como el cuerpo celeste habitable más cercano.

Después de tomar aire un momento, Han por fin habló.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Qi'ra agitó la cabeza.

—No lo sé. Sólo… —Su cabeza palpitaba con fuerza, cada respiración parecía clavársele como una daga en el cuello y el pecho; sin embargo, el dolor se sentía como un regalo. Estaba viva—. Quizás esa porquería estaba peor de lo que imaginamos.

La expresión de Han parecía pensativa.

—Tal vez.

Otra nave apareció. Pulcra y resplandeciente, y una luz roja provenía de su tren de aterrizaje.

—¡Es el *Red Nimbus*! —dijo Qi'ra.

—La Ingeniera destruyó la nave —señaló Han.

—En realidad, creo que destruyó por completo al Sindicato Kaldana. —Tras la pérdida de su nave insignia y más de mil millones de créditos, sólo quedarían restos de la organización pirata.

Han silbó.

—No queda nada de la tecnología de escudos. No queda nada de los Kaldana. Los cielos corellianos están a salvo.

Qi'ra alzó una ceja.

—Los cielos corellianos nunca estarán a salvo —aclaró.

—Buen punto. Aun así… —Han frunció el ceño, pensando—. Murieron muchas personas.

—Mejor ellos que nosotros.

La luz roja del *Nimbus* parpadeó una vez, después dos veces, como si los señalara. O tal vez sólo se despedía. El espacio parecía doblarse en sí mismo por un brevísimo instante y en un parpadeo, el *Nimbus* se había ido. Había desaparecido en el hiperespacio.

—Fue una magnífica puñalada por la espalda —admitió Qi'ra—. Pero no entiendo en qué le beneficia a ella. ¿Por qué lo hizo?

Han se encogió de hombros una vez más.

—Creo que le caíamos bien. Especialmente tú. Así que decidió salvarnos.

—Mmm… Tal vez.

—Creo que eso fue una gran pira funeraria —dijo Han—. Me refiero a Tsuulo. Mejor de lo que le habrían dedicado los Gusanos Blancos.

Ese fue un pensamiento de alguien con un gran corazón.

—Quizás ha regresado a la Fuerza, o lo que sea —señaló Qi'ra.

—Bueno, al menos ahora está con las estrellas.

Qi'ra recargó la cabeza, feliz de sujetar la mano de Han mientras Corellia se volvía más y más grande frente a ellos.



A Han se le había hecho tarde… otra vez. Pero en esa ocasión, Qi’ra estaba con él, y sólo tenían que hacer una parada antes de regresar a la guarida de los Gusanos Blancos.

—Más vale que valga la pena —previno Qi’ra mientras corría a su lado en el túnel de las alcantarillas. Sus botas salpicaban agua y lodo, y el ligero color azul de la mañana se filtró entre las coladeras de la calle de arriba.

—Ya nos perdimos el desayuno. Si se nos hace tarde para la junta después…

—Eso no sucederá —dijo Han—. Tomaremos el atajo por el territorio del viejo Powlo. Todo saldrá bien.

—Si tú lo dices.

Han disminuyó la velocidad por Qi’ra, esperando que ella no se diera cuenta. No era que la chica no tuviera razón; definitivamente iban tarde y perderse la reunión arruinaría sus planes. Pero el regreso a Corellia en la cápsula de escape había sido difícil, lo suficientemente difícil para que ahora Qi’ra llevara un cabestrillo en su hombro izquierdo, el cual se había zafado cuando entraron a la atmósfera. La cápsula era tan vieja y destartalada como la nave de la cual salió, sin compensadores modernos ni protocolos de enfriamiento.

Ahora la cápsula era sólo un cacharro achicharrado que yacía unos cuantos klicks al este del deshuesadero de cargueros. Llenos de moretones y heridos llegaron al refugio de Qi’ra. Al día siguiente, hicieron un lento viaje a pie de regreso a la guarida de los Gusanos Blancos donde, fiel a su palabra, Lady Próxima les dio la bienvenida.

Eso había sido dos días atrás, y seguían apaleados y exhaustos.

Ahora que las cosas volvían a la normalidad, Lady Próxima anunció que acababa de decidir quién sería ascendido a Cabeza. Ella revelaría al suertudo gusano en una junta posterior al desayuno. A todos los candidatos se les dio la instrucción de estar presentes y a tiempo.

Para que su plan de escape funcionara, Han o Qi’ra debían ganarse el ascenso.

—Aquí estamos —indicó Han y movió la palanca de la puerta acorazada. Chilló como una rata moribunda, haciendo que Qi’ra se estremeciera. Entraron juntos y subieron por las escaleras. Han no podía dejar de pensar en la primera vez que subió por aquellas escaleras, la vez en la cual un trato salió mal y los disparos de un bláster casi le vuelan la cabeza. Tool lo salvó aquel día.

El droide estaba adentro, esperándolos, parado contra la pared, con dos de sus acoplamientos cruzados como si fueran brazos humanos. Uno de ellos era nuevo y tenía

una aleación dorada que contrastaba por su brillo con el resto de su descomunal armazón de acero. Y más notables aún eran las hololلamas, que resplandecían en su caparazón, haciendo que el droide pareciera envuelto en un suave fuego azul.

—¡Tool! —dijo Han—. ¡Luces de maravilla!

—Así es, ¿no? —entonó el droide.

—Me alegra verte, Tool —dijo Qi’ra.

—Y a mí también, Qi’ra. Por favor, siéntate si eso te hace sentir cómoda. —Tool hizo un gesto sobreactuado con su torno que Han interpretó como una señal para darles la bienvenida. La habitación ahora estaba limpia, sin sangre ni vísceras regadas; las sillas y la mesa estaban acomodadas, pero nadie intentó sentarse.

—Estamos bien —dijo Qi’ra—. ¿Dijiste en tu mensaje que tenías algo para nosotros? ¿Una recompensa?

Han la miró de reojo, no era su estilo apresurar un negocio. Debía estar sumamente preocupada por llegar tarde, pero había aceptado ir porque necesitaban esa recompensa, lo que sea que fuera. El primer paso para escapar de Lady Próxima y los Gusanos Blancos era obtener recursos.

—Sí, bueno; saben que el Sindicato Kaldana casi se va con esa tecnología de escudos, la cual habrían usado, prácticamente, para destruir nuestra organización.

—Me alegra que eso no haya pasado, Tool —dijo Han sinceramente—. Tu causa ahora está mucho más segura.

—Sólo porque después de que perdimos la oferta hicimos una negociación extraoficial con la Ingeniera y pactamos un segundo negocio secreto.

Qi’ra se inclinó hacia adelante.

—¿Eh? ¿Qué segundo negocio? No escuché nada al respecto…

—¿Conoces el significado de *secreto*? —señaló Tool.

—Tool, ¿cuál es el negocio secreto? —ordenó Han.

—Ofrecimos trescientos mil créditos para que destruyeran la nave Kaldana en cuanto el intercambio se hubiera consolidado.

Han abrió la boca y Qi’ra inhaló, aunque él se recuperó antes.

—Así que no volvió para salvarnos —dijo él.

—Voló esa nave en pedazos por dinero —agregó Qi’ra—. Todo siempre se trata de dinero, ¿verdad?

—Ella rechazó nuestra oferta al inicio —les contó Tool—. No le interesaba en manos de quién terminaba esa tecnología, mientras le pagaran y pudiera escapar gratis. Ella creía que si se quedaba un poco más pondría su nave en riesgo.

Han apenas y podía entenderlo. Toda esa gente muerta, un sindicato entero, por sólo trescientos mil créditos. Mejor ellos que él y Qi’ra, claro está. Sin embargo, se sentía raro.

—¿Qué la hizo cambiar de parecer? —preguntó Qi’ra.

—Ustedes. Ella nos contactó de nuevo durante el intercambio y dijo que tres jóvenes sinvergüenzas le hicieron ver las cosas de una manera distinta. Así que hicimos la

transferencia y ella hizo explotar la nave y a toda su tripulación. Desde ese día, hemos perseguido a los rezagados que quedan en el sector, acabando con ellos uno a uno. En breve acabaremos con todos.

—¿Con todos? —gritó Han.

—Eran la escoria de la galaxia —indicó Tool.

Han y Qi'ra intercambiaron miradas perplejas. El capitán de los Kaldana había dicho exactamente lo mismo de los rodianos.

—Fue una astuta puñalada por la espalda —dijo Qi'ra—. Fríamente práctica.

Han la miró confundido. Ella sonaba como si admirara a la Ingeniera por eso.

—Oigan, es mejor ser el que traiciona que el traicionado —indicó.

—Pero… eran tantas personas —insistió Han.

—Me importan muy poco las muertes de esos orgánicos —agregó Tool—. No es nada comparado con lo que los droides hemos vivido.

De pronto, Han se alegraba de que nadie hubiera obtenido la tecnología de escudos. Ni los Kaldana, ni los Gusanos Blancos ni, específicamente, los Droides Gotra. Tool casi lo había convencido de que su causa valía la pena. Han había ido tan lejos como para defender a los Gotra ante la Ingeniera.

Bueno, pues aquella sería la última vez que se dejaría enredar por la creencia de una causa. *Causa* era solamente una palabra sofisticada para *guerra*, y la guerra siempre hacía que muriera gente, muchas veces gente inocente, como Tsuulo.

—Mi organización les agradece haber sido tan leales aliados en la lucha por la equidad de los droides —continuó Tool—. Hemos decidido otorgarles un pequeño obsequio en señal de agradecimiento. Es un speeder callejero…

Han ahogó un grito.

—Y podemos otorgárselo a tu amigo rodiano.

Han sintió cómo el corazón se le hundía.

—Evitó que dejara de funcionar y sus habilidades técnicas lograron que el datacubo permaneciera fuera de manos enemigas. ¿En dónde está? Esperaba que pudiera acompañarnos.

—Murió —dijo Qi'ra rotundamente—. Los Kaldana lo mataron.

—Oh, qué mal.

—Oye, ¡pero nosotros ayudamos en todo eso! —agregó Han—. Mantuvimos el datacubo lejos del…

—Sí, pero principalmente Tsuulo —insistió Tool—. Me decepciona escuchar acerca de su pérdida. ¿Acaso tiene a un heredero?

Qi'ra dio un paso adelante.

—Nosotros somos…

Han puso una mano sobre su brazo. Su voz sonaba apesadumbrada.

—Su hermano. Tiene un hermano llamado Reezo quien necesita un speeder en este momento.

—¡Han! —protestó Qi'ra—. Necesitamos recursos.

—Nos las arreglaremos. Esto es lo correcto.

Ella lo miró.

—Te odio.

—No es cierto.

—No. No es cierto. Tool, nos aseguraremos de que este speeder lo reciba el hermano de Tsuulo —suspiró Qi’ra.

Tool agachó la cabeza, parecía un gesto muy humano.

—Los Droides Gotra lo agradecen.



Qi’ra guio el camino mientras corrían hacia la guarida de los Gusanos Blancos. Odiaba llegar tarde. Definitivamente lo odiaba. El vestíbulo desordenado estaba vacío cuando llegaron y sus mesas estaban dispersas por todos lados hacia el túnel que llevaba al Sumidero. Se adentraron en este y derraparon en seco al borde del asqueroso estanque de Lady Próxima.

Los Gusanos Blancos rodeaban el estanque, ocupando cada espacio vacío de la pared. Algunos se sentaban en los túneles superiores contiguos y las piernas les colgaban por el borde. La luz azul de la mañana se filtraba a través de las ventanas. Había más humanos en la pandilla, niños que Han no reconoció. Lady Próxima debía de haber reclutado a nuevos miembros mientras él y sus amigos no estaban.

En realidad, era probable que hubiera reclutado a los humanos para cazar a Qi’ra, Tsuulo y Han en la superficie cuando quería muertos a los tres.

Lady Próxima apareció en el centro, medio sumergida. Su joyería resplandecía con el agua que le goteaba, y sus numerosos brazos temblaban con expectación. Cuando los vio, salió del agua, dejando al descubierto sus pleópodos y su enorme y gusanesco cuerpo, haciendo que el agua se meciera hacia los bordes de concreto. Como siempre, Qi’ra tenía que resistirse a las ganas de retroceder. Aquella mujer era muy grande, incluso más alta que Moloch.

—Qi’ra, Han —dijo en una voz que pretendía ser maternal, a pesar de hacer que Qi’ra se sintiera como un bicho a punto de ser aplastado—. Justo a tiempo, queridos.

—Ordenaste nuestra presencia y obedecimos —señaló Han, sonriendo.

Rebolt estaba a un lado, observándolos. No había duda de que habría preferido que llegaran tarde. Qi’ra no lamentaba decepcionarlo.

Sus sabuesos estaban con él, unas enormes bestias sonrientes con saliva espesa, del color de la crema echada a perder. Las bestias estaban sentadas, tranquilas, le llegaban a Rebolt a la altura de la cintura. Una de ellas lamió su pata. Otra bostezó, sacando y metiendo la lengua. Qi’ra sabía que entrarían en acción con una sola orden de Rebolt.

—Ahora que todos mis queridos hijos están aquí —indicó Próxima—. Es hora de elegir a una nueva Cabeza para los Gusanos Blancos. Rebolt, Qi’ra, Han, den un paso adelante.

Ellos obedecieron, caminaron hacia el frente y se quedaron en la orilla del estanque.

Qi'ra miró hacia el frente, con la barbilla en alto y los labios apretados, haciéndola lucir como una chica terca. No quería que nadie supiera lo mucho que deseaba aquello, y lo decepcionada que estaría si no lo conseguía. Sin embargo, se mostraría tranquila sin importar qué sucediera.

—He delimitado mi decisión entre ustedes tres. Rebolt, eres leal. Peligroso con esos sabuesos. Un asesino a sueldo.

Rebolt inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Qi'ra, eres inteligente, observadora y táctica. Una estratega.

Todo aquello era cierto, pero Qi'ra no dio la mínima señal de respuesta.

—Y, Han, tú eres instintivo y suertudo, les agradas a todos en la ciudad. Eres un embajador natural.

Han se encogió de hombros.

—Es un talento nato.

Rebolt lo observó. Qi'ra falló en ocultar su sonrisa.

La boca parecida a un pico de Lady Próxima, no obstante, hizo una mueca.

—Y ocasionalmente irrespetuoso —agregó.

—Esa es la razón —dijo Han ruidosamente—, por la que no me debe elegir.

Rebolt se quedó boquiabierto. Y Qi'ra habló sin decir palabras, sólo movió sus labios: «¿Qué haces?».

Han se enderezó y se dirigió a Lady Próxima de una manera tan respetuosa que nunca le había escuchado a Han.

—Honorable Lady Próxima, me parece que debería elegir a Qi'ra.

Las cejas de Qi'ra se alzaron tanto que prácticamente llegan al nacimiento de su cabello. Un alboroto se escuchó en el lugar, en cuanto los Gusanos Blancos comenzaron a murmurar entre ellos.

—Es la decisión de ella, no tuya —aclaró Rebolt.

—Claro que es así —dijo Han—. Y ya que el trabajo queda entre tú y Qi'ra, y supuestamente tú eres el más leal, entonces nuestra señora debería saber la verdad.

—¿Cuál verdad? —preguntó Próxima, acercándose.

—Sí, ¿cuál verdad? —insistió Rebolt. Uno de sus perros sintió la tensión y se movió con sus patas traseras, gruñendo por lo bajo.

—Cuando estábamos en la misión, Qi'ra recibió una oferta de trabajo. Algo que le permitiría ver la galaxia entera. Incluso la habría vuelto rica. Pero la rechazó. Todo por lealtad a usted, honorable señora.

Todos ahogaron un grito.

Qi'ra no pensaba decirles que los hechos eran ciertos, pero la motivación estaba equivocada.

—Además —continuó Han—, es la persona más inteligente que he conocido jamás. No habría sobrevivido a esa misión si no hubiera sido por ella. La seguiría a donde fuera, y eso deberían hacer todos.

El discurso no había salido tan mal, especialmente para Han. Tenía mucho más liderazgo del que se imaginaba. Incluso Qi'ra pudo percibirlo.

Lady Próxima se acercó a Qi'ra y después se agachó lo más que pudo hasta quedar nariz con nariz. Su enorme rostro hacía ver el de Qi'ra pequeñísimo, y sus hendiduras nasales se movían como si estuvieran olfateando a la chica.

Qi'ra no se movió. Ni siquiera parpadeó. Estaría tranquila. No tendría miedo.

—¿Es eso cierto, Qi'ra, cariño? —preguntó Próxima—. ¿Rechazaste la galaxia entera por mí?

Un latido. Dos.

—Sí, mi señora. Mi hogar está aquí. Con usted.

Próxima se enderezó y otra vez era de su tamaño, salpicaba agua por todas partes. Aplaudió con sus enormes manos, y movió sus pleópodos por la emoción. Entonces, se dirigió a todos los que estaban alrededor de su estanque.

—Por favor, démosle la bienvenida a su nueva Cabeza. ¡Qi'ra de los Gusanos Blancos!

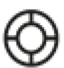
Una ovación resonó en el lugar, y nadie celebró tan ruidosamente como Han. Qi'ra se sintió ligeramente aturdida mientras los niños la rodeaban, dándole palmaditas en la espalda, felicitándola a gritos. Hasta Moloch inclinó su cabeza en señal de reconocimiento.

Sólo Rebolt permaneció a un lado, estaba furioso, sus perros se movían y parecía que contenían su ansiedad.

Lady Próxima movió los brazos y la multitud se calló.

—En señal de celebración, serviremos una segunda ronda de desayuno —dijo ella.

Una nueva ovación. Pero Qi'ra parecía no poder celebrar. Estaba muy confundida. ¿Por qué había hecho eso Han?



«Mmm», pensó Han mientras se dirigía al segundo desayuno. «Más comida para ratas».

Pero eso indicaba que Lady Próxima había cumplido su parte del trato y los alimentaría dos veces al día, así que Han no iba a quejarse. Mientras todos se dirigían a través del túnel, hacia el desayuno, Qi'ra jaló la manga de Rebolt.

—Rebolt —dijo y él la observó.

Todos se paralizaron y los miraron, esperando a ver qué sucedía. Han se acercó, listo para golpear a Rebolt en caso de que intentara hacer algo.

Rebolt titubeó antes de contestar.

—¿Qué?

—Tengo una tarea para ti.

El rostro de Rebolt se llenó de terror en cuanto se dio cuenta del asunto. Qi'ra ahora estaba a cargo. Podría pedirle lo que fuera. Le tembló un músculo del rostro, y después logró contestarle.

—Claro, jefa. Lo que sea que necesites. —Y observó fríamente a Han.

Él sonrió. No podía esperar a escuchar lo que se le había ocurrido a Qi'ra.

—Llévale unos de tus premios para perros a un amigo mío —señaló—. Se llama Powlo. Dile que es en agradecimiento por haber ayudado a Han, Qi'ra y Tsuulo, y por habernos permitido pasar la noche ahí.

Rebolt entrecerró los ojos.

—¿Te refieres al viejo Powlo? ¿A ese escalofriante ermitaño?

—Powlo es un gran aliado de los Gusanos Blancos, y debemos seguir procurando nuestra relación con él —señaló Qi'ra y rápidamente le dio las indicaciones.

Rebolt se dio la vuelta para irse.

—¡Rebolt! —Qi'ra lo llamó. Él se detuvo, pero no la miró—. No lo asustes, deja a tus sabuesos.

El chico abandonó furioso el lugar y la sonrisa de Han se volvió cada vez más y más grande.

—Creo que ahora nos odia —observó.

—Oh, sí —dijo Qi'ra—. Pero ya lo hacía. Me di cuenta de que tenía que ponerlo en su lugar rápido. Establecer mi autoridad. Ten cuidado con él, Han. Te culpará por todo esto.

Esa era la manera de pensar de Qi'ra.

—A Tsuulo le habría encantado ver esto —indicó Han en cuanto entraron al comedor.

Qi'ra sonrió con tristeza.

—Sí, creo que así habría sido.

Se sentaron en una de las mesas de lirio. Otros intentaron unírseles, pero Qi'ra no se los permitió. Cuando nadie más podía escucharlos, se inclinó hacia su amigo.

—Han, necesito saber por qué lo hiciste. ¿Fue una de esas decisiones impulsivas?

—Algo así. Quizás. —La verdad es que Qi'ra se merecía el puesto, y era más importante para ella que para él.

—Pero pensé que en realidad querías esto.

—Así es. —Y se acercó más, tanto que sus rostros estaban demasiado cerca—. Hay cosas que deseo más. Como escapar de Corellia con mi única amiga —susurró.

Las mejillas de Qi'ra se sonrojaron y se enderezó en el asiento. Una ligera sonrisa apareció en sus labios.

—Nadie se había sacrificado antes por mí.

—Bueno, pues no te acostumbres —dijo bruscamente y, de pronto, algo incómodo—. Y no lo habría hecho si no lo merecieras.

Ella seguía sonriendo. Han amaba esa sonrisa.

—Creo que por fin te creo —agregó Qi'ra—. Nunca me traicionarías, ¿o sí, Han?

—Claro que no.

Un niño de no más de siete años se acercó. Llevaba unos *goggles* sucios y cargaba un tazón. Qi'ra comenzó a pedirle al niño que se fuera, pero el chico habló antes.

—Me llamo Hallro, soy nuevo. Moloch me pidió que te trajera un tazón de arenque cremoso ahora que eres la Cabeza.

—Oh. Oye, gracias, Hallro —Qi'ra lo olió, se encogió de hombros y le dio una mordida. El niño con los *goggles* se fue.

—¿Qué tal está? —preguntó Han.

—Cremoso —dijo—. Y *pescadoso*.

—Creo que le gana al lodo de rata.

—Por poco. Toma, prueba. —Ella le pasó el tazón y él no dudó en darle un gran bocado.

No estaba mal.

—Entonces —dijo él, limpiándose la boca—, estás compartiéndome tu ración especial. Sólo estamos nosotros dos. Solos. Comiendo juntos. Esto es… ¿una cita?

—¡No! Por supuesto que no.

Nadie podía culpar a un chico por intentarlo. Y si Han era honesto consigo, se sentía un poco aliviado. Lo que necesitaba en ese momento era a una amiga. Aun cuando Qi'ra fuera la chica más linda e interesante que había conocido jamás.

Algo en su rostro cambió y Han sintió que Qi'ra contenía una sonrisa.

—Pero tal vez… algún día. —Y dejó que la idea se quedara en el aire.

«Algún día» sonaba bien.

—Claro, quizás. —Y Han le regaló la más encantadora de sus sonrisas.

Comieron en un cómodo silencio, como aquellos amigos que se tienen tanta confianza que no necesitan hablar sólo por hablar. Han realmente creía lo que le había dicho a Qi'ra en la cápsula de escape: «Lo que te mantiene volando es tener a una persona en toda la galaxia con la cual puedas volar. Alguien en quien puedas confiar, alguien que te sostenga».

Qi'ra tal vez era esa persona. Ella siempre lo sostendría, y él siempre la tendría.

Y tal vez algún día, pronto, volarían y escaparían juntos.

Acerca de la autora

RAE CARSON se siente inspirada a escribir historias desde que vio cierta película de 1977. Ha escrito *bestsellers* del *New York Times y de USA Today*. Su trilogía Fire and Thorns ha ganado varios premios. Rae vive en Arizona con su esposo, rodeada de gatos y de objetos de colección.